LIBRARY OF PRINCETON
THEOLOGICAL SEMINARY

B655.Z7 C26 1951
Camblor, Luis.
San Agustâin, doctor insigne de la Iglesia
anâalisis sintâetico y popular de todos sus

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/sanagustindoctor00camb

SAN AGUSTIN

DOCTOR INSIGNE DE LA IGLESIA

P. Luis Camblor, O. S. A.

LIBRARY OF PRINCETON
AUG 2 1982
THEOLOGICAL SEMINARY

SAN AGUSTIN

DOCTOR INSIGNE DE LA IGLESIA

ANALISIS SINTETICO Y POPULAR
DE TODOS SUS ESCRITOS

MADRID
1951

NIHIL OBSTAT
R. Desiderio García
Censor de la Orden

IMPRIMI POTEST
Fr. Félix García
Prior Provincial

NIHIL OBSTAT
Lic. Abilio R. Valdivielso
Censor

IMPRIMASE
José M.ª Obispo Aux. Vic. Gen.
Madrid 9 de diciembre de 1950

ES PROPIEDAD
IMPRESO EN ESPAÑA

IMPRENTA DEL REAL MONASTERIO DE EL ESCORIAL (MADRID)

PROLOGO

El amor al santo hábito es razón suficiente para que nos comprometamos a prologar este libro.

No debe ser sólo en los centros de cultura general, ni en los liceos y universidades, donde se conozca a San Agustín.

Su nombre es tan universal que, aun pensando sólo en la enorme influencia que tuvo, sus ideas deben llegar también al pueblo.

El bien que hizo a la Humanidad con su ciencia y con sus buenos ejemplos, debe hacer pensar a las madres para que, como otras santa Mónica, recen por sus hijos y los salven.

Y todo lo anterior es lo que se propone el autor de «San Agustín, Doctor insigne de la Iglesia», al hacer el «Análisis sintético y popular de todos sus escritos».

Los tres últimos libros de las Confesiones, los de Contra Académicos, el de Vita Beata, los del Orden, Meditaciones, Soliloquios, Inmortalidad del alma, los de la Música, Gramática, Retórica, Dialéctica y el precioso Del Maestro demuestran que Agustín no sólo fué un gran filósofo, sino el verdadero fundador de la filosofía cristiana.

En los de las Ochenta y tres diversas cuestiones, de las Ocho de Dulcicio, De la Fe y el Símbolo, el Manual o Enchiridión y en los QUINCE de la Trinidad, donde «para escribir conocimientos tan profundos, según Genadio, Agustín había sido introducido en la cámara del Rey de la gloria y adornado con el precioso ropaje de la sabiduría divina», pone de relieve que ha sido y es el teólogo de primera fila del Catolicismo.

Sus obras de Agone christiano, donde enseña a vencer el

mal por medio de la fe, el libro Speculum o de las Divinas Escrituras y el De caquetizar a los rudos, son las pruebas más contundentes de que en la enseñanza de la teología moral y pastoral nadie ha superado a Agustín.

Los 363 Sermones bastan para que sea considerado «como el primer predicador de todo el Occidente en la época patrística».

Las 270 cartas, de las cuales 53 son dirigidas a él o a alguno de sus amigos, formando muchas de ellas verdaderos tratados de cuestiones filosóficas y teológicas, ofrecen la mejor historia eclesiástica de su tiempo durante el periodo de cuarenta años, y revelan su celo apostólico incansable en bien de la salvación de las almas.

Los libros De la Doctrina cristiana, De Genesi contra los Maniqueos y Ad Litteram, lo mismo que los de las Locuciones y la interpretación a los Salmos y sobre el Evangelio y Epístola de San Juan, donde se «deja llevar a velas desplegadas por los mares de la interpretación mística y alegórica, dicen bien claro que es el mejor y más acertado exégeta de la Sagradas Escrituras.

Pero donde Agustín echó, como suele decirse, el resto de su capacidad intelectual, de su amor a la verdad y el supremo esfuerzo de su voluntad y aparece como el apologista más formidable del Catolicismo es en sus obras dogmático-apologéticas.

Había nacido en tiempos de lucha y para la lucha. Era un soldado en horas de guerra y en los campos de batalla. Estaba posesionado de los planes del enemigo. Desde muy joven se presentó en las lides, y fué mortalmente herido, y ganó siempre en los combates y sanó milagrosamente. Se hace necesario que se muestre un gigante y, agradecido a la infinita bondad de Dios, muere luchando por Dios y por el bien de las almas, anatematizando los errores y amando a los enemigos. Y sale siempre triunfador.

Aun hoy día cada vez que la Iglesia habla no lo hace sin citar a San Agustín. Tanta y tan grande ha sido y es la influencia que ejerce. Por algo se le llama «el Oráculo de la fe y de la Iglesia».

Si un día los corifeos más destacados del maniqueismo se levantan en su soberbia afirmando la eternidad de dos principios, allí está Agustín para defender con la palabra y por escrito la verdad de nuestra fe. Y todos sabemos lo ruidoso de aquella asamblea del 28 y 29 de agosto del año 392, cuando, invitado Fortunato a medirse con Agustín en pública controversia, se presentó el maniqueo «rodeado de admiradores» diciendo tales disparates contra la Sagrada Escritura, que, escandalizado el auditorio, abandonó el recinto en señal de protesta; habiendo sido tan contundentes los argumentos que expuso el obispo de Hipona, que el contrario no supo qué responder, huyendo precipitadamente de la ciudad corrido de vergüenza. Y se sabe lo célebre de aquella otra asamblea de los días 7 y 8 de diciembre del año 404 cuando, acosado el obispo maniqueo, Félix, convertido y convencido ya, exclamó: «¿Qué queréis que haga?» Contestando Agustín: «Que condenéis a Manes». A lo que respondió Félix: «Condenadle vos primero y yo lo haré después». Y tomó nuestro santo un papiro y escribió estas palabras pronunciadas solemnemente en aquel momento: «Yo, Agustín, obispo de la Iglesia Católica, anatematizo a Manes, su doctrina y el espíritu que profirió por su órgano tan execrables blasfemias».

Y sin descansar, escribe contra los Priscilianistas y Origenistas, como también contra Marción que se había revelado contra su propio padre, no queriendo aceptar la penitencia que éste le había impuesto, ni la sentencia dictada por el Papa Aniceto y formando una secta compuesta de doctrinas católicas y de la magia.

Si otro día Maximino, obispo arriano, aparece en Hipona y defiende que Jesucristo, el Hijo de Dios, no es consustancial al

Padre y niega la divinidad del Verbo, sus entusiasmos se apagan cuando se le invita a sostener una conferencia pública con Agustín. Y es tal la impresión que le causa aquel a quien había conocido en Cartago por su dialéctica terrible, que, sin fuerzas para salir airoso, resuelve abandonar la ciudad y dirigirse a Cartago. Pero donde el «Aguila de Hipona» se cierne en sus vuelos sobre todos los demás sabios y santos y se muestra insuperable, es en aquella obra incomparable de Trinitate. Y es que nadie tuvo como él la energía y la ciencia suficientes para enfrentarse y rechazar la heregía de aquel «monstruo, Arrio, a quien vomitó el infierno para rasgar el vestido de Jesucristo y perturbar la paz de la Iglesia», según escribió San Alejandro de Alejandría.

Si otro día los seguidores de Donato resucitan las teorías de los rebautizados y hacen depender la validez del bautismo de la santidad del ministro, contesta nuestro Patriarca con su obra DEL UNICO BAUTISMO y en presencia de 286 obispos católicos y 279 donatistas, presididos por el tribuno del Emperador, es tal la elocuencia y la fuerza de sus razones que consigue que los enemigos sean declarados fuera de la ley.

Y en aquellas luchas donde los pelagianos creen que sin la gracia divina podemos cumplir con los mandamientos de Dios y que esa gracia sólo se concede para poder cumplir más fácilmente lo que se ha de ejecutar con las fuerzas del libre albedrío, «los concilios, que escribió Bossuet, los particulares, los obispos y todo el mundo, tanto en Oriente como en Occidente, volvieron la vista hacia este Padre, único que con su penetración podía desenmascarar la heregia pelagiana». Con razón se le llama el «Doctor de la gracia», y lo saluda San Jerónimo con estas palabras: «Dios te salve. ¡El mundo universo te saluda! Los católicos te reverencian y admiran como el nuevo fundador de la antigua fe: conditorem antiquae rursum fidei». Y por algo el Papa San Hormisdas quería que se aprendiera en

las obras de San Agustín la doctrina de la Iglesia Católica acerca de la gracia y del libre albedrío.

En su afán de dejar bien expuesta la verdad, escribe CONTRA LOS JUDIOS, vindicando la justicia de Dios en repudiarlos, y nos da a conocer en el libro de las OCHENTA Y SIETE HEREGIAS, el origen, naturaleza y doctrinas de las mismas, desde Ebión hasta su tiempo. Por algo en el prefacio de la misa se dice de él que «destruyó las heregías, refutó los errores y postró a los herejes, y es malleus hoereticorum, verdadero martillo de los herejes».

Por algo los más célebres teólogos le llaman: «Príncipe, y el más autorizado Maestro y Doctor de la Gracia» y le honran con el titulo de segundo *Pablo, y el más grande, el más original y el dotado de mayor flexibilidad de todos los Santos Padres», o «el mejor maestro del orbe católico», que dijo H. Noris. Es «Doctor super omnes qui ante eum et post eum hucusque fuerunt mortales, el más docto entre todos los mortales anteriores y posteriores a él», según San Sixto de Siena; y «penetrando como genio poderoso a fondo de las ciencias todas divinas y humanas, . . . ganando a todos la palma», en frase de León XIII; que «alcanzó la máxima admiración del género humano por la grandeza y gravedad de sus pesamientos», que escribió Pío XI.*

Y lo que se dice de su saber puede aplicarse a su virtud. A todos socorrió, a todos amó, a todos animó y consoló, a todos sirvió de edificación: vivió después de su conversión como un ángel; se mantuvo y fué verdadero pobre, y murió como mueren los santos, alabando y bendiciendo a Dios.

Por todo ello, y aunque no hubiera más razones que el dar a conocer lo anterior al pueblo cristiano, se justificaría la publicación de la presente obra que, parte por escrúpulo o apreciación personal y, en parte, por cuestión económica y falta de espacio, no vió antes la luz pública, ya que estaba escrita con motivo del centenario de N. G. P. San Agustín.

Siendo todo lo que se relaciona con San Agustín de actualidad, creemos que el trabajo que en lenguaje correctísimo y adaptado a la inteligencia de todos nos ofrece el R. P. Luis Camblor, bien conocido por lo mucho que ha publicado durante tantos años en la revista boanerense «Rosas y Espinas», revistas «Eclesiástica», «El Pilar», «Chispitas del Sagrario», «Centro Asturiano» de Buenos Aires, Diario «El Pueblo» de Buenos Aires, revista «El Pilar», «La Verdad» y «El Heraldo de Rosario», Boletín diocesano de Tucumán, periódico «El Faro» de Ceuta y los artículos que está publicando en la revista «El Buen Consejo», con el libro que tanta aceptación ha tenido «Del proceso de Beatificación del Excmo. y Rvmo. P. Anselmo Polanco», y por el cargo oficial de Vice-Postulador de las Causas de Beatificación de los Agustinos españoles»; creemos, repito, que la presente obra ha de resultar de grande utilidad y ha de leerse con sumo interés.

Sea todo ello por la gloria de Dios y por el bien de la Iglesia y el honor de nuestra Orden. Que haya mucho éxito es lo que deseamos y pedimos al cielo.

Madrid, a 20 de diciembre del año del Señor 1950

FR. MANUEL ALVAREZ GUTIÉRREZ, O. E. S. A.

INTRODUCCION

El trece de noviembre del año 354 nacía en Tagaste, ciudad de Numidia, Aurelio Agustín. Mónica, su santa madre llamaba esposo a un magistrado pagano, de nombre Patricio, de carácter bondadoso, pero tan fácil a la ira, que las vecinas se admiraban de no ver en el cuerpo de Mónica las señales de los golpes del «terrible cónyuge». Acomodándose a la costumbre de la época, el niño Agustín no fué bautizado. Sin embargo, su madre supo grabar, desde los más tiernos años, en su inocente corazón una veneración tan grande por el nombre de Jesús que, como él mismo dice, «todo cuanto estuviese escrito sin este Nombre por muy erudito, elegante y verdadero que fuese, no le robaba enteramente el afecto».

Llegado a la edad escolar, frecuentó, por imposición de su padre, un centro de primeras letras en la misma ciudad de Tagaste. Allí, entre lecciones y juegos y no pocos palos del maestro, que hacían reir a sus progenitores y al niño enfurecían y causaban muy poca gracia, dió evidentes señales de ser «un muchacho de grandes esperanzas». Esto colmaba los deseos de Patricio, que se mostró decidido a llevar adelante la educación de Agustín.

En Madaura, ciudad vecina de Tagaste y famosa patria de Apuleyo, se impartían estudios superiores, y allá le envió, estirando hasta el límite sus recursos. Estos no dieron bastante de si y el joven estudiante tuvo que volver al hogar, en espera de mejores tiempos. Sus aspiraciones habían crecido con los años. Entraba entonces en el décimosexto de su vida y ambi-

cionaba continuar los estudios en Cartago. Pero faltaban los medios, y mientras Patricio los buscaba afanosamente, él se iniciaba en peligrosas y no recomendables amistades. Su temperamento, genuinamente africano, sintió en muy temprana edad la fuerza avasalladora de la pasión, que le arrastró por el camino del mundano y falso placer. Esto, a pesar de la vigilancia de su madre, que, por desgracia, desconocía el estado de aquel corazón, que disimulaba ante ella una vida bien poco ejemplar. Con jóvenes despreocupados y libertinos concurría a los lugares de diversión, poniendo en ellos todo el entusiasmo de sus juveniles años. «Caminaba al precipicio con tal ceguera, expresa él mismo, que entre mis compañeros me avergonzaba de no ser tan desvergonzado como ellos, cuando les oía vanagloriarse de sus infamias y maldades; con lo cual me aficionaba más y más a sus vicios, no sólo por placer, sino también por vanidad». Humilde confesión, quizá exagerada, pero que no debió estar muy lejos de la realidad cuando Agustín insiste en ella, proponiéndola como ejemplo de los peligros a que expone una mala compañía.

Patricio, entre tanto, criminalmente despreocupado de la vida moral de su hijo, había logrado reunir lo necesario para continuar los estudios en Cartago. Un generoso amigo y protector de la familia, Romaniano, se ofreció a contribuir con sus riquezas a la educación de Agustín. Trasladóse, pues, a la ciudad, y se inscribió inmediatamente en uno de los muchos centros que impartían enseñanza de Elocuencia y Retórica, y de otras disciplinas, a innumerables jóvenes de toda la región. «Cartago sufría la plaga de las ciudades universitarias, que ha durado, se puede decir, hasta nuestros días: los estudiantes se creían que todo les estaba permitido, y los más exaltados habían formado unos bandos bárbaros, que se llamaban *eversores*, que hacían verdaderas salvajadas, especialmente con los estudiantes nuevos que llegaban de las provincias». Agustín debió de ser una de sus víctimas, y, ciertamente, algún tiempo tam-

bién su amigo; pero jamás actor en sus malvadas ocupaciones. Entre los condiscípulos se destacó muy pronto por su facilidad para el estudio. Era, además, un verdadero maestro en el uso y abuso de los resortes del lenguaje. Y sentía un gran placer cuando, con aviesa intención, ponía en grandes apuros a estudiantes y profesores con sus diabólicos juegos de palabras, haciendo aparecer lo falso como verdadero y lo verdadero como dudoso. Manifestábase así su talento en aquel ambiente de cultura superficial, en el que la vanidad lucía casi siempre más que la ciencia.

La lectura atrajo también poderosamente su atención. Por medio de ella conoció a *Hortensio*, de Cicerón, especie de diálogo en defensa de la filosofía, que ejerció en su ánimo tal influencia, que estuvo a punto de cambiar el curso de su vida. «Este libro, escribe más tarde, mudó mi estado de ánimo y me hizo dirigir a Ti, Señor, mis súplicas, votos y deseos. Vi de repente la vileza de mis vanas esperanzas y anhelé la sapiencia inmortal con increible fervor de corazón, y empezaba a levantarme para volver a Ti». Este famoso libro ha desaparecido. Ignoramos, por consiguiente, su verdadera doctrina. Pero, por algunos trozos que han llegado hasta nosotros, sabemos que el gran tribuno romano, con la maravillosa fluidez de su palabra, proponía el conocimiento de la sabiduría divina y la belleza de la contemplación intelectual como la aspiración suprema del hombre amante de la filosofía. Esto le acercaba a Dios. «Las armoniosas y cálidas exhortaciones del abogado pagano y medio escéptico le empujaban al cristianismo». Esa aspiración suprema al conocimiento de la verdad por la verdad misma, aun desnuda de las galas del bello decir, preocupó grandemente a Agustín, que quiso averiguar dónde se hallaba. La elocuencia, ambición casi unánime de las escuelas que frecuentaba, quedó pues a un lado. Hasta confiesa que en el Hortensio «le agradaba lo dicho bastante más que el modo de decirlo». Verdadera revolución en su espíritu, que en otras circuns-

tancias hubiera señalado quizá el principio de su conversión. No fué así, sin embargo. Significó solamente una crisis, la primera de las grandes que había de sufrir en su vida, y como el comienzo de su vía dolorosa en busca de la verdad.

Varios meses duró esta situación, en los que leyó cuanto se había publicado sobre Dios, el alma y la vida. Ansiaba la posesión del ideal que le señalaba Cicerón, pero ¿cómo encontrarle? Los recuerdos de la niñez le hablaban de la Biblia como del libro de la Divinidad. Quizá aquellas páginas llegaran a iluminar sus confusas ideas. Tomóla pues en sus manos e inició su lectura. Y sufrió otro desengaño. Necesariamente tenía que ser así. Ni su inteligencia ni su corazón estaban preparados para la humilde sublimidad de las dívinas páginas. «Ante su admirable sencillez, el amargado, pero ya corrompido retórico, se echó atrás recalcitrante. La sobriedad bíblica le pareció miseria frente a la majestad ciceroniana. Admitía con Cicerón la condenación de la elocuencia, pero arrugaba el ceño ante aquella enjuta grandeza que se le antojaba indigencia pueril».

El mismo lo confiesa: «Mi hinchazón y vanidad rehusaban acomodarse a la sencillez del aquel estilo y, por otra parte, no alcanzaba mi perspicacia a penetrar lo que interiormente contenían». Y aquella crisis, que tan buenas perspectivas ofrecía, fracasó estrepitosamente, y Agustín siguió, desorientado, preguntando por la verdad.

Su voz angustiada halló un nuevo eco, pero esta vez en el antro del error. El maniqueismo florecía entonces en Cartago. Sus dirigentes, hombres misteriosos y activos, «afirmaban poseer la verdad, pero no una verdad revelada, sino una verdad tangible y comprobable, que diluía en la luz todos los misterios». Mágico señuelo que consiguió para la secta una de sus más resonantes victorias. Porque, seducido Agustín por las bellas palabras que a todas horas y en «todos los tonos repetían verdad, verdad, vino a dar en el maniqueismo, cuando

contaba veinte años de edad». Pues ¿quién hay, como dice él mismo, que pueda resistir a estas halagadoras promesas, sobre todo si es joven y amante de la verdad, y acostumbrado, como yo lo estaba, a disputar entre los doctos con gárrula y soberbia palabrería, y a despreciar como añejas y rancias preocupaciones las verdades de la fe?» Lo cual quiere decir que fué su orgullo, principalmente, quien le indujo a dar, sin la debida meditación, este gravísimo paso y a ofrecer su nombre a una vulgarísima secta, que ni siquiera se distinguía por la novedad. Ya que era sólo una mezcla de doctrinas con base materialista y una novísima y extravagante moral.

¡Una extravagante moral! He ahí quizá otro de los motivos que explican, hasta cierto punto, su casi inexplicable ingreso en la grey de Manes. La efervescencia de las pasiones estaba en su apogeo. Unas relaciones culpables le envolvían en sus redes. La madre de Adeodato acababa de entrar en escena. Y aquella pasión, que le dominaba con fuerza avasalladora y entenebrecía su aspiración al ideal puro y supremo de la verdad por la verdad misma, pedía a los ojos de la conciencia una explicación. Y el maniqueismo se la daba. En realidad más que una explicación le daba una absolución. La teoría de los dos principios «se adaptaba a su realidad personal». Parecía inventada para resolver su caso. «Aquellos instintos de sobresalir en todo y de carnalidad, que a menudo le dominaban, no podían ser imputados a su persona: eran las porciones de tinieblas que el dios malo había asignado a su alma y que podían ser aislados, pero no destruidos.»

Y fué maniqueo. No por convencimiento. Ibamos a decir que por necesidad. Pero quizá parezca un poco dura la expresión, y corregimos. Por exigencia del estado de su ánimo que, después de una crisis como la pasada, pedía una tregua en aquel vendaval deshecho dentro de las más absoluta oscuridad.

Su situación, como era natural, no mejoró. Fueron nueve años de voluntaria intoxicación, que felizmente se convirtieron

en el más poderoso revulsivo que se pudiera esperar. Y eso que todo parecía sonreirle. No le faltaban los placeres, ni las alegrías «ni los consuelos de la amistad, ni el afecto de los discípulos», ni los triunfos en los escenarios y en los más famosos estrados de la provincia africana. Con todo esto, y a pesar de ello, tenía que convenir consigo mismo que aun no era feliz. Que la paz que tanto ansiaba estaba muy lejos de su corazón.

Se lo comprobó hasta la evidencia un triste acontecimiento, que él detalladamente nos refiere. Acababa de fallecer uno de sus más queridos amigos. Para el corazón exquisitamente sensible de Agustín la amistad era algo así como esencia de su propio ser y «la más dulce de todas las dulzuras de la vida». Su alma y la del amigo eran una sola alma en dos cuerpos. Por eso, al morir el que tanto amaba, sintió su sér deshecho y anonadado por la tremenda desgracia. «No hallaba descanso alguno ni en los bosques amenos, ni en los juegos y músicas, ni en los jardines olorosos. Todo le causaba horror, hasta la misma luz. Todo lo que no era su amigo le era insufrible, menos el gemir y el llorar».

Y lloró, lloró a torrentes aquel corazón desolado, «enamorado del amor», sin el consuelo de una fe que restañara la sangrante herida que produjera el amor. Y se encontró solo en la soledad absoluta del dolor, y tuvo miedo. Miedo de sí mismo, miedo de la obsesionante tortura que implacablemente le perseguía. Y pensó en huir de aquella soledad, más espantosa que la misma muerte. Y casi «a escondidas, y siempre derramando lágrimas, huyó otra vez a Cartago», de donde faltaba hacía ya bastante tiempo.

Fué su primer gran fracaso en el maniqueismo. El segundo le esperaba en la ciudad. En ella creyó ahogar sus penas reanudando los estudios filosóficos y poniendo clase, que fué muy concurrida. Publicó también su primer libro, *De lo bello y lo conveniente*, en cuyas páginas contesta a estas preguntas, que

le proponían los amigos: ¿Qué es la belleza? ¿qué es lo que nos atrae y amamos en las cosas que amamos? Si en ellas no hubiese ornato y belleza no nos emocionarían. Temas muy en consonancia con los sentimientos que entonces le dominaban. Estudió también en aquel tiempo música, geometría, matemáticas y astronomía. Y aquí precisamente se inició su alejamiento definitivo del maniqueismo.

La infalibilidad de Manes era un dogma intangible dentro de la secta. Infalibilidad total en el orden natural y en el de la fe. Estupenda pretensión, que debió pasar desapercibida para Agustín cuando firmó su ingreso en la grey maniquea. Ahora, sin embargo, las cosas habían cambiado. A un desengaño sucedía otro, y las dudas sobre los misterios que rodean al hombre seguían en pie. ¿No acontecería lo mismo en el campo de la ciencia? Manes había publicado abundantes páginas sobre los cuerpos celestes y sus movimientos. ¿Serían tan veraces como las que escribió sobre Dios y la Religión? La ocasión era propicia para averiguarlo, ahora que la ciencia de los astros atraía la atención de Agustín. Sometió, pues, a un riguroso examen los libros del famoso heresiarca oriental e inmediatamente «se percató de que sus revelaciones y los cálculos de los sabios griegos no estaban de acuerdo», llegando muy pronto a la conclusión de que la verdad estaba, con toda evidencia, de parte de los últimos. Llevadas estas dificultades a las reuniones de la secta, no hubo en ellas quien supiera dar ni la más pequeña explicación. Quedaba sólo una esperanza. Fausto, famoso obispo entre los maniqueos, tenía anunciada su próxima visita a Cartago. Quizá él lograse tranquilizar el ánimo de Agustín. Procuráronle pues una entrevista, que resultó un nuevo fracaso. Pues este prelado no era más que un hábil propagandista, barnizado de un poco de literatura, y toda su sabiduría consistía en una facilidad de palabra mayor que la de los demás». Pero sabía reconocer su propia ignorancia cuando las circunstancias lo exigían. De ahí que, al darse

cuenta de que Agustín no era un oyente vulgar, le confesó con desenvoltura toda la verdad.

Y el joven retórico ya no fué por más tiempo maniqueo, aunque su nombre figuró aún en las listas de la secta. También Cartago perdió para él toda novedad. Y, buscando horizontes más amplios, partió para Roma a fines del año 383.

Allí, su espíritu, tanteando nuevas rutas en su marcha hacia la verdad, se aficionó a los autores griegos, y con ellos fué declinando insensiblemente al escepticismo. Un escepticismo suave, moderado, pero que le hacía pensar con obsesionante insistencia en aquella afirmación de algunos filósofos que entonces leía: El hombre no puede adueñarse de la verdad, y el verdadero sabio debe dudar de todo.

¿Fué Agustín un escéptico convencido? Sus expresiones y su mismo carácter nos invitan a creer que no. «Quería ser feliz, no acertaba a vivir sin la felicidad completa y segura, y esta felicidad jamás la había hallado en nada. Ni los primeros triunfos académicos o teatrales de la juventud, ni el apostolado maniqueo, ni las exploraciones filosóficas, ni el cariño de la mujer o la sonrisa del hijo le habían dado alegría duradera, felicidad completa». Y en esta desorientación de su espíritu, en estos continuos desengaños que sufría en el curso de su vida, quizá el escepticismo llegara en algún momento a preocuparle. Pero de ahí a adoptar sus teorías hay todavía mucha distancia.

Felizmente, los acontecimientos se iban precipitando. El desenlace se acercaba con rapidez. Observando que los estudiantes romanos eran aún peores que los de Cartago, pues si allí eran turbulentos, en Roma eran ladrones, que huían con admirable unanimidad al tiempo de pagar, aceptó gustoso una cátedra que le ofrecieron en la ciudad de Milán.

Se vislumbran ya los designios de la Providencia. Los acontecimientos nos irán diciendo el porqué. Regía los destinos de la Iglesia en aquella ciudad San Ambrosio, célebre por

su elocuencia y por la integridad de su carácter, y, sin duda, uno de los hombres más influyentes de la Corte. Buscando, quizá, su poderoso amparo, acudió Agustín a saludar al famoso obispo, apenas instalado en Milán. La acogida fué amable, y el joven retórico sintió gran afecto hacia aquel hombre, cuya fama llenaba el Imperio. Pero Ambrosio no prodigaba las audiencias. Abrumado por el trabajo, tenía que medir celosamente el tiempo, si quería satisfacer todas sus obligaciones. Esto fué una gran contrariedad para Agustín, que en vano quiso repetir las entrevistas. A pesar de todo, el gran obispo milanés «ayudó inmensamente a Agustín. Se puede asegurar que, después de Mónica, fué uno de los más decisivos operadores de su conversión». Sus prácticas dominicales en la catedral iniciaron la gran obra. Agustín concurría a ellas fijándose al principio «más en la forma que en la substancia». Más tarde, conquistado por su elocuencia sencilla y suave, prestó también atención a la doctrina, descubriendo con gran estupor que los maniqueos le habían engañado más fraudulosamente de lo que él se imaginaba».

La verdad se abría paso decididamente. Y por las Escrituras que algún día menospreció. Expuestas por San Ambrosio, brillaron a sus ojos con claridad meridiana y aparecían tan conformes con la fe cristiana como nunca llegó a sospechar. No era, por consiguiente, la Religión Católica el «fantástico conglomerado de alucinaciones y falsificaciones», que decían los maniqueos. Era algo más alto y digno de atención. Y por de pronto una cosa resultó por entonces para él indudable: la verdad no estaba con el maniqueismo, según ya había casi comprobado. ¿A qué figurar pues por más tiempo en la lista de sus adeptos?

Y abandonó la secta. Esto no era todavía la conversión. Pero, según su expresión, si no había llegado a la verdad, al menos estaba desligado del error. Las dudas siguieron torturándole aún, porque estaba empeñado en ver y comprender

las cosas invisibles con la misma seguridad con que veía y comprendía que siete y tres son diez, esforzándose por encerrar la visión intelectual de los misterios de la fe en los límites inexorables de una ecuación matemática. No concebía la existencia de seres puramente espirituales. Continuó pues desorientado y lejos de la fe.

La lectura de los neoplatónicos, que inició en aquel tiempo aconsejado por los amigos, fué para él un descubrimiento, no tan decisivo como quieren algunos, pero de indudable eficacia si tenemos en cuenta el miserable estado de sus ideas con relación a la esencia y existencia de Dios. El espiritualismo plotiniano elevó su mente a la contemplación de un Ser Superior, «concebido por unidad, como espíritu, como perfección infinita». Esta contemplación le emocionó tan vivamente, que le hizo «temblar de amor y de ternura a la vez». Por ese tiempo, dice en uno de sus libros, cayó en mis manos una obra que, al decir de un autor antiguo, exhala por todas sus páginas las más aromáticas esencias de la Arabia. Luego que las primeras gotas de ese perfume, deleitando mi olfato, cayeron sobre la pequeña llama que comenzaba a arder en mi corazón, se declaró en mí un gran incendio: honores, grandezas humanas, deseos de gloria, placeres y delicias de esta vida terrena, nada me atría; solamente el goce de la nueva vida que ya comenzaba a entrever».

¿Qué le faltaba para llegar a la verdad? Un paso nada más. Pero un paso difícil. La inteligencia, ya casi convertida, debía arrastrar al corazón, poderosamente solicitado por las pasiones. Sin embargo, ya estaba a la vista de la senda, hacia la cual le encaminó, por fin, San Pablo con sus escritos. En las Epístolas del gran apóstol de las gentes encontró Agustín lo que no encontraba en los filósofos: la figura de Cristo perfectamente delineada, con sus «contornos auténticos de Hijo de Dios y Dios humanado. Y de la elocuencia paulina, vibrante

de amor recibió las primeras e inolvidables lecciones de humildad».

La hora de la gracia llegaba ya. Se iniciaba el último acto del drama que fué la vida de Agustín. Si no estaba aún convertido era por debilidad, por falta de ánimo para romper los lazos que le sujetaban al pasado. El ejemplo de otra vida muy semejante a la suya fué como una inyección de valor en su ánimo atormentado. Victorino, famoso profesor de elocuencia, que mereciera el honor de una estatua en el foro, acababa de abrazar la fe, en un acto de heroica decisión que dejó asombrada a Roma y llenó de alegría a la Iglesia de Cristo. Este resonante acontecimiento, hábilmente descrito por Simpliciano, conmovió profundamente a Agustín. Parecía dispuesto a romper de una vez con los lazos de la carne y a imitar la valerosa actitud de Victorino. Pero la pasión pudo nuevamente más que él. «Aquella serie de desórdenes, dice en sus Confesiones, me tenían atado a la más dura esclavitud... Tenía como dos voluntades, una antigua y otra nueva, una carnal y otra espiritual: estas dos voluntades luchaban entre si, y esta lucha laceraba mi alma». Y el resultado era una nueva dilación para mejor tiempo, para más adelante. Y «este adelante parecía no tener término».

Hasta que, encontrándose cierto día con su amigo Alipio, recibió la visita de Ponticiano, alto dignatario de la Corte imperial, africano como ellos, cristiano fervoroso y de noble corazón. Oyéronle hablar, durante la conversación, de las maravillas que la Religión de Cristo hacía en todas partes, principalmente en Africa, donde una gran multitud de eremitas ofrecía al mundo el grandioso espectáculo de una vida angelical enteramente consagrada al Señor en las temibles soledades de la Tebaida. La pasmosa historia de Antonio, el gran anacoreta egipcio, puntualmente narrada por Ponticiano, fué para Agustín una revelación. Su vida, tal como la describía el amigo, tenía con la suya muchos puntos de contacto, particularmente

en aquella lucha incesante contra la tentación de la carne y del orgullo, que el famoso solitario tan heroicamente aplastó. «Y si Antonio, hombre como él y africano como él, las había desbaratado, por qué no había de lograrlo él también?»

Al retirarse Ponticiano, quedó Agustín envuelto en una tempestad de sentimientos tan intensos que, sin poder dominarlos, exclamó, dirigiéndose a Alipio: ¿Qué hacemos? ¿Lo has oído? Levántanse de la tierra los indoctos y se apoderan del cielo y nosotros, con todas nuestras doctrinas... nos estamos revolcando en el cieno de la carne y de la sangre.

Era en un bello y tranquilo atardecer de verano. La brisa de la montaña, soplando suavemente, mitigaba apenas el ambiente de fuego que pesaba sobre la ciudad. La calma era absoluta. «Había muerto todo rumor, todo sonido, como si todo el silencio del mundo se hubiese espesado en aquel punto» esperando algo solemne y trascendental. Agustín, ahogado por las emociones más que por el calor de aquel día estival, buscó el aire puro y refrescante del huerto que circundaba la mansión. Y allí, a la sombra de una frondosa higuera, comenzaron a correr, en vertiginoso desfile, los dramáticos acontecimientos que sólo su pluma puede fielmente describir. «Soltando las riendas a mi llanto, dice, brotaron de mis ojos dos ríos de lágrimas, que Vos, Señor, recibisteis como sacrificio que es de vuestro agrado. También, hablando con Vos, decía: ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo estaréis airado contra mí? Y conociendo que mis pecados eran los que me tenían preso, decía a gritos con lastimosa voz: ¿Hasta cuándo, hasta cuándo ha de durar el que yo diga mañana y mañana? ¿Por qué no ha de ser desde luego y en este día?... Estaba yo diciendo esto y he aquí que de una casa inmediata oigo una voz como de niño o niña que cantaba y repetía muchas veces: Toma y lee, toma y lee. Reprimiendo el ímpetu de mis lágrimas, me levanté de aquel sitio, no pudiendo interpretar de otro modo aquellas voces sino como una orden del cielo, en que de parte de Dios

se me mandaba que abriese las Epístolas de San Pablo y leyese en el primer capítulo que se me presentase... Tomé pues el libro y leí para mí aquel capítulo que primero se presentó a mis ojos, y eran estas palabras: No en banquetes y embriagueces, no en vicios y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones, sino vestíos de Nuestro Señor Jesucristo y no empleéis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos de vuestro cuerpo. No quise leer más adelante, ni tampoco era menester, porque luego que acabé de leer esta sentencia, como si se me hubiera infundido en el corazón un rayo de luz cristalina, se disiparon enteramente todas las tinieblas de mis dudas».

Agustín estaba convertido. El primer capítuló de su vida se cerraba definitivamente y a su vista se abrían las páginas del segundo, puras e inmaculadas, como para recibir las grandiosas realidades que en este libro vamos a recordar y entonces ocultaba el porvenir.

CAPITULO I

Los Académicos. Sus teorías. Refútalas Agustín en uno de sus Diálogos.

Las doctrinas que el insigne Platón enseñó a orillas del Cefiso, en la frondosa soledad de los jardines de su amigo Academo, experimentaron bien pronto los efectos de la inconstancia humana. Aquellos bosques, bañados con el suave aroma del recuerdo del filósofo más grande que conoció la antigüedad, vieron profanada la augusta quietud de sus rincones con estériles y profundas disensiones. Las disputas entre los discípulos de aquél, ya entonces llamados académicos, y el sinnúmero de teorías y sistemas que de ellas surgieron, acabaron con el carácter dogmático que dominaba en la doctrina de la *antigua* Academia. Algunos miembros de ésta mostraron su preferencia por otro aspecto de la filosofía platónica, qué deja en suspenso determinadas cuestiones, cuya demostración juzga imposible el mismo Platón, que por eso se limita a buscar en ellas cierta verosimilitud. Esto, unido a los continuos ataques de los estoicos, dirigidos por Zenón, hizo que la primitiva Academia declinara sensiblemente hacia el escepticismo, en ella introducido definitivamente por Arcesilao de Pitana (318 a J. C.) Así nació la Academia segunda o *media*.

Arcesilao, en su afán de acabar con los estoicos, avanzó más allá de lo necesario, negando la existencia de un criterio de verdad y fundando toda su doctrina en la negación de la certeza por los sentidos. Fué éste un paso de fatales consecuen-

cias para la segunda Academia. Las puertas quedaron abiertas al más crudo escepticismo. Puestos en el camino de la negación y de la duda, nadie podía medir la magnitud de los acontecimientos que se avecinaban. El sublime espíritu que domina en toda la filosofía de Platón desaparece para siempre de los ámbitos de aquel augusto recinto y del corazón de sus moradores. Las nuevas doctrinas, tenazmente sustentadas por Carneades de Cirene (215-130 a J. C.) privan en la mayoría, y de este modo aparece la tercera Academia, o Academia *nueva.*

Coincidiendo en el fondo con Arcesilao, Carneades negó la posibilidad de conocer la realidad objetiva de las cosas. Y, en una de sus más famosas discusiones, redujo todo conocimiento a verosimilitudes. La incapacidad del entendimiento humano es tan grande que ni siquiera «sabe que no sabe. Porque en la ignorancia absoluta está incluído ignorar que ignora. La verdad está reservada a los dioses; el hombre puede darse por satisfecho si consigue una sombra de la misma». Sólo la moral conservó algo de apariencia en este cataclismo filosófico. Carneades, desentendiéndose de los grandes principios de Platón, púsola bajo la débil tutela de propias conveniencias o prudencia individual.

Un avance tan extremo tuvo la virtud de alarmar a muchos individuos de la misma Academia, amantes de la tradición. Añorando la gloria de los primeros tiempos, quisieron desterrar el escepticismo, poniendo en su lugar el dogmatismo platónico. Pero el ensayo no tuvo desgraciadamente el éxito que era de esperar. Sólo contribuyó, con su eclecticismo, a disminuir momentáneamente las disputas dentro de la Academia que desde entonces quedó fluctuando con tendencia evidente hacia la doctrina escéptica.

La aparición del Cristianismo abrió nuevos y esplendorosos horizontes a la actividad filosófica. El hombre, asustado al verse en las tenebrosas regiones de la duda y de la absoluta negación, sentía necesidad de creer, de alimentar su espíritu

con verdades que diesen cumplida satisfacción a sus anhelos. Siguió pues con avidez el rumbo que la nueva doctrina le señalaba, apartándose así más y más del escepticismo. A este golpe no podía sobrevivir la Academia. Las teorías, que aun conservaban su pureza y resplandor primitivos, fueron a refugiarse en la escuela místico-ecléctica de Alejandría. La minoria escéptica arrastró una vida lánguida al través de los primeros siglos del Cristianismo, hasta su total extinción. Este era su estado al finalizar la cuarta centuria.

Llegaba a su fin el año 83 de dicha centuria cuando el joven Agustín de Tagaste arribó a la gran ciudad de los Césares. Sueños de gloria y fortuna le hicieron abandonar la patria. Y mientras ambas cosas parecían huir de su lado, rugía con más estruendo la tempestad que llevaba en su alma. Maniqueo, a lo menos en lo exterior, tuvo ocasión de conocer la hipocresía de esta secta, cuyos seguidores, de costumbres morigeradas en apariencia, llevaban en la intimidad una vida crudamente brutal y abominable. Semejante descubrimiento le hizo comprender cuán lejos estaba de la verdad, y arrojó con vehemencia de su alma todo sentimiento hacia la secta, con lo cual se vió, de nuevó, solo en el mundo. «Las escasas creencias que aun conservaba desaparecieron por completo y viólas caer una a una de su alma, como las hojas secas caen de los árboles en tiempo de otoño, indicando sus despojos los pasos de Agustín por la ciudad eterna». Y en un momento supremo de angustia, en que le pareció todo trabajo inútil y toda aspiración irrealizable, pensó, como los académicos, que la verdad no es más que un sueño y que el fin de la ciencia humana es la duda. «¡Extraña miseria la del hombre!, exclama el autor antes citado. La más bella inteligencia, el ingenio más penetrante, el más capaz, el más activo, el que durante larga serie de años se dedicaba sin descanso a la investigación de la verdad, después de haber fluctuado como un buque sin timón, llevado acá y allá por los vientos y las olas, concluye plegando sus alas y

desespera de la verdad. Todo es dudoso para él. La luz no existe en ningún lado y por todas partes le sigue la burla, la befa y el escarnio».

¿Llegó Agustín a abrazar de corazón las doctrinas de la Academia? No lo juzgamos probable. El escepticismo puede momentáneamente satisfacer a aquellos hombres de bajo nivel moral, que sólo buscan en él un medio de cohonestar su vida, no del todo conforme con los preceptos de la misma moral, o de ocultar tras el velo de una duda absoluta la ignorancia que no quieren confesar. El mismo Agustín, en sus Confesiones, habla lo suficientemente claro como para que podamos juzgar de sus ideas académicas. En el capítulo X del libro quinto hace resaltar su simpatía por ellas, sólo como contraposición al hastío que ya le inspiraban los maniqueos. Y en el capítulo catorce del mismo libro, contándonos sus dudas, las compara a la incertidumbre de los académicos, pero sin afirmar que fueran las mismas.

Podemos, por tanto, asemejar su estado al de un ser envuelto en tinieblas y solo en desconocidos lugares. Ansiosamente dirigirá sus pasos en derredor, hasta que, sin fuerzas, caiga en tierra, esperando la mano cariñosa que ayude su triste orfandad. Esto mismo le ocurrió a él. La inutilidad de tantos esfuerzos le anonada; sus energías empiezan a decaer, y una densa obscuridad aisla su espíritu, hasta que la mano de Dios conduce sus pasos al camino de la salvación.

Lo demás nos es ya conocido. En Milán se verifica el gran acontecimiento de su vuelta a la verdad. Su alma consigue en pocos momentos lo que en tantos años inútilmente buscara. La Gracia obtiene una de sus más resonantes victorias y la Iglesia recibe en su seno al futuro campeón de su unidad.

Reunidos en la hermosa quinta de Casiaco, disfrutan Agustín y su madre, con un grupo de compatriotas, del fresco y perfumado ambiente de la montaña, en el otoño del año 386. Al igual que en la naturaleza, reina en todos los ánimos el más

completo sosiego, y una admirable compenetración de sentimientos y armonía de voluntades sazonan sus animadas conversaciones. Se preparan algunos de ellos para el bautismo y se entretienen todos en agradables y siempre instructivas discusiones sobre temas teológicos y de alta filosofía.

Estas discusiones familiares dieron fruto espléndido de sanas doctrinas. No fué otro el origen de los llamados *Diálogos* filosóficos. De lenguaje fácil y argumentación jugosa y lozana, parece palpitar en ellos todo el vigor y sana energía de los floridos años del autor. La vivacidad y prontitud de comprensión, características de aquel espíritu, resaltan en estas obras más que en ninguna otra. Vienen a ser como los primeros pasos del joven africano en su magnífica ascensión hacia las alturas, donde reside la sabiduría.

Contra los Académicos, es, sin duda, uno de los más importantes de estos escritos. Cuenta Agustín que, aun después de convertido, seguían preocupándole algunas de las razones que daban los académicos en favor de sus teorías. Quería por lo visto percibir todo el alcance de estas razones y conocer bien a fondo su falsedad. Y para ello propuso a sus amigos una discusión sobre las doctrinas académicas. Proposición que fué acogida con gusto por aquella pequeña comunidad, preparando cada uno de sus miembros el punto o puntos que en la disputa habría de sostener.

Tuvo Agustín la precaución de hacer copiar lo que se discutía, y así pudo publicar más tarde lo tratado, en tres libros, bajo el título de *Contra los Académicos*. De donde se deduce que la obra debió aparecer a fines del año 386, en el cual se desarrollan estos acontecimientos.

En varios de sus escritos cita el Santo obispo esta obra como una filosófica refutación del escepticismo (Vid. De Trinit. lib. XV cap. XII y Enchir. cap. XX). Pero se ha de notar que, más que una refutación directa, es una comparación o lucha entre dos teorías, de las cuales una queda vencida tanto por el

irresistible empuje de la otra, como por su propia debilidad y absoluta carencia de sólidas bases.

Empieza la disputa llevando la parte de los académicos el joven Licencio, que tiene por contrario a otro joven, llamado Trigecio. La dirige Agustín, y Alipio ha de ser el juez que compulse las opiniones y resuelva imparcialmente las dificultades que en su desarrollo puedan surgir. Quiérese averiguar, en primer término, si la felicidad de la vida está en el conocimiento de la verdad o sólo en su investigación, conforme defendían los escépticos. Después de un cambio de palabras, en el que no consiguen establecer una opinión común, propone Agustín la definición de error para tener un punto de partida y así abreviar la conversación. Extiéndense en esta definición, así como en la de la sabiduría, y sostiene largos y movidos debates, de los que sale muy mal parada la doctrina escéptica.

A continuación de unas palabras sobre la necesidad del divino auxilio para luchar contra los académicos, expone Agustín, a ruego de los concursantes, las teorías de aquellos filósofos. Acto continuo señala Alipio la separación y diferencias entre la antigua y la nueva Academia. Y sobre estos datos se entabla una nueva discusión, en la que quedan refutados aquellos que, por no admitir la posibilidad de conseguir la verdad, lo reducen todo a verosimilitudes, siendo unos verdaderos probabilistas del conocimiento.

En libro tercero se prueba que la fortuna ni es necesaria ni perjudicial al sabio, pero que éste debe abstenerse de buscarla con demasiada vehemencia. Y demuestra en seguida Agustín que el sabio no lo ignora todo, ya que a lo menos conoce la sabiduría. Analiza luego las dos sentencias de los académicos que niegan la percepción y rechazan el asentimiento del hombre a las ideas y las cosas. El mismo Agustín termina la obra con un extenso discurso en el que proclama su esperanza de conseguir la verdadera ciencia, a cuyo fin de-

dicará sus mejores energías, siempre apoyado en el Nombre y autoridad de Cristo, fuente de toda sabiduría.

Como es de suponer, aun se nota en este escrito la influencia de antiguas opiniones, todavía frescas—si vale la palabra—en el alma del joven escritor. En las Retractaciones corrige él mismo algunas menos exactas, o apreciaciones algo exageradas. No obstante, el conjunto nos hace vislumbrar algo de lo que ha de ser el nuevo cristiano al correr del tiempo. Tranquilo su espíritu con la posesión del bien y con el nombre de Cristo por lema, es seguro que remontará su vuelo, en magníficas ascensiones, hasta la fuente inexhausta y purísima de la Eterna Sabiduría, donde apagará la sed de verdadera ciencia que abrasa todo su ser.

CAPITULO II

Diálogos filosóficos. Su importancia. Los «Soliloquios»

Somos de la opinión de aquellos que dan especial importancia a los primeros ensayos de la pluma de Agustín, particularmente a los llamados *Diálogos filosóficos*, fruto de las conversaciones habidas con los amigos en la quinta de Casiaco. Y creemos que, a pesar de los retoques que sufrieran antes de su aparición, conservan en el fondo un valor muy grande, un interés excepcional, en el estudio de la filosofía agustiniana.

Opinión muy común, que tiene, sin embargo, sus impugnadores. Pues no falta quien intenta presentar a los famosos *Diálogos* en contradicción con las *Confesiones*, negando, en consecuencia, veracidad a una u otra obra. Cuando son precisamente los primeros el más bello complemento de las segundas; quedando patente, con ambos escritos, la personalidad de San Agustín en sus múltiples y variados aspectos. «Los *Diálogos* y las *Confesiones*, dice el P. P. Fabo, ostentan dos modos distintos, pero no contradictorios, de la verdad. En los primeros hay silencios no maliciosos, en las segundas está la narración metodizada y completa, cual convenía al asunto». Los escritos de Casiaco encierran un corto pero interesante espacio de la vida del Doctor de la gracia: en sus páginas pálpase, permítase la expresión, la transformación de su inteligencia y de su corazón y se sigue muy de cerca el admirable y rápido tránsito del modo de pensar de Agustín pagano, casi escéptico, a los magníficos conceptos de Agustín cristiano, futuro

campeón de la verdad. Las *Confesiones*, fruto de la reflexión y de la experiencia, resumen con gran amplitud, no ya una parte, sino toda la vida de aquel hombre inmortal. En ellas todo es admirable. Desde la memoria que le permite recordar los más insignificantes acontecimientos, hasta la inteligencia, que en los últimos libros remonta el vuelo a la regiones inefables del misterio y de la Divinidad. ¿Cómo, pues, han de estar en contradicción dos escritos que con tanta uniformidad conspiran al mismo fin?

Otra cosa es ya la justipreciación de su valor documental con relación a ese mismo fin: o sea, cuál de los dos encierra datos más importantes y de solidez indubitable para un estudio racional y acabado de la personalidad de Agustín. Y en esto, las obras de Casiaco no tienen, a nuestro parecer, la importancia de las *Confesiones*. Estas, aparte de otras consideraciones, por el hecho de ser posteriores tienen, naturalmente, más amplitud y ostentan en sus páginas la cualidad de ser la obra serena y meditada de un anciano curtido en las luchas de la inteligencia y rebosando su corazón celestiales frutos de santidad. «Los *Diálogos* son, dice un escritor, obras espontáneas y vivas que reflejan las impresiones de la vida cotidiana... Las *Confesiones* por el contrario, son obras de meditación y reflexión religiosa».

Sin embargo, es necesario decir que también en esta cuestión, como en la anterior, hay diversas opiniones, y al lado de los que dan toda la importancia a las *Confesiones*, quitándosela a los *Diálogos*, están otros que se fundan precisamente en los últimos para negársela a las primeras. Extremismos innecesarios creemos nosotros. Porque un estudio de ambos escritos basta para poner las cosas en su justo lugar. En realidad, no es una *verdadera* comparación lo que podemos establecer entre ellos, pues su carácter no la admite. Existe, si, una relación, en cuanto que ambos contribuyen en mayor o menor escala a esclarecer la vida del autor. En este sentido decíamos

antes que los *Diálogos* no tienen toda la importancia de las *Confesiones*, ya que, ni son tan explícitos como ellas, ni tienen su amplitud. Y esto no obsta para que podamos repetir, en último término, lo que expresamos al principio, o sea, que ambos se perfeccionan mutuamente. Porque no hay duda que muchas veces el «historiador manifiesta lo que el filósofo calla», y éste a su vez emplea un lenguaje que con frecuencia refleja mejor los aspectos de aquella vida rica en acontecimientos de aleccionadoras enseñanzas.

Las cuatro obras que componen los *Diálogos*, si bien tienen de común el fondo filosófico, no obstante cada uno conserva un carácter peculiar que lo separa de los otros. Y así *Contra los Académicos*, es una obra de tinte apologético, mientras que la *Vida feliz* añade a ese aspecto otro doctrinal, casi místico, al demostrar que sólo es feliz el que posee a Dios. El tratado *Del Orden*, simplemente filosófico, estudiando las difíciles cuestiones que se relacionan con el bien y el mal, se coloca en un plano algo diferente de los anteriores. Pero siempre conserva como ellos ese distintivo cristiano que nos hace ver al autor a una distancia inmensa de sus antiguas ideas.

El estudio de los *Soliloquios*, otro de los Diálogos, ocupará este capítulo. Pero antes de comenzar su breve análisis hemos de hacer notar que no hay que confundir estos *Soliloquios* con «una colección de plegarias ascéticas atribuídas al Santo Doctor y que parece fueron coleccionadas en el s. XIII.»

Los verdaderos Soliloquios, la obra que vamos a estudiar, fué compuesta en Casiaco y apareció en los comienzos del año 387. La escribió Agustín en los espacios de tiempo que transcurrían entre las disputas sostenidas con sus amigos y los momentos de soledad, en los que su alma se sumía en diálogos consigo misma y en largas y tiernas conversaciones con Dios. «En esta obra dejé, dice en las Retractaciones, estampadas aquellas cosas que, con el fin de conocer mejor la verdad, deseaba saber preguntándome y respondiendo yo mismo

acerca de ellas, como si la razón y yo fuéramos dos, cuando en realidad éramos unos solo; de aquí que llamara a esta obra *Soliloquios*».

Están formados por dos libros de treinta y cinco y quince capítulos respectivamente, sin un tema común, pues mientras en el primero se trata de poner de manifiesto cómo debe ser aquel que desea buscar la sabiduría, en el segundo háblase largamente de la inmortalidad del alma.

Empieza el primer libro con una extensa y «apasionada elevación al Señor, letanía vibrante de amor, en que la substancia profunda de la fe ha tomado la alada veste de volador cántico triunfal». Los conceptos y el lenguaje de esta tierna oración traen a la memoria aquellas otras de las Confesiones, en las que el corazón de Agustín se nos muestra ardiendo en llamas de un intenso amor divino. Se aspira en esta página un fuerte y embriagador perfume de vida celestial que arrebata el espíritu y lo eleva a las tranquilas regiones del bien y de la virtud.

En el capítulo segundo que sigue a esta oración, el Santo Obispo parece volver de su arrobamiento y como exirañado dice a su razón: Ya he orado a Dios.

—¿Qué deseas, pues, saber?, responde la razón.

—Todas las cosas que acabo de decir en la oración... Deseo conocer a Dios y al alma.

Y he aquí al gran Doctor dialogando con su razón y manifestando el ansia que tiene de conocer a Dios con un conocimiento perfecto y profundo, infinitamente más profundo y perfecto que aquel con que conoce a su amigo Alipio o los ciertos principios de las matemáticas. Explica cuál sea la esencia de este conocimiento y, por medio de ingeniosas comparaciones, va demostrando cómo la verdadera sabiduría está en el mismo conocimiento de Dios. Habla en el último capítulo del alma, preparando el tema del libro siguiente, y termina éste con unas hermosas palabras de confianza en el Señor.

El segundo libro es, como ya indicamos, una disertación sobre la inmortalidad del alma, y en él se muestra Agustín tan experto filósofo como sutil argumentador. Inicia también aquí la exposición con una breve y profundísima oración, que sólo ella daría para llenar muchas páginas y es una de las mas conocidas frases de Agustín: Señor, siempre el mismo, dice, conózcame a mí y conózcate a Tí. Y sigue la exposición discutiendo largamente sobre lo verdadero y lo falso, para fundarse en la eterna duración de la verdad y deducir de ahí la inmortalidad del alma, asiento de la misma verdad. Pero deja a propósito incompleta la demostración para poder consultar mejor y estudiar más el asunto, como lo hizo más tarde en el libro *De la inmortalidad del alma.*

Obra, la presente, de grandiosas concepciones metafísicas, vuelve pálidos los comentarios que de su doctrina quieran hacerse. En ellas bebieron grandes pensadores muchas de las doctrinas que más tarde dieron celebridad a sus nombres. Citemos a Descartes, filósofo del siglo XVII, que allí fundó sus célebres originalidades que le colocaron entre los hombres de fama universal. Esta parte de los *Diálogos*, más filosófica que las anteriores, «descubre, dice el P. Fabo, la riqueza del entendimiento de aquel joven filósofo llamado con el tiempo a injertar en el árbol de la Teología la cultura que tantas verdades de orden natural derramará por el mundo». Por eso figuran *Los Soliloquios* como una de las mejores obras de San Agustín, y de ellos se ha podido decir con todo fundamento que «son un momento inmortal del genio filosófico agustiniano, y basta esta sola obra para asegurarle un lugar entre los más grandes metafísicos».

CAPITULO III

El retiro de Casiaco. Su influencia en la vida de Agustín. Los libros «Del Orden» y «De la Vida Feliz».

Siempre hemos meditado con especial cariño la vida de Agustín en la quinta de Casiaco. Ese intervalo de tiempo en el que, cansado del trajín de la ciudad, se recoge en la quietud de aquel rincón de Lombardía. Y creemos de gran interés un estudio psicológico de estos momentos excepcionales en la existencia del gran obispo africano. Porque es indudable que un abandono tan completo de todo su ser a los encantos de la Naturaleza y a las dulzuras de la amistad, y con mayor razón a los inefables goces de la gracia que ya empezaba a gustar, hubieron de ejercer una acción vivificadora y decisiva en su alma de luchador. Para algo le guió Dios a la soledad, después de tantos años de dudas y vacilaciones.

No son muy explícitos los datos que poseemos acerca de esta famosa quinta. Su situación hubo de ser pintoresca en sumo grado, porque estas regiones de Italia son de una belleza singular. Circundadas en toda su extensión por la inmensa mole de los Alpes, de cumbres altísimas, coronadas de nieves perpetuas, ofrecen al viajero enfermo o simplemente cansado, todo un mundo de risueñas esperanzas. En sus valles y praderas sólo quiebra el silencio el rumor de los arroyos y el dulce cantar de las aves. Contempla la vista verdes campiñas, cubiertas de innúmeras y variadas flores o pobladas de corpulentos y añosos árboles, que prestan grata sombra en los días calurosos del estío. Percíbense por doquier lagos, jardines, huertas y

montañas cubiertas de perenne vegetación y de hermosura incomparable.

Los encantos de la naturaleza estaban realzados por el gusto romano, que sabía preparar con toda clase de comodidades suntuosas residencias en las que sus dueños disfrutaban largos meses de descanso. Y así, podían verse en la época de Agustín y en la región vecina a las estribaciones de los Alpes y Apeninos, quintas o casas de recreo, en las que ni el más exigente gusto podría echar nada de menos.

No vamos a decir, sin embargo, que la quinta de Casiaco poseyera tantas comodidades. De los escritos de Agustín se desprende que su dueño la tenía casi en completo abandono. Pero es de creer que, estando destinada a lugar de descanso, no habría de carecer de aquello que un noble romano juzgara necesario o conveniente para este fin. Siguiendo siempre las descripciones de los citados escritos, podemos decir en definitiva que la posesión de Verecundo, además de una huerta con grandes árboles y muy a propósito para la meditación, tenía una residencia antigua con relativas comodidades, las que, unidas a la hermosura del paisaje y a la suavidad del clima, dieron cumplida satisfacción a los deseos de Agustín. Allí formó con su madre y varios amigos una especie de comunidad en la que, al par de los bienes materiales, eran comunes los pensamientos y deseos de los ánimos, ligados con los lazos del parentesco o de la verdadera amistad.

Hay épocas en la vida y momentos en el alma en los que la quietud de semejantes lugares llega hasta el fondo del ser humano y producen en él una reacción vivificadora; algo así como la influencia de un poderoso reconstituyente, reanima las fuerzas del cuerpo, ayudándoles a salvar los peligros de la enfermedad. Para Agustín fué éste el momento único de su existencia. «Pasada, afirma un escritor, la crisis intelectual que había quebrantado su salud, diríase que saborea las delicias de la convalecencia». Sólo entonces empieza también a sentir las

dulzuras del espíritu y la dicha sin igual que proporciona una conciencia tranquila. Continuamente medita en la grandeza de Dios y en la dignidad de un alma, y brotan de su corazón ardientes frases de rendido afecto hacia la bondad divina. Los salmos de David, tan variados y sencillos en su soberana grandeza, ponían en sus labios palabras de verdadera penitencia y producían en su ser suave impresión de sólida esperanza. ¡Qué gritos os daba yo, dice en sus Confesiones, cuando novicio todavía en vuestro amor, leía esos cánticos animados de fe tan viva y tan humilde! ¡Qué voces daba, Dios mío, y cómo su lectura me inflamaba en vuestro amor y en vivísimos deseos de irle publicando por todo el mundo, si me fuera posible, en presencia del orgullo y soberbia del género humano! ¿Cómo podré yo describir los sentimientos experimentados en tan felices días?

Pero, en medio de estas efusiones del alma, no se olvidó de cultivar la inteligencia, que bebía a satisfacción las purísimas enseñanzas de la Iglesia, únicas que llevan al conocimiento perfecto de Dios y de sí mismo. Supo aprovechar las aficciones de sus compañeros, encaminándolas hacia un ejercicio moderado, pero sólido, de las dotes de cada uno. De este modo pudo formar una especie de escuela, al estilo de la Academia de Platón, de quien todos eran grandes admiradores. Libres de enojosas preocupaciones, pasaban largas horas a la sombra de los árboles, discurriendo sobre diversas cuestiones, en las que cada uno aportaba al conjunto los propios conocimientos, para ilustrar la discusión y sacar a luz la verdadera doctrina.

El peso de las disputas caía casi siempre, como es de suponer, sobre Agustín. Pero todos exponían con entera libertad su opinión y presentaban sus objeciones, llegándose con frecuencia a entablar movidos *torneos de oratoria*, particularmente entre el elemento joven, que no se prestaba fácilmente a dejar sus respectivos puntos de vista. Agustín veía con singular placer esta lucha de opiniones entre sus discípulos, y hacién-

doles conservar siempre el mutuo respeto, les dejaba explayarse en sus exposiciones, para corregir luego los errores y afianzar sus conocimientos con la autoriad que le daba su título de maestro.

No era raro oir en aquellas sesiones la voz de Santa Mónica, que acudía en auxilio de algún joven puesto en aprietos por los adversarios; o que respondía hábilmente a preguntas propuestas por su hijo que gozaba viéndola discurrir. Celebra el santo las intervenciones de su madre y hace resaltar la viveza y perspicacia de sus respuestas y el aplomo y autoridad con que las exponía. «Creían los que la rodeaban, dice, oir a algún hombre distinguido que estuviera en medio de ellos. En cuanto a mí, contemplaba extasiado el manantial divino de donde brotaban tan bellas cosas». Y no debe extrañarnos esto, porque, según expresión del mismo Agustín, Mónica tenía en su propia vida un ejemplo acabado de verdadera filosofía. Pues «ni el temor, ni el dolor, ni la muerte misma sería capaz de separarla de la Verdad. Y por confesión de todos el punto supremo de la filosofía se halla precisamente en esto».

Aquellos diálogos comenzaban con frecuencia por preguntas o consideraciones del momento y al parecer sin ninguna importancia. Y terminaban en animadas disquisiciones de alta filosofía, que daban origen a algunas obras como la *Del Orden*, cuyo princiqio no deja de ser curioso.

Una de tantas noches como Agustín, sumido en profundas meditaciones, no podía conciliar el sueño, llegó a sus oídos el murmullo de un arroyuelo, cuyas aguas se deslizaban suavemente a través de la huerta. La paz y el silencio de aquella noche otoñal hacía más perceptible el ruido de la corriente, que unas veces parecía emprender rápida carrera y otras detenerse en tranquilo remanso. La inteligencia del joven africano, siempre dispuesta a inquirir el porqué de las cosas, trataba de explicarse la causa de estas intermitencias. Pero he aquí que otro ruido más fuerte y cercano que el anterior, le obliga a suspen-

der la meditación. Licencio, su discípulo predilecto, que descansaba en una habitación contigua, molestado por el continuo correr de los ratones, procuraba espantarlos a fuerza de golpes sobre los muebles del aposento. Agustín casi se alegró de este inesperado alboroto: puesto que sus discípulos estaban en vela como él, podría distraer las inacabables horas de la noche en conversación con ellos.

Propúsoles sus cavilaciones e inquirió la causa de la diferente intensidad en el ruido de la corriente. Estamos, contestó Licencio, en el otoño y las hojas de los árboles caen en el arroyuelo. Cuando son pocas y el agua las cubre con facilidad el sonido es tranquilo y claro. Pero cuando se amontonan en el lecho, el agua empuja con más fuerza y corre más precipitada y rumorosa.

Admitió Agustín la explicación y, confesando su ignorancia, simuló maravillarse de aquella respuesta. Su discípulo le aseguró que no había motivo para maravillarse, teniendo en cuenta que todo en el universo sucede según cierto orden, al que las cosas están sometidas. Y helos ya enfrascados en una discusión, que les hizo olvidar el sueño y las molestias de los ratones.

Esto aconteció a fines del año 386, tiempo en que apareció la obra *Del Orden,* nacida de esta curiosa sesión. En los dos libros que la componen quiere, según dice en las Retractaciones, demostrar que todo está subordinado y gobernado por la Providencia, aun los males que suceden en el mundo. Con este fin transcribe en el primero la discusión sostenida con sus discípulos, durante la cual quedó probado que las cosas han de tener una causa que las produzca y estar sometidas a un orden que abarque a todas, aun las malas, porque éstas son toleradas por Dios, que con su poder las hace contribuir al bien universal de la creación. Como aclaración y corolario de esta doctrina, contienen las últimas páginas del libro algunas nociones sobre el orden y habla de la importancia que adquieren nuestras acciones cuando están regidas por él.

Continúa el segundo libro la misma discusión y en ella van apareciendo algunos temas de gran interés filosófico, que nos dicen cómo el verdadero sabio permanece siempre al lado de Dios; o bien ensalzan la bondad divina o explican porqué la Providencia permite el mal en el mundo etc. etc. Pero como por este camino entraban demasiado en arduas cuestiones, ya por encima del alcance de aquellas jóvenes inteligencias, desvió Agustín la discusión y la terminó hablando del orden que debemos de guardar en el estudio, que ha de ir siempre de las cosas más fáciles a las más difíciles, de las materiales a las espirituales.

La Vida feliz, otro de los Diálogos, aparecido el mismo año que el anterior, es también fruto de las conversaciones llevadas a cabo en la soledad del campo. Celebraba Agustín el trece de noviembre el trigésimo segundo aniversario de su nacimiento, y Mónica quiso festejar el acontecimiento con una comida extraordinaria. Durante ella y también de sobremesa, conversaron acerca de la vida, sosteniendo una nueva disputa, la más célebre y movida de todas las de Casiaco, que llegó hasta nosotros en el diálogo citado.

Propone en sus primeros capítulos, en tono alegre y distraído, algunas cuestiones acerca de la vida, y pregunta en último término dónde se encuentra la felicidad que tanto desea el hombre; pues, apenas nace, ya siente la aspiración de ser dichoso. De la felicidad de este mundo, indigna de distraer la atención del hombre serio, subió la disputa a considerar la del espíritu. Y, ante unas hermosas palabras de Mónica que afirmaba ser el único alimento de nuestra alma el conocimiento y el amor a la verdad, tomó aspecto de polémica con los escépticos, estableciendo en contra de ellos la posibilidad de hallar a Dios, Verdad suprema, que hace felices a los que la consiguen. «Por eso, dice Agustín, podemos asegurar que el que busca a Dios y le encuentra es feliz; el que le busca y no le encuentra, aunque le tiene por amigo aun no es feliz. Pero mu-

cho menos lo será quien se aleja de El y le desconoce, pues éste ni siquiera le tiene por amigo. Consecuencia admirable, a la que arribaron después de tres días de discusión y que parece formada con pedazos del corazón de Agustín. ¿No son, acaso, esas cuatro líneas el resumen de su azarosa existencia?

No obstante el carácter de amena conversación que predomina en estas obras, el fondo es en todas ellas interesante y profundo, como profundas erán las preocupaciones en el alma de Agustín. Porque su voluntad y su corazón habíanse desprendido de las vestiduras y resabios del hombre viejo; pero su inteligencia aun buscaba con ansia la explicación de muchos problemas relacionados con antiguas opiniones. Y sentía verdadera necesidad de discutirlos y presentarlos resueltos a su misma conciencia. Tenía que limpiar su mente de viejos residuos, como dice un escritor, y para ello define sus nuevos ideales, en contraposición con los antiguos.

CAPITULO IV

Más obras filosóficas de Agustín. Los libros «De la Inmortalidad y de la Cantidad del alma».

Si un hombre ilustrado, dice Fenelón, recopilase las sublimes verdades que el gran ingenio de Agustín ha derramado, como al acaso, en sus libros acerca de Dios y del alma, tal extracto, hecho con esmero, resultaría superior a las Meditaciones de Descartes, por más que éstas sean un gran esfuerzo del insigne filósofo. Labor importantísima habría de ser ciertamente la que indican estas palabras. Sin tener en cuenta las obras dedicadas expresamente a estudiar el alma, contienen los escritos del Obispo de Hipona infinidad de pasajes que, con profunda concisión y admirable exactitud, compendian una o muchas de sus cualidades. ¿Qué es el alma? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Qué es después de la muerte? Misteriosos problemas cuya solución busca Agustín en las enseñanzas de la filosofía cristiana.

Apenas iniciado en las teorías platónicas, siente en su conciencia, hasta entonces obscurecida por el maniqueismo, la realidad de un ser espiritual, que obra en sí mismo, que es causa consciente y responsable de sus acciones. Pero no se contenta con el simple conocimiento de este *actus primus* del hombre. Desea también conocerle en su esencia y facultades. Su ardiente y batallador carácter no le permite ni un momento de descanso en este incesante andar hacia la verdad. A la luz de las doctrinas platónicas quiere resolver innumerables

problemas acerca del Dios que empieza a conocer y del alma, cuya naturaleza va dejando de ser un misterio para él.

Pronto comprendió, sin embargo, que las enseñanzas de Platón no podían satisfacer todas sus ansias ni llenar todos sus anhelos. «Le habían indicado adonde era preciso dirigirse, pero no le habían indicado el camino. La filosofía pagana, en lo que tiene de más perfecta, era como una sublime altura desde donde se percibía, distante y lejana, la patria de la paz y de la luz, pero en donde ningún camino se descubría para poder llegar».

Como es de suponer, al joven de Tagaste le bastó vislumbrar esos risueños campos de felicidad y bienandanza para poner todo su empeño en conseguirlos. Emprende, pues, la marcha con brío y decisión, y Dios, que guía sus pasos, pone en su corazón el deseo de leer los Libros Santos. Y son, por fin, las Epístolas de San Pablo las que le señalan la senda y los medios de llegar al término de sus aspiraciones. Sus ideas entonces se rejuvenecen, y brotan lozanas y vigorosas otras nuevas, que perfeccionan a las primeras. Y el alma, volviendo al tema, aparece a la vista de su entendimiento tal cual es en sí: una substancia espiritual, libre e inmortal; dotada de nobilísimas facultades y de hermosura y dignidad tan grandes, que el mismo Dios la llama imagen y semejanza de su propia divina Esencia.

Y ya entonces puede exclamar, como lo hará más adelante: Nada vale lo que un alma. Ni la tierra, ni el mar, ni los astros, ni el sol, ni nada absolutamente de lo que puede verse o palparse. De lo que Dios creó parte es inferior a ella, parte sólo igual, nada superior. Inferiores son los animales y demás cosas sensibles; iguales son los ángeles».

Bellísimas palabras que dan idea de la nueva orientación filosófica de Agustín. ¿Qué tiene de particular que diga otra vez con el pensamiento puesto en Dios que «el alma es un amor que aspira a lo infinito, que sólo Dios es la patria del alma?

¿No revelan estas expresiones un profundo conocimiento de la esencia íntima del espíritu humano, en relación con sus eternos destinos? Son la espontánea manifestación de un concepto formado después de intensas meditaciones y caldeado en un corazón abrasado de amor. Y «cuando la cabeza y el corazón de Agustín unen sus luces, no hay cosa comparable a foco tan luminoso».

No es ésta la ocasión de hacer un estudio sobre las diversas teorías que acerca del alma fueron apareciendo al correr de los siglos. Diremos tan sólo que, si exceptuamos la doctrina de los materialistas de la escuela jónica, Thales, Anaximenon, Heróclito, que hacían de ella un conglomerado de diversas partículas, y la de los epicúreos, que no admitía más que la materia, la creencia en un alma fué casi general. Los primeros siglos de nuestra era la perfeccionaron, purificándola con la revelación y gozando pacíficamente de esta verdad. Así se explica la falta de escritos sobre tema tan importante en la primera época de la Iglesia. Pero cuando los maniqueos y pelagianos rozan con sus enseñanzas, directa o indirectamente, este dogma de la fe, las circunstancias cambian, las disputas se multiplican y aparecen muchas obras sobre el alma y sus facultades.

Agustín apreció, en seguida, el magno interés de estas discusiones. Y por ello en uno de sus primeros libros abordó el dificilísimo tema, escribiendo el año 387 el titulado *Inmortalidad del alma*. En él, dice Papini, siguiendo especialmente las huellas de Plotino, reasumió y profundizó el tema que ya había iniciado en los *Soliloquios*. Pero más que un verdadero tratado, es una colección de notas sobre la inmortalidad. Debió, no obstante, consagrar a este trabajo los pocos momentos que le permitían sus deberes de *elegido*. . . , porque dejó sin terminar la obra, que es una de aquellas en que con más esplendor brilla su talento especulativo». El mismo Agustín confiesa en las Retractaciones que es un trabajo imperfecto y de difícil comprensión.

La otra obra *De la Cuantidad del alma*, aparecida a principios del año 388, no es una cosa excepcional, pero si afirmamos que tiene una importancia muy superior a la anterior, por ser su fin exclusivamente filosófico y expositivo, contemplando al alma a la luz de la doctrina de la Iglesia y de los grandes filósofos de la antigüedad. Está en forma de un sutilísimo diálogo entre Agustín y Evodio, quien, preocupado por estos problemas, pide para ellos una solución.

Son seis las cuestiones de la más alta filosofía que Agustín estudia con agudeza y penetración admirables en los treinta y seis capítulos que abarca la obra. «El santo obispo, dice Papini, gracias a los neoplatónicos, se ha desembarazado ya para siempre, y radicalmente, de todo espesor materialista y ha llegado a concebir en su plenitud la espiritualidad pura. La cantidad del alma de que trata no tiene pues nada que ver con la espacialidad, sino que ha de ser entendida como potencia *dinamis*. Y va más allá del pensamiento plotiniano cuando se pone a describir las manifestaciones siempre altas, esto es, la jerarquía interna de esta potencia».

Estas manifestaciones o grados son siete y abarcan desde el alma vegetativa hasta la contemplación, propia del alma racional. «Después de los primeros grados, traduce Bougaud, menos importantes sin duda, llega al cuarto, consistente en que el alma se prefiera no solamente a su cuerpo, sino también a todos los demás; en que coloque los bienes de su espíritu sobre la tierra... Con esto, el alma, en un arranque sublime, se lanza hacia su Dios y empieza a contemplar, aspirando a la felicidad de verle, que es lo que constituye el quinto grado. El sexto consiste en la acción: no basta contemplar, es preciso obrar; sirve poco la verdad, es preciso unirse a ella. Entonces, y es el séptimo y último grado, la contemplación unida a la virtud, empieza y constituye la calma y la dicha anticipada de la eternidad. ¡Oh y cuán poderoso encanto produce la contemplación de la verdad! Deseosa el alma de llegar al objeto que

contempla, la muerte misma, mirada con horror en otras circunstancias, llega a serle dulce y querida como el mayor de los bienes».

Pero no vamos a seguir a San Agustín en su exposición. La tiranía del espacio nos impide admirar sus vuelos de águila y deleitar nuestro espíritu en la contemplación de sus maravillosas concepciones. Basta con lo dicho para comprender que este libro, de corta extensión, es un compendio de trascendentales doctrinas. Y en él, como en otros que le precedieron, «escritos junto a las tumbas de los Apóstoles, está ya la prefiguración de lo que será hasta su muerte la obra titánica de Agustín: la defensa de la Iglesia, la polémica con la herejía y la indicación de cómo la criatura puede ascender al goce del Creador».

CAPITULO V

Exquisita sensibilidad del alma de Agustín. Amplitud de sus conocimientos. Los libros «De la Música».

La obra que vamos a examinar es hondamente sugestiva, no tanto en sí misma cuanto en su relación con las actividades de Agustín. Este hombre singular, forjado en la lucha desde la más tierna juventud, poseía, a pesar de todo, un alma sensible y abierta a las puras emociones del arte, en su alta expresión. Cuando, rendido del trabajo, volvía a la soledad de su celda, sabía buscar en las intimidades de su ser los motivos divinos que engendran dulzuras de dicha sin igual. Muchas páginas de sus libros revelan un estado de ánimo en el que se sienten todavía vibrar las cuerdas de las más altas y nobles sensaciones. Y no es en el lenguaje solamente; es en el espíritu que le anima lo que nos hace llegar al fondo de aquel corazón, hasta percibir sus más íntimas pulsaciones.

El gran obispo se identificaba con su pensamiento y en frases inigualables, rápidas, penetrantes, volcaba en las cuartillas los maravillosos conceptos, que nos permiten hoy representarnos su carácter con la seguridad con que un buen pintor traza en el lienzo los bellos panoramas que la naturaleza le ofrece. El corazón de Agustín estaba lleno de Dios, centro inagotable de suavísimas emociones, y es natural entonces que vibrara al unísono de la infinita armonía que le dominaba.

La belleza creada es una participación de la increada y eterna, que hace brillar en la tierra algunos destellos de su grandeza, para inspirar al hombre el deseo de más altas realidades.

No ignoraba esto Agustín, que por lo mismo, sabía muy bien elevarse desde las criaturas a la Majestad del Creador, que en ellas manifiesta su poder y hermosura. De ahí que su pensamiento, aun sobre la más humilde de ellas, «se colora de reflejos extraños y espléndidos que parecen procedentes de otra parte, de un foco invisible para las miras humanas». Los nobles goces del espíritu eran en Agustín enteramente de Dios, mejor dicho, estaban completamente divinizados. Después de la trágica lección de su vida pasada y ante la realidad de la que entonces vivía, pudo decir, con la certidumbre que da la propia experiencia: «La delectación del corazón humano en la luz de la verdad y en la abundancia de la sabiduría... no es comparable a ninguna otra cosa. Por eso no diré que cualquier otro placer es mayor o menor. No hay aquí término de comparación; es de otro orden, es otra realidad». Y no se crean estas palabras dichas en menoscabo de las nobles distracciones del espíritu; antes bien las comprenden porque la belleza que ellas encierran, engendradora de las puras emociones del alma, tiene su origen en lo alto. Y por que lo entendía así Agustín, procuraba por medio de ellas elevarse hasta Dios, según ya dejamos dicho.

No debe, por consiguiente, llamarnos la atención el tema de algunas de sus obras, por extraño que parezca a los estudiados por él ordinariamente. Su espíritu, dueño de exquisitas cualidades, percibía como pocos y gustaba con santo placer las dulzuras y encantos que en nuestra alma produce la belleza en el arte manifiesta. Cuando sus incesantes labores le dejaban un momento de reposo, corría Agustín a entretener sus aficiones, no ciertamente a la medida de sus deseos, sino según la conveniencia de sus principales designios. Así satisfacía, de algún modo, los anhelos de su espíritu, sin interrumpir su obra magnífica de maestro del pueblo. Esto explica perfectamente el origen y fines de algunos escritos, cuyo título pudiera llamar la atención.

El amante y estudioso de Agustín se siente también sorprendido ante estos escritos, admirando la inmensa amplitud de aquella inteligencia, que disputaba con igual seguridad de las profundas cuestiones teológicas y de los más sencillos principios de Gramática; asombraba al mundo con libros colosales de vasta erudición sacra y profana o atraía su atención con un sorprendente estudio sobre la teoría de la música.

El solo catálogo de sus obras da una idea de su variedad; en el contenido de las mismas se vislumbran tan vastos horizontes, que parecen abarcar toda la extensión del saber humano. En las Retractaciones se encuentran algunos títulos que casi resaltan de un modo extraño en aquel severo conjunto de temas trascendentales. Las obras que algunos de ellos recuerdan han desaparecido ya. Otras han llegado felizmente hasta nosotros, como el tratado de la Música, que pasamos a estudiar.

Cuando Agustín, recién convertido, se preparaba en Milán para recibir el bautismo, en la cuaresma del año 387, solía emplear los momentos que sus deberes de *elegido* le dejaban libres, escribiendo sobre temas de su especial predilección, como ya hemos podido apreciar en anteriores páginas. «Quería, dice un escritor moderno, componer, entre otras cosas, siete tratados acerca de las siete artes liberales, logrando esbozar en Milán los de la *Dialéctica*, *Retórica*, *Geometría y Filosofía*. Procuraba de este modo formar en conjunto un *speculum* del saber más cierto y servirse de las cosas sensibles como de escalones para elevar a sí y a otros a las realidades incorpóreas». El tratado de la Música, único que conservamos de esta especie de enciclopedia, fué también incoado en Milán, y terminado el año 389 en Tagaste, en la paz del primer convento de su Orden, que acababa de fundar.

Sus seis libros, sin ser muy extensos, contienen un nutrido conjunto de variadas enseñanzas, repartidas en un total de ochenta y tres capítulos. Agustín confiesa que es difícil y obscuro y teme que, no alcanzando su verdadero significado, haya

quien lo tome por un entretenimiento de niños. Lo cual sería un grave error. Pues su finalidad es mucho más alta e interesante y consiste, según dice en las primeras páginas del libro sexto, en procurar llevar a muchos hombres de buen ingenio, de la afición de las cosas terrenas al gusto de las de Dios.

Están en forma de diálogo entre un maestro y su discípulo, que algunos identifican con Licencio, el de las célebres discusiones de Casiaco. El libro primero lleva al alumno, mediante ingeniosas comparaciones entre el sonido y el significado de algunas palabras, al campo propio de la música, que define en breves y concisos términos. Tres capítulos explican palabra por palabra dicha definición, señalando luego la cantidad, permítasenos el término, de sentido musical que cada uno de nosotros debe a la naturaleza y la que al estudio y a la preparación ha de atribuir. Termina este primer libro dando algunas nociones sobre las diversas clases y el valor de los movimientos musicales. Los siguientes, hasta el quinto inclusive, concretan más el tema, exponiendo además algunas ideas sobre arte métrica, ritmo, verso y medida del verso.

Establecidas estas nociones, recoge en el último libro las consecuencias de orden superior que de ellas se pueden deducir, siendo el más interesante y el más difícil de los seis. En él quiere Agustín elevar a sus lectores desde las teorías expuestas, hasta la contemplación del mismo Dios. Es ingenioso y profundo y no exageraba el santo al decir que no todos le comprenderían. Entra por completo en el terreno de la filosofía y de la teología, discurriendo de un modo tan original y profundo, que juzgamos vano intento empeñarse en resumirlo.

Este inesperado giro del tema, sorprende y desorienta hasta cierto punto al lector. Pero si no desmaya y llega hasta el fin, pronto volverá a sentirse en posesión del argumento, para seguir la maravillosa y difícil exposición, sacando por sí mismo las consecuencias que en ella le brinda Agustín.

CAPITULO VI

La ciudad de Cartago. Agustín perfecciona en ella sus estudios. Sus peligrosas amistades. Adeodato. El libro «Del Maestro».

En los primeros meses del año 371 llegó Agustín a Cartago, renombrada ciudad del Norte de Africa y en un tiempo afortunada rival de Roma. En la época a que nos referimos, si bien no lucía su antiguo esplendor, figuraba como uno de los pueblos más importantes del imperio romano. Emula de la capital hasta en la corrupción, era el punto donde convergía la actividad, tanto industrial y comercial, como intelectual y literaria de la región africana. Su hermoso puerto, de extensos y espaciosos muelles, monopolizaba el comercio, así como sus fábricas y mercados no tenían competidores en la zona de su influencia. Sus escuelas y gimnasios fueron célebres en la antigüedad, y estaban continuamente llenos de jóvenes entusiastas que buscaban allí la ciencia que el Estado proporcionaba por medio de renombrados profesores.

Fué una gran satisfacción para Agustín poder continuar sus estudios en aquella ciudad. Patricio, su padre, pequeño propietario, de grandes ilusiones con relación al hijo predilecto, pudo difícilmente reunir lo necesario para sufragar los gastos que suponía su permanencia allí. Su temprana muerte estuvo a punto de acabar con las ilusiones del joven estudiante. Pero la generosidad de un opulento y noble ciudadano sorteó este contratiempo, y Agustín pudo saciar sus ansias de saber, frecuentando los más afamados centros de cultura de la gran ciudad.

Sus privilegiadas cualidades y la nobleza innata de su corazón le granjearon la amistad de sus condiscípulos, que reconocían su superioridad. Con ellos empezó a frecuentar teatros y grandes centros de diversión, donde su temperamento, genuínamente africano, sentíase abrasar en el fuego de la pasión. Lejos de las miradas maternas y con medios suficientes para entregarse a los halagos de una vida alegre y despreocupada, pronto se dejó arrastrar por las voces del mundo, que le llamaba hacia sí. El mismo describe con gráficas palabras la fuerza de la pasión que entonces le dominó. «El amar y ser amado, dice, se me presentaba como cosa muy dulce y no tardé en caer en los lazos del amor, cuya prisión deseaba».

Efectivamente, el año 371, a los 17 de su edad, entró en relaciones con una joven cartaginesa, al lado de la cual vivió hasta que la gracia tocó su corazón. Fruto de estas relaciones fué un hijo que recibió el nombre de Adeodato. San Agustín, a imitación del real profeta, amó tiernamente a este hijo, llorando más tarde con amargura el pecado que le había traído al mundo.

A juzgar por las palabras que le dedica en las Confesiones, estaba dotado de inmejorable carácter y de hermosas cualidades de inteligencia. «Aún no tenía quince años, dice, y ya aventajaba en ingenio a otros muchos que por su edad e instrucción figuraban entre los hombres graves y doctos. Revelábanse en él cada día nuevas y extraordinarias cualidades y su precoz imaginación me tenía pasmado». Unía a estas dotes una pureza angelical y un gran amor a la virtud, tan constante y tan verdadero, que después de su muerte, ocurrida al cumplir los diecisiete años, pudo decir de él su padre: «Recuérdole siempre con gozo, porque ni en su infancia, ni en su niñez, ni en tiempo alguno de su vida encuentro cosa alguna que pueda empañar la buena memoria que de él conservo».

Otra prueba nos queda sobre el ingenio de aquel niño, que tan dulces recuerdos dejó de su rápido paso por el mundo

Nos referimos a la obra *Del Maestro*, aparecida hacia el año 389, y en cuya composición tuvo gran parte. Es una especie de diálogo en catorce capítulos; diálogo que sostienen Agustín y su hijo. Sus páginas son, como decíamos arriba, una prueba evidente del talento de este último, que en ellas discurre con la profunda seriedad de maestro y entereza admirable de un versado filósofo... Y tan cierto es esto, que el mismo Agustín, adelantándose a las probables objeciones que habrían de oponerse a la autenticidad de los conceptos que figuran como de su hijo, nos la asegura con las siguientes palabras dirigidas a Dios: «Bien sabéis Vos Señor, que aquellos pensamientos y sentencias que pongo allí en nombre de aquel a quien introduzco hablando conmigo, todas son de Adeodato, cuando sólo tenía dieciseis años». Leído el libro se juzga realmente necesaria esta explicación, porque no es ordinario observar semejante vivacidad de ingenio en tan temprana edad.

El tema escogido para el diálogo, sencillo a primera vista, tórnase sutil y profundo en su desarrollo, haciendo de esta obrita una de las más originales y curiosas que nos ofrece el numeroso catálogo de las de Agustín. Trátase de probar en ella que no somos instruídos por las palabras de los hombres, sino por la Verdad Eterna, Cristo, único Maestro. Quiere decir que las palabras con las que los maestros de la tierra exponen sus enseñanzas, sólo tienen la virtud de inclinar el ánimo de los oyentes a buscar la verdad; pero que únicamente el Maestro supremo da en la conciencia de cada uno testimonio infalible de haberla encontrado.

Para llegar a esta conclusión dedica primero varios capítulos a exponer la fuerza y el verdadero fin de la palabra, que no es otro que hacernos recordar las ideas que nuestro entendimiento ha aprehendido de las cosas. Porque con frecuencia «creemos que cambiamos de pensamientos y lo que cambiamos son signos y sonidos, que sirven para despertar los pensamientos que ya estaban en nosotros». Esto hace la palabra del

maestro en la tierra. Otro Maestro hay que enseña la verdad por medio de la inspiración interior, y la enseña, no ya a los discípulos que le buscan, sino también a los mismos maestros que la exponen. «Toda alma le tiene en sí y le interroga, pero Cristo, ese Maestro divino, no responde sino en proporción a la buena o mala voluntad del que pregunta. Es El, ya hable yo o me hablen, quien manifiesta al pensamiento del que habla o escucha una misma verdad. Esta simultaneidad de iluminaciones hace creer que haya maestros y discípulos, pero en realidad no hay sino un solo maestro». Hermosa demostración de aquellas terminantes y escuetas palabras del Evangelio: Uno es vuestro maestro: Dios.

Esta obrita es sumamente original y por eso nos hemos decidido a darle un lugar especial en nuestro estudio. Porque realmente llama la atención el tema tal cual le presenta Agustín. Se cumple lo que más de una vez hemos de tener ocasión de apreciar, que el gran Doctor africano lleva siempre la demostración de sus proposiciones hasta el límite que permiten los conocimientos que con ellas se relacionan. Y así en este librito, partiendo de una disquisición sobre el lenguaje que «precede en muchos siglos a las conclusiones de los analistas modernos», llega en muy lógicas e ingeniosas consecuencias a la cumbre de su proposición, que es una sentencia del Evangelio.

CAPITULO VII

El problema del mal. Agustín busca su solución y escribe la obra «Del libre albedrío»

Uno de los problemas que más hondamente preocupó a los antiguos filósofos fué la explicación del origen del mal. En el alma de Agustín obscurecía a los demás. En el comienzo de sus estudios y a medida que profundizaba en la filosofía, tan pavoroso problema detenía los avances de su ingenio y torturaba hasta los más escondidos repliegues de su conciencia. Conocía el mal. ¿Qué digo, conocía? Sentía, palpaba—hablemos así—en su propio ser los efectos de la lucha del bien con el mal. Veíalo flotar en el mundo y sobreponerse muchas veces al bien, dominando, casi por completo, en la tierra: Pero, ¿de dónde procedía?

Rechazaba la sola idea de suponerlo creado por el Ser Supremo, fuente inexhausta de bien. Apartado como estaba entonces del verdadero camino, el concepto de la responsabilidad humana le era desconocido, faltándole así el fundamento necesario para explicarse tan grave problema. Porque no podía comprender que el mal efectivo, como tendremos ocasión de exponer más adelante, es obra de la voluntad creada y una negación del bien que en ella debía de existir.

Estos conceptos que una vez convertido expuso en sus obras, ignorábalos entonces, y arrastrado por el ansia de aclarar el misterio, se alistó en el maniqueísmo, donde le pareció vislumbrar un rayo de luz. Los jefes de la secta daban por resuelto el problema con la hipótesis de los dos principios, causa y origen del bien el uno y fuente del mal el otro.

Sin embargo, tampoco fué esto para él una solución, porque no podía comprender la existencia de dos principios esen-

cialmente opuestos, y porque veía además la inconsecuencia de la secta, que aconsejaba la penitencia, reconociendo hasta cierto punto la responsabilidad humana; pero una responsabilidad regida por la influencia de los dos principios. De modo que el hombre, arrastrado por el principio malo, podía impunemente conculcar toda ley, así como sin mérito, y en virtud de la influencia del bueno, practicar la virtud. Y entonces ¿a qué aconsejar la penitencia? Y aceptada ésta ¿a cuál de los dos principios corresponde hacerla? ¿Al malo? Entonces ya no lo es substancialmente porque se arrepiente de su maldad. ¿Al bueno? Si es tal por esencia ¿cómo puede arrepentirse de lo que es incompatible con su naturaleza?

Ante la desilusión que le proporcionó este proceder de los maniqueos, sintió sobre su alma todo el peso de una absoluta desorientación, declinando insensiblemente hacia el escepticismo y llegando casi a creer, según él mismo dice, que el fin de toda ciencia humana es la duda. Y sólo cuando la fe mudó su corazón pudo con toda seguridad inquirir el origen del mal. Y lo hizo con tanto ahinco que, como dice Bougaud, desarrolla en veinte tratados su pensamiento, tan profundo como exacto. Pudiendo decirse que, desde el momento de su conversión, hasta el último de su vida se ocupó Agustín en resolver este problema.

Su obra *Del libre albedrío* es una elocuente prueba de lo que acabamos de decir. Podría juzgarse por el título que nada tiene que ver con el tema del cual venimos hablando. Pero el mismo Agustín en las Retractaciones nos explica este aparente contrasentido. «Cuando aun permanecíamos en Roma, dice, quisimos averiguar por medio de la disputa, de dónde procede el mal... Y porque se sostuvo entre nosotros que no puede proceder sino del libre arbitrio de la voluntad, los tres libros que tuvieron origen en aquella disputa se llamaron *Del libre albedrío*».

Empezada el año 388 y terminada probablemente el 395, esta obra va contra los maniqueos y es, sin duda, una de las más importantes de las muchas que contra ellos escribió.

Adopta en la forma la exposición dialogada, cosa que nuestro ver contribuye no poco a su mejor inteligencia. Porque en las preguntas se concretan y sintetizan admirablemente las dificultades que surgen en la explicación del pensamiento de Agustín.

La disputa se inicia con esta cruda interrogación: Dime, ¿acaso no es Dios el autor del mal? Y en los dieciseis capítulos del libro primero desarrolla el Santo Doctor el intrincadísimo problema que encierra la pregunta acerca del origen del mal. Para ello distingue dos clases de mal: mal de pena y mal de culpa. El primero es el castigo del segundo, o también la prueba de la virtud, como son los trabajos y sufrimientos de la vida. Y es muy cierto que Dios pueda ser causa o autor del mismo, sin dejar de ser bueno. Precisamente porque lo es debe castigar a los malos y premiar a los buenos.

Dice luego qué cosa sea hacer mal, cometer el pecado; y cómo esto, que tiene origen en la voluntad, es el mal propiamente dicho. Es cierto que tal desorden de la voluntad radica en la concupiscencia, que la inclina hacia los bienes caducos de la tierra, pero ni estos bienes, ni nada fuera o dentro del hombre, puede obligarle a ser criminal. El libre albedrío sigue por su propia cuenta el camino del bien o el del mal. Y de ahí proviene que, deseando todos ser felices, son muchos los que no ven satisfecho este anhelo de su corazón, porque no quieren vivir bien, condición esencial para conseguir la verdadera felicidad.

El libro segundo es aún más profundo, si cabe, que el anterior. Admitido que el mal procede de la voluntad, el contrincante que interviene en la disputa dice: Si es así, no hay duda de que Dios, al darnos la libertad, con la cual podemos pecar, debe ser considerado como causa del mal. Y Agustín contesta en veintidos capítulos con sutilísimas exposiciones sobre el conocimiento de Dios, la libertad humana y sobre el bien. Y resuelve la dificultad, probando que el libre albedrío es un bien y debe por tanto necesariamente proceder de Dios.

Además de que es suficiente razón para crear libre al hombre el hecho de que éste pueda hacer obras meritorias, dando también ocasión al Señor de manifestar su justicia premiando la virtud ó castigando el vicio.

Es de notar en toda esta exposición el método deductivo y de admirable análisis que emplea Agustín, descendiendo desde los primeros principios hasta las más remotas consecuencias. Para que veamos que también estos modernos métodos de estudio eran ya usados por él con «una precisión y eficacia que ya quisieran para sí muchos de sus actuales favorecedores».

Buscando en el libro tercero de dónde proceda ese movimiento que nos inclina a ofender a Dios, niega Agustín que pueda proceder de la naturaleza misma del hombre, porque entonces dejaría de ser libre y, por consiguiente, tampoco podía serle imputado. Es sólo un acto de nuestra voluntad que, a consecuencia del pecado, siente en sí misma la eterna lucha del bien con el mal, de la virtud que lleva a Dios y del vicio que nos aparta de El. Suscita luego el magno problema de la conciliación de la libertad humana con la presciencia divina, estudiándole en varios capítulos, y dedica los restantes al examen de varias consecuencias que fluyen naturalmente de los temas fundamentales que ha expuesto.

Esta obra nos ayuda a seguir, hasta cierto punto, el desenvolvimiento filosófico del gran obispo africano sobre el problema del origen del mal. Empezó a escribirla cuando aún sangraban las heridas que los pasados errores produjeran en su corazón, y es muy natural que, en la discusión, reflejase aquel estado ánimo. En las preguntas y objeciones del adversario parecen palpitar las ansias que el alma de Agustín debió de sentir cuando, lejos de la verdad, buscaba la luz por muy errados caminos. Las intensas agitaciones de su espíritu desfilan así por estas líneas y se condensan en las interrogaciones del contrincante. Y en la réplica, llena de vigor y saturada de doctrina, va toda la fuerza de las nuevas convicciones de Agustín.

CAPITULO VIII

El regreso a la patria. Muerte de Mónica. Visita Agustín a Roma y escribe allí la obra «De las costumbres de la Iglesia Católica y de las costumbres de los maniqueos».

Los días que siguieron a la conversión fueron para Agustín momentos de inefables consuelos, que causaron en todo su ser una reacción vivificadora, preparándole para las futuras luchas por la verdad. Los tiempos de la juventud volvían a su memoria únicamente para inflamarle en vivísimos anhelos de expiación y de absoluto abandono de los bienes caducos de la tierra. Guiado por Dios y ayudado por las oraciones y consejos de su madre, avanzaba con ardor por el camino de la virtud, premiando el cielo con largueza infinita su buena voluntad. Agustín era feliz. Todo sonreía a su alrededor. Los amigos, los compañeros y discípulos, la naturaleza misma, tenían para él encantos desconocidos y muy distintos de los que vió en ellos los años tristes del alejamiento de Dios. La vida cambió de aspecto a sus ojos y los trabajos y asperezas de la misma tomaban ahora un carácter expiador que los hacía verdaderamente amables.

En semejante estado de ánimo decidió regresar a la patria africana y con este fin se trasladó al puerto de Ostia, donde le esperaba una durísima prueba, tanto más terrible cuanto menos esperada. Mónica, la madre amantísima, doblemente digna de este nombre, expiró en sus brazos, llena de inmenso consuelo, por verle ya seguro en el seno de la verdadera Religión.

Agustín soportó esta pérdida con paciencia cristiana, pero no pudo impedir que de todo su ser se apoderase una sensa-

ción de soledad tan grande, que le hacía insensible a lo que le rodeaba. La alegría de los días anteriores aumentaba esta impresión de abandono, trayéndole a la memoria las horas felices en que oía de sus labios palabras ardientes de santidad y amor. La madre que permaneció constantemente a su lado en los trágicos momentos del crepitar de las pasiones, le abandonaba precisamente cuando el horizonte de su vida anunciaba días serenos de suprema paz y bienandanza. Ante estas consideraciones «solté, dice Agustín, el dique de mis lágrimas, que hasta entonces había contenido, y dejándolas correr cuanto quisieron, solo y sentado sobre mi cama, lloraba sin testigos la pérdida de una madre que por tantos años no cesó de llorar por mí.»

Este acontecimiento le obligó a suspender temporalmente su regreso a la patria, dirigiéndose a Roma, que no visitaba desde el año 383. No conocemos los motivos de este viaje. Pero es de suponer que, residiendo en aquella ciudad el Jefe supremo de la Iglesia, Agustín, neófito en la fe, desearía aprovechar la ocasión de fortalecerla, bebiendo en la misma fuente las puras enseñanzas y sagradas prácticas de la Religión. «Agustín, dice Papini, ha reconocido y defendido siempre la primacía doctrinal y disciplinarla del Obispo de Roma y pues estaba tan cercano a la fuente, ¿por qué no apagar allí su sed antes de retornar a la tierra que desde tan largo tiempo hervía en herejías? El luchador, antes de hacerse a la vela hacia el campo de sus actividades, se detiene al lado del maestro supremo».

Reconfortó su espíritu en aquella gran metrópoli visitando los sepulcros de los mártires, confesores admirables de la fe que él acaba de abrazar. Tuvo también ocasión de presenciar los crímenes e iniquidades de paganos y herejes, a quienes sobraba todavía atrevimiento para lanzar, en medio de sus crápulas y orgías, viles calumnias contra la Iglesia de Cristo. Los maniqueos, principalmente, arreciaban esta campaña difamadora contra la Religión, excitando la indignación de Agustín, que no podía concebir cómo aquellos hombres encenagados

en el vicio, se atrevían a levantar su voz contra los cristianos. Y pensó que quizá él era el único que estaba en condiciones de acabar con aquella ola de difamaciones. Los nueve años que perteneció al maniqueismo le sirvieron para estudiarle en todos sus aspectos, llegando a penetrar hasta la íntima esencia de su doctrina y moral.

Este conocimiento, que entonces le obligó a dejar la secta, iba a servirle ahora para ponerla al descubierto, manifestando los espantosos secretos que muy pocos llegaban a conocer. Las circunstancias se presentaban propicias y Agustín las aprovechó, escribiendo dos libros con los respectivos títulos de *Costumbres de la Iglesia Católica* y *Costumbres de los maniqueos,* que debieron aparecer en los comienzos del año 389.

En los treinta y cinco capítulos del primer libro, advierte, como preámbulo, que no es su intención manifestar la perfidia maniquea para ensañarse en ella; desea solamente descubrir la llaga para curarla. Expone luego la doctrina de la Iglesia acerca de las buenas costumbres, apoyando sus enseñanzas en el Nuevo Testamento, que compara después con el Antiguo, a fin de hacer notar la uniformidad de doctrina que existe entre ambos, cosa que no admitían los maniqueos. En el desarrollo de dichas proposiciones demuestra cómo todas las virtudes y santas costumbres que brillan en los buenos cristianos tienen por fin único al Sumo Bien. De lo cual deduce que es lógico que exista, conforme al dogma de la Iglesia, la obligación estricta de amar a ese Sumo Bien, término de nuestras aspiraciones. Opone a la hipocresía maniquea los maravillosos ejemplos de virtud que es tan común ver dentro de la verdadera Religión. Pero antes dirige a ésta unas cálidas palabras que no podemos dejar de copiar. «Tú, dice, tratas y enseñas a los niños con sencillez, con solidez a los jóvenes, a los ancianos con sosiego, según la edad, no sólo del cuerpo, sino también del alma de cada uno. Tú sometes la mujer al marido con lazos de casta y fiel obediencia, no para satisfacer los apetitos sensua-

les, sino para propagar la especie y constituir la sociedad doméstica. Tú das a los maridos autoridad sobre sus esposas, no para que abusen de la mayor debilidad de su sexo, sino para regirse por las leyes de un sincero amor. Tú sometes los hijos a sus padres con cierta servidumbre libre y das a los padres autoridad sobre sus hijos con benigna dominación. Tú unes no sólo por la sociedad, sino también con cierto linaje de fraternidad, ciudadanos con ciudadanos, naciones con naciones, y a todos los hombres sin excepción, recordándoles que descienden de los mismos padres. Tú enseñas a los reyes a tener cuidado de los pueblos, y aconsejas a los pueblos a someterse al rey. Tú enseñas a quién se debe honor, a quién consuelo, a quién reverencia. a quién temór, a quién afecto, a quién amonestación, a quién enseñanza, a quién reproche, a quién castigo, demostrando al mismo tiempo que no a todos se debe todo, pero sí a todos se debe amor, y mal a ninguno».

En el libro segundo, después de una breve refutación de los errores maniqueos, entra en el terreno que podemos llamar de los hechos, poniendo al descubierto las ridículas prácticas y supersticiosas mortificaciones prescritas por la secta. Esta revelación produjo verdadero pánico en el elemento directivo de la misma secta, que comprendió que el golpe tenía que ser mortal para su causa. Sabía muy bien que más que el ansia de hallar la verdad, era el deseo del misterio lo que atraía a la mayoría de los oyentes. Descubierto éste por Agustín ¿qué interés podía tener una secta que bajo el velo de una rígida doctrina, ocultaba los más inconcebibles horrores? Esta herida no pudo ya cerrarse en los años que el maniqueismo logró aun arrastrar una vida pobre y raquítica, que velozmente corría a su total extinción.

En cambio la Iglesia vió robustecida su autoridad y grandemente aumentada su influencia, mereciendo el respeto y la consideración de muchos que antes la despreciaban por no conocerla.

CAPITULO IX

Importancia del estudio de las Sagradas Escrituras. Inícialo Agustín con su obra «De la Doctrina cristiana».

Si en todos los tiempos ha tenido gran importancia el estudio de los Libros Sagrados, en los nuestros esa importancia se ha convertido en necesidad. Hoy todo se quiere discutir en el terreno de los hechos. La razón, deslumbrada con la magnitud de sus propias creaciones, intenta socavar el fundamento histórico de milenarios acontecimientos. Su ofuscación es tan grande que se resiste a detener el paso ante Dios, negando veracidad a los hechos que le muestran en relación con los hombres. Y busca, con loca insistencia, algún vestigio que dé solidez a sus ridículas pretensiones. Desde las áridas y no muy claras enseñanzas de la arqueología y demás ciencias auxiliares de la historia, hasta las maravillosas e insospechadas de las Ciencias Naturales, ha usado vanamente el hombre para enturbiar el brillo majestuoso de la palabra de Dios.

Pero si bien es cierto que este empeño lleva la marca repugnante de un odio implacable a todo lo sobrenatural, no lo es menos que las más de las veces va acompañado de un caudal de conocimientos temibles por su amplitud. Ya no causa admiración el anuncio de una obra de tema bíblico, producto de una inteligencia de reconocidas ideas racionalistas. Antes, al contrario, su lectura nos hará ver que, en medio de grandes errores, encierra un fondo de conocimientos históricos, científicos, lingüísticos, etc. tan amplios y a veces superiores a los de muchos exégetas cristianos.

La lucha con esta clase de enemigos ha de ser, por consiguiente, a base de los mismos conocimientos. Defenderse y atacar en el mismo terreno en que somos atacados. Oponer a su ciencia, llena de prejuicios y vendida al error, otra más alta, purificada con la noble aspiración de servir a la verdad y a la justicia. De ahí la ineludible y perentoria obligación en que se encuentra el apologista cristiano de estudiar, sin descanso, los Libros Santos. La Iglesia ha reconocido y reconoce hoy esta necesidad y pone verdadero empeño en formar hombres dispuestos a la lucha con sólida preparación.

La Biblia, por otra parte, encierra en sí misma motivos sobrados de incesantes estudios, pues como dice San Gregorio, «tiene en lo exterior con qué amamantar a los niños y en sus más ocultos repliegues con qué llenar de admiración a los espíritus más sublimes. Aseméjase a un río cuyas aguas son tan bajas en ciertos lugares, que un cordero podría vadearlas, y tan profundas en otros, que un elefante nadaría en ellas». Estas palabras, que el santo dice de la doctrina, podemos aplicarlas a la estructura externa, digámoslo así, de la misma Sagrada Escritura. La antigüedad de sus Libros, así como la imposibilidad en que casi nos hallamos de estudiarlos en la lengua en que fueron escritos, dificultan grandemente su perfecto conocimiento. Los Padres de la Iglesia se quejan ya de estas dificultades, y muchos dedicaron sus energías a disminuir sus efectos. De todos son conocidos los trabajos admirables de San Jerónimo. Su férrea constancia dejó a los siglos, como herencia de valor incalculable, la mejor traducción de las Escrituras, aprobada y usada por la Iglesia desde aquellos lejanos tiempos hasta nuestros días.

También San Agustín, que conocía muy bien estos inconvenientes, trató de disminuirlos, escribiendo algunas importantísimas obras, entre las que se destaca la titulada *De la Doctrina cristiana*. Tan interesante es, que los Maurinos la juzgan digna de figurar al lado de los prólogos del solitario de Belén,

y Bossuet no duda en afirmar que nos da allí Agustín más reglas que todos los doctores juntos. Sus enseñanzas sirven aún de base a los modernos y profundos tratados de exégesis bíblica, que ostentan en sus páginas los más recientes descubrimientos de las ciencias relacionados con esta cuestión.

Este escrito, aparecido hacia el año 397, forma un conjunto didáctico-exegético, en el que las normas de interpretación van precedidas de una exposición sobre la caridad, y terminan con un verdadero tratado de oratoria sagrada. En el prólogo pone de relieve el interés de las cuestiones que va a desarrollar, hace la división general de la obra y establece en la doctrina la distinción entre las cosas y los signos que las representan. Los cuarenta capítulos del primer libro discurren sobre las cosas, las cuales unas son para nuestro placer y otras para nuestro uso. Extiéndense en la consideración de las grandezas de Dios, felicidad última y verdadera del hombre, que los demás seres le ayudan a conseguir. Conforme a esto, el fin y la plenitud de las Sagradas Escrituras está en el amor de Dios por sí mismo y al prójimo por Dios.

Y a continuación el libro segundo aborda el tema que constituye el fin de la obra. Como base de la exposición, establece el Canon de los Libros Sagrados, Canon que tiene una importancia singular, por ser copia de la tradición, que ya entonces admitía como inspirados los Libros que, siglos después, el Concilio de Trento definió como tales en su famosa Sesión IV. Señala luego la necesidad de conocer las lenguas originarias de la Biblia para poder percibir todo el alcance de las palabras con frecuencia nada claras.

El libro tercero analiza minuciosamente las dificultades que se oponen a un conocimiento exacto de la Sagrada Escritura, deteniéndose en las que tienen su origen en la diversa acepción de las palabras, en la varia pronunciación de las mismas y hasta en su semejanza con otras de distinto significado. El lenguaje tropológico, tan común en la Biblia, es un grave escollo

para los principiantes y causa de muchas disputas para los maestros. San Agustín lo sabe muy bien y por eso dedica gran parte de este libro al estudio de las reglas más eficaces para distinguir este lenguaje del natural o recto, que no ofrece dificultad.

Pero el verdadero exégeta no debe contentarse con las anteriores nociones. La grandeza de la doctrina que encierran los Libros Santos, requiere elocuentes expositores, y para que los exégetas lo sean, añade Agustín el libro cuarto, que es, como decíamos arriba, un completo tratado de oratoria sagrada. En sus treinta y un capítulos estudia con gran acierto y oportunidad las cualidades de la verdadera elocuencia y la importancia de la misma, por la apacible a la vez que enérgica influencia que ejerce en los ánimos. De ningún modo debe el orador cristiano, dice Agustín, abandonar tan excelente medio de llevar el convencimiento a los oyentes. La sabiduría, adornada con las galas de la elocuencia, penetra y conmueve hasta el fondo de los corazones. Por consiguiente, la aspiración de todo expositor ha de ser manifestar con arte y claridad las verdades de la Escritura.

Este rápido examen nos prueba que la obra *De la Doctrina Cristiana,* si bien tiene un fin general, solamente los libros segundo y tercero conservan el carácter que el autor quiso darle. El primero y el último, particularmente el último, toman rumbos que podíamos llamar secundarios con relación al conjunto, pero de valor muy elevado si tenemos en cuenta que el plan general se dirige, no sólo a la formación de un exégeta, sino también a la de un elocuente expositor. Tiene asimismo esta obra importancia singular, si la relacionamos con las otras de Agustín. Es nada menos que la clave de sus libros exegéticos, que adoptan las reglas en ella establecidas, al exponer las Sagradas Escrituras. Por eso se la considera como una verdadera introducción a sus escritos sobre la Biblia.

CAPITULO X

Relaciones del hombre con la Divinidad. En el libro «De la verdadera Religión» estudia Agustín esta importante cuestión.

En todos los tiempos ha preocupado al hombre el problema trascendental y esencialísimo de sus relaciones con la Divinidad. Jamás podrá presentar la historia algún pueblo que, en sus costumbres, en sus monumentos o en cualquier otro rastro que de él haya llegado hasta nosotros, no manifieste esa honda preocupación que el ser racional lleva dentro de sí. Buscad, decía Hume, un pueblo sin Religión y si lo encontrais estad seguros de que no se diferencia de las bestias.

Y nada dice en contra de esto el hecho de que muchos pueblos se equivocaran tristísimamente, confundiendo al Ser Supremo con otros seres reales o imaginarios, con los cuales creyeron comunicarse rindiéndoles adoración. Esto sólo significa que, desconociendo el verdadero camino para llegar a Dios, tomaron otros más acomodados a su inteligencia materializada y a su corazón destrozado por las pasiones. Por eso acontece que, siendo la Religión una necesidad para los hombres, no todos la entienden del mismo modo, a pesar de que no puede ser más que una sola, porque una sola es la verdad y uno es Dios, fundamento de la Religión.

Ahora bien, si la Religión existió siempre, ha tenido por necesidad que manifestarse a los hombres con señales claras y luminosas para atraerles hacia sí. ¿Dónde, pues, y cómo encontrarla? Este es el problema que en primer término se ofrece al

espíritu que lealmente suspira por la verdad. Vivirá inquieto buscando la solución, y ni los placeres ni las diversiones podrán arrancar de su conciencia esta punzante espina. Y visto el falso fundamento de tantas y tantas soluciones como indudablemente se le ofrecerán, en un arranque decisivo encontrará por fin la verdad y con ella el reposo para todo su ser.

Ya sabemos como pasó Agustín por estos diversos estados del alma, fluctuando en un mar espantoso de dudas y sufriendo toda la amargura, la aflicción toda que trae consigo el alejamiento de Dios. Olvidando las enseñanzas con las que su santa madre quiso formarle el corazón para Dios, cae en los profundos abismos del error, hasta soportar el durísimo yugo que tanto le hizo sufrir largos años de su vida. En una duda continua, ensayó teorías, probó placeres, preguntó a los sabios por el camino de la verdad, y las teorías resultaron falsas, los placeres nocivos y los sabios incapaces de resolver sus problemas. Hasta que un día la luz del cielo le dió, en un momento, lo que en la tierra no pudo encontrar. Y ya en el seno de la Iglesia, puso todo su empeño en conocer la hermosura de la verdadera Religión, que acababa de abrazar. El mismo nos dice en las Confesiones cuánto entusiasmo puso en este ejercicio. «Semejante a un hombre lleno de sed y en consecuencia extenuado, me avalanzaba con avidez a los pechos de la Iglesia, y gimiendo mi miseria presente, y llorando por la pasada, los exprimía para sacar la divina leche de que tanta necesidad tenía, para levantarme del abatimiento y recuperar una salud vigorosa. . .».

Y no fueron vanos estos deseos de conocer a fondo los misterios de la fe. Porque brevísimo tiempo después de su conversión se encontró con fuerzas suficientes para poner en práctica el proyecto que hacía tiempo acariciaba de escribir la obra *De la Verdadera Religión*. Es cierto que en ella refleja todavía vagamente el estilo de la filosofía platónica, tan de su agrado. Pero los nuevos conocimientos predominan constan-

temente, viniendo a ser este libro como el fin de las antiguas y el principio de las nuevas formas de Agustín filósofo y escritor.

Su lectura nos lo demuestra palpablemente. Escrito hacia el año 390 tiene por fin principal señalar las cualidades y fundamentos esenciales y únicos de la verdadera Religión. Y empieza diciendo que no se encuentra ésta entre los paganos, como lo demuestra el examen de las doctrinas de sus filósofos, aun las del mismo Platón, que fué el que más se acercó a la verdad. Hace con este motivo unas hermosas y decisivas consideraciones, que no podemos dejar de copiar: «Si se predica, dice, hoy el Evangelio por todo el mundo; si los pueblos le reciben con amor y respeto; si a pesar del esfuerzo de los emperadores que han derramado tanta sangre, y a pesar del fuego y de la tortura, la Iglesia va creciendo siempre. Si mil y mil jóvenes de uno y otro sexo renuncian al matrimonio y profesan continencia perpetua, sin que a nadie cause admiración, si el universo ha llegado casi a ser un vasto templo en el que todos gritan: Arriba los corazones: quiero preguntar ¿qué diría Platón? Seguro que exclamaría: Lo que nosotros sólo imaginamos, lo que no nos atrevimos a proponer a los pueblos, ni hubiéramos conseguido que lo aceptasen, hoy se cree, se practica y es amado en todo el mundo». Bellísimas palabras que encierran un argumento concluyente en favor del origen divino de nuestra Religión, que en lucha contra todo el poder de las tinieblas presencia inmutable el incesante correr de los años, que arrastran consigo las más firmes y poderosas instituciones.

Y a esto añade Agustín la historia de la misma Iglesia que se remonta a los orígenes del mundo, cuando en la consoladora promesa del futuro Redentor se vislumbra su dulce imperio sobre las almas; las profecías y milagros, pruebas perentorias de su divinidad; la fuerza moral que solo ella posee y con la cual transforma los hombres y los pueblos, haciendo de cada corazón un templo para su Dios. Todo esto, continúa

Agustín, nos hace llegar al conocimiento de la verdad, primero por la autoridad que exige el obsequio de nuestra fe, y luego por la razón, que de las cosas terrenas y aún de los mismos errores y vicios del mundo, deduce cuán natural y lógico sea este obsequio. Y después de otras exposiciones termina el santo doctor su obra estableciendo la veracidad de la Religión Católica, en la cual todos los hombres están obligados a rendir culto al Ser Unico que misericordiosamente se dignó revelarnos su Trinidad, en la que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son más que un solo y Omnipotente Señor. Este libro, escrito, como ya dijimos, poco después de la conversión de Agustín, es digno por su doctrina y profundidad del más consumado teólogo. Una prueba de la fuerza de sus argumentos, nos la da el hecho de que Romaniano, amigo y favorecedor de Agustín y a cuya influencia se debe su publicación, abrazó el Catolicismo movido de su lectura. Y unánimemente afirman los entendidos que el santo doctor desbarata con mano tan firme los errores contrarios, que sólo por este escrito se le puede considerar como perfectísimo y valeroso adalid de la causa católica. «A quién no admirará, añade Bougaud, que siendo simple fiel pudiese hablar tan noble y elevadamente de esa Religión divina y formarse una idea tan sublime de su eminente grandeza? No es posible seguir sus vuelos de águila, penetrar sus profundos razonamientos y contemplar las altas verdades que Agustín propone sin quedar totalmente deslumbrado». Así dejó cumplidamente satisfecho aquel deseo de ensalzar a Dios que encierran estas palabras: A Vos Señor que habéis roto mis prisiones, quiero tributar el sacrificio de alabanza. Que mi corazón y mi lengua, mis sentidos y potencias digan: ¿Quién semejante a Vos?

CAPITULO XI

Entusiasmo de Agustín por su nueva fe. Defiende sus Libros Santos contra los maniqueos. Publica las obras «Del Génesis a la letra».

Los años que siguieron a su conversión fueron para Agustín de intensa preparación para la lucha, que su carácter hacía inevitable, contra los enemigos de la verdad. Sus primeros ensayos tienen ya ese tinte inconfundible de polémica en favor de la Religión. El tiempo iba muy despacio para su alma de luchador. Con los pocos medios de que disponía lanzóse, apenas convertido, al campo donde se libraban las batallas de la fe. Esto le ayudaría a ampliar sus conocimientos y a preparar su espíritu para las grandes empresas que iba a acometer. No era, pues, un falso entusiasmo lo que le impulsó a iniciar tan temprano aquella lucha, que sólo concluyó con la muerte. Era la fe, el amor a la verdad, el recuerdo del tiempo perdido en la juventud, lo que encendía en su pecho un deseo incontenible de batallar por los dogmas de su Religión.

De este modo, su vida de maestro empezaba en el mismo momento de su conversión. Los escritos sucediéronse con pasmosa celeridad, señalando cada uno de ellos un nuevo avance en su carrera de formidable apologista. Sus enemigos temblaron y se dispusieron para una tarea que veían decisiva. Porque Agustín no admitía términos medios. La verdad y el error iban a encontrarse en un supremo esfuerzo, para dominar al mundo. Y Agustín concentraría en sí mismo los más álgidos momentos de esta lucha que, si siempre ofrece aspectos de intensa emoción, en la quinta centuria los tenía sencillamente dramáticos.

El porvenir se presentaba en aquellos días incierto y obscu-

ro. Los acontecimientos sucedíanse en vertiginiosa carrera y las impresiones primeras desaparecían ante la intensidad de las que seguían. La Iglesia, obligada a defenderse, ponía en la vanguardia hombres como Agustín, que llevaban el sello evidente de una misión provindencial. Y el santo doctor, dócil a la voz de la Iglesia, avanzaba valerosamente por entre las apretadas filas enemigas, desbaratando las herejías.

Los que primero sintieron los efectos de este avance arrollador fueron, como ya dejamos dicho, los maniqueos. Y era natural. Su indescifrable doctrina y sus prácticas misteriosas consiguieron envolver algún tiempo al mismo Agustín. Nada tiene pues de particular que, bien conocidas como las tenía, empezara por ellas su labor de apologista de la fe. De este modo el maniqueísmo dejaba ya de ser el inquietante conjunto de misterios que engañaba y sorprendía la buena fe del pueblo. Los ataques que empezaba a recibir eran tan contundentes y decisivos, que sembraron el pánico entre las huestes del famoso heresiarca oriental.

Pero hubo un momento en que Agustín creyó no poder seguir adelante. Entre los errores de la secta figuraban algunos relacionados con la Sagrada Escritura. Y esto era para él un gran escollo, pues no se juzgaba con la suficiente preparación para discutir sobre cuestiones tan difíciles como suelen ser algunas de la Biblia. Sentía verdadero temor de abordar en semejantes condiciones tan delicado tema. Su humildad rechazaba el solo pensamiento de tener que verse en la precisión de hablar sobre él sin la base de una sólida preparación. Y, a su parecer, estaba entonces muy lejos de poseerla. La realidad, sin embargo, presentábase inexorable. La santidad de los Sagrados Libros era profanada por los maniqueos, y a éstos únicamente Agustín estaba en condiciones de imponerles silencio. ¿Qué hacer?

Y he aquí al santo, obligado a violentar su humildad ante los ruegos de los fieles, escribiendo varios libros contra los

maniqueos, quienes al explicar el Génesis «no lo hacen como deben y hasta blasfeman de él y le detestan», según expresión del mismo Agustín. Así fué como apareció el año 389 la obra *Del Génesis, contra los maniqueos*.

En la primera parte defiende el famoso libro de Moisés, pero de una manera alegórica, porque «no me atreví, dice el autor, a exponer según el significado de la letra tantos misterios de las cosas naturales; o sea, cómo ha de ser recibido lo que allí se dice, para que pueda hacerse notar su conformidad con la realidad histórica. Conforme a este plan habla de las tinieblas y de la creación *ex nihilo* de la materia informe, materia que luego sirvió como de base para la formación de los otros seres. Y resueltas algunas dificultades sobre la aparición de la luz y explicado el carácter de los días del Génesis, estudia la creación de los animales y del hombre y termina esta parte hablando de lo que llama edades del mundo.

En la segunda, copia el segundo y tercer capítulo del Sagrado Libro, haciendo resaltar en seguida lo difícil que sería exponerlos al pie de la letra, sin la base de una adecuada preparación. Se contenta por eso ahora en aclararlos de una manera ingeniosa, de modo especial la caída del hombre, viendo en el maniqueísmo una figura de la serpiente que engañó a nuestros primeros padres en el paraíso.

En el año 395 apareció un nuevo libro, incompleto, con el mismo título del anterior, pero de diferente carácter. Es, según dice el santo autor, una especie de ensayo de exposición literal del libro de Moisés, porque la del anterior, como es alegórica, no puede ser exacta. Pero este ensayo no fué terminado. Entraba entonces Agustín en el período de portentosa actividad, que aún hoy nos asombra. Asuntos importantes le distraían robándole el tiempo y la quietud necesaria para escribir una obra de este carácter. Hubo, pues, de suspenderla, apenas iniciada. Tiene sólo dieciseis capítulos, y en ellos estudia los primeros versículos del Génesis, y cuando ha dedicado ya

extensas consideraciones a la creación de los seres irracionales, queda bruscamente suspendido el libro.

El gran Doctor no quedó satisfecho con estas dos obras. Era el tema, importantísimo, merecedor de más profundo estudio. Y quizá su inteligencia, adelantándose en muchos siglos, previó los rabiosos e incesantes ataques que habría de sufrir el Génesis de parte de los futuros sabios que, como hoy acontece, rechazan neciamente toda fuerza sobrenatural y pretenden derrumbar el grandioso edificio fabricado por la mano excelsa de Dios. Abona en favor de lo dicho la insistencia de Agustín en escribir más de tres veces sobre el mismo tema no ya sencillos comentarios, sino verdaderas y extensas obras, que van mucho más allá de lo necesario para confundir a sus enemigos de entonces y que sirven perfectamente para hacer lo propio con los que hoy día se presentan.

Sea de ello lo que fuera, lo cierto es que San Agustín salió por tercera vez al campo de la lucha con un nuevo libro titulado *Del Génesis a la letra*. Pero ahora se presenta para dejar resuelta definitivamente la cuestión. No es ya el novel escritor exegético que reserva prudentemente su juicio al encontrarse con pasajes obscuros y difíciles. Es el maestro y el obispo que, consciente de su responsabilidad, hace morder el polvo a los detractores de la Escritura con elucubraciones llenas de luz tal que, después de quince siglos, su resplandor ilumina aún estas misteriosas sendas de la fe.

Doce libros, empezados el año 401 y terminados el 415, dedica a estudiar la obra creadora del Omnipotente relatada en los primeros capítulos del Génesis. Doce libros en los cuales no deja ni un ápice, ni una sola cuestión que pueda estar esbozada allí. Y como su intención es demostrar que nada hay en la obra de Moisés contrario a la razón o a la historia, apenas si sale del sentido literal, dando su juicio en los lugares de dudosa interpretación, explicando las partes no del todo claras y resolviendo de antemano las dificultades que puedan surgir.

Cada uno de los doce libros desenvuelve un tema especial, girando a su vez alrededor de éste multitud de asuntos secundarios. La Providencia y sabiduría de Dios, los ángeles, el paraíso, etc., etc., son cosas admirablemente estudiadas aquí. Con vasta erudición describe hasta los más mínimos detalles de las ciencias naturales, en el estado que estaban en aquellos tiempos, lo que demuestra el grado de cultura a que había llegado aún en el profano saber. Resalta en tan magnífica obra su teoría sobre la creación, de la que podemos decir con el ilustre escritor agustino P. E. Negrete, en sus Estudios Antropológicos, que «no hay padre ni doctor de la Iglesia que pueda presentar un conjunto de doctrina o, por mejor decir, una concepción tan grandiosa y original como la que S. Agustín nos ha dejado en sus obras acerca del origen de los seres.

Su inteligencia, con intuición increíble en el siglo quinto, rompe antiguos moldes y se lanza al inmenso campo del saber en busca de otros más acomodados a la realidad. Llega de este modo hasta el fondo de las palabras, no deteniéndose en la primera acepción de las mismas, sino desentrañando con minuciosa prolijidad los muchos significados que pueden tener. Y así, al estudiar los días del Génesis, rehusa restringirlos a la significación de veinticuatro horas, según la común opinión de entonces. Antes bien cree muy en conformidad con la Biblia darles una duración indeterminada, que lo mismo puede ser de centenares, que de millares de años. Aquí es donde parece haberse adelantado a su tiempo, presintiendo las edades geológicas que la ciencia afirma haber recorrido la tierra hasta llegar a su estado actual.

Derrama con su ingenio privilegiado destellos de luz sobre la creación de los seres, y en especial sobre la del hombre a la que dedica el libro séptimo, proponiendo cuestiones agudísimas sobre el alma y su unión con el cuerpo. Termina con agunos estudios sobre el paraíso y la visión deifica, premio que el Señor tiene preparado a los justos.

CAPITULO XII

Las Confesiones

Difícilmente podrá encontrarse en la historia un hombre que en vida gozara de tanta y tan merecida reputación como Agustín. Amigos y enemigos se ocupaban de él. Unos, para combatirle, y otros, para defenderle, pero todos reconociendo su preclarísima inteligencia. Los católicos veían entusiasmados cómo este hombre providencial, trabajando sin descanso, aclaraba el horizonte de la Iglesia, cubierto de nubes por el encono de los sectarios. En las avanzadas de la lucha por la verdad resaltaba brillante su gigantesca figura científica, resistiendo vigorosamente los embates de los enemigos. Nada detiene su paso triunfal, y su planta pisa la disforme cabeza del error, que se retorcía impotente a sus pies. «Caminaban los católicos, dice Bougaud, de sorpresa en sorpresa, y la admiración, siempre creciente, les arrancaba gritos de entusiasmo, que han llegado hasta nosotros, sintiéndose poseídos de cierto orgullo cristiano que hacía latir sus corazones».

Conocedor el santo obispo de esta ardiente admiración, tuvo una genial ocurrencia, que su humildad creyó decisiva para vencerla, publicando el libro de las *Confesiones*. Grandiosa determinación. Existe, dice el citado Bougaud, una manera de confesarse que no cuesta mucho. Pero cuando oigo el acento con que Agustín habla de sus faltas; cuando, en lugar de ocuparse sólo de los desórdenes de su juventud... penetra también en lo profundo de su conciencia, manifestando los secretos más vergonzosos, y cuando considero que estas páginas

han sido escritas por un obispo anciano y presentadas por él ante sus sacerdotes, ante sus fieles y ante toda la Iglesia para impedir los aplausos que le tributaban, no se puede menos de exclamar: He aquí la humildad elevada a la mayor altura».

El resultado no fué, ni mucho menos, el esperado por Agustín. Pues la humildad, aunándose con la inteligencia, produjo un verdadero monumento literario, una obra imperecedera, suavísima al gusto de la inmensa variedad de lectores, que ven en sus páginas el vivo retrato de su existencia. «Porque nuestra ignorancia, nuestros errores, nuestras caídas, llagas, enfermedades, flaquezas y debilidades y cuanto hay desordenado en las inclinaciones y costumbres, todo lo hace patente, todo lo pone claro, todo lo califica y define, según su naturaleza, género y especie, no solamente guiando y dando luz al hombre para que se conozca bien a sí mismo, sino dándole ya casi hecho y formado su propio conocimiento». Así es como Agustín, buscando la glorificación de la bondad divina y su propia humillación, escribe una obra inmortal, cifra y compendio de las misericordias de Dios, puestas de relieve en su amorosa Providencia con la débil y tornadiza criatura racional. Y el mundo, sorprendido, recorre con avidez estas páginas, que le hacen conocer aún más la grandeza del famoso obispo.

Fueron escritas las *Confesiones*, según la más probable opinión, hacia el año 400. Comprenden trece libros, de los cuales los diez primeros «tratan, dice el mismo santo autor, de mí; los tres restantes se ocupan de aquel pasaje de la Sagrada Escritura: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra*, hasta el descanso del sábado».

Lo primero que resalta en la obra es la encantadora sencillez con que el autor nos presenta no sólo los tesoros de su saber y experiencia, sino sus flaquezas y debilidades. Desde la primera hasta la última página alaba la misericordia divina que le apartó del mal camino. Refiere sus extravíos con gran discreción, pero sin dejar de descubrir sus luchas, inclinaciones,

defectos, caídas y profundas tinieblas en que se vió sumido y de las cuales sólo la omnipotente mano del Altísimo pudo sacarle. Puede decirse que en continua y fervorosa oración confiesa sus desvaríos, llora las pasadas culpas y pide la perseverancia en el bien comenzado, todo con el corazón puesto en Dios, a quien desea ver amado y reverenciado por los hombres. «¿Para qué os hago, dice dirigiéndose al Señor, relación de tantas cosas? No ciertamente para informaros de ellas, sino para excitar mi afecto y amor a Vos y el de aquellos que leyeren estas Confesiones».

Comienza el primer libro con una tiernísima invocación, delineando enseguida los años de su niñez, que describe con gracia y soltura inigualables, haciendo un acabado retrato de los sentimientos y afectos que dominan en el corazón humano en tan tierna edad.

Otro carácter toma la exposición al ocuparse de la juventud. Su temperamento aumenta el ardor de las pasiones que entonces brotaron. Ante su recuerdo llora Agustín amargamente y apoyado en la triste experiencia hace resaltar los peligros de este período, el más crítico, sin duda, de la vida humana.

El libro tercero nos pinta vivísimamente la impresión que en su inquieto espíritu produjo la ciudad de Cartago. Crece allí de manera alarmante el fuego de la concupiscencia. Llegué, dice, y por todas partes crepitaba en derredor de mí, como aceite ardiendo, la efervescencia de los amores deshonestos. Describe también cómo empezó a sentir la orfandad de su alma, que apartada de Dios se hundía cada vez más en las pavorosas simas de la culpa y del error, yendo a caer por fin en la secta maniquea.

Tronchados en flor los entusiasmos del estudiante por la temprana muerte de su padre, relata en el libro cuarto la lucha por la existencia, que empezó para él a raíz de este desgraciado suceso, siéndole necesario ejercer el profesorado para

atender a sus necesidades. Ansioso de gloria y fortuna, nos describe en los siguientes libros, cómo pensó encontrar ambas cosas en Roma, centro del mundo civilizado. Pero también aquí le esperaban los desengaños, al mismo tiempo que una dolorosa enfermedad ponía en peligro su vida. Sigue describiendo sus dudas y su desorientación, hasta que ya en Milán comienzan las entrevistas con San Ambrosio, que apresuran la crisis en aquella conciencia terriblemente torturada. La tempestad arrecia y la verdad se abre paso, y Agustín describe su conversión cuando a la voz de un niño que canta a su manera: *Toma y lee, toma y lee*, terminan sus dudas en una plácida quietud de espíritu, ya iluminado por la luz de la fe.

¿Cuál fué el motivo que tuvo San Agustín para exponer en los tres últimos libros de sus *Confesiones* las primeras páginas de la Biblia? ¿Quiso resolver de antemano las dificultades que muchos de sus lectores pudieran encontrar allí? ¿O es, como creen algunos, que, llevado de la corriente, determinó abordar los temas que entonces constituían actualidad? Nada sabemos sobre el particular. Y lo cierto es que, cumplido en la primera parte su propósito de manifestar al mundo las luchas y trabajos de su azarosa existencia, acomete en la segunda la dificilísima tarea de interpretar las Sagradas Escrituras.

No es posible resumir, sin obscurecerla, esta magnífica exposición. Las siguientes palabras de Poujoulat pueden darnos una pequeña idea de su grandeza: «No se concibe mirada escrutadora más intensa y penetrante que la de San Agustín para sondear las misteriosas sublimidades del Ser divino y los impenetrables senos del corazón humano. . . El vuelo del Aguila africana llega a veces a ser tan atrevido que no le seguimos sino con cierta especie de sobrecogimiento y espanto; nos conduce a las alturas, en las cuales se siente cierto terror, como el que se experimenta al acercarse a la majestad de Dios».

Este es el grandioso escrito con el que Agustín creyó obscurecer su propio renombre, consiguiendo sólo asombrar aún

más a sus contemporáneos y causar la admiración de los siglos, que trasmitieron hasta nosotros este legado incomparable. Porque las Confesiones «encierran un cúmulo inmenso de ideas y observaciones metafísicas, psicológicas y morales que hacen de ellas un instrumento imprescindible. Pues puede con verdad decirse que no hay intuición general ni concepción sublime que no se encuentre en ellas ya en germen... Nada hay que se pueda comparar a sus páginas ardientes y luminosas, al par que profundas y originales... Es un libro único en su género; un libro universal en que siempre se encuentran cosas nuevas y en abundancia suprema. Nadie que se precie de filósofo dejará de darle el primer puesto en su biblioteca».

CAPITULO XIII

La Biblia libro único de la humanidad. Dificultad de su estudio. Cuatro nuevos escritos de Agustín sobre la misma.

El estudio de las Sagradas Escrituras es tan útil como dificultoso. La doctrina de este Libro incomparable que de todo trata y que para todo tiene una solución adecuada, no está al alcance de cualquier inteligencia. Son necesarios conocimientos especiales para poder avanzar al través de sus inspiradas páginas, llenas de misterios y envueltas en un aire de algo divino y sobrenatural. Gran temeridad significaría querer descifrar sus muchas dificultades a la débil luz de una remota y no muy seria preparación.

Bajo cualquier aspecto que se la mire la Biblia es el libro por excelencia, el libro único, el libro de la humanidad. Desde el punto de vista histórico, es el documento más antiguo e interesante que nos descubre con admirable sencillez los misterios de nuestro origen y de nuestros destinos sobre la tierra. La ciencia del hombre, que ha querido abordar hasta el misterio, detiene siempre, de un modo o de otro, sus pasos ante la realidad histórica que significan las Escrituras. El verdadero sabio, sea cuales fueren sus ideas, las mira por lo menos con respeto, procurando, por medio de sus conocimientos, establecer el valor de los datos que contiene y desentrañar el significado de sus muchas y grandes doctrinas. Ya no es una novedad ver, como decíamos más atrás, a hombres ilustres y acaso ajenos a la Religión, demostrar sus preferencias por los temas

bíblicos. Pero por desgracia estos son los menos. Otros hay que también detienen sus pasos en el camino de las investigaciones al encontrarse con la Biblia. Pero este alto en la marcha es sólo para lanzar acerados y crueles ataques contra unas páginas, que ellos juzgan indignas de atraer la atención del hombre de ciencia.

La dignidad de la criatura humana, el origen divino de la familia y de la sociedad y otras doctrinas no menos interesantes, maravillosamente expuestas en la Biblia, no hacen mella en la fría mentalidad de esos sabios, acostumbrados a figurarse al hombre primitivo saltando de rama en rama, en compañía de su *ilustre ascendiente*, el famoso cuadrumano, o en lucha con sus semejantes en un ansia feroz de exterminio, propia sólo de las fieras. Los hechos históricos, meramente humanos, conservados en estas páginas milenarias, pasan por el crisol de una crítica destructora, que nada tiene que ver con la que inspiran los nobles ideales de verdad y de justicia.

Y aún hay más. Desde el momento en que alguno de estos hechos tiene en su origen o en sus consecuencias relación con el orden sobrenatural, queda sin contemplaciones excluído hasta del derecho a un examen imparcial de las causas en que se funda la realidad histórica que presenta. Quieren, en una palabra, estos sabios, *humanizar* la Biblia, borrar de sus páginas hasta la huella de su origen divino. Con este fin han tratado de aprovechar los más recientes descubrimientos de las ciencias. Pero sin ningún resultado, porque la verdad no puede oponerse a la verdad.

Y cuando se convencen de que Dios, al esculpir con caracteres eternos la historia del globo en las rocas y cavernas de la tierra, de ningún modo se contradice con la que dejó estampada en la Escritura, se revuelven contra todo lo sobrenatural y rechazan de plano toda interpretación de la palabra de Dios.

La necesidad y la curiosidad son las dos poderosas fuerzas motoras que arrastraron siempre al hombre hacia lo descono-

cido, en busca de la razón última de los hechos. Y es muy natural que su fin sea el error cuando quiere andar sin la luz de la fe, por el inmenso campo de las relaciones del hombre con la Divinidad. Esto que, dicho de cualquier modo, siempre será una gran verdad, tiene una aplicación inmediata en el estudio de los Libros Santos. Negar de plano todo lo que en ellos trasciende al orden sobrenatural y rechazar sin más discusión lo que ofrece alguna dificultad, a pesar de ser una inconsecuencia y un crasísimo error, es el término a que han llegado los que hasta ahora han concebido la Biblia como la obra de la experiencia personal de unos cuantos autores.

Concretando nuestro pensamiento y nuestro trabajo al aspecto meramente histórico y expositivo de la Sagrada Escritura, no creemos decir una novedad si afirmamos que en los sabios de que venimos hablando se cumple al pie de la letra lo que acabamos de decir. Y, sin embargo, todos vemos que no debiera ser así. Aun considerándola sencillamente como el fruto de la experiencia o del estudio de unos cuantos autores, su venerable antigüedad y la tradición unánime de los pueblos hebreo y cristiano, que la tienen por algo extraordinario y divino, piden tacto exquisito y absoluta seriedad en su estudio. Examínense, pues, las Sagradas Escrituras a la luz de las ciencias que con ellas tengan relación y no hay duda de que, si se procede con rectitud, los obstáculos irán desapareciendo, y el horizonte se aclarará ante nuestra vista ofuscada con alguna dificultad.

Pero ya dejamos indicado que no todos pueden comprenderlas. Un ligero examen de sus páginas nos convencería de esta verdad. En ellas veríamos cómo al lado de sencillas y encantadoras narraciones, se encuentran profundas doctrinas, que sobrepasan los alcances de nuestra inteligencia. Y hasta el mismo lenguaje se nos presentará muy diferente de uno a otro libro, surgiendo nuevas dificultades, que nos obligarían a procurar estudios especiales, para seguir de algún modo estas pá-

ginas. De ahí que en todos los tiempos haya habido escritores que procuraran vencer en lo posible esta oscuridad, por medio de extensas y bien meditadas publicaciones. Ya conocemos alguna de Agustín. A continuación presentaremos otras varias, también suyas, que a pesar de ser, en gran parte, verdaderos apuntes rápidos y circunstanciales, no dejan de tener su importancia.

Sea el primero el titulado *Las locuciones,* que contiene una explicación de los modismos y giros propios de los siete primeros libros de la Biblia, aparecido hacia el año 419, con siete apartados, que corresponden al número de inspirados libros que estudia. Examina un total de setecientas veintiuna citas, independientes unas de otras, reduciéndose con frecuencia a copiar sólamente el texto obscuro, sin ninguna aclaración, lo que hace de ella una especie de colección de frases y giros difíciles de la Escritura.

Anotaciones al libro de Job se llama otro, aparecido en el año 400, con un estudio de las partes más salientes de la famosa historia bíblica, pero sin la detención que el asunto requería. Y en realidad no es una obra genuinamente agustiniana. Es una copia, no muy fiel, de las notas marginales puestas por Agustín en uno de los códices de aquel libro y recopiladas después por sus amigos. Por eso el santo se resiste a considerarla como suya y quiso eliminarla de las Retractaciones. Su exposición es, en general, más extensa que la del anterior, pero de ella dice el mismo autor «que salió muy imperfecta y obscura y que está destinada a personas instruídas, las cuales, a pesar de serlo, encontrarán dificultades para comprenderla, pues en muchos casos ni siquiera se indican las palabras o textos que estudia».

El tercer escrito, *Espejo de la Sagrada Escritura*, publicado hacia el año 427, tiene otro carácter y es una especie de vulgarización bíblica con tinte de enseñanza moral. Su finalidad está contenida en las siguientes palabras de San Posidio, el gran amigo de Agustín: Queriendo el santo obispo ayudar a

las personas que deseaban conocer la Escritura, sin poder conseguirlo por falta de tiempo, compuso un librito en el que resumió los preceptos y reglas de vida del Libro Santo, a fin de que leyéndolo todos, supiera cada uno a qué atenerse respecto a sus deberes para con Dios.

Casi todos los libros de la Biblia van desfilando por estas páginas. Aparecen en primer lugar citas del Pentateuco y de Josué, seguidas de otras de los Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares etc. etc. El Nuevo Testamento está, asimismo, ampliamente representado, desde los Evangelios hasta el Apocalipsis, que, con sus misteriosas doctrinas, pone fin a esta obrita singular.

El año 419 apareció el cuarto libro de la lista que examinamos, con el título de *Cuestiones sobre el Heptateuco*, de gran extensión, no por el desarrollo de los temas, sino más bien por el gran número de los que propone. Tiene el mismo carácter de los dos primeros y se compone de textos, más o menos comentados, de los siete primeros libros de la Biblia. Contiene nada menos que un total de seiscientas cincuenta y dos cuestiones, de las cuales algunas resultan un perfecto y acabado estudio exegético, mientras que las restantes son tan sólo brevísimos comentarios. Pues como dice Agustín, «más que resolver lo que se disputa, me propuse anotarlo, aunque algunas veces pueda darse por resuelto. . . Por consiguiente si alguno se determina a leerlos y ve muchas cuestiones solamente indicadas, no se admire ni crea perdido el tiempo. Es ya un gran descubrimiento conocer bien lo que se busca». No hay posibilidad de resumir una obra de este carácter, porque son muy pocos los temas que tienen relación entre si, significando cada uno un punto completamente diferente, tanto del que le sigue como del que le antecede. Ya lo advierte San Agustín, quien pone además especial interés en hacer comprender a sus lectores que no deben dar a este escrito, lo mismo que a los anteriores, una significación distinta de la que en realidad tienen.

CAPITULO XIV

Los Evangelios, blanco de los ataques racionalistas. Inconsecuencia de éstos. Defensa agustiniana del Nuevo Testamento.

Al hablar de los Evangelios acostúmbrase a separar los tres primeros, llamados *sinópticos* por ofrecer «un cuadro común de perspectiva general del Mensaje cristiano», del último, con carácter propio y peculiar. No queremos decir que existan diferencias esenciales entre ellos. Unos y otros hablan de Jesús como del Hombre-Dios, y del Mesías prometido en la antigua Ley. Pero, mientras los sinópticos describen sencillamente los acontecimientos de su vida admirable, San Juan sube más alto, y, al lado del relato histórico, expone su significado y el pensamiento íntimo del Maestro. «Juan, dice un escritor, subordina el aspecto histórico de la vida de Cristo al aspecto doctrinal y religioso. . . Se trata por ejemplo de la multiplicación de los panes: Juan muestra a Jesús pan de la vida, el alimento de las almas. En el hecho de la curación del ciego de nacimiento: Juan muestra en Jesús la luz del mundo. Trátase de la resurrección de Lázaro: Juan muestra en Jesús al Maestro de la Vida».

Y aunque es verdad que ninguno de los cuatro Evangelios puede o debe considerarse solamente como un libro histórico, puesto que todos tienen a la vez un fin dogmático, sin embargo, diríamos, para expresarnos de algún modo, que este fin resalta más y es más sostenido en el último que en los tres primeros. Estos nos dicen quién era Jesús, qué doctrina predi-

caba y los argumentos en los que apoyaba las nuevas y maravillosas enseñanzas que traía al mundo. San Juan, por su parte, se entretiene en la exposición de las palabras del Maestro, proclama continuamente su divinidad, conservándose siempre en aquellas alturas que desde el comienzo de su libro admiran por su grandeza. La diferencia pues existe, pero no es esencial; está en los medios, pero no en el fin.

Esta diversidad fué notada desde los primeros siglos de la Iglesia. Los Padres y escritores eclesiásticos hacen por lo general, una defensa o exposición común de los tres primeros, reservando otra especial para el cuarto. Por el bando contrario se ha seguido también el mismo sistema. Los ataques de la crítica racionalista, general y una para todos, distingue en los detalles entre los sinópticos y el de San Juan. Alrededor de éste se ha empeñado en suscitar varias dificultades fundadas en su mismo texto.

Pero esto no le exime de aquella parte de crítica destructora que le corresponde como a uno de los libros que la ciencia modernista quiere aniquilar, por considerarlos como la base de la Religión. Necesita borrar de allí todo lo sobrenatural, y para ello no ha dudado en torcer el significado y hasta la realidad de los hechos, explicándoles de mil maneras. Si hay alguna cosa que lleve en sí misma su propio juicio, ésta no puede ser otra que «el método que se apellida crítico en virtud del cual se han desgarrado los Evangelios en muchas piezas, tan pronto se ha rechazado como se ha reconocido, con cierto aire protector, la autenticidad de uno u otro, opuesto éste a aquél de una manera versátil, apreciado su valor con una orgullosa suficiencia y con una falta de penetración increíble, tratando a sus autores como a escolares, de los cuales otras veces se ha sospechado cual si fueran impostores, o bien han sido puestos en ridículo y humillados como unos insensatos».

¡Donoso sistema de hacer crítica! Como si la obra que la fe de veinte siglos proclama suprema en su autoridad y única

en sus doctrinas, pudiera, por el solo gusto de un escritor agriado, señalar rumbos diferentes de los que hasta ahora ha señalado a la humanidad. No se allanan así las dificultades. Los hechos históricos piden soluciones históricas, y con la historia en la mano se han de admitir o rechazar. Y entonces es indudable que se apartan de la realidad quienes pretenden, por ejemplo, explicar los milagros del Evangelio por medio de hipótesis que desde un principio están fuera de cuestión porque, en este caso, parten de base falsa, cual es negar apriorísticamente el orden sobrenatural, en el que desde la primera página se colocan los evangelistas.

Estos nos predican sin rodeos el origen divino de Cristo y su doctrina. Nos dicen que el Redentor confirmó su misión con hechos estupendos, superiores a las fuerzas de la Naturaleza. Narran con sencillez estos hechos, de los que fueron testigos y, dejando generalmente al juicio de los lectores el deducir las consecuencias, continúan su historia hasta cerrarla con el más grande de los milagros, cual es la Resurrección del Señor. La intención, la finalidad de los evangelistas queda así patente y clara, y, convencidos de la misión divina de su Maestro, la proclaman ante los hombres en toda su grandiosa realidad.

¿Está, pues, conforme a la lógica que, al examinar el racionalista los Evangelios, empiece por negar la existencia de un orden, que debemos considerar como la base de los mismos? Más lógico, más natural parece que su primer cuidado sea analizar la posibilidad de la existencia de aquel orden y, dilucidado esto, dar principio al examen de las narraciones evangélicas, teniendo en cuenta las circunstancias de tiempo, lugar, etc., de que están rodeadas. Los Evangelios, lo mismo que toda la Biblia, no rehuyen el juicio de la razón y de la ciencia, antes al contrario su mismo carácter lo pide. Pero es necesario colocarse en el terreno que ellos se colocan, haciendo un estudio integral de sus páginas y analizando la realidad de los hechos y

de las enseñanzas que contienen bajo el aspecto que allí presentan.

Este es el sistema que han seguido los autores eclesiásticos y no eclesiásticos de buena fe. Convencidos de las dificultades que, sin duda, ofrecen los Evangelios, hacen lo posible por resolverlas conforme a los dictados de la sana crítica y de la exégesis bíblica. Precisamente hemos escrito las anteriores consideraciones teniendo a la vista varias publicaciones de San Agustín con este carácter y las cuales vamos a recorrer rápidamente.

Es la primera la conocida bajo el epígrafe de *Cuestiones de los Evangelios*, y que debió aparecer hacía el año 400. Un sencillo manual que, sin grandes pretensiones, resuelve algunas dificultades de los Evangelios de San Mateo y San Lucas. Dice Agustín que, leyéndolos con un amigo, le iba explicando aquellas partes que no comprendía. De este modo examinaron cuarenta y siete cuestiones del Evangelio de San Mateo y cincuenta y una de San Lucas. Son cuestiones sencillas, acomodadas seguramente a la capacidad del amigo, que no debía ser muy grande.

El origen agustiniano del otro escrito, titulado *Diecisiete cuestíones acerca del Evangelio según S. Mateo,* es puesto en duda por muchos autores, ignorándose la fecha de su aparición y el motivo de la misma. Tiene el mismo carácter de sencillez que el anterior con la finalidad que ya indica el título y una brevísima extensión.

Al contrario de los anteriores, la obra *De la Concordia de los Evangelistas*, escrita hacia el año 400, es un concienzudo y detenido examen de las páginas evangélicas, que van pasando allí por el crisol de la sana crítica. Con minuciosidad que asombra compara en esta obra, después de algunas exposiciones del primero de sus cuatro libros, el evangelio de San Mateo con los tres restantes. Es inútil tratar de descender a detalles, porque sólo su lectura puede darnos idea

exacta de su contenido. Bástenos saber que es una crítica razonada y profunda del texto evangélico, de conformidad con la historia, costumbres tradicionales y ritos del pueblo judío. Nada de argumentos empíricos y de rodeos innecesarios. La explicación se refiere a un hecho histórico y con la historia se resuelven las dificultades y se aclaran los conceptos, cuando de la historia se trata. Ocupa esta minuciosa exposición dos partes de la obra, dedicándose la cuarta y última a estudiar algunos aspectos particulares y menos importantes de los Evangelios según S. Lucas, S. Marcos y S. Juan.

Pero a este último le dedicó Agustín un nuevo escrito, los *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, en el que su genio se muestra con todo esplendor, comentando al Aguila de Patmos, cuyos majestuosos vuelos tan bien sabía imitar. Por su extensión, por su carácter y por las doctrinas que encierran, figuran estos tratados entre las principales y más notables páginas que salieron de la pluma del gran doctor africano. Son ciento veinticinco y llenan un respetable volumen. Tienen su origen en las pláticas de Agustín al pueblo, que reunidas luego, dieron forma a la obra aparecida el año 416.

El método consiste en exponer, capítulo por capítulo, las partes más interesantes del evangelio de San Juan. Y así, al primer capítulo le dedica siete tratados, desarrollando primeramente en magníficos comentarios las palabras del Apóstol que proclaman la eterna consubstancialidad del Verbo. Los cuatro siguientes estudian el capítulo segundo, de manera particular las bodas de Caná y la entrevista con Nicodemus. A éstos siguen tres para el tercer capítulo, hablando del bautismo y de otros interesantes aspectos del mismo. Al cuarto le corresponden dos tratados con una maravillosa exposición de la conversación de Jesús con la Samaritana, siguiendo otros cinco con lo más interesante del capítulo quinto, donde el Redentor afirma su filiación divina. Al sexto le dedica cuatro sermones, comentando las palabras con las que Jesús inicia a

sus oyentes en el Sacramento de su cuerpo y Sangre. Con siete pláticas analiza el séptimo capítulo, consagrando en seguida once al octavo para recordar el pasaje de la mujer adúltera y exponer extensamente el sermón que el Señor dirigió al pueblo en aquella ocasión memorable. La historia de la curación del ciego de nacimiento, que ocupa el capítulo nueve, la analiza Agustín en el tratado siguiente, que es el cuarenta y cuatro, extendiéndose después, hasta el cuarenta y ocho, en la exposición del décimo. La resurrección de Lázaro, contada en el siguiente, llena ella sola algo más de un sermón, empezando hacia la mitad del quincuagésimo el estudio del capítulo doce, estudio que llega hasta el tratado cincuenta y cinco. Aquí empieza la exposición de la Pasión del Señor, exposición detenida y extensa, compendio maravilloso de las enseñanzas que encierra este doloroso drama. Ni una palabra del Hijo de Dios, ni una sola circunstancia de estos momentos supremos de su vida pasan inadvertidos para Agustín, que va desarrollando los diversos puntos hasta el tratado ciento veintidós, donde la exposicion vuelve a su curso ordinario; y termina dedicando los tres últimos a los capítulos veinte y veintiuno del Evangelio estudiado, terminando así esta obra maravillosa.

Otra igual sería preciso escribir para formarse una idea adecuada de su valor. La inteligencia y el corazón de Agustín se unieron aquí para exaltar la Vida admirable del Redentor. Y ya sabemos lo que esto significa. ¡Dichoso el pueblo que pudo gustar en la propia fuente el néctar suavísimo de sana doctrina, tan estupendamente preparado por el genio del gran Doctor de la gracia!

CAPITULO XV

El sermón del monte. Sus maravillosas enseñanzas. Dedícale Agustín una de sus obras.

Admirable es la doctrina de Jesús. El eco de sus palabras, atravesando mares y occéanos, salvando bosques y montañas, dejóse oir en la tierra y despertó a las gentes del pasado letargo en que estaban sumidas largos siglos hacía. Al rumor de sus enseñanzas, la Judea se conmueve, escuchándolas con asombro, viéndolas tan diferentes de las que continuamente oía a los fariseos y doctores de la Sinagoga. Estos miran con recelo al que con palabra sincera y clara descubría la vanidad de sus prácticas y fustigaba con dureza su hipocresía y falta de espíritu en la interpretación de la Ley

Y El, infatigable, recorre provincias y regiones anunciando su Evangelio. Unos pueblos admiran sus palabras, otros no quieren prestarle atención. Pero a todos conmueve su visita y meditan todos las extrañas cuanto sublimes doctrinas, que confirma con estupendos milagros. Sólo doce pobres pescadores se animan a seguirle, y son desde entonces los íntimos confidentes de aquel Corazon divino, que tenía sus delicias en estar con los hijos de los hombres. La humildad, la caridad, la templanza, el perdón de las injurias, que recomendaba a sus oyentes y practicaba en grado heroico, le rendían los corazones de los que empezaban a gustar las dulzuras de esta nueva y celestial doctrina.

Y cuando el mismo Señor juzgó llegado el tiempo, propone al mundo la esencia de esta doctrina en un discurso, el «más hermoso que pudo oír jamás el hombre». Elegidos, en

efecto, los compañeros, que luego llamó apóstoles, sube con ellos al monte, y después de orar toda la noche, vuelve nuevamente al llano, donde le esperaba una inmensa muchedumbre, que de Judea y Galilea, y de los países vecinos de Tiro y Sidón, acudían a escuchar su palabra y pedir remedio para sus dolencias. Satisfechos estos anhelos, siéntase Jesús sobre una altura, y allí, escoltado por sus discípulos y teniendo a sus pies a la multitud, abre su boca divina y empieza a dar «lecciones de una sabiduría desconocida hasta entonces, anunciando cosas de las que nadie antes que El había hablado», enseñando, en una palabra, el fundamento de su doctrina en el famoso sermón de la montaña.

«Sermón admirable con el cual Jesucristo atacó de frente al espíritu de aquel siglo, condenando sus abusos, demostrando ser un bien lo que los mundanos llaman un mal, y un verdadero mal lo que ellos apellidan un bien, dando asimismo en pocos rasgos todas las reglas de la verdadera filosofía». Con razón se le considera como la síntesis y la esencia de la moral cristiana y como la gran prueba de nuestra dignidad de seres racionales, libres y capaces de superarnos a nosotros mismos, practicando las sublimes virtudes que en él se recomiendan. Es asimismo una de las glorias más puras de la Iglesia y aun de la humanidad entera. «Si un ángel bajando de un mundo superior hasta nosotros, dice Papini, nos pidiera lo mejor y más caro que tenemos en nuestras casas, la prueba de nuestra certeza, la obra maestra del espíritu en el apogeo de su poder, no le llevaríamos ante las grandes máquinas aceitadas... sino que le presentaríamos el Sermón de la Montaña y después, sólo después, algunos centenares de páginas arrancadas a los poetas de todos los pueblos».

Las enseñanzas de este divino sermón disiparon la «obscuridad en que el género humano errante, a la aventura, buscaba a tientas por todas partes la felicidad, sin poder encontrarla, y abrió los ojos al mundo, que mostró bien pronto su asombro

por haber desconocido tanto tiempo lo que era el objeto de sus deseos». Pudo el hombre entonces levantar la frente con dignidad y, pisando las vanidades de la tierra, disponerse a conquistar el paraíso, subiendo, ayudado por la gracia, los más altos grados de la santidad». De este modo abrió Jesucristo nuevos y anchurosos horizontes a los deseos del corazón humano, que entró por ellos aspirando con placer desconocido el purísimo ambiente de divinas dulzuras de que estaban saturados.

No necesitamos decir que esta página del Evangelio es el riquísimo venero al que han acudido, en todas las épocas, los maestros del espíritu, buscando inspiraciones para cumplir su misión. Entre ellos tenemos que contar, como siempre, al gran Agustín, que el año 393 publicó una obra con el título *Del Sermón del Señor en el monte,* verdadera exégesis de esta parte del Evangelio, tan maltratada por los enemigos de la fe, que han querido darla los más absurdos significados. En esta obra sigue el santo autor al pie de la letra a San Mateo, analizando primeramente las sentencias o *bienaventuranzas*, que estableció Jesús al principio de su sermón. Continúa la exposición normalmente hasta que el capítulo cuarto del segundo libro inicia una bellísima disertación sobre el Padrenuestro. Disertación que estudia, una por una, las peticiones que encierra la oración dominical, haciendo a la vez sabrosos comentarios y hermosas consideraciones sobre el significado y la verdadera acepción de las palabras que la forman. Y así hasta el capítulo doce que reanuda el desarroyo del examen del Sermón hablando del ayuno, de la confianza en la Providencia, de los juicios temerarios etc. etc., hasta terminar los dos libros comentando las temerosas palabras con que Jesucristo pone fin a su dicurso.

Con ser pobre e incompleto el resumen que acabamos de hacer, es suficiente para darnos una idea de esta nueva obra de Agustín. El desenvolvimiento de los temas es perfecto en

todos sus aspectos y las dificultades que parecen surgir de algunas de sus expresiones las aclara el autor en posteriores escritos, quedando de este modo incorporada al catálogo de las producciones más interesantes del Doctor máximo de la Iglesia.

Cerraremos estas líneas recordando otro escrito agustiniano compuesto al mismo tiempo que las Conferencias sobre el último Evangelio del capítulo anterior, aparecido el año 416. Titúlase *Diez tratados sobre la epístola de San Juan a los Partos*, y viene a ser como una variación momentánea al asunto de las conferencias de aquellos días, para evitar el cansancio de los oyentes. La epístola que estudia es la primera de San Juan, la cual supone Agustín dirigida a los Partos, pueblo escita establecido al sur de Hircania, en el Asia menor. Ignoramos qué fundamento tenía para atribuirle este destino, pues la opinión más general es que está dirigida a todas las Iglesias de Asia, como una especie de presentación de su Evangelio. Seguramente que el santo obispo se dejó guiar por algún códice, sin fijar su atención en este error que, en realidad, carece de importancia.

La obra es relativamente extensa y consta de un prólogo y diez tratados que exponen casi palabra por palabra la carta del Apóstol, con detención especial en sus pasajes más importantes.

CAPITULO XVI

Las Epístolas de San Pablo, fuente de doctrina cristiana. Interesantes exposiciones de Agustín sobre algunas de ellas.

Las epístolas de San Pablo ocupan en el Nuevo Testamento un lugar preeminente como centro inagotable de inspiradas doctrinas. Santo Tomás llega a decir de ellas que contienen todas las enseñanzas de la teología cristiana. El dogma de la Redención constituye el principal argumento de estas maravillosas cartas, que la Iglesia conserva como tesoro de incalculable valor. Y expone aquel dogma tan ampliamente que ya nadie puede hablar de él sin apoyarse en la autoridad que ellas significan.

El Santo apóstol resume en sus catorce escritos los misterios de la Redención y de la gracia, para renovar en la memoria de los fieles sus pasadas predicaciones. La vida del cristiano encuéntrase allí delineada en la figura de Cristo, modelo divino, que aparece a nuestra vista en toda su grandeza de Hijo del Padre y en la humildad infinita de un Dios Encarnado, muriendo en la cruz. Y entre estos dos extremos de la existencia del Redentor—en el seno del Padre y abrazado a la Cruz—van desarrollándose las maravillosas enseñanzas y los dogmas profundos que el gran Apóstol de las gentes establece y propone, para guiar a la humanidad en la ruta a lo eterno, en su marcha hacia Dios. Muy lejos de la filosofía pagana y a una distancia inconmensurable de las conquistas del entendimiento humano, la doctrina de San Pablo nos hace ver a Dios no «al través del cristal de los conceptos», sino en la realidad

inefable de un providentísimo Padre y de un amantísimo Redentor.

La criatura racional debe por consiguiente buscar la unión con ese Dios que se dignó venir hasta ella en forma humana, poniéndose en estado conveniente y purificándose de todas sus dolencias carnales.

Pero ¿cómo llegará la frágil voluntad humana a ese estado de perfección? La respuesta se encuentra en casi todas las páginas de las catorce epístolas de San Pablo. La fuerza que el hombre necesita para acercarse a Dios está en Jesucristo: El es la fuente de la gracia y de la vida sobrenatural prometida a los hombres. La naturaleza humana está a merced de los innumerables agentes que la arrastran al mal. Su voluntad soporta el contínuo embate de las pasiones, hundiénsose más y más en los abismos de la culpa, en los que permanecería eternamente si el auxilio de la divina gracia no ayudara su fragilidad. Con este auxilio el hombre se siente renovado y avanza por el camino de la virtud, pisando las vanidades terrenas y acercándose siempre a Dios. Esta es la doctrina que el Apóstol anuncia a las generaciones presentes y futuras, esencia íntima de la nueva fe, «derramando sobre los misterios de la caída del hombre, de la Encarnación y de la Redención una luz tan intensa que deslumbra y usando un lenguaje tan enérgico que causa como vértigo al alma no acostumbrada. Pero cuando a fuerza de leer se va habituando a su frase sublime, a la vez que sencilla, produce una admiración que es difícil dominar».

En torno a estas epístolas han girado infinidad de escritos, principalmente de carácter teológico, entre los que figuran algunos de Agustín, gran admirador de San Pablo, cuyas enseñanzas intentó divulgar entre el pueblo. Pero, desgraciadamente, ocupaciones más urgentes le impidieron llevar a cabo sus propósitos y le obligaron a suspender el trabajo que ya tenía comenzado. Así es como pudo únicamente escribir tres exposiciones sobre algunas partes de sus epístolas, que a pesar

de tener una misma fecha de aparición—año 394 – y figurar bajo el mismo epígrafe, son completamente independientes entre sí.

La primera, que llama *Exposición de algunas proposiciones tomadas de la Epístola a los romanos*, examina ochenta y cuatro de aquellas proposiciones que fueron presentadas a San Agustín por varios amigos. Hallábase efectivamente el santo en la ciudad de Cartago al lado de algunos hermanos en la fe, que leían en común en la citada epístola. Encontraron, al correr de las páginas, textos obscuros que ninguno de ellos comprendió, decidiendo acudir a Agustín para rogarle que los explicase. Así lo hizo, componiendo esta exposición, en la que estudia importantes cuestiones relacionadas con el fin de la carta, en la cual quiere San Pablo señalar a judíos y romanos el papel que en su vocación a la fe representaban la Ley y la Gracia. Hay que hacer notar que, no estando Agustín en aquel tiempo bien compenetrado del modo de obrar de la Gracia, se expresa en esta obra de manera que *parece* atribuir a la voluntad sola, y no a la Gracia misma, el principio de la fe. Cosa que sirvió más adelante a los semipelagianos para decir que el santo estaba de su parte. Cosa completamente falsa, porque el mismo santo señaló en otras obras semejante error, retractándose terminantemente de él.

Interesado Agustín por los temas de esta famosa Epístola, empezó, después de publicado el anterior escrito, un comentario completo de la misma. Pero asustado, como él mismo dice, ante la magnitud del proyecto, lo suspendió, después de haber expuesto amplísimamente el comienzo de la carta. Este comentario figura con el título de *Exposición incoada de la Epístola a los romanos*. Y en él sólo llega a señalar la finalidad de la epístola y a explicar las palabras de la salutación, empezando en seguida una extensa disertación sobre el pecado contra el Espíritu Santo con la que termina el escrito.

Casi al mismo tiempo, quizá un poco antes, que la anterior apareció otra *Exposición de la Epístola a los Gálatas*, que

abarca toda la carta, explicando en primer lugar el fin de la misma, que era hacer comprender a los fieles de Galacia la libertad en que estaban con relación a las prácticas de la Ley que algunos judíos querían imponerles. Describe luego la agitada vida del apóstol, adquiriendo después la exposición más profundidad cuando la epístola previene a los Gálatas contra las predicaciones de los judaizantes, «cuyo sutil orgullo hacía injuria a la Cruz de Jesucristo, atribuyendo la esperanza de la salvación tanto a los esfuerzos de la naturaleza como a la observancia de la Ley de Moisés». Sigue analizando con la extensión necesaria diversas expresiones de San Pablo, llegando así al fin del escrito, que termina con las mismas palabras con que el Apóstol acaba su carta.

Lástima grande fué que Agustín no continuara estas exposiciones, él que sentía especial admiración por el gran Apóstol cuya vida tantas semejanzas tenía con la suya. El resultado hubiera sido sin duda magnífico y decisivo, como decisiva fué la influencia que las Epístolas ejercieron en su ánimo en los días que precedieron a la conversión, en los que recibía a raudales la luz a medida que avanzaba en la lectura. Tenía pues motivos sobrados para conocerlas y sentirlas. ¿Cómo hubiera sido la exposición?

CAPITULO XVII

Los Salmos de David. Su influencia en el ánimo de Agustín, recién convertido. Expónelos luego en magníficos estudios.

Los días que siguieron a la conversión fueron para Agustín de intensas y desconocidas emociones. La fe, al iluminar su inteligencia, le encendió en el corazón la llama de la caridad, base de la perfección y fuente de todas las virtudes. Estas empezaron a brotar de manera asombrosa en aquel espíritu privilegiado, escogido por Dios para mostrar el poder de su gracia. Después de la escena famosa del huerto, cuando la voz del niño marcó el momento decisivo de la crisis en que vivía, aprendió Agustín a dudar del mundo y de sus vanos placeres. Unas palabras del San Pablo, puestas por la Providencia ante su vista extraviada, apagaron los ecos del mundanal ruido y deshicieron el encanto de sus voces traidoras, que le llamaban sin cesar. Y el hijo de Mónica fué para siempre de Dios, y sólo ansiaba oir su palabra y gustar las dulzuras inefables con que regala a sus escogidos. Hasta los atractivos de la ciudad, tan buscados en otro tiempo, se desvanecieron. Añoraba únicamente la soledad, y a ella corrió presuroso cuando los deberes profesionales le dejaron en libertad. La amistad le facilitó los medios y ayudó su pobreza. Verecundo, amigo sincero y leal, puso a disposición del joven retórico, que huía del mundo, cuanto pudiera desear, al ofrecerle su quinta de Casiaco, donde otro amigo del alma mostró su esplendidez, sosteniendo la pequeña comunidad que en ella se instaló.

Trasladóse Agustín al lugar de paz y recogimiento, tan generosamente brindado. poco después de su vuelta al seno de la Iglesia. El silencio regenerador del campo ejerció, como ya tenemos dicho en otro lugar, su benéfica influencia en aquel ánimo oprimido por el peso del trabajo y por la terrible crisis tan felizmente resuelta. Instalado en el retiro del bello rincón de Lombardía comenzó a vivir una vida nueva, en la que los encantos de la naturaleza y la agradable compañía de su madre y demás personas allegadas a su corazón, formaron, por decirlo así, la base en que se apoyó para iniciar la gloriosa carrera de santidad y de ciencia. «Con ánimo sereno y soberanamente lúcido da comienzo al examen de su estado actual y ve con precisión cuánto le queda por hacer para ser un. cristiano perfecto. Debe reformar su conducta, cambiar su modo de discurrir, cambiar, hablemos así, el destino de su pensamiento, aun compenetrado de influencia pagana. . . Y desde luego tiene que familiarizarse con la Escritura». Su gran amigo Ambrosio, de Milán, habíale hecho una especial recomendación sobre este último punto. Y él mismo estaba ansioso de desahogar, con la ayuda de los Libros Santos, los sentimientos que le dominaban. Su lengua aun no conocía con perfección el lenguaje espontáneo y sincero de la fe, y por eso no podía seguir los impulsos que brotaban de su corazón. Buscó entonces en la Escritura el alimento de la doctrina y el auxilio de la expresión, y vió inmediatamente satisfechos sus deseos y la necesidad que sentía de llorar y de orar.

Los *Salmos* de David pusieron en su boca el lenguaje divino de sus frases ardorosas, que lo mismo expresan la dulzura de la paz, que los sentimientos del dolor más profundo. «David es, en efecto, como dice un escritor, la voz de la oración, y con especialidad de la oración penitente. Diríase que le había creado el Señor a fin de que no hubiera tristeza, peligro ni pesar, dolor o deseo que no haya tenido él, y de este modo nos suministrase cantos y lágrimas para las diversas situaciones de

la vida. . . ¿Cómo no había de encontrar allí Agustín el bálsamo que necesitaba? Las situaciones se parecen como las almas; así que, apenas abrió el libro de los Salmos, cuando los afectos de su corazón salieron de madre y se desbordaron».

De la impresión magnífica que en su ánimo causaron los solemnes acentos de David, júzguese por las siguientes palabras. «Qué voces os daba yo, Dios mío, cuando hallándome desocupado en aquella quinta, no obstante ser todavía catecúmeno, rudo y bisoño en amaros con verdadero amor. . . me ocupaba en leer los Salmos de David, cánticos llenos de las verdades de nuestra fe, cantares que inspiran piedad y devoción y excluyen todo espíritu de soberbia y vanidad. Qué voces os daba yo Señor, leyendo aquellos Salmos y cómo ellos me inflamaban en vuestro amor y encendían en vivísimos deseos de irle publicando por todo el mundo, si me fuera posible, contra la hinchazón y soberbia del género humano».

En el curso de su agitada existencia conservó Agustín el recuerdo de aquellas suaves y consoladoras efusiones de su alma en los días de Casiaco. Y el influjo benéfico de David perduró con tanta fuerza que se puede decir que él y San Pablo son los que principalmente dirigen su vida por los caminos de la perfección. Con frecuencia leía y estudiaba los escritos de estas dos gigantescas figuras de la Biblia, para hacer llegar hasta el pueblo sus admirables doctrinas. Así es como compuso las extensas páginas, que, recopiladas, figuran en el catálogo de sus obras con el título *Explicaciones de los Salmos.*

En la edición de las obras agustinianas, hecha el año 1841 en París por los Maurinos, ocupan estas explicaciones dos tomos de apretadísima lectura, dispuesta según el orden de los Salmos, por los beneméritos monjes de aquella rama benedictina. Porque Agustín no siguió en sus comentarios un orden riguroso. Es más, nunca tuvo el propósito de hacer un estudio completo del Salterio. Las impresiones primeras habían obra-

do de tal modo en su espírifu que, a pesar de sus ansias de manifestarlas a sus semejantes, temía profanar aquellas admirables páginas, si se decidía a exponerlas. Creía que la inmensidad de sentimientos que encierran, sólo puede palparse, valga la expresión, en ellas mismas. Nuestro ánimo, seguía pensando Agustín, tiene sus momentos de alegría y sus horas de tristeza. Para unos y otras encontrará en David palabras ardientes y fervorosas y enseñanzas consoladoras que, impresionándole vivamente, llegarán hasta el fondo de su ser, y le ahorrarán toda clase de explicaciones.

Pero no todos comprendieron este razonamiento, porque no todos tenían un alma como la suya. Muchos de sus amigos y con mayor razón el pueblo sin ilustración, eran incapaces de llegar tan a fondo de los Salmos. Encontraban no pocas dificultades que les impedían la natural y espontánea efusión de sus ánimos, tan necesaria para poder seguir al Real Profeta en sus trasportes de gozo o en sus gritos de dolor. Y, como ya tenían por costumbre, acudieron al gran Doctor. Unos le proponían la explicación de un salmo, otros la de alguna de sus partes y todos le importunaron de tal modo que, pese a sus opiniones, se vió en la necesidad de emprender la ímproba tarea de procurar dar gusto a todos de un modo general sin descender a escuchar ruegos particulares, porque como decía muy bien «urge más lo que esperamos que ha de aprovechar a muchos».

Siguió, sin embargo, decidido a no hacer un estudio completo de los Salmos. Se propuso más bien exponerlos por medio de sermones que él mismo predicaba o hacía leer ante los fieles. Hablaba así según las circunstancias del día y sin un orden determinado.

La extensión y la importancia de las explicaciones dependían generalmente del mismo salmo. No todos ofrecen, hablemos así, el mismo interés. Los históricos, por ejemplo, se distinguen de los proféticos en muchos aspectos y no ofrecen

por lo común serias dificultades, no necesitando por consiguiente grandes ni profundas exposiciones. Al contrario de los otros que requieren detención y conocimientos especiales para poder ser comentados. Tomadas una por una las exposiciones, son breves en casi su totalidad, pero reunidas forman un respetable conjunto, como ya dijimos.

De su carácter podemos decir que Agustín procura acomodarlas en lo posible a los oyentes. Más que estudios bíblicos son consideraciones místicas, con enseñanzas prácticas desprendidas de los mismos Salmos, explicados con frecuencia en un sentido alegórico. Es ordinario también encontrarse con muchas citas de otros Libros Sagrados y aun con cuestiones ajenas al tema principal. Y no es raro ver al santo autor suspender el curso de la exposición para prorrumpir «en vehementes exhortaciones que convencen, en cálidas expresiones que arrebatan, o aclarar su pensamiento con figuras tan vigorosas y encendidas que basta posar la vista sobre ellas para sentirse inflamado en el mismo fuego que dominaba a los discípulos del Señor haciéndoles exclamar: No es verdad que sentíamos arder nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?

Dado el número, la variedad y la falta de conexión de estas *Explicaciones de los Salmos*, es imposible resumirlas, de no decidirse a escribir otra obra tan extensa como la que ellas forman. Vamos pues a cerrar este capítulo. Y lo haremos poniendo de relieve el interés especial que tienen para toda clase de predicadores y anunciadores de la divina palabra y de la moral católica. Su misma sencillez y el carácter popular que el santo quiso darlas, no piden otro fin. Las compuso para los humildes y sencillos, y sería un trabajo digno de todo encomio vulgarizarlas a fin de que llenen también ahora la misión a que están destinadas.

CAPITULO XVIII

Agustín sacerdote. Inicia su ministerio predicando la divina palabra. Los Sermones.

Estamos en el año 391 de la cuarta centuria. Agustín cumplía el treinta y siete de su vida, descansando en un retirado lugar de Tagaste. Los recuerdos del pasado no inquietaban ya su espíritu. Excitaban sólo su fervor y su agradecimiento hacia Dios. La paz poseía todo su ser. La paz que Jesucristo trajo a la tierra y que es el patrimonio de las almas puras y de los hombres de buena voluntad. Para conservarla siempre en si mismo, huyó del potente y avasallador influjo de la ciudad, encerrándose en una pequeña propiedad de su pueblo natal. Allí hizo revivir de algún modo los felices días de Casiaco. Y quizá pensó entonces en poner los fundamentos a su Orden gloriosa, viniendo a ser aquel cenobio tagastense «la semilla de la cual se multiplicó, en los siglos, dicha Orden, repartida con el correr del tiempo en varias familias, siendo siempre una de las más valerosas compañías del ejército cristiano, perdurando hoy viva y pujante, para dar, como hasta ahora, a la Iglesia, muchos santos y maestros».

Agustín empezó a gustar las dulzuras del nuevo retiro en el año 389, viviendo con sus amigos una vida común, muy parecida a la de los monjes. Libre de las preocupaciones del mundo, sintió en la soledad el consuelo de la oración y la perfecta tranquilidad de espíritu. Pero temía que el sosiego de aquellos días no fuese duradero. Las perspectivas eran por cierto, en este sentido, muy poco halagüeñas. Los enemigos de la Igle-

sia mostrábanse activos en demasía para que un hombre como Agustín permaneciera inactivo.

Y, efectivamente, por aquí empezó el fin de su soledad y agradable retiro. Las consultas sobre diversas cuestiones de doctrina se sucedían unas a otras, llegando hasta Tagaste desde los más apartados lugares de la región africana. Y no era raro ver al triste y acongojado Agustín—triste y acongojado mirando cómo se aproximaba el fin de su retiro—recorrer pueblos y ciudades anunciando la divina palabra, que de sus propios labios querían escuchar. Así es como llegó en cierta ocasión a Hipona. Una oveja descarriada prometía volver al seno de la Iglesia si el mismo Agustín resolvía sus dudas y dificultades. Hízolo así el santo. Y aunque los resultados no fueron muy satisfactorios, no se dió por vencido, porque «conocía por experiencia la lentitud del ánimo cuando se trata de mudar de género de duda». Aguardó confiado en la misma Hipona el desenlace, entregándose mientras tanto a los ejercicios de piedad, siendo la admiración de todo el pueblo. Con él entraba en el templo a la hora de los Oficios, e igual que él escuchaba con fervoroso respeto la palabra del anciano obispo Valerio.

Era éste un santo prelado que a sus pocas fuerzas, gastadas en largos años al servicio de Dios, unía una gran dificultad para expresarse en latín—era de origen griego—, ignorando además la lengua púnica. Consumía así el venerable anciano sus débiles fuerzas, sin conseguir que sus fieles pudieran aprovechar las enseñanzas que con celo de apóstol les impartía. Le faltaban sacerdotes que aliviaran sus agobiantes tareas y supliesen las deficiencias que él no podía evitar. Gemía el santo obispo y pedía al cielo remedio pronto y oportuno para sus dificultades.

Un día, pronunciando el acostumbrado sermón, insistió con vehemencia en sus lamentaciones y conjuró a sus fieles para que pidiesen a Dios muchos y buenos sacerdotes. Pues la Iglesia de Hipona necesitaba con urgencia este auxilio. «Estaba

Agustín entre el auditorio, confiado en su incógnito. Pero ya había corrido la noticia. Mientras el obispo predicaba, los fieles se fijaban en Agustín. De pronto algunos más violentos se precipitaron hacia él, le asieron y se lo llevaron ante la cátedra episcopal gritando: Agustín, sacerdote. Agustín, sacerdote». La concurrencia apoyó unánimente esta propuesta y el nombre de Agustín salió de todos los labios. «El desventurado intentó escapar de las manos de sus entusiastas guardianes, y al ver que no lograba irse de ellas y que aquel era su destino, rompió a llorar a lágrima viva». Y se sometió a los designios de Dios, tan manifiestos en las aclamaciones del pueblo, y aceptó y recibió la dignidad sacerdotal que se le ofrecía.

Ordenado de sacerdote pidió a su obispo un lugar donde seguir practicando la vida de Tagaste. Y el santo prelado, «comprendiendo la utilidad de un convento como seminario de futuros sacerdotes, puso a Agustín en posesión de un terreno perteneciente a la iglesia de Hipona para fundar allí otro monasterio. Así se inició la santa casa de donde habían de salir tantos eclesiásticos y obispos para todas las provincias del Africa.

Establecido definitivamente en Hipona, el obispo descargó en él parte de su pesada carga, llegando a concederle la facultad de predicar y administrar el bautismo, reservada entonces al obispo en la Iglesia occidental. Pero esto asustó al nuevo sacerdote. Particularmente la predicación le infundía verdadero temor. Se juzgaba indigno de este ministerio, porque creía carecer de los conocimientos necesarios para tan difícil misión. Y pedía con lágrimas al anciano obispo el tiempo necesario para prepararse con el estudio y la oración. Pero el tiempo urgía y hubo de someterse. «Se me obligó, decía él, sin duda en castigo de mis culpas y como una prueba a la que Dios quería someterme. Pues ¿qué otro motivo pudo haber para que me confiaran el segundo puesto en el timón, a mi que ni aun sabía manejar un remo?».

En el año 391 inició su predicación, dando comienzo a èsa serie de sermones que ya sólo la muerte debía interrumpir. Serie en la que se encuentra una inmensa variedad de doctrinas, sencillamente expuestas algunas, adornadas con las galas del lenguaje y de la elocuencia otras, y todas acomodadas a las circunstancias y dichas con la convicción que nace de un corazón apasionado por la verdad. Grandioso conjunto de enseñanzas que Agustín predicó a su pueblo y legó a la posteridad, resumiendo en ellas lo más grande de los dogmas de nuestra fe y de los preceptos de su moral. «Allí se encuentra todo: la doctrina, las dificultades contra la doctrina y todas las sutilezas que pueden ambicionar los más exigentes filósofos».

Esta serie de sermones figura hoy en el catálogo de las obras agustinianas con sección propia, llenando un número muy subido de páginas. Pero como otros de sus escritos también éstos fueron publicados sin un orden riguroso. El santo obispo intentó varias veces revisarlos y colocarlos según su materia. Pero asuntos más urgentes le distrajeron, sorprendiéndole la muerte sin haber podido cumplir sus deseos. Después de él fueron bastantes los que trabajaron animosamente para ordenarlos. Pero la falta de espíritu crítico en algunos y la poca constancia en otros, malograron tan nobles intentos, continuando los *Sermones* de Agustín desordenados, y hasta confundidos con otros evidentemente apócrifos.

Los beneméritos hijos de San Benito tomaron a su cargo la ímproba tarea y lograron en su edición crítica de las obras de San Agustín presentar en un orden riguroso sus sermones. Ocupan ellos solos dos tomos de esa edición, figurando en el primero y parte del segundo aquellos cuya autenticidad no puede razonablemente ponerse en duda. Ascienden a trescientos sesenta y tres. En las restantes páginas del segundo tomo están los dudosos, que siguen la numeración de los anteriores hasta el trescientos noventa y seis, viniendo a continuación al-

gunos fragmentos y un apéndice con trescientos sesenta y siete sermones apócrifos.

Los primeros son naturalmente los que interesan en un estudio como el nuestro, aunque en realidad es bien poco lo que podemos decir sobre ellos. Porque ya se ve que resultaría imposible querer resumir tan extensos y variados temas en el breve espacio de un capítulo. Sólo diremos que el estilo no es uniforme en esta inmensa variedad de sermones, pláticas y homilías que Agustín pronunció ante sus fieles. Pero su nota característica es la sencillez. No faltando, sin embargo, hermosos discursos, de forma y lenguaje escogidos, en los que brillan las dotes oratorias del famoso doctor africano y el dominio que tenía de estos medios del arte de convencer. Y aunque conocía perfectamente su importancia, no los prodigaba, porque su público ordinario pedía instrucción religiosa y no lecciones de oratoria sagrada. Quería unción y convencimiento en la palabra y claridad en la exposición de la doctrina. Y estas son las cualidades que predominan en los Sermones. Buscar en ellos algo que no sea esto aprovechará muy poco, porque el santo no quiere ser aquí maestro de elocuencia, sino apóstol de la verdad.

CAPITULO XIX

Las cartas, reflejo ordinario de nuestros sentimientos. Su valor en el estudio de un carácter. Epistolario agustiniano.

Entre los numerosos volúmenes que ocupan los escritos agustinianos, tiene un interés particular el de las epístolas. Sus páginas encierran el retrato moral más perfecto de aquel hombre singular. Pues hay que admitir que pocas cosas reflejan tan bien como las cartas los sentimientos del corazón humano que, de ordinario, los deposita en ellas con toda sinceridad. Como los libros, mucho mejor que los libros, las cartas hacen que las personas, aun las que ya traspusieron los umbrales de la eternidad, continúen viviendo entre los suyos una especie de vida superior e inmutable, en la que les hablan todavía de las alegrías y de las penas, de los proyectos y de los anhelos que distrajeron los días de su existencia acá en la tierra. ¡Cuántas veces hojeamos con tristeza infinita los rasgos que en la última carta trazó la mano temblorosa de un padre o de una madre ya perdidos para siempre! O recorremos con placer las líneas que nos trasmiten gratas nuevas de un alma cercana a la nuestra. En esos momentos nuestro ser se reconcentra en sí mismo y posa la vista sobre aquellos renglones, haciendo revivir en cada uno de ellos la imagen que allí llama nuestra atención. Llegamos a entablar con ella un verdadero diálogo. Pero son los afectos, ayudados por el recuerdo, los que hablan. Accedemos a sus deseos, lloramos sus dolores y nos gozamos en sus alegrías, olvidando momentáneamente la rea-

lidad, para gustar la vida de sentimientos que la carta nos hizo añorar. Es que en ella flota, digámoslo así, el espíritu de quien la escribió. La pluma grabó fielmente en el papel unos minutos de aquella existencia, con los afectos y las pasiones que entonces la dominaban, hasta dejar allí un trozo de su personalidad.

Esto nos demuestra la exactitud de lo que decíamos antes al afirmar que las cartas contienen de ordinario el verdadero, el auténtico pensamiento de un autor. Y como pueden abarcar un sinnúmero de materias, de ahí que, cuanto más numerosas sean, más aspectos ofrecerán de su figura moral, consiguiendo a veces dejarla perfectamente delineada. Dicen a este propósito los prologuistas de la edición maurina: «Como los ojos aventajan a los restantes sentidos del cuerpo, así las cartas de los hombres ilustres son superiores a sus restantes escritos. En ellas, lo mismo que en doble espejo de los ojos, brillan las dotes, afectos, virtudes y vicios de la persona, de tal manera que nadie podrá describirlas tan al vivo, ni tan claramente observarlas como allí. Ni aun los escritos que aquellos hombres dedican a hablar de sí mismos pueden comparárseles; pues de ordinario en ellos exageran demasiado los defectos o no dicen las virtudes· Por el contrario en las cartas espontánea y naturalmente y aun sin intentarlo, se retratan a si mismos con los diversos y vivos colores que la naturaleza, el lugar, las ocasiones, las personas etc., pueden proporcionar. De tal modo que, sin necesidad de otros medios, puede el diligente observador mirar muy de cerca la figura moral de un escritor, sirviéndose sólo de sus cartas». Y podemos añadir que también su figura intelectual. Pues aunque es verdad que quizá resalte más en otros escritos, existe, sin embargo, un género epistolar que requiere el trabajo de la inteligencia. poniendo a prueba sus dotes y capacidad. Y como la intimidad y el secreto de las cartas son un poderoso aliciente para la expansión, el escritor no pone trabas a su pensamiento, dejando así *al descubierto* sus verdaderas opiniones, el peso de los argumentos

en que las apoya y hasta la mayor o menor amplitud de su inteligencia.

Claro es que esto, como todas las cosas, tiene sus límites, que pueden venir señalados por el carácter del autor, por la naturaleza de los temas o por otras circunstancias que cierren el amplio horizonte epistolar. Encontramos así muchas cartas que sólo tienen de tales el nombre. A estas cartas no son aplicables las anteriores consideraciones, porque han sido escritas para ver la luz pública, perdiendo con ello su carácter de intimidad, con lo cual queda coartada la libertad del autor, que ya no será en ellas tan natural y espontáneo como en las otras. Pero, a pesar de todo, unas y otras se perfeccionan naturalmente, hasta formar un conjunto armónico y de gran utilidad para el crítico, que desea conocer en toda su amplitud una de esas figuras dignas de sus desvelos.

Concretemos estas consideraciones, que las *Cartas* de Agustín nos inspiraron, y no sin razón. Basta hojear el volumen que las contiene, para sentir lo mismo que nosotros: la gloriosa figura del doctor africano está allí estupendamente delineada. Y aún hay más. «Como el santísimo Prelado, dicen los prologuistas antes citados, estuvo siempre ocupado en los más graves asuntos de la Iglesia, sucede que la colección de sus epístolas encierra, no sólo la historia de su vida privada, sino la de la misma Iglesia. Si alguno quiere por ejemplo, conocer el movimiento donatista o el de Pelagio, examine las cartas de Agustín y quedará satisfecho».

Esto, como se ve, va aun más allá de nuestras apreciaciones. Pero todo se comprende en un hombre como Agustín. Consultado epistolarmente sobre diversas cuestiones, respondía como era su costumbre: hasta agotar el tema. Esto explica la amplitud de muchas de sus cartas y corrobora la solidez de las afirmaciones de los prologuistas.

Los cuales tienen ciertamente buenos motivos para hacerlas. Porque son ellos los que han publicado una de las prin-

cipales colecciones de las Epístolas de San Agustín, que ocupan el tomo segundo de su famosa edición de obras agustinianas. Como los Sermones, también las cartas exigieron de aquellos incansables obreros de la ciencia una inmensa labor de crítica y selección. Faltaba orden y sobraban muchas cosas, unas por dudosas y por apócrifas otras, en el gran conjunto epistolario agustiniano. Y ellos pusieron el inmenso caudal de conocimientos allí reunido en condiciones de ser aprovechado.

Formaron una magnífica colección de doscientas setenta epístolas, colocadas en orden cronológico y separadas en cuatro partes. En la primera están las escritas antes de la consagración episcopal de Agustín. Son treinta. La segunda reune las aparecidas entre los años 396 y 410, que son noventa y tres. Y la tercera parte está formada por ciento ocho que aparecieron en los veinte últimos años de Agustín; figurando en la última otras treinta y nueve de origen dudoso y un apéndice, en el que colocan varias cartas apócrifas.

Dentro de este grandioso conjunto se encuentra una variedad inmensa, así de epístolas como de doctrinas. Conjunto impresionante que va desde los más sencillos temas hasta los más altos y difíciles. La espontánea y amable carta familiar sigue o antecede a otras de graves asuntos. El estilo elegante y florido se confunde con el más llano y trivial, pero no menos sincero. «Al lado de las epístolas excesivamente literarias o eruditas, se hallan otras simplemente exquisitas», envueltas en un aire de encantadora y suave familiaridad. Y lo más admirable es «que no responde en ellas Agustín a la ligera, como para cumplir una obligación fastidiosa. Casi todas rebosan de una enseñanza substancial, por largo tiempo meditada». De ahí que algunas sean verdaderos tratados de las más elevada teología y estén citadas por el mismo Agustín en sus *Retractaciones* como formando libros aparte. Véanse si no las que llevan los números cincuenta y cuatro y cincuenta y cinco, ciento cuarenta y ciento cuarenta y siete, ciento sesenta y seis y

sesenta y siete con la ciento ochenta y siete. Claro es que en realidad éstas no debían llamarse cartas, y el mismo Agustín parece reconocerlo cuando las pone en las Retractaciones. Pero a pesar de todo hay también sus razones para colocarlas entre las epístolas como lo han hecho hasta ahora los numerosos editores que ha tenido el obispo de Hipona.

La importancia de las cartas, es como ya puede suponerse, muy diversa. Hay gran distancia entre una de simple cortesía a otra de tema o asunto doctrinal. No es tampoco uniforme la extensión; pero todas exceden la ordinaria en esta clase de escritos. La claridad en el lenguaje y en la exposición es la nota dominante en todas ellas. Conserva el Santo Doctor allí el tono de sencillez que pide su mismo carácter, para acomodarse a las exigencias del tema y los términos de la consulta.

CAPITULO XX

Influencia del pasado en la actual civilización. Interés de nuestros mayores por los temas fundamentales del alma. Nuevos escritos de Agustín.

Para los que vivimos en este siglo de continuo movimiento y de incesante actividad, donde apenas hay quien descanse por un momento, ni siquiera a la sombra de los gratos recuerdos del pasado, resultan incomprensibles los gustos y aficiones de otros tiempos. De aquellos tiempos, decimos, en los que los individuos y los pueblos, con la base de una educación mora más sólida que la nuestra, sorteaban los peligros de la vida, ocupando unos y otros con absoluta responsabilidad el puesto que en ella les correspondía. Las naciones, con sus diversas clases íntimamenie unidas, acumulaban en su seno una fuerza colosal, que se manifestaba de muy diferentes maneras, ora llevando a cabo grandes empresas o bien creando los más bellos monumentos del arte y de la ciencia.

Suele hablarse en la nuestra de las épocas ya lejanas, con un aire de suficiencia tal, que asombra al hombre ilustrado y enorgullece al ignorante. Pero felizmente esas ridículas pretensiones de superioridad sólo se encuentran en algunos escritores sectarios y de ideas preconcebidas, y con más fuecuencia en esa clase de oradores de tres al cuarto. Y no se crea que nosotros pasamos al extremo contrario, alabando la civilización y las ideas del pasado, apoyándonos en el desprecio de las del presente. Eso además de estar fuera de la realidad nos pondría al nivel de los que venimos criticando.

A cada cual lo suyo. Así como sería necio y pueril negar el grado de adelanto a que ha llegado el hombre en nuestros días, tan necio y pueril nos parece desconocer y despreciar los

tiempos que señalaron los primeros, lentos pero seguros, pasos de la humanidad en el camino de su propio perfeccionamiento. El hombre imparcial que trata de enjuiciar las diversas épocas por las que ha pasado la civilización, distingue entre tiempos y tiempos y reconoce que, si bien es cierto que los nuestros superan al pasado hablando de un modo general, hay sin embargo bastantes aspectos bajo los cuales debe considerarlos a un nivel inferior con relación al de otras épocas.

Porque quiéranlo o no los modernos apologistas del siglo de las luces, también en los medios el progreso avanzaba lentamente, pero seguro de si mismo, como que estaba destinado a ser la base de los adelantos que hoy tanto enorgullecen a los hombres. Lo que ahora nos asombra por la cantidad y la perfección, existía entonces, en un estado rudimentario si se quiere, pero en contínuo desarrollo, que le permitió llegar a la altura en qué nosotros le contemplamos. La renovación artística y literaria que conocemos con el nombre de Renacimiento fué acompañada, o mejor dicho, fué facilitada por descubrimientos importantísimos que, como el de la imprenta, estaban llamados a ejercer una influencia decisiva en la marcha de la civilización.

Es necesario pues reconocer que también en los pasados siglos existía el progreso. No todo en ellos era *oscurantismo* como dicen muchos papanatas que se la dan de ilustrados. La humanidad siguió su camino en aquellos lejanos y despreciados tiempos, como ahora, en un sentido siempre ascendente hacia su mejoramiento material.

Pero ¿y en la moral? ¿pueden nuestros tiempos resistir la comparación con los del pasado? Sin querer establecer una regla general, respondemos decididamente que no. El hombre es un compuesto de alma y cuerpo, y el moderno ha dedicado demasiada atención al último, abandonando casi por completo a la primera. Y el resultado fué el que lógicamente era de esperar. Una falta casi absoluta de ideales caracteriza a las presentes generaciones, que han sido educadas para la tierra y a la

tierra miserable dedican su actividad. Sin rumbo fijo en la vida, marchan a merced de la primera impresión, que lo mismo puede llevarlos a la cumbre de los honores que al abismo de la degradación. Fáltales el sentido de la propia dignidad y no conciben que todo hombre que aparece sobre la tierra tiene una misión que llenar. Están, en una palabra, muy lejos de aquellas generaciones, llenas de vigor físico y moral, que nos ofrecen las épocas pasadas, y cuyos grandes hechos y magníficas hazañas son apenas capaces de apreciar y mucho menos de imitar. Por eso juzgan extraños sus gustos y raras sus aficiones, como decimos arriba.

Les parecen vanas sus preocupaciones por que carecen de la formación integral que caracteriza a aquellos hombres y que los aficionaba a cosas muy razonables y más serias que las que atraen la atención de los contemporáneos. No miraban sólo a la tierra. Ponían sus pensamientos más altos y a la vez que luchaban por el bienestar temporal, no descuidaban el eterno. De ahí su entereza varonil, que nos subyuga, de ahí sus gustos y aficiones que no comprendemos.

Muchas veces al hojear las obras de Agustín han surgido en nuestra mente las anteriores consideraciones, que no dejarán de parecer extrañas en un libro como éste. Y sin embargo tienen su fundamento. Hemos visto y tendremos ocasión de ver más de una vez en el estudio que vamos haciendo, cómo personas de todas clases sociales acudían a San Agustín, proponiéndole la solución de algún tema de moral o de religión. El origen de muchas de sus obras tiene precisamente su base en esas consultas. Y esto es lo que no comprende la actual generación: esta preocupación de nuestros antepasados por los problemas del alma, por los misterios del más allá. Y lo que ahora ni siquiera se comprende, en ellos era natural y lógica consecuencia del estado de su espíritu y de su educación. A pesar de que en los tiempos de Agustín existía una gran corrupción y el primitivo fervor estaba muy decaído.

Correspóndenos examinar en este capítulo tres nuevos escritos agustinianos, que corroboran nuestras últimas afirmaciones. Tienen su origen en consultas de personas de muy distinto rango. La primera fué hecha nada menos que por el gran amigo y consejero de Agustín, Simpliciano. Hombre famoso en toda Italia por su santa vida y por sus muchos conocimientos. Precisamente a él había acudido el joven africano en los días amargos que precedieron a la conversión. Y ahora es el venerable anciano quien recurre a Agustín proponiéndole la solución de varios puntos de doctrina teológica. Ni que decir tiene que el santo acepta los ruegos de su antiguo maestro, contestando a sus preguntas con un libro en dos partes, que tituló *De diversas cuestiones a Simpliciano,* publicadas hacia el año 397.

La importancia de esta obra estriba, no sólo en su doctrina, expuesta en otras ocasiones, sino también en que sus páginas encierran la explicación de muchos puntos difíciles que encontramos en algunos escritos agustinianos. El mismo santo Doctor la considera de gran interés y la cita con frecuencia diciendo que en ella se encuentra compendiada su doctrina sobre la gracia.

El tema es arduo e intrincado, como que se refiere al gran problema de las relaciones entre la gracia y la libertad en la obra de la santificación. La primera parte estudia exclusivamente dos proposiciones tomadas de la Epístola de San Pablo a los Romanos, en las que hace el Apóstol un parangón entre el hombre sujeto al yugo de la Ley y el sometido a la gracia. Discurriendo sobre esto demuestra Agustín la bondad de la Ley en sí misma y nociva únicamente para aquellos que la traspasan temerariamente. Y si bien no da ella misma al ser racional fuerza para cumplir sus preceptos, hace sin embargo que éste, al conocerla, conozca su necesidad y acuda así al Dios que todo lo puede, siendo por consiguiente un auxilio meramente externo.

Antes de abordar la segunda proposición, que se refiere a la gratuidad de la vocación a la fe, cree necesario el gran Doc-

tor dejar bien establecida la finalidad de la Epístola comentada. Y era que, gloriándose los judíos de que su vocación al Evangelio les era debida por la observancia de la Ley, quiso el apóstol confundir su orgullo y traerlos al camino de la verdadera doctrina, enseñándoles lo gratuito de aquella vocación. «No entendían, dice Agustín, que la gracia, por lo mismo que es evangélica, es gratuita y no debida a las obras, pues de otro modo no sería gracia. La buena voluntad que acompaña a la fe es a un tiempo de Dios y de nosotros mismos; de Dios por la vocación y de nosotros por la cooperación». Y así continúa discurriendo altísimamente sobre las delicadas cuestiones de la gracia que tanto preocupan a los teólogos. Termina este libro o primera parte recomendando la fe humilde y confiada en estos misterios. «Creamos, dice, aunque no comprendamos; porque Aquel que sacó de la nada a las criaturas corpóreas e incorpóreas, hizo también todas las cosas según su peso, número y medida... Entonemos un cántico de alegría y no preguntemos ¿qué es esto? porque todo fué creado a su tiempo».

La segunda parte tiene también sus aspectos difíciles, pero mucho menos enredosos que los anteriores. Es una explicación de textos oscuros tomados de los Libros de los Reyes. Así por ejemplo, explica porqué el espíritu malo que se apoderó de Saúl se llama espíritu del Señor, y cómo hemos de entender aquel otro texto que dice haber sido enviado el espíritu malo para engañar a Acab. «Esta y otras expresiones fuertes de las Antiguas Escrituras, explica Agustín, no significan sino una simple permisión, y no una orden positiva de parte del Dios de toda Santidad. Porque no debemos olvidar que siendo El distribuidor de premios y castigos según los méritos, no sólo se sirve de hombres santos para llevar a cabo sus designios, sino que con frecuencia los malos son también instrumentos de su Providencia, que convierte el daño que ellos persiguieron en instrumento de su Justicia».

Este capítulo va a resultar demasiado extenso si queremos

seguir analizando esta importante obra de Agustín, magnífico esfuerzo de su mente privilegiada, que esboza en estas páginas las famosas teorías sobre la gracia y la predestinación, que más tarde habrían de asombrar al mùndo por su originalidad. Pasaremos, pues, a recordar rápidamente la obrita titulada *De ochenta y tres diversas cuestiones*, escrita hacia el año 388, al contestar a numerosas consultas de varios amigos. Las exposiciones son breves, algunas de tinte filosófico como la cuarenta y seis, que dedica al estudio de las ideas. Hay también varias de carácter exegético y algunas de ellas sumamente interesantes, como la cincuenta y nueve, que habla de la parábola de las diez vírgenes; la sesenta y cuatro, que expone la maravillosa escena de la Samaritana, etc. etc.

Otro escrito por el estilo del anterior es el aparecido entre los años 422 y 425 con el título *De las ocho cuestiones de Dulcicio*, inspirado, como indica el mismo título, en consultas hechas, según todas las probabilidades, por un tribuno imperial citado en otros libros de Agustín bajo el mismo nombre de Dulcicio. Casi todos los puntos propuestos fueron tratados en obras anteriores, por lo que el santo se contentó con recopilarlos y enviarlos al tribuno. Así que, en realidad, no es ésta una obra nueva. No obstante, tiene su interés, particularmente algunas de las cuestiones estudiadas. Citemos la segunda, que nos habla del valor de la oración por los muertos, tan combatido por los enemigos de la Iglesia. La tercera, referente al texto de San Pablo, que hablando de los hombres que estarán sobre la tierra el último día del mundo, dice: Nosotros, los que vivimos, los que quedaremos hasta la venida del Señor, seremos arrebatados juntamente sobre las nubes al encuentro de Cristo, etc. Donde parece indicar que aquellos hombres irán de esta vida a la inmortal sin gustar las amarguras de la muerte. Por cierto que Agustín se muestra indeciso y no se atreve a dar su opinión, a pesar de la solicitud de Dulcicio, pasando en seguida al examen de otras cuestiones hasta terminar este breve y sencillo escrito.

CAPITULO XXI

Agustín, muy nombrado, pero poco conocido. Su interés por la educación cristiana del pueblo. Varios escritos con este fin.

Agustín nos ha dejado en el inmenso catálogo de sus obras, una «enciclopedia del pensamiento universal, que, después de alimentar a toda la Edad Media, sigue nutriendo en nuestros días la piedad y la teología de la Iglesia». Y a medida que sean más conocidas se echará de ver con sorpresa que muchos de los principios filosóficos y aun científicos y sociales que creíamos conquistas de nuestro siglo, se aburren de puro viejos en sus libros. Porque al gran Doctor se le admira y se le nombra repetidas veces, pero son pocas las que se llega hasta el fondo de su pensamiento, aun en una materia concreta y determinada.

El nimbo de gloria y autoridad que siempre rodeó su nombre hizo que no pocos autores se contentaran con citarle en apoyo de sus teorías. Y esto que, a primera vista, juzgaríase suficiente, al fin de cuentas resultó nocivo y contraproducente. Porque al no llegar hasta la esencia íntima de sus ideas, quedaron éstas expuestas a las mas diversas y hasta opuestas interpretaciones. Pudo darse así el caso desconcertante de que Agustín, terror de las herejías de su tiempo, sirvió en épocas posteriores de apoyo a diversos errores que casi impúnemente abusaban de su nombre, llegando a sorprender a muchos escritores ortodoxos, que dispuestos a batir el error, se encontraron en un gran aprieto, al observar que se escudaba en la autoridad de Agustín. Fueron momentos de indecisión, aprovechados particularmente por los jansenistas, que presentaron

un novísimo sistema teológico y moral, a base, según afirmaban, de los escritos del obispo de Hipona.

El *Augustinus* de Jansenio tomó efectivamente desprevenidos a muchos escritores católicos, que apreciaron entonces su falta de preparación para combatirle en el mismo terreno: ignoraban o por lo menos conocían muy superficialmente el verdadero alcance del pensamiento de Agustín. Ciertamente que no hay derecho para decir esto de todos los teólogos. Hubo honrosas excepciones. Pero el mal pudo hacerse y la lucha entablada alrededor del nombre de Agustín fué dura e intensa.

Y los católicos, escarmentados con la experiencia, procuraron desde entonces estudiar mejor las obras del Doctor de la gracia. De este modo volvía a ocupar el lugar que le correspondía en las disputas teológicas, como autoridad indiscutible de la ortodoxia cristiana, y no sólo su nombre, sino también su pensamiento empieza a informar el espíritu de los grandes escritos en siglos posteriores.

Agustín empezó a ser conocido. Su grandiosa figura de Doctor máximo de la Iglesia, velada por su misma gloria, apareció nítida y brillante casi como en su vida mortal. Aunque no en todos sus aspectos, porque el pueblo que él tanto amaba sigue aún sin conocerle. Y es necesario que Agustín sea un santo más popular, en la noble acepción de esta palabra. Tiene que volver a ser el maestro de los humildes. Sus trabajos y los escritos que a ellos dedicó así lo exigen. «La encantadora sencillez y la efusión serena que se observa» en lo que podemos llamar su sistema místico, deben ser gustadas por todos los fieles. Con ello recibiría la piedad, en la forma que hoy priva, una inyección de energía, de la que está muy necesitada. Porque «Agustín estaba muy lejos de pensar, dice el vigoroso escritor agustino P. Ibeas, que las relaciones del alma con Dios se pueden someter al cálculo matemático. No se habría reido poco, bondadosamente, desde luego, al topar con algunos de esos libros piadosos de hoy que convierten la vida

interior en un negocio de aduanas, reglamentado por un sin fin de tarifas minuciosas».—La mística agustiniana prescinde de estas superficialidades y deja libre al espíritu para que, en explosiones de verdaderos sentimientos, llegue hasta el centro del Amor.

Sus normas de vida cristiana pueden reducirse, según el autor citado, a dos: una, referente a nuestro modo de habernos para con Dios, sintetizada en las famosas palabras, *Ama et fac quod vis*. La otra, con relación a nuestros deberes sociales, fundada en aquellas otras no menos famosas: *Interficite errores, diligite homines*. Ante estos dos principios cabe preguntar con el P. Ibeas: ¿Será menester algo más para una vida sólida y verdaderamente cristiana?

Sobre estos cimientos de amor se apoya la doctrina mística que dejó en sus obras, particularmente la estampada en numerosos opúsculos, tratados y exposiciones. Las traducciones directas de dichas obras alimentarán la piedad con enseñanzas de pura raigambre teológica, haciendo gustar a las almas las dulzuras de una vida sincera y sólidamente cristiana. Y aunque él no hizo de sus doctrinas un sistema de mística, en el sentido que hoy tienen estas palabras, los amantes de esta especialidad pueden, sin embargo, encontrar muchas obras que por su fin o por las causas que las dieron origen se acercan mucho o se identifican completamente con aquella parte de la teología.

A la vista tenemos varias de estas obras, que comentaremos rápidamente, empezando por el *Enchiridion*, escrito hacia el año 420. Es un manual (esto significa su nombre) de doctrina y piedad cristianas, compuesto a ruego de un cristiano que, impedido por sus ocupaciones de frecuentar el templo y viéndose en la necesidad de sostener grandes discusiones con compañeros de trabajo, algunos de ellos herejes, deseaba tener un libro de consulta para mejor conocer y amar la fe. Atendió el Santo Doctor estos ruegos y le envió el manual, que también llama *Libro de la fe, esperanza y caridad*. Sus páginas hablan

primeramente de las tres virtudes teologales, relacionándolas entre sí y recomienda la fe humilde y confiada que no busca temerariamente el porqué de muchas cosas que exceden a nuestra capacidad. Cita el caso del mal y explica por qué el Señor lo tolera en el mundo. «Dios, son sus célebres palabras, siendo el Sumo Bien, de ningún modo permitiría que existiese algo de mal, si no fuera tan poderoso que del mismo mal hace salir el bien.» Esto le recuerda la caída del hombre y su liberación por el Verbo Encarnado, lo que le da ocasión para hablar de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, a quien presenta como verdadero modelo, al cual debe adaptarse la vida del cristiano sobre la tierra. La remisión de los pecados y los Novísimos son también largamente estudiados, siendo de notar las terminantes palabras con que afirma la necesidad de la oración por los difuntos. Una brevísima exposición de la oración dominical pone fin a esta obrita que compendía todas sus enseñanzas en aquellos dos preceptos que recomendaba Jesucristo: Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

El opúsculo *De la paciencia*, de origen agustiniano, puesto en duda algún tiempo y aparecido el año 418, tiene también el carácter de manual popular, dedicado a la virtud que indica el título. De ella habla en sus veintinueve capítulos, proponiendo a Job y los santos mártires como el ejemplo acabado de la misma y afirmando que es un don de Dios, quien premiará generosamente a los que la practican.

De la disciplina cristiana es un breve compendio de vida espiritual que explica la esencia del amor que debemos a Dios y a nuestro prójimo, al que se oponen substancialmente la envidia y la avaricia, vicios que no deben anidar en un corazón cristiano.

Diez capítulos componen el tratado de pura teología mística *Del cántico nuevo, de la vuelta a la patria celestial y de los peligros del camino.* Para marchar por la senda que nos

lleva al cielo, es necesario, dice Agustín en el primer capítulo, despojarnos de las cosas viejas y vivir la vida que nos trajo Jesús y entonar el cántico nuevo que es el Evangelio. La hermosa alegoría del segundo sobre la necesidad de emprender el viaje hacia Dios por el mar del mundo y de las pasiones, en la barquilla de la fe, se perfecciona con la siguiente, que señala los medios más sencillos para luchar contra los embates de las olas enfurecidas. Enumera tres clases de viandantes que apartan sus pasos de estos caminos y termina animando a seguir sin desmayos el único que conduce a Dios.

En los once capítulos del librito *De la utilidad del ayuno* recomienda esta práctica de penitencia como la mejor manera de refrenar las pasiones y de someter la carne al espíritu hasta lograr una sólida concordia entre ambas, a imitación de la que debe reinar en la Iglesia.

El argumento de la exposición titulada *De la Destrucción de la ciudad* estriba en un acontecimiento histórico, cual fué la ocupación de Roma por los bárbaros. Ante este terrible castigo pide aquí el gran obispo a sus fieles que, en lugar de quejarse del cielo, lloren sus propios pecados y los de la ciudad devastada, causantes de la tremenda desgracia.

Estos títulos y otros de origen agustiniano dudoso, pero bastante probable, como los *De la cuarta feria, Del cataclismo y Del tiempo bárbaro*, confirman la veracidad de nuestras primeras afirmaciones: Agustín tiene en sus obras más sencillas materia suficiente para formar con ella un acabado sistema de mística teología. Obras que son casi desconocidas por el pueblo cristiano, para el que fueron hechas y publicadas. ¿Continuará por mucho tiempo oculto este verdadero tesoro de ciencia cristiana, digno de figurar a pesar de su misma sencillez, al lado de los grandes escritos del Doctor africano? El resurgimiento agustiano que parece insinuarse en nuestros tiempos nos inclina a pensar que no. Esperaremos pues confiados las sorpresas que con el tiempo puedan venir.

CAPITULO XXII

La fe dignifica al hombre. Su necesidad. Escritos de Agustín sobre la verdadera fe.

Siempre nos ha parecido un absurdo «señalar como límite de la verdad» los cortos alcances del entendimiento humano, y por lo mismo no comprendemos que se rechace la fe como contraria a la razón y a la dignidad del hombre. Cuando aun en el cotidiano vivir el misterio nos rodea por todas partes, y cuando, según frase de Pascal, «nada sabemos totalmente» resulta increible que se nos pueda hablar seriamente de la capacidad absoluta de nuestras facultades para comprenderlo todo, y se nos presente a la fe como opuesta a nuestra categoría de seres racionales. Esto más que absurdo, es ridículo.

La fe en un orden sobrenatural y en la existencia de un Dios comunicándose al hombre, su criatura predilecta, por medio de una Religión, está en todas las conciencias y ha existido en todos los pueblos. Y lejos de rebajar su dignidad, los ha elevado, colocándoles en un nivel de moralidad y de verdadera cultura muy superior al de otros pueblos que han rechazado sus divinas enseñanzas.

Concretando nuestras palabras a la fe en los dogmas de nuestra Religión, vemos en ella la glorificación de la raza humana y creemos que sólo quien desconozca esos dogmas puede desecharlos como contrarios a su dignidad. Porque «la fe no destruye la razón, sino la fortifica, la ensalza e ilumina», la eleva sobre sí misma y la permite saciar su sed de verdad en las purísimas fuentes de la Divinidad. Lo que el hombre con su ciencia no hubiera llegado a sospechar, la fe lo ofrece a su

consideración. apoyado en argumentos tan sólidos que únicamente una inteligencia obcecada puede rechazar. Y lejos de coartar los vuelos del entendimiento, los encauza y conduce por rumbos hasta entonces desconocidos, que aparecen con brillo tan deslumbrador y con una realidad tan bella que el hombre los sigue sin descanso, porque aprecia perfectamente que son los únicos que le llevarán al centro de la perfección.

La falta de fe, la incredulidad, ésta sí que reduce al hombre a la más ínfima categoría, no permitiéndole alzar la vista a nada que trascienda los límites de la materia. Y así acontece que «mientras el incrédulo, encerrándose en este mundo y en sí mismo, como en recintos cerrados, quiere verlo, examinarlo y juzgarlo todo a la luz de una misma antorcha; el creyente, al contrario, sin debilitar ni extinguir de ningún modo esta tenue luz inferior, tiene en el cielo un resquicio siempre abierto, por el cual entra pura y abundante la luz de lo alto». La incredulidad prohibiendo al hombre toda relación con lo sobrenatural, le priva hasta de la posibilidad de gozar del placer soberano que causa en el alma el conocimiento de las verdades de aquel orden. Porque si bien es cierto que la sabiduría humana, al descubrir los grandes principios de las ciencias exactas y las leyes admirables por que se rigen los seres, es motivo de nobilísimos goces para las facultades de nuestro espíritu; no resulta menos cierto que los principios y leyes que ordenan la existencia de la vida sobrenatural causan en el hombre, al ser aprehendidos, goces tanto más puros y nobles que los anteriores, cuanto va de lo terreno a lo celestial, de la materia al espíritu.

«La suprema adquisición de la razón consiste en reconocer que hay una infinidad de cosas que la superan», decía el insigne filósofo antes citado. He ahí unas palabras que parecen escritas con la mirada puesta en estos tiempos de falsa libertad y crudo racionalismo. Pascal conocía perfectamente toda la magnitud del orgullo humano; pero seguramente que ni se le ocu-

rrió pensar que la sentencia contraria sería, al correr del tiempo, un lema, que muchos sabios y hombres de ciencia fundarían precisamente sus conocimientos en una sistemática negación de lo que está fuera del alcance de las facultades del hombre. Y sin embargo esta es la dura realidad. «Vivimos en un siglo que publica la afirmación insultante de que la ignorancia es la salvaguardia de la fe, que toma en el sentido material de la palabra que mata, esta admirable sentencia del Salvador: Bienaventurados los pobres de espíritu; que quiere en fin que la ciencia haya muerto a la fe, y que allá donde subsiste ésta, todavía no puede haber ciencia». ¿Qué otra cosa se oye hoy en las cátedras y en las tribunas, desde las que se propalan con desconcertante aplomo los más crasos dislates acerca de Dios y de la Religión? ¿No es éste el tema de tantos diarios y revistas que, olvidando su finalidad, se meten a predicadores, lanzando en tono solemne y de ridícula presunción inconcebibles simplezas? La razón es la diosa de gran parte de la humanidad, que al rendirle un incondicional vasallaje, demuestra tener muy pocos adarmes de ella; pues no hay cosa más puesta fuera de razón que admitir únicamente lo que nuestras facultades pueden comprender.

Y lo curioso y que no deja de causarnos gracia es la vanidad con que proclaman como una conquista ¡triste conquista! de nuestros tiempos esta absoluta autonomía de la razón. Nada nuevo existe bajo el sol. Y a fe que el racionalismo no ha de ser una excepción. Lo hubo desgraciadamente en todas las épocas y ya Agustín en la suya luchó con el de los maniqueos: un racionalismo estrafalario, como todo lo de aquella secta, pero al fin racionalismo.

Cuando el joven de Tagaste se inició en ella, arrastró consigo a varios amigos, entre ellos a uno llamado Honorato, que bien pronto se dejó engañar por los oradores de la secta, quienes le ofrecían la explicación de los misterios que le preocupaban, sobre el destino del hombre y otros no menos pro-

fundos y difíciles. Esta explicacion era, según ellos, perfectamente asequible a la razón, *que de ningún modo debe creer* —son sus palabras,—*lo que no comprende;* ni más ni menos que lo que sostienen nuestros racionalistas. Vuelto Agustín a la fe se acordó de este amigo, y así como su influencia le llevó al maniqueismo, procuró que la misma le atrajera a la verdad. Para ello le envió un libro razonando la fe, con el título *De la utilidad del creer*, que escribió en Hipona el año 391.

Su argumento está compendiado en las siguientes palabras del autor: Es mi propósito, dice, demostrar si puedo, cuán sacrílegamente atacan los maniqueos a aquellos que, siguiendo la autoridad de la fe, admiten como verdadero lo que aun no comprenden, preparándose así para ser iluminados por Dios. Pues ya sabes, oh Honorato, que lo mismo a ti que a mí, ninguna otra cosa nos movió a seguir su partido, más que el oirles siempre decir que ellos estaban dispuestos a llevar a Dios, *mediante la sola fuerza de la razón* a los que quisieran escucharles».

Antes de iniciar el tema propuesto, defiende en cinco capítulos el Antiguo Testamento, después de lo cual entra de lleno en materia indicando la manera de buscar la Religion, que ha de hallarse sin duda entre aquellas almas que más se distinguen por sus virtudes, como pasa en la Iglesia Católica, única que puede presentar ejemplos admirables de santidad. Cuenta luego el modo que tuvo él de encontrarla y habla de las excelencias de la verdadera fe, que no ha de confundirse con la credulidad. Dice cuán necesaria sea la fe, aun en las mismas cosas humanas, pues sin ella sería imposible la sociedad. Las mismas teorías maniqueas encierran una contradicción, al enseñar que no debemos creer lo que la razón no conoce, porque todos los que buscan la Religión, deben primero creer que existe, y ya ejercitan entonces un acto de fe. Continúa cantando la grandeza y dignidad de la fe y termina con una exhortación a su amigo animándole a meditar seriamente lo que le acaba de exponer.

La misma finalidad de proclamar y defender las grandezas de los dogmas y creencias de nuestra Religión, tiene el escrito agustiniano compuesto el año 393 con el título *De la fe y del símbolo*. Es un bellísimo discurso pronunciado en Hipona ante una asamblea de obispos, presididos por el de Cartago. Agustín, contra la costumbre que impedía predicar a los presbíteros, recibió el encargo, siendo sólo sacerdote, de hacerlo ante dicha asamblea. Habló sobre el Símbolo de los apóstoles, empezando por señalar la importancia de esta fórmula de fe católica, que permite al más humilde cristiano conocer y confesar sus creencias. Sigue a esto una defensa de las mismas creencias con una explicación más o menos extensa, hablando así de la eternidad de Dios, de la creación del mundo, del Verbo Divino, de su Encarnación, Pasión y Muerte, etc. etc. Y después de discurrir en forma sintética pero elevada del misterio de la Trinidad, termina, conforme al orden del Símbolo, exponiendo rápidamente sus últimos dogmas.

Otro importantísimo escrito sobre la fe es el aparecido el año 413 bajo el epígrafe *De la fe y las obras*, formado por veintisiete capítulos con la doctrina de la Iglesia acerca de temas que hoy mismo tienen excepcional importancia; porque los errores que allí refuta Agustín sirven de base a muchas sectas que aun existen en el mundo. Tres son los principales errores que condena en esta obra. Consiste el primero en la indiscreción con que algunos admitían a formar parte de la Iglesia a toda clase de personas, sin fijarse en sus costumbres. El segundo, más grave, sostenía que no debía enseñarse al futuro cristiano antes de ser bautizado, las reglas del bien vivir. Y el tercero enseñaba que la fe sola, sin necesidad de las buenas obras, basta para conseguir la salvación.

La refutación es enérgica y señala con exactitud el límite entre la verdadera doctrina y estos errores. La primera cuestión queda resuelta mostrando la práctica de la Iglesia que previene y corrige a los malos aplicándoles, si es necesario, todo

el rigor de la disciplina; y explicando los textos sagrados que aparentemente parecen favorecer a los que sostenían aquel error.

Con el ejemplo de los apóstoles, maestros supremos e infalibles de la fe, que explicaban primero los preceptos y obligaciones de la Religión y luego administraban el bautismo, rechaza la teoría del segundo error que sostenía lo contrario, apoyándose nada menos en algunos pasajes de la Biblia, que Agustín aclara aquí convenientemente.

También la tercera proposición de los que negaban la necesidad de las buenas obras para salvarse, es rechazada a base de la Escritura, citando el santo obispo los textos que expresa y terminantemente contienen la doctrina católica. Es magnífica esta exposición sobre la necesidad de las buenas obras. Ante ella no valen argucias, ni rodeos, en un empeño vano por sostener lo que es cristianamente insostenible. La verdadera doctrina es clara y terminante: El que quiere salvarse, además de la fe, necesita las buenas obras, porque la «fe sin obras es cosa muerta».

Vamos a cerrar este ya largo capítulo, citando otro escrito agustiniano sobre la fe. Nos referimos al opúsculo, publicado en el año 399. *De la fe en las cosas que no se ven.* No es más que una repetición de razones expuestas en los anteriores sobre la necesidad de la fe aun en las cosas humanas, y las que existen para creer, entre las que pone las profecías cuyo cumplimiento es un motivo para creer que también algún día tendrán el suyo las verdades y promesas de la fe. Una vibrante exhortación a la firmeza en estas divinas creencias pone fin al libro, breve pero de interés, particularmente relacionado con los anteriores, todos ellos utilísimas apologías de los dogmas y preceptos de nuestra santa Religión.

CAPITULO XXIII

Situación caótica del mundo en los tiempos de Agustín. La Religión único remedio para sus males. Activísima labor del santo para hacerla conocer por el pueblo. Varios escritos.

La natùraleza forma al hombre y la Religión le perfecciona y eleva hasta hacerle agradable a los ojos de Dios. La piedad exalta su ser sobre todo lo creado y le conduce al máximum de grandeza, hasta dejar anulada la distancia entre él y su Hacedor. . . Sólo la Religión es sabiduría verdadera y verdadera nobleza; y sólo el hombre religioso es realmente feliz. . . ». He ahí unas expresiones que, dichas por Agustín después de la dolorosa experiencia de su vida, adquieren un valor que nadie puede negar. Un valor extrínseco, diremos, porque en sí mismas encierran una verdad inconcusa y para nosotros fuera de toda discusión. Pero insistimos en que estas confesiones, hechas por un hombre que ha consumido la mitad de su vida buscando la felicidad lejos de Dios, parecen más grandes y más conmovedoras.

Además en Agustín la propia experiencia se apoyaba en la observación de las desdichas ajenas. Desde las alturas de su cargo contemplaba el impresionante cuadro que le ofrecía la sociedad de su tiempo. El Imperio Romano se hundía en las ruinas de su grandeza, vencido, no tanto por las armas de los bárbaros, como por la propia impotencia y debilidad, a las que le habían arrastrado sus vicios. Los hombres luchaban entre si, creyendo todos poseer la felicidad y empeñados en

imponerla aun en medio de arroyos de sangre. Un número incalculable de sectas perturbaba las conciencias, hundiendo a los pueblos en abismos de los que parecía haber salido definitivamente. La sangre, humeante aún, de los mártires envolvía al mundo en un ambiente de horror y hacía temer a muchas almas, que la justicia vengadora de Dios cayera sobre él con todo su peso.

Y Agustín en medio de aquel caos volvía su vista a la Religión, anhelando hacerla reinar en los corazones y extender su poderoso influjo por todos los ámbitos del imperio y por todas las clases de la sociedad. Porque a su paso la humildad doliente sentíase regenerada y las tinieblas del error disipábanse doquier la luz esplendorosa del Evangelio esparcía sus rayos celestiales. Los pueblos que aceptaban sus enseñanzas se renovaban completamente, ofreciendo a la vista del hombre observador un notable contraste con relación a los dominados por el paganismo o por las herejías. De este modo el obispo de Hipona veía cumplirse en la sociedad lo que ya había sentido en sí mismo y lleno de entusiasmo trabajaba incansablemente por hacer que todos los hombres sintieran la suave, pero enérgica, influencia de la Religión.

Este fué el fin principal de sus magníficas obras y de su intensa labor. Su vida pública después de la conversión «está compendiada, como dice un piadoso biógrafo suyo, en solas tres palabras: predicar, exhortar y escribir; predicar con la palabra y con el ejemplo; exhortar con dulzura y paternal amor y escribir numerosas obras en defensa de la fe y para instruir a los fieles.

Más de una vez hemos podido apreciar la exactitud de esto y tendremos ocasión de volverlo a apreciar nuevamente examinando algunos de sus escritos, humildes, sinceros, populares, pero con una intensidad de convicción que muestran claramente el ansia con que el santo obispo deseaba hacer a sus semejantes participantes de la felicidad que proporciona la Re-

ligión. *Del certamen Cristiano* se llama el primero, publicado más o menos hacia el año 395, con la única finalidad de señalar a sus fieles las principales normas de la vida del cristiano.

En las primeras páginas pone a la consideración del lector el premio que aguarda a los vencedores en la lucha con los enemigos del alma, de los cuales el primero y más encarnizado es el demonio. Para vencerle, lo mismo que al mundo, el segundo de nuestros enemigos, debemos empezar por mortificar al tercero; que es nuestra misma carne con sus pasiones, en las que, una vez rebeladas, reina con absoluto imperio Satanás. Hace luego unas hermosas consideraciones sobre la Encarnación y la Redención y previene a los fieles contra varios errores muy comunes en aquellos tiempos, terminando con una recomendación de la caridad, base de toda virtud.

Otro opúsculo escrito con fines de divulgación moral es el titulado *De la mentira* aparecido en el año 395, pero que Agustín consideró demasiado obscuro para entregarlo al pueblo, haciéndole por ello figurar en las Retractaciones como un complemento de otro escrito, que conoceremos más tarde, sobre la mentira.

Resulta efectivamente demasiado extenso para los fines que perseguía. Sus veintiún capítulos, hablando de la mentira, explican porqué las bromas y los chistes no deben ser considerados como mentiras, cuya definición da enseguida para comprobarlo. Discurre luego sutilísimamente sobre la licitud o ilicitud de cierta clase de mentiras y aclara algunos textos sagrados que parecen aprobar la mentira. Establece la absoluta ilicitud de la verdadera mentira y termina insistiendo en la necesidad de conocer y estudiar las enseñanzas de la Iglesia acerca de esta materia.

De la adivinación de los demonios es un escrito agustiniano eminentemente popular, publicado en los años 406 y 411, y cuyo origen no deja de ser curioso. Hablábase entonces de la destrucción del templo de Serapis de Alejandría, ocurrida en

el año 389, y anunciada, según se decía, con mucha antelación por un mago de aquellas regiones. El pueblo, dado a las fábulas, creía y admiraba la virtud de pseudovidente y se preguntaba si las potestades del Averno poseían la facultad de conocer el futuro. Agustín, conversando familiarmente con sus fieles, explicó esta interesante cuestión y luego formó el librito que acabamos de nombrar. En él explica porqué Dios permite algunas cosas que no son de su agrado, tolerando cierta intervención en ellas a los demonios, intervención que también aclara. Con este motivo dice los medios de que pueden valerse los malos espíritus para averiguar, sólo por conjeturas, el futuro, haciendo notar la diferencia entre esta adivinación y la verdadera profecía, y termina haciendo notar la rápida desaparición del paganismo y prometiendo responder a todas las dificultades que los infieles quisieran oponer a las anteriores consideraciones.

Pondremos fin a este capítulo, recordando una obra muy importante, de carácter en cierto modo diferente de las anteriores, pero también con la finalidad de ilustrar al pueblo en los misterios de la fe. Nos referimos a la titulada *De Catechizandis rudibus*, escrita en el año 400 y en la que la «mirada del Santo es tan clara y tan comprensiva, y va tan a fondo de las cosas, que tiene una trascendencia mucho mayor de la que puede imaginarse, siendo en toda la edad media la fuente en que se inspiraron los misioneros que catequizaban a los pueblos bárbaros y los celosos pastores que luchaban en tierra de cristianos contra la ignorancia de su grey».

Dividida en veintisiete capítulos, puede separarse en dos secciones, en las que enseña, a ruegos de un Diácono cartaginés, el arte de catequizar. La primera contiene las reglas necesarias para ejercer con fruto este sagrado ministerio, brindando en la segunda dos sermones que pueden servir de modelos en la exposición catequística. En el primer capítulo explica la razón del libro y, fundándose en que con frecuencia el ser-

món que agrada al oyente es pesado al que lo pronuncia, por el trabajo que supone, anima a los catequistas a que cumplan su oficio con paciencia. Es necesario, dice a continuacion, empezar la catequesis, para que sea eficaz, haciendo resaltar el amor de Dios al hombre, demostrado en la creación y en los demás beneficios que culminan en la venida de Jesucristo, obra inefable del divino amor. Si el converso muestra interés, conviene, antes de seguir adelante, examinar con habilidad su estado, intención y causas que le mueven a cambiar de vida, para iniciarle sobre seguro en los misterios de la resurreción y en los demás de la vida futura. «La parte que dedica a combatir las repugnancias y desalientos del catequista es de interés extraordinario y la leerán los de hoy con la misma avidez con que la leyó el afortunado Diácono Deogracias». Propone en los restantes capítulos las dos formas de sermón catequístico, extensa una y la otra breve, las que vienen a ser como una demostración práctica de las reglas que acaba de dar. Termina el libro con las ceremonias de la iniciación.

CAPITULO XXIV

San Agustín maestro de la pureza. Varios escritos sobre esta virtud.

No sería difícil que algún posible lector de este modesto ensayo, al considerar el título que encabeza estas líneas muestre su admiración ante el calificativo que aplicamos al gran Obispo de Hipona, que en su juventud no sobresalió precisamente por su pureza. Pues todos conocen, y hay quien se empeña en no conocer de él más que esto, sus caídas y la vida de disipación que llevó largos años, arrastrado por las pasiones y el mal ejemplo de sus amigos. Y no falta quien, decidido a presentar al hijo de Mónica como ejemplo de jóvenes despreocupados y viciosos, carga aquí sus tintas, no viendo en él más que liviandades y crímenes, particularmente contra la pureza, sin admitir causa alguna que disminuya su responsabilidad, o que pueda explicar el carácter de aquellas faltas. Por todo ello llégase a creer una inconsecuencia citar a San Agustín como un modelo de pureza y maestro de esta virtud.

No vamos nosotros a justificar las disipaciones de su juventud, pero si afirmamos que no fueron tan negras como las pintan. Es necesario al estudiarlas no fundarse sólo en el sonido de algunas expresiones del mismo santo, sino llegar hasta el fondo de su pensamiento, después de un examen imparcial y sereno de las circunstancias tan diversas que pudieron influir en su ánimo durante su juventud. Nosotros, contra la opinión anterior, proponemos a Agustín como ejemplo de pureza por doble motivo: Por haberla practicado después de

su conversión en grado eminente y por habernos legado «muchos y preciosos documentos como maestro, escribiendo sobre ella nada menos que seis obras auténticas, sin contar las atribuídas, en las que abarca todos los estados de la vida, y sin contar sus sermones, epístolas y otras páginas relativas a esta disciplina».

Quien haya leido su vida con detención, habrá apreciado su amor a la castidad, después de la conversión. Desde el retiro de Casiaco, donde, como él mismo dice, ya miraba con horror los placeres que tanto le esclavizaran, hasta su muerte, vive en un ambiente de celestial pureza, siendo riguroso hasta el extremo en evitar cualquiera ocasión que pudiera empañar el brillo de esta virtud. Sus obras reflejan asimismo este espíritu de total apartamiento de los placeres mundanos. Y aunque a veces se muestra algo áspero en frases y expresiones, puede muy bien disculpársele, haciéndose cargo de dos circunstancias interesantes: »La una es que dirigía sus escritos a una sociedad corrompida que no se escandalizaba de nada y ante la cual esos escritos aparecían más bien pudorosos; y la otra consiste en que esos escritos son tratados de teología moral en los cuales hay que hablar sin lenguaje figurado».

Para no apartarnos de la finalidad de este estudio no nos detendremos más a considerar este aspecto de su vida. Presentaremos como una prueba de nuestras afirmaciones, algunas de sus obras sobre la pureza, para que nuestros lectores puedan a la vez conocerlas y apreciar el celo que el Obispo de Hipona ponía en instruir a sus fieles acerca de este punto. Tuvo su origen el primero de estos escritos, titulado *Del bien conyugal*, en un error aparecido en aquellos tiempos, debido a un monje de Milán llamado Joviniano. Fué éste en los primeros años de su vida religiosa tan ejemplar que era la admiración de todos. Por motivos desconocidos hubo de hacer un viaje a Roma, que, aparentemente por lo menos, fué para él su perdición. Allí sintió con fuerza no acostumbrada el influjo de

aquella sociedad corrompida y por una de esas causas que sólo Dios sabe, el monje de Milán, santo en el concepto de todos, cultivador ardiente de la pureza, bajó en precipitada caída de la práctica de las virtudes al cieno inmundo de los más viles placeres. ¡Y qué caída la suya! Empeñado en justificarse quiso encubrir un crimen con otro mayor, predicando una novísima doctrina sobre la virginidad, enseñando que ésta era inferior al matrimonio, que la Madre de Dios no fué siempre Virgen, que los regenerados por el bautismo no podían ser vencidos por el demonio, etc. etc. Caída como se ve completa: desde las altura de una pureza casi angelical bajó hasta los abismos de un error, que dejaba ver tras sí la podredumbre de una conciencia encenagada en los vicios.

Los escritores eclesiásticos combatieron duramente la nueva doctrina, distinguiéndose entre ellos San Jerónimo, que escribió bellísimos tratados sobre la continencia y más tarde San Agustín, que luchó sin tregua contra el nuevo error con varios escritos que iremos conociendo, empezando por el ya citado *Del bien conyugal*, que apareció el año 401. Escribió primeramente el santo sobre el matrimonio para defender este sacramento contra los que intentaban rebajar su dignidad, para lo cual parecían fundarse nada menos que en los escritos de San Jerónimo.

La obra persigue la demostración de la bondad y santidad de las nupcias instituídas por Dios para propagar el género humano. Habla conforme a ello de la esencia de esta sociedad entre el hombre y la mujer y expone las razones que hay para enseñar la santidad del matrimonio cristiano. Sigue un resumen de las obligaciones que impone y de su indisolubilidad, rechazando así el divorcio, opuesto a esta cualidad esencial del mismo. Comparándole con la virginidad, sostiene y demuestra la superioridad de ésta y explica el ejemplo de los patriarcas, traído por Joviniano en defensa de sus teorías, diciendo que entonces las nupcias eran necesarias en todos los hombres

para propagar el género humano, no siendo conveniente que ni siquiera los varones santos se abstuvieran de ellas. Pero ahora que ya el mundo está poblado serán siempre dignos de alabanza y de un premio especial en la otra vida los que, siguiendo los impulsos de la gracia, practican la castidad. Recuerda la unidad del matrimonio cristiano y, resuelta una dificultad fundada en la Ley de Moisés, distingue dos clases de continencia que llama continencia en el hábito y continencia en la obra, y dice que la primera puede existir y de hecho existe y existió en muchos casados, aunque falte la segunda, concluyendo con una exhortación a las vírgenes animándolas a seguir en su estado.

Aparecido el anterior escrito todos esperaban su complemento que contestase más directamente a los detractores de la cantidad, y este complemento fué el libro *De la Santa Virginidad*, del año 401, como el otro. Es una hermosa apología de la virginidad, virtud agradable a los ojos de Dios, que para conservarla en su Madre Santísima, dice Agustín, hizo varios y estupendos milagros, siendo Ella la única que, sin dejar de ser Virgen, fué Madre de Dios. Esto prueba el valor de aquella virtud y su dignidad, muy superior a la continencia de los casados. Resueltas nuevas dificultades contra el matrimonio, pone fin a esta interesante obrita recomendando los medios más útiles para conservar la santa continencia, entre los que señala como más importantes la oración y la humildad.

Años antes, en el 395, ya había Agustín hecho público un breve opúsculo con el mismo tema, *De la continencia*, que algunos no reconocen como suyo, pero parece que sin mucho fundamento. Tiene las apariencias de un extenso sermón, aunque a nosotros ha llegado en forma de libro, con catorce capítulos. Funda su argumento en aquellas palabras del Salmo 140: Pon Señor guarda a mi boca etc., de las que va sacando Agustín algunas consideraciones sobre la virginidad, indicando la

manera de conservarla. Las últimas páginas cambian de tema, refutando algunos aspectos de la secta maniquea.

Del bien de la viudez, que Agustín publicó el año 414, desarrolla un tema que podemos considerar como el complemento de los anteriores. Está publicado en forma de epístola a ruegos de una noble viuda llamada Juliana y en sus páginas discurre extensamente sobre el estado de la viudez, que antepone en dignidad al de las nuevas nupcias, aunque éstas, dice, sean lícitas y permitidas siempre. Desecha algunas opiniones que las condenaban como malas y anima a la noble viuda a agradecer a Dios la vida de continencia que lleva con la ayuda de su gracia y a ser constante en su propósito, sin hacer caso de lo que puedan decirle algunos, que ocultan su maldad con la apariencia de un celo indiscreto por la gloria de Dios.

Estos libros y otros que iremos conociendo, forman un hermoso conjunto que habla en favor de Agustín como maestro de la pureza, mejor que pueden hacerlo las palabras, por muy bellas que sean. «Se ensalza al santo africano, dice un escritor, como Doctor de la gracia, y como expositor de las Escrituras y como psicólogo, y no sin razón, empero nadie, que sepamos, paró mientes en sus tratados sobre la virginidad, el matrimonio, la viudez y la vida religiosa. En verdad quisiéramos saber qué Santo Padre, escribió tanto como él sobre estas disciplinas morales y teológicas». Ya es tiempo ciertamente de que se estudie a San Agustín en todas sus obras y en su vida entera, para que, al par de los escritos geniales sobre las grandes cuestiones de la gracia y de la libertad, de Dios y del hombre, brillen éstos, que sólo alguna que otra vez aparecen citados en las páginas innumerables de voluminosos tratados de teología.

CAPITULO XXV

San Agustín, fundador. La Regla. Su indubitable origen agustiniano.

Contrariamente a lo que se pudiera suponer, no es posible señalar con exactitud la época y el motivo inmediato de la aparición de la Regla de San Agustín o *Regula ad servos Dei*, como también suele llamarse. Alrededor de esta cuestión histórica, han surgido una serie de disputas, que llegaron muy cerca de la solución, pero ésta aun no es completa. No vamos a tomar aquí en cuenta la opinión de aquellos que niegan en absoluto el origen agustiniano de aquel maravilloso modelo de vida religiosa y monástica. Las investigaciones han ido ya muy lejos para detenerse a perder el tiempo refutando lo que ya pocos se atreven a sostener. *La Regula ad vervos Dei*, de un modo o de otro, llega hasta el mismo Agustín. He aquí lo que hoy no es posible negar, después de los concienzudos estudios realizados por hombres de reconocida ciencia y vasta erudición.

Pero ¿en qué ocasión y para quiénes la dictó el gran obispo de Hipona? Sobre este punto las opiniones son muy diversas, sobresaliendo entre ellas dos, que han conseguido polarizar las discusiones en nuestros días. Sostiene la primera que la *Regula ad Servos Dei,* no es más que una adaptación de la *Información regular*, que figura en la célebre epístola dirigida por San Agustín a las monjas de Hipona, epístola que lleva el número 211 entre las agustinianas. Efectivamente; allí está la Regla con muy pequeñas variantes y acomodada, naturalmente, al gobierno de personas religiosas del sexo femenino. La

historia nos cuenta que Agustín escribió esta carta con el fin de calmar las tumultuosas disensiones que turbaban la paz entre las religiosas del monasterio de aquella ciudad que, a toda costa, exigían el relevo de la Superiora. El Santo obispo, dolorosamente impresionado ante aquella indisciplina, indigna de la severidad monástica, llama a todas a la concordia y las ruega que depongan su actitud de rebeldía, sometiéndose a la que con perfecto derecho y no común acierto las dirige. Y en seguida comienza la parte que se conoce con el nombre de *Información regular*, o sea la Regla acomodada a las monjas, empezando con las siguientes palabras: Estas son las cosas que os mandamos guardar a las que vivis en el monasterio.

Pues bien; los partidarios de la primera opinión dicen que éste es el verdadero origen de la Regla. De modo que, según ellos, Agustín no la preparó precisamente para monjes, sino para religiosas. Mas tarde una pluma desconocida, quizá la de alguno de sus discípulos, o acaso la del mismo Agustín, compuso la adaptación para varones, siendo aceptada inmediatamente por los religiosos, según unos, o muchos años después, según otros. El principal argumento en que se apoya esta opinión consiste en la circunstancia, ciertamente llamativa, de que todos los manuscritos que hasta ahora se conocen de la epístola 211 contienen la *Información regular*, como parte integrante de la mísma epístola. Lo cual, dicen, autoriza a suponer que ambas fueron escritas por Agustín en un mismo tiempo y por igual motivo.

Pero este argumento no convence a los autores de la segunda opinión, que propugna la paternidad inmediata de Agustín sobre la Regla, tal cual hoy la observamos. La célebre epístola va, es cierto, acompañada de la Información regular en casi todos los manustritos que de la primera se conocen; pero éstos no llegan más allá del siglo XIII—por ahora—en tanto que los de la Regla sola suben hasta el siglo IX y aún existe uno, el *corbiense*, de principios del siglo octavo. Quiere decir-

se entonces que la unión de la Regla con la Carta se explica muy bien, dentro de los límites de la crítica histórica, suponiendo que «se trata de una derivación literaria. A un Códice de la Carta en cuestión se habría añadido en la Edad Media la *Información Regular*, calcada sobre la Regla, y ese ejemplar sirvió de modelo a los copistas y editores posteriores. Este caso no es desconocido en paleografía. No hay sino atenerse a la misma historia manuscrita de la Regla. ¿Cómo se explica si no que la Regla misma esté precedida de dos reglamentos que no son de Agustín? Porque el manuscrito que los contenía, procedente según las últimas investigaciones, del monasterio vivariense, fundado en Italia por Casiodoro, sirvió de modelo a un gran número de copistas.

Este razonamiento puede ser reforzado con otros que surgen del examen de ambos escritos. Pues a simple vista se nota una falta de continuidad, precisamente en el tránsito de la Carta a la *Información*. Agustín, en efecto, exhorta a las religiosas en la primera y llora su falta, terminando con las siguientes palabras: Pero no os arrepintáis como el traidor Judas sino llorad como Pedro Pastor de la Iglesia. E inmediatamente, sin otra advertencia viene el texto de la Regla. . . Esta discontinuidad entre la Carta y la Informaclón es reconocida por los mismos partidarios de la adaptación.» Llama asimismo poderosamente la atención que el santo no explique a las religiosas, en la misma Carta, los alcances y la finalidad del modelo de vida monástica que en la Información les enviaba. El paso de una a otra es brusco, sin ningún género de explicaciones. Esto unido a otras dificultades, que el espacio nos impide reseñar, constituye indudablemente un poderoso argumento en manos de los partidarios de la segunda opinión.

Los cuales no la defienden sólo con razones negativas, como son las citadas, sino con pruebas positivas y directas de gran peso y autoridad. Un rápido examen de las mismas nos hará a comprender su valor.

Es hoy, dicen, una verdad histórica perfectamente demostrada que Agustín fundó en Africa instituciones monásticas propiamente dichas. Los estudios de los últimos años no dejan sobre este punto lugar a dudas. Esto que en la historia de la Iglesia fué una tradición constante, aunque no le faltaron impugnadores, hizo que la Edad Media, desconociendo la auténtica Regla de San Agustín, atribuyera al gran Obispo entre otras, tres principalmente. La primera o *Regula prima* y también *Regula consensoria* escrita entre los años 409 y 466, lleva en sí misma señales evidentes que pugnan con el origen agustiniano que en un tiempo se le dió. Carece en absoluto del espíritu monástico y religioso que debe informar a un escrito semejante, niega autoridad al Superior, y parece más bien el fruto de una asamblea ilegal de unos cuantos religiosos—de ahí su segundo nombre—que la obra de un fundador de instituciones monacales. Ya es casi unánime la opinión que la atribuye a los monjes de algún convento priscilianista, de tantos como había en España, particularmente en Galicia, en los años de su aparición.

La *Regula secunda*, otra de las atríbuidas al santo, llamada también *De ordine monasterii*, figura en los Códices al lado de la de San Agustín, como una especie de prólogo, siendo tenida en gran respeto por los monjes. Su antigüedad puede apreciarse sabiendo que la citan, entre otros santos Padres de los primeros siglos, San Benito, San Fructuoso y San Cesáreo de Arlés. Con el tiempo fué paulatinamente dejando de figurar al lado de la auténtica, hasta que se redujo, por último, a la bellísima frase «Ante todas las cosas, hermanos carísimos, ámese a Dios sobre todas las cosas y después al prójimo, porque estos son los preceptos que principalmente se nos han dado...», «con que se da comienzo todavía a la Santa Regla que nosotros poseemos».

Razones de carácter interno principalmente, y en particular el espíritu autoritario que en ella domina, impropio de la man-

sedumbre de Agustín, no permiten atribuírsela a él. Es muy probablemente la obra de alguno de sus más queridos discípulos, pues tiene muchas páginas dignas de aquel gran maestro, en cuya vida de algún modo debió estar inspirada. Esta Regla es de una importancia enorme para la historia de la auténticamente agustiniana. Y la razón está en que las dos figuran siempre juntas, como ya dijimos, en los manuscritos más antiguos, siendo asimismo, muy notable una cierta dependencia que esta misma *Regula secunda* tiene con relación a la de Agustín. Ahora bien argumentos históricos de innegable valor, que no podemos resumir, llegan a demostrar la existencia de dicha *Regula secunda* en el año 440, o sea, a una década de la muerte de Agustín. Lo cual quiere decir que también tuvo que ser conocida entonces la *Regula ad servos Dei,* dada la relación de dependencia de que hablábamos antes.

Este es un avance importantísimo en la investigación histórica que nos ocupa, pues con «él se llega a las mismas conclusiones que de antemano sabíamos por la tradición, esto es, que la *Regula secunda* y *tertia* proceden de los medios agustinianos de Africa, contemporáneos o casi contemporáneos de Agustín. Por lo menos ya nos encontramos a diez años de distancia del glorioso Patriarca. Un paso más y habremos conseguido la meta, esto es, que la *Regula tertia* o *Regula ad servos Dei,* debe atribuirse al mismo Agustín, de conformidad con el testimonio de la tradición.

Aun podríamos añadir algo más sobre este punto, pero desistimos de hacerlo, por no alargar demasiado el capítulo y además por carecer de algunas obras que nos ayudarían grandemente a exponerle con la amplitud de datos y documentos que fuera de desear. Diremos únicamente, antes de hacer un breve análisis de la misma Regla, que ésta debió en un principio ser dada por el santo obispo a los monjes del primitivo monasterio de Hipona, creciendo después bajo sus auspicios,

los numerosos que en el Africa aparecieron, fundados por los discípulos del glorioso potriarca.

Está dividida en doce capítulos, que encierran como el germen de la verdadera perfección religiosa. Prescribe el primero el amor a Dios y al prójimo, base de toda santidad, e indica las cualidades de la perfecta vida común. Habla luego en varios capítulos de la humildad, de la oración y de las mortificaciones, en particular del ayuno. Ocúpase en el quinto del cuidado de los enfermos, siendo un magnífico exponente de la ternura de alma de aquel gran hombre, que tan humanamente comprendía las flaquezas y necesidades de esta clase de personas, y que con tan sabios consejos procuraba remediarlas. La modestia en el vestir y la compostura exterior del monje son los temas del siguiente capítulo, hablando en el séptimo de la corrección fraterna. A continuación se ocupa de cosas más terrenas como son el cuidado de los bienes comunes, lavado de la ropa, de los baños y de otras necesidades de los hermanos. El décimo recomienda el perdón de las injurias y el olvido mútuo de las ofensas. Ponen fin a toda la regla los dos siguientes hablando de la obediencia a los Superiores y de las relaciones entre éstos y sus súbditos, siendo el repaso y la frecuente lectura de la misma el último de sus consejos.

Esta es, en rápidos trazos, la historia de la Regla de San Agustín. Para los que estamos acostumbrados a su lectura y meditación y que además nos preciamos de conocer algo de las grandezas de aquel hombre incomparable, a quien llamamos nuestro Padre y Fundador, no hay, no puede haber ni asomo de duda sobre su autenticidad. Pero aun los que no están como nosotros obligados a conocerla, notarán en seguida que empiecen a leerla que «por donde quiera que se la mira, resulta completamente agustiniana, hasta por la flexibilidad de la expresión y por aquel don peculiarísimo del gran obispo de Hipona, en cuya virtud se llega a los repliegues más íntimos y a las vibraciones más ténues del corazón humano».

CAPITULO XXVI

Los monjes, grandes obreros de la civilización. Su estado en los tiempos de Agustín. Dedícales su obra «Del trabajo de los monjes».

Cuando la Iglesia, en su lucha con el poder de la Roma pagana, oponía al furor de los Emperadores el valor sereno de los mártires, que se ofrecían al sacrificio por el sublime ideal que la nueva Religión había traído a la tierra, muchos cristianos prefirieron la soledad de los desiertos al cruento drama de las ciudades. Fué así cómo la vida de la comunidad cristiana, incoada en las Catacumbas, surgió vigorosa y pujante en las apartadas regiones de Oriente, impregnando en un ambiente de santidad los desiertos de Arabia y los solitarios rincones de la Tebaida. Un espíritu, el espíritu de Cristo, animaba aquella pléyade admirable de penitentes que, con métodos diversos, aspiraban a un mismo fin: la gloria de Dios y su propia santificación. «Imitan unos la formidable y célebre penitencia del Estilita que pasó su vida sobre la estrecha plataforma de una columna; otros se encierran a meditar en grutas sombrosas con tosca cruz de ramas a que sirve de pedestal humana calavera; otros moran en el carcomido tronco de un árbol centenario».

Corrieron los tiempos y la manera de vida fué cambiando, buscando muchos la sociedad, reuniéndose en chozas alrededor de una capilla y bajo la autoridad de un superior, siendo comunes casi todos los actos de su retirado vivir. La experiencia hízoles pensar más tarde en una morada común, para librarse de los peligros que les acechaban en la soledad, nacien-

do así los cenobios o monasterios, que eran grandes edificios en los que regía una estrecha vida de comunidad. Algunos de estos monasterios adquirieron celebridad con los nombres de famosos solitarios que como San Antonio, San Hilarión, San Pacomio, los ilustraron con sus virtudes y los guiaron con el ejemplo de su maravillosa santidad.

La gran mayoría de los monjes unía a la vida de íntima comunicación con Dios, los trabajos entonces propios de los esclavos y que, a partir de aquel tiempo, quedaron santificados por la virtud y la abnegación de los nuevos moradores del desierto. De este modo se ocuparon «durante algunos siglos en los desmontes de la tierra, en el cultivo de los páramos, en las obras de arte, en la práctica de los oficios mecánicos» cambiando la faz de los pueblos y regiones a los que alcanzaba su influencia, resucitando y dando nuevos impulsos a la agricultura y a las labores que con el campo se relacionan.

Y aquellos que por su educación o por cualquier otro justo motivo no podían con estas rudas tareas, encontraban en sus propias celdas el modo de evitar la ociosidad, dedicándose a «copiar y esparcir los monumentos de la literatura, de la Historia y de la tradición», prestando así un servicio inmenso a las ciencias y a las artes y salvando de la destrucción y del incendio preciosos documentos de pretéritas edades. «Gracias a ellos, dice una ilustre escritora, llegaron a las modernas generaciones los restos de la civilización latina y griega, los restos arcáicos de las literaturas romances. El monje, encorvado desde el amanecer hasta que trasponía el sol, sobre el folio de pergamino, gastaba ojos y vida en preservar los tesoros de la humanidad; proverbial llegó a ser el trabajo lento, paciente, erudito, enorme de los benedictinos. Obrero anónimo y humilde de la ciencia, jamás desmayaba el monje: cuando moría, otro ocupaba su puesto: nunca se interrumpía la cadena. Hasta el siglo doce, monasterios, abadías capítulos regulares cubren la falta de universidades con incansable celo».

El advenimiento de Constantino al trono de los Césares, marca una época en los anales de la Iglesia. El Cristianismo ha triunfado y, después de varios siglos de persecución, se muestra al mundo, que le contempla atónito, vigoroso y lozano, dispuesto a conquistar toda la tierra. Las obscuras galerías de las Catacumbas, quedaban allá en el corazón de la gran ciudad, no como lugar de refugio para los cristianos perseguidos, sino como un monumento eterno de su valor y constancia. También los riscos y cavernas de Arabia y Egipto y las chozas y monasterios de Oriente pierden el carácter de asilos contra la persecución, para convertirse en el centro de atracción de la multitud, que acude a rendir homenaje a sus santos moradores.

Este contacto de las ciudades con el desierto encendió en el pueblo cristiano una gran devoción hacia los monjes, que se manifestó de un modo particular en las limosnas y donativos de toda clase. Al calor de esta devoción, los monasterios se multiplicaron y acercándose más y más a las ciudades, perdieron con frecuencia el primitivo espíritu de soledad y absoluto apartamiento del mundo, infiltrándose así en ellos un elemento falto de vocación. Elemento advenedizo y exótico que causó una verdadera revolución en las comunidades que para su desgracia le recibieron en su seno. Huyendo como huía del mundo para evitar las fatigas de una vida pobre y miserable, no era fácil someterle a los rudos y constantes trabajos del monasterio: juzgaba más práctico vivir de las limosnas de los fieles.

La mayoría de los monjes, sin embargo, conservaba en su pureza primera el espíritu que había inspirado a los santos ermitaños la fundación de estas casas y a la Iglesia su aprobación: espíritu de trabajo en todos los órdenes de la vida y de continua propensión a una mayor gloria de Dios, por medio del culto y de la administración de los Sacramentos. Surgió así una oposición tan intensa entre las dos tendencias que,

salvando los muros de los conventos, llegó a perturbar la paz entre el pueblo cristiano, que vivía separado en dos bandos, doquier se encontraran varias casas religiosas. El mal cundía y los partidarios del curioso y cómodo *quietismo* aumentaban día a día, a pesar de la enérgica resistencia de los superiores y obispos, que unánimemente condenaban este modo de proceder.

La región africana sintió como ninguna, en los siglos cuarto y quinto, esta lucha, llegando a tal extremo las cosas que cansado el pueblo de tan inútiles disenciones, acudió al Prelado de Cartago para pedirle que pusiera la fuerza de su autoridad en favor de un avenimiento. Aceptó el prelado, y, a la vez que iniciaba su labor conciliadora, suplicó a San Agustín que expusiera en un escrito la esencia y obligaciones del estado religioso según las normas de la primitiva Iglesia. Y así empezó el santo a escribir el año 400 su obra *Del trabajo de los monjes.*

Es indudable que para Agustín tenía doble importancia esta cuestión, pues al interés por la paz de la Iglesia, debía unir el cuidado de sus religiosos que ya habían empezado a extenderse por el Africa. Y aunque la Regla «modelo de legislación monástica» les prevenía contra los peligros de aquella naturaleza, no estaba demás, sin embargo, indicárselos para su gobierno y dirección. Esto explica en parte la detención con que trata un asunto que tenía, a nuestro parecer, más de disciplinario que de teológico; ya que estaba claro que únicamente aquellos monjes que no tenían de tales más que el nombre y el hábito, pretendían hacer una vida tan opuesta a la austeridad del claustro. Pero el Santo Doctor quiso hacer aquí, por lo visto, un estudio completo de la vida monástica, principalmente en su aspecto material y terreno, sin perder de vista, como era natural, su verdadero y esencialísimo fin que es la santificación de las almas.

Empieza pues a exponer la cuestión tal como se presenta-

ba en la realidad, indicando a la vez el fundamento de la opinión opuesta al trabajo de los monasterios, que era una falsa interpretación de las palabras de Jesucristo citadas por San Mateo en el capítulo VI, vs. 25-34 de su Evangelio. Rechaza una manera tan material de entender las Escrituras y acláralas él apoyado en la autoridad de San Pablo que, con lenguaje menos tropológico señala la necesidad y la obligación del trabajo. Y a fin de evitar equivocados juicios, demuestra, fundado en la misma autoridad, cómo los ministros sagrados tienen derecho a vivir del altar y del trabajo de su ministerio espiritual al que han sido destinados, pues es de estricta justicia dar a cada trabajador su conveniente salario. Pero esta cuestión es aquí accidental, el verdadero tema vuelve a aparecer muy pronto, desarrollándole Agustín para atraer a unos monjes con los que nada tenía que ver la razón de servidores del altar, ya que muy pocos eran sacerdotes.

En tono jocoso y de aguda ironía vuelve a examinar las razones de los que traen nada menos que el Evangelio en apoyo de lo que llaman un recto espíritu y no es más que una refinada pereza. Hace en el capítulo XXVIII una gráfica descripción de los religiosos dados a la ociosidad, para excitar el fervor de los buenos que, ante la claudicación de sus hermanos, deben redoblar sus buenas obras para contrarrestar las malas de aquéllos. Y después de prevenirles el gran peligro que constituye para ellos el mal ejemplo que tienen continuamente a la vista, termina el libro dedicando los tres últimos capítulos a combatir algunas costumbres que, más por su vanidad que por cualquier otro motivo, desdicen de la austeridad monástica.

Esta obra, a la cual hemos dedicado un capítulo por su carácter peculiar, carece hoy de la importancia que tuvo en los tiempos cercanos a su aparición. Las circunstancias han cambiado y al correr de los años cambió también la condición de los monjes, introduciéndose una mudanza completa en su

modo de vivir. Hoy ni existe, ni puede existir aquella clase de religiosos—los causantes de este escrito—medio monjes, medio seglares, que sólo buscaban en el monasterio la manera de apartar de sí la miseria que en el mundo les perseguía. En nuestros tiempos todas las Ordenes y Congregaciones religiosas tienen bien señalado en sus reglas y constituciones, además del fin general y principalísimo de la santificación del individuo, otro especial y determinado con relación a la Iglesia o a la sociedad. Y así vemos que mientras unas se dedican a la enseñanza o al culto divino, otras ejercercen las misiones entre los pueblos infieles, o abarcan como hacen muchas, todos estos fines; siendo el resultado de este incesante trabajar los frutos de santificación y bienestar social que saltan a la vista, doquier los religiosos ejercen su influencia. Pero esto, y volvemos a la cuestión, no quiere decir que el libro de San Agustín haya perdido todo su interés, pues es fácil comprender que sus páginas encierran todavía preciosas enseñanzas sobre la vida religiosa, con aplicación adecuada en nuestros días dentro y fuera de los conventos.

CAPITULO XXVII

El recuerdo de los fieles difuntos, dulce al ánimo del cristiano. Saludable costumbre de rogar por ellos. En su libro «Del cuidado que se ha de tener con los muertos» recomiéndala Agustín.

Entre las solemnidades de la Iglesia se destaca la que consagra a sus fieles difuntos, por la influencia que ejerce en los ánimos. Si todas causan en nuestro sér suaves impresiones de diversos sentimientos, pocas como ésta llegan tan al fondo de él y le hacen pensar tan vivamente en las vanidades terrenas y anhelar las delicias de una vida futura. La realidad de un próximo e indubitable fin de nuestra existencia acá en la tierra, se nos presenta con toda su terrible grandeza y parece flotar en torno nuestro. Y no es sólo en los templos o en los cementerios donde puede apreciarse este influjo misterioso. La misma vida ordinaria parece tener un compás de espera, para reposar a la sombra de aquellos recuerdos que, con su crudo lenguaje, dirán a las conciencias palabras que han de ser, más tarde, un consejo y un freno en los posibles momentos de abandono del deber. Y si bien es cierto que las anteriores expresiones se refieren principalménte a los espíritus creyentes, que elevan sus miradas más alla de los tristes despojos de la muerte, creemos también que los mismos incrédulos han de sentir en fechas como la que ocupa nuestra atención, emociones nada agradables para su alma demasiado aficionada a las cosas de la tierra.

Todos se sumirán en hondas meditaciones, pero con una grande y substancial diferencia en favor de los verdaderos creyentes, que les hace pensar en su fin con resignada voluntad

y hasta con alegría. El cristiano llora, pero llora mirando al cielo; sus lágrimas brotan de un corazón sumiso «que todo lo espera de Dios». El no creyente sólo ve en los sucesos del mundo la fatalidad que le hiere y, sintiéndose impotente para huir de ella, «maldice de todo sin creer en nada», y caen de sus ojos lágrimas abrasadoras que, debiendo lavar su alma, sirven más bien para hundirla en los negros abismos de la desesperación. La vida para el impío es el término de su ambición; la muerte el fin de todas los cosas. Los días del cristiano, al contrario, se deslizan dulcemente por la pendiente de la vida, bajo el yugo suave de sus divinas creencias. Las personas y contrariedades son para él pruebas que Dios le envía y medios para conseguir grandes merecimientos; la muerte es el camino para la gloria y el principio de una dichosa eternidad.

Y con esta fe en la realidad de una vida futura, a la vez que se prepara convenientemente para llegar a ella, se comunica, por medio de la oración, con los seres queridos que ya pasaron al otro mundo, donde pueden necesitar su ayuda. Porque sabe muy bien que las almas de los fieles muertos en gracia de Dios, pero sin haber satisfecho plenamente a la Justicia divina por sus pecados, son detenidas en un lugar de grandes tormentos que la Iglesia llama Purgatorio, hasta satisfacer por sus culpas, pudiendo los vivos mitigar y aun librarlas de sus penas por medio de la oración y el sacrificio.

Este dogma del poder de la oración por los muertos que completa el anterior del Purgatorio porque «surgen en íntima conexión de un mismo arranque de las últimas y más sublimes profundidades del alma humana», ha sido vanamente combatido por los enemigos de la Iglesia en todos los tiempos. Las diversas opiniones están, por decirlo así, compendiadas y resumidas en las enseñanzas de Lutero que, negando la existencia de aquellos dogmas, obligó a la Iglesia a hacer de ellos «el objeto de sus infalibles e irrevocables definiciones de fe», por medio del Concilio de Trento.

Los protestantes, principales impugnadores de aquella verdad, no tienen en ello ni siquiera lo que podíamos llamar el mérito de la novedad. No hicieron más que condensar en una negación total lo que en los siglos pasados habían empezado a rechazar muchos heresiarcas que, como a Lutero, les agradaba muy poco tener que pensar en los tormentos de una vida futura. Ya en tiempo de Agustín existía esta clase de hombres, como nos lo da a entender la obra *Del cuidado que se ha de tener con los muertos*, escrita en el año 421.

San Paulino, ilustre obispo de Nola, fué su inspirador. Habiendo fallecido cerca de la citada ciudad el hijo de una viuda, residente en Africa, pidió la acongojada madre al Santo Prelado un lugar en alguno de sus templos para depositar el cadaver de su hijo. Contestó San Paulino a tan cristiana petición con una carta anunciando a la noble y desconsolada mujer el cumplimiento de sus deseos. Y, aprovechando su vecindad con el obispo de Hipona, le incluía una segunda carta para este Prelado. En ella le preguntaba si sería de algún provecho para las almas tener sus cuerpos sepultados en lugar sagrado o cerca del sepulcro de los mártires. A esta consulta de un obispo famoso en toda la cristiandad, contestó Agustín, un poco tardíamente y ante una nueva consulta de otro sacerdote, con la citada obra.

Resume en el primer capítulo la proposición del Prelado de Nola y responde en el siguiente que el honor o la clase de la sepultura dada al cuerpo no influye directamente en la situación del alma a la cual perteneció. «Todas las cosas, son sus palabras, relativas al funeral, a la condición de la sepultura, o a la pompa de las exequias, sirven más bien de consuelo a los vivos que de ayuda a los muertos». Pero a pesar de esto es muy digno de alabarse el cuidado que se tiene con los muertos y hasta muy agradable a Dios, que entre las obras buenas de Tobías mencionó ésta de enterrar a los muertos. Cita luego en los capítulos cuarto y quinto algunas razones

por las cuales el lugar de la sepultura puede accidentalmente servir de ayuda al espíritu, por ejemplo, moviendo a los que le visitan a orar por el difunto.

Fundado en varios casos conservados por la historia de aparición de algún santo, que pedía para su cuerpo decente sepultura, estudia estas apariciones de un modo muy general, haciendo ver su posibilidad, y las cuales no hay que confundir con los sueños o falsas visiones que suelen tener muchas personas de fácil excitación o de poca salud. Expone después su opinión acerca de las relaciones que las almas de los difuntos tienen con este mundo: si es, por ejemplo, posible que lleguen a enterarse de los acontecimientos, por lo menos de aquellos que de algún modo les interesan, etc. etc. y termina esta primera sección con dos capítulos que tratan de la comunión de los mártires y santos con los que les invocan.

La segunda sección, que comprende únicamente el último capítulo, se expresa en términos concretos acerca de la utilidad de la oración por los muertos. Un historiador expone así el pensamiento agustiniano, citando casi al pie de la letra las palabras del santo: Leemos, dice Agustín, en el Libro de los Macabeos que se ha ofrecido el sacrificio por los muertos, y cuando no lo leyéramos en lugar alguno de las divinas Escrituras, no es poca la autoridad de toda la Iglesia, que sigue esta costumbre. . . Se puede aliviar a los difuntos o con el santo Sacrificio, o con oraciones o con limosnas. Estos socorros, no obstante, no sirven sino a los que murieron en estado capaz de percibir estos frutos y no generalmente a todos aquellos por quienes se ofrecen; pero como nosotros no discernimos los unos de los otros, es necesario ofrecerlos por todos los fieles; porque mejor es que sean inútiles a los que no pueden aprovecharse de ellos y a quienes no pueden dañar, que faltar a los que esperan y reciben alivio con ellos. Por lo demás cuide cada uno de sus prójimos de un modo particular, para ser tratado como él hubiere tratado a sus hermanos».

Así termina este sencillo escrito del gran Doctor africano, escrito lleno de humanidad y de condescendencia para con las espontáneas manifestaciones del hombre que, rindiendo homenaje a los restos de los seres queridos, satisface una exigencia de su naturaleza. Y sin apartarse en nada de este espíritu de condescendencia, sabe señalar a cada cosa su lugar y dar a estas manifestaciones el carácter que deben tener. El cuidado de los muertos adquiere así un significado verdaderamente cristiano, que pide para el cuerpo honrosa y sagrada sepultura y ofrecen por el alma sacrificios y oraciones.

CAPITULO XXVIII

Visión sintética de «La ciudad de Dios»

Corría el año 410 de nuestra era, cuando el glorioso y antiguo imperio romano marchaba en vertiginosa carrera hacia su ruina. Los bárbaros, desprendiéndose de sus bosques, saltaron las fronteras para lanzarse sobre el mundo civilizado como avalancha de nieve, como alud desgajado de las rocas, inundando los pueblos en un lago de sangre, socavando sociedades y sembrando el exterminio por todas partes. Roma, muelle y envejecida en el vicio, tembló al verlos a sus puertas. Y la que antes dominaba la tierra con el valor de su invencible ejército, es ahora horrendamente saqueada. La hora de la expiación había sonado y el sensacional acontecimiento dejó terrible impresión en los ánimos.

Cristianos e idólatras vieron en él la mano vengadora de la divina justicia. «Cuando sacrificábamos a los dioses, decían los últimos, la gloria y el poder eran los atributos de Roma; hoy que este culto es destruído y en su lugar impera la Religión del Crucificado, todos los males han caído sobre ella». Muchos cristianos parecían aprobar las palabras de los idólatras, al ver que en aquella espantosa calamidad no había diferencia entre los seguidores de Cristo y sus eternos enemigos. La fe empezaba a entibiarse, o por mejor decir, comenzó a decaer, resultando sumamente inquietante el peligro de una ofensiva del paganismo, pues aunque proscrito, eran muchos los que vivían todavía en sus tinieblas. Las disputas se contaban por horas y no faltaron ocasiones en las que las armas fueron los últimos argumentos entre los dos bandos.

Y fué entonces cuando Agustín decidió tomar parte activa en la disputa para asentar el golpe de gracia a los errores paganos. Para lo cual da realidad a un proyecto mucho antes concebido, como que era fruto de sus propias y personalísimas experiencias; fué entonces cuando empezó a escribir la grandiosa obra *La Ciudad de Dios*, verdadera enciclopedia del saber humano, que encierra en abundosas páginas sublimes doctrinas, estrechamente hermanadas con los anales de la humanidad; donde vertió a raudales los profundos tesoros de su colosal inteligencia, dando brillo esplendoroso a los hechos de la historia, que van siempre guiados por la mano omnipotente de aquel que nunca falla en sus designios. Ni la invasión de los bárbaros, ni el castigo común de fieles e infieles fueron sucesos fortuitos o al acaso, y mucho menos tenían por causa la ira vana de los dioses. Eran lecciones terribles que una Providencia de poder infinito daba al pueblo corrompido de Roma, donde hasta los cristianos íbanse olvidando de las propias obligaciones. Eran los instrumentos que el Dios de las eternas justicias empleaba para restablecerlas en la tierra.

Y para probarlo escribe Agustín una obra, sólo digna del genio que la compuso. A la extensión material corresponde en todo momento la importancia del asunto desarrollado, y al número de libros, la perfecta unión y desenlace de los argumentos, irresistibles los más, ingeniosos e impresionables a veces, claros siempre, con una evidencia tan natural y naturalidad tan evidente, que dejan perplejo al lector, dudando a cual de estas dos cualidades atribuir la luz que va iluminando su inteligencia.

La diversidad de asuntos tratados y el esclarecimiento completo de todos hacen que la extensión, a primera vista innecesaria, de la obra, sea por el contrario indispensable, pues de no ser así, corríase el peligro de restar vigor al razonamiento. Decimos esto, porque pudiérase creer que para resolver cuestiones entonces discutidas, resultaba contraproducente una

obra de tal magnitud. Pero si tenemos en cuenta, como ya hemos dicho, que San Agustín daba realidad a un proyecto concebido con mucha anterioridad, tomando aquellas circunstancias sólo como ocasión propicia para verificarlo, y siendo además su intención resolver para siempre temas que en todos los tiempos preocuparían a la humanidad, era natural que los expusiera con el detenimiento posible según el orden de su importancia. Así liquidaba cuentas con los enemigos de entonces, afirmando la fe vacilante del pueblo cristiano, y prevenía las dificultades de los futuros, preparando el camino al polemista de los siglos venideros.

De lo arriba dicho se deduce que *La Ciudad de Dios* fué comenzada hacia el año 412, ya que el saqueo de Roma aconteció el 410. Existe una evidente división en conjunto de la misma: una parte abarca los diez primeros libros y la otra los doce restantes. En la primera parte, partiendo de la afirmación de los idólatras sobre la grandeza de Roma cuando servía a los dioses, entabla la lucha, sagaz, ingeniosa y fuerte, en el mismo terreno en que la ponían, cerrándoles el paso con la historia de la ciudad en la mano. Hasta acorralarlos con argumentos sólidos y decisivos, como que tenían por base la misma vida de la ciudad. La importancia de aquellas divinidades, aparece clara y evidente a la pública irrisión. Conduce luego con extrema habilidad la disputa a otro campo, más dificultoso que el anterior, pero no menos falso, dirigiendo sus palabras a los teólogos del paganismo demostrándoles el grave error que sostenían al admitir la pluralidad de los dioses, cuyo origen sólo podía estar en el panteismo y en la adoración de la carne y del demonio. Es preciso, dice, distinguir dos filosofías: la de la carne vil y rastrera que lleva al vicio; y la del espíritu, noble y pura, que dignifica al alma. Por lo cual es necesario afirmar la existencia de un *solo culto* tributado a un *solo Dios*.

Esta primera parte se sostiene siempre al mismo nivel, sin decaer en ningún momento su interés e intensidad. Aparece

contínuamente revestida de una fina y penetrante ironía, que realza los argumentos, dándoles un carácter de acometividad y viveza que los hace fuertes, aunque de vez en cuando su fundamento no sea muy seguro. Brilla en ella una gran erudición que se manifiesta en la inmensa variedad de asuntos sagrados y profanos de que trata y en la profundidad y riqueza del análisis. Otra de las características más atrayentes es el exquisito gusto con que se desarrolla la disputa, cautivando al lector con los efluvios de simpatía que emanan de aquellas páginas inmortales. Resulta pues una digna portada del grandioso monumento que en los restantes libros se nos ofrece, al describirnos el origen, progreso y término de las dos ciudades que se disputan el dominio del mundo.

En efecto, trata Agustín en la segunda parte del nacimiento y finalidad de la Ciudad de Dios, que está fundada sobre las Sagradas Escrituras. Angeles y hombres son sus ciudadanos; pero unos y otros, olvidando sus deberes, introdujeron el mal en la tierra y con él surgió la otra ciudad, la Ciudad de Luzbel, también formada por ángeles y hombres. La caída de la humanidad no fué irreparable como la de los ángeles. Aquel Dios que en sus tremendos juicios, negó lugar a penitencia a Satanás y a los suyos, encontró en su sabiduría el medio de salvar a los hombres, prometiéndoles un Salvador.

Este hecho divide la historia de la humanidad en dos períodos: el período durante el cual, el pueblo de las promesas, depositario de la verdad canta con sus profetas las glorias del futuro Redentor, o llora las desgracias que pesan sobre el mundo privado de él. Al mismo tiempo la lucha del bien y del mal recrudece, y las poderosas monarquías de persas, asirios y griegos se suceden y desaparecen, dando lugar al imperio romano, que prepara al orbe para el comienzo del segundo período. Y cuando en los eternos designios sonó la hora, aparece en la tierra el Hijo de Dios hecho carne, que redime y abraza desde la Cruz a todo el género humano. En la misma

Cruz nació la Iglesia, agitada desde su principio por toda clase de dificultades, sin dejar por ello de crecer y multiplicarse asombrosamente, saliendo lozana y triunfante de en medio de aquel imperio que quedó reducido a un informe montón de ruinas. Y avanzando victoriosa por entre estos escombros asiste inmutable a los cataclismos sociales, que derrumban instituciones, deshacen monarquías y transforman los pueblos, cambiando por completo el aspecto del mundo. . .

Y esto lo describe Agustín con destreza sin igual, siendo allí todo grandioso, admirable, estupendo. Inútil seguir exponiendo otros muchos conceptos y verdaderas creaciones que encierra esta obra incomparable. Cerraremos este capítulo con las siguientes palabras de un escritor, que nos harán apreciar el valor de este escrito singular de Agustín. «*La Ciudad de Dios*, dice, es un sorprendente monumento por la novedad, la elevación y la extensión de la concepción; por la abundancia de los hechos y de las ideas. Antes de San Agustín ningún genio había visto tan bien y desde tan alto mayor número de cosas, La Ciudad de Dios es como una enciclopedia del siglo quinto; abraza todas las épocas, todas las cuestiones y responde a todo. Es el poema cristiano de nuestros destinos en sus relaciones con nuestro origen y último fin. *La Ciudad de Dios* y las *Confesiones* leídas y releídas después de catorce siglos, lo serán todavía mientras haya literatura humana, porque estas dos obras, que tienen por objeto a Dios y al hombre, conservan su interés, a pesar de las revoluciones de los tiempos».

CAPITULO XXIX

Lucha de Agustín con las herejías. Los maniqueos. Sus doctrinas. Varios escritos agustinianos contra las mismas.

Con este capítulo iniciamos el examen de las obras de Agustín publicadas directamente contra las herejías. Las estudiadas hasta ahora no carecen ciertamente de ese carácter, pero más bien en un sentido de defensa de la fe, que de lucha inmediata con los errores. Las que siguen son, hablando de un modo general, de verdadera polémica y las que han merecido a San Agustín el calificativo glorioso de *Martillo de las herejías*. La de Manes fué la que primero sintió sus golpes terribles. «Porque era para Agustín obligación de conciencia su refutación. No tan sólo se había enredado durante nueve años en las redes de aquella secta, sino que había llevado a ella a Romaniano, Alipio, Honorato y a otros muchos. Su conocimiento de los libros y costumbres maniqueas, su proselitismo nefasto y su desenredo de todo ello le imponían en consecuencia el deber de hacerse médico de aquella peste intelectual».

No es fácil empresa señalar el alcance del maniqueismo. Con ser una herejía de las más duraderas, es también una de las menos conocidas, siendo imposible establecer con precisión el verdadero origen de sus doctrinas. Es cierto que Manes la ofreció al mundo como algo suyo, pero no lo es menos que la esencia de sus doctrinas era ya muy antigua, cuando él empezó a predicarlas. En realidad su obra se redujo a tomar

de diversas fuentes las más variadas y casi opuestas teorías, dando espíritu y forma a ese monstruoso conjunto que se conoce con el nombre de maniqueismo. Con razón dice Papini que esta secta es una complicada mezcla, encontrándose en ella elementos de la cosmología babilónica, restos del mazdeismo, grandes girones de especulaciones gnósticas, una pizca de budismo, briznas de los mandeos, de los cainitas y de los nicolaitas, y el saliente central del montanismo, esto es la bajada del Espíritu Santo».

Las consecuencias de orden dogmático y moral que de tales principios se deducían eran de lo más curioso que se puede imaginar, teniendo algunas de ellas relación con el Cristianismo. Porque es de notar que Manes admitía, a su modo, la Encarnación del Verbo, la Redención y otras enseñanzas del Evangelio. Pero el Jesús que él predicaba tenía más de incorpóreo que de real; era un hombre sólo en apariencia. Con ésta vino a la tierra a enseñar principalmente el «fundamental e irreconciliable contrataste de los dos mundos», el mundo bueno y el mundo malo. Pero los hombres no comprendieron a Jesús y en lugar de seguir por los caminos que les indicaba tomaron por otros más acomodados a sus gustos e inclinaciones. En vista de ello volvió a su Padre, pasando antes los dolores y afrentas de la Pasión y las glorias de la Resurrección, pero místicamente y no en la realidad. Entonces fué cuando el Espíritu Santo bajó a su vez a la tierra encarnando nada menos que en Manes, enviándole inmediatamente a enseñar los caminos «que era preciso seguir para redimir la luz de las tinieblas».

Con esta misión, en la que fincaba su autoridad, recorrió los pueblos y las ciudades dándoles a conocer las grandezas de su persona por medio de la predicación y de los escritos e iniciándoles en las doctrinas de la nueva religión. La base de todo su sistema religioso se fundaba en la dualidad eterna de los dos principios del bien y del mal. «Estos dos principios,

decía, se encuentran mezclados o unidos en todas las cosas; en las animadas y en las inanimadas. Hasta en el hombre hay dos almas, una brillante y otra oscura» siendo necesario libertar a la primera de la segunda para poder entrar en el paraíso de la luz. Las obras de virtud pertenecen al alma buena, lo mismo que las contrarias son propias de la mala.

Las consecuencias de estas premisas son fáciles de suponer. Si el alma buena lo mismo que la mala eran tales por naturaleza, resultaba que el hombre no se consideraba responsable de sus actos; todos procedían necesariamente de uno de estos dos principios. La libertad humana era pues un mito, a pesar de que los maniqueos la admitían hasta cierto punto.

Con estos errores dogmáticos mezclaban algunos muy acomodados al gusto de la secta. Recordemos por ejemplo, la transmigración de las almas, el culto a los astros, la atribución de la percepción sensible y casi intelectual a los árboles y otras mil quimeras que sería largo enumerar. Las prácticas del culto y de la moral estaban en consonancia con la doctrina. «Eran los acostumbrados preceptos del ascetismo con alguna añadidura india: abstenerse de carne, de bebidas fermentadas, de destruir plantas, de matar animales, del trabajo manual y del matrimonio». Todo un *sistema*, como se ve, que llevado a la prática con puntualidad hubiera ahorrado a San Agustín la molestia de luchar con los maniqueos pues no hubiera quedado ni uno para muestra.

Este conjunto de dogmas y de preceptos en que simulaba apoyarse, le daban al exterior una apariencia singular y única, que cubría lo rastrero de muchos principios con los resplandores de algunas enseñanzas de indubitable bondad. De este modo se ofrecía a la consideración de los estudiosos como «filosofía y teología, como religión y como culto, siendo en el fondo una mezcla de sensualidad, de supersticiones y de fanatismo» que resumía toda la ponzoña de las antiguas religiones y herejías. Por esto decía con mucha razón San León Papa

que el maniqueismo «encerraba lo más duro de la obstinación judáica, lo más profano del paganismo, lo más despreciable de la magia: en una palabra, todas las impiedades y extravagancias de que puede ser capaz la malicia humana.»

Manes trasmitió sus doctrinas a la posteridad, como ya dijimos en diversos escritos, entre los que ocupa lugar preferente la llamada *Epistola del fundamento.* Agustín, que conocía seguramente aquellos escritos, fijó su atención en el último, dedicándole una refutacion en la obra *Contra la Epístola que llaman fundamental*, aparecida el año 397. Pero no es completa. El mismo Agustín dice que sólo contiene el examen de las primeras páginas de la carta de Manes. Las restantes las fué subrayando y preparando para una próxima refutación, que ya no le fué posible hacer. Esto no obstante, es de relativa extensión y en ella empieza el santo exponiendo varios argumentos en favor de la Iglesia Católica y rechazando el título que Manes se atribuye de apóstol de Jesucristo y el otro no menos resonante de paráclito o consolador. Examina luego los principales errores del heresiarca, deteniéndose en deshacer el que suponía a Dios ocupando los espacios con una extensión que diremos material, lo mismo que el aire llena la atmósfera. Pasa enseguida al examen del otro que enseñaba la existencia de dos mundos, el mundo de las tinieblas y el mundo de la luz. Con este motivo discurre Agustín sobre el origen del bien y del mal, y niega la existencia de seres esencialmente malos. Sus argumentos, que más adelante volveremos a recordar, están resumidos en el siguiente que encontramos en el capítulo treinta y cinco: O esas naturalezas, dice a los maniqueos, que suponéis malas por esencia, pueden corromperse o no... Si no pueden corromperse gozan de un bien superior a cualquier otro, cnal es la incorruptibilidad. Si pueden corromperse tienen de donde perder y entonces ya no eran antes un sumo mal, puesto que vienen a un estado peor. Luego siendo falso el fundamento en que estriba la doctrina

maniquea, lo es igualmente toda ella. La obra termina exhortando a los sectarios a que busquen a Dios, no con los ojos corporales, sino con los ojos de la fe que nos lo muestra en todas partes, de modo incorpóreo y espiritual, pero real y verdadero.

El libro *De las dos almas*, del año 391, que podemos considerar como un complemento del anterior, aunque fué escrito antes, fustiga principalmente la teoría maniquea de la existencia de dos principios espirituales en el hombre. En ella laméntase Agustín primeramente de la ligereza con que obró al abrazar la secta. Pues un examen de esta teoría le hubiera bastado para conocer su falsedad. Efectivamente; los maniqueos afirmaban que una de aquellas dos almas, la tenebrosa, no había sido creada por Dios. Lo cual es un absurdo, dice Agustín; porque la existencia sólo puede tener su origen en la fuente de toda vida que es Dios. Además no hay duda de que escontrario a la razón y la lógica, suponer, como suponían los maniqueos, a la luz hechura de Dios y negar este origen a cualquier alma que es superior a toda luz. Habla luego sobre el bien y el mal demostrando que el único y verdadero mal es el pecado. Define éste y después de hacer ver por la utilidad de la penitencia, recomendada por la secta, la imposibilidad de que exista un alma esencialmente mala, termina rogando a Dios por la conversión de los compañeros y amigos que había dejado en las tinieblas del error.

Poco después que la últimamente citada, el año 392, apareció la que lleva por título *Contra Fortunato maniqueo*, que tuvo su origen en una polémica de Agustín con un jefe del maniqueismo, residente en Hipona, llamado Fortunato. Había éste conseguido rodearse de una corte de admiradores a cuyas expensas vivía muy cómodamente. Invitado por el pueblo a una controversia pública con Agustín, se «hizo mucho de rogar porque habíale conocido años antes en Cartago y tenía muy pocas ganas de medirse con él, que estaba más que infor-

mado de los secretos de la secta. Pero al fin, para no hacer un mal papel ante sus seguidores, consintió, teniendo lugar la discusión los días 28 y 29 de agosto del año citado. Escribanos y taquígrafos tomaron nota de lo tratado, constituyendo sus actas la obra que comentamos.

De brevísima extensión, encierra, sin embargo, lo principal de las disputas y nos da idea de lo que fueron aquellas asambleas. Por ella sabemos que llegada la hora de la primera sesión tomó Agustín la palabra para combatir la teoría de los dos principios, planteando un dilema relacionado con la inviolabilidad de la substancia divina, el cual quiso eludir hábilmente Fortunato; pero ante la presión de los argumentos que se le ofrecían dijo tales disparates contra la Escritura que escandalizado el auditorio abandonó el recinto en señal de protesta. Reanudada la sesión un día después, insistió Agustín en sus razonamientos y fustigó de tal manera a la secta que su adversario fué incapaz de responder. Pero, deseando salvar las apariencias, pidió una tregua para consultar a sus jefes, aprovechando el tiempo que se le dió para huir de Hipona, donde no volvió a saberse de él. Y así termina bruscamente la disputa y también este librito que nos la trasmitió.

Dos años después, o sea el 394, publicaba Agustín un nuevo libro, titulado: *Contra Adimanto, discípulo de Manes*, célebre amigo del fundador del maniquismo. Enviado a las regiones de Siria escribió una obra con el objeto de probar que «la doctrina del Evangelio y de los Apóstoles era contraria a la Antigua Ley y a los Profetas», de donde colegía que ninguno de los dos podía haber sido inspirado por Dios. De este libro oyó Agustín hablar durante su permanencia en la secta, pero no puso especial atención a su contenido, hasta que ya en posesión de la verdad se creyó en el deber de refutarle. Y lo hace sin necesidad de grandes esfuerzos, pues las dificultades que Adimanto presenta, de ordinario no son tales, ni siquiera en la apariencia. La primera, por ejemplo, que copia, se

relaciona con la creación del mundo, hecha directamente por Dios, según el Génesis. Este pasaje lo encuentra el maniqueo en contradicción con el de San Juan, que afirma haber sido hecho todo por medio del Verbo. Ve asimismo Adimanto dificultades entre lo que dice el mismo Génesis sobre el descanso de Dios y en las palabras de Jesucristo que aseguran que su Padre «hasta ahora obra».

No vamos a seguir. Hemos examinado capítulo por capítulo la contestación de Agustín y no hemos encontrado en toda ella una dificultad realmente seria. Lo que da idea de la pobre mentalidad de los maniqueos. Sólo Agustín pudo tener la fuerza de voluntad suficiente para desenredar las fastidiosas suposiciones de Adimanto. Porque el libro del santo, en resumen se reduce a ir copiando las palabras del contrario con su aclaración, más o menos extensa, según la importancia del asunto. Con ello el famoso libro de Adimanto perdió interés, hasta que desapareció por completo quedando de él solo su memoria y este decisivo recuerdo que el entonces joven presbítero de Hipona tuvo la buena idea de dedicarle.

CAPITULO XXX

Los maniqueos. Algunos aspectos de sus doctrinas que ilusionaron a Agustín en su juventud. Busca la opinión de los jefes de la secta. Los refuta, una vez convertido, en varios escritos.

Cuando Agustín se inscribió en las huestes maniqueas, lo hizo, sin duda, en la seguridad de haber encontrado el camino de la felicidad. Porque aquellas famosas doctrinas, a pesar de su evidente falsedad, ofrecían ciertos atractivos y una indubitable novedad, que deslumbraba los ánimos al realizar en ellos sus primeras manifestaciones. Pero esta impresión era superficial y pasajera, no durando más tiempo del que tardaba el neoconverso en analizar con detenimiento sus nuevas creencias. Análisis del que no se preocupó el joven africano, por encontrar al maniqueismo muy conforme con su modo de vivir, permaneciendo así tranquilamente en él largos años. Fué necesario que la Providencia le obligara a entrar en sí mismo, privándole del placer que en su alma, llena de ternura, causaba una estrecha amistad. Traidora y rápida enfermedad arrancó de su lado al amigo del alma, depositario fiel y constante de su cariño. Este golpe tanto más terrible cuanto menos esperado, le impresionó de tal modo que su vida llegó a correr serio peligro, consumida por la tristeza.

Para apartar de la memoria aquellos recuerdos dedicó su atención a las ciencias, de manera particular a las físicomatemáticas y las astronómicas. Y he aquí el curioso medio de que se valió la Providencia para obligarle a profundizar en las doctrinas de la secta maniquea. Sabido es que Manes, al reorga-

nizar el sistema religioso que ofreció al mundo como obra suya. añadió a las doctrinas puramente teológicas, algunas teorías científicas acerca de los astros y sus evoluciones. Al repasar Agustín estas teorías, pudo notar que distaban mucho de otras presentadas como seguras por la autoridad de los sabios y la experiencia de los siglos. Esta defección de la ciencia maniquea en el orden natural, hízole pensar en la posibilidad de una equivocación de orden superior; porque, como él mismo dice en las Confesiones, «si en lo que me es posible comprender ha errado de este modo, ¿cómo puedo creer en lo que se halla fuera de mi alcance?

Se imponía por consiguiente la necesidad de estudiar la secta, para conocer su verdadera esencia y los argumentos en que apoyaba sus enseñrnzas. Como es de suponer al decidirse Agustín a ello fueron tantas las dificultades y contradicciones que encontró, que desde entonces en su interior dejó de pertenecer a la grey de Manes,. si bien exteriormente siguió aún figurando en el número de sus seguidores. Antes de tomar una decisión que ya era inevitable, expuso sus dificultades a los principales jefes de la secta, que nada pudieron hacer ante la irresistible lógica que hablaba por boca de aquel joven. Como último recurso le remitieron a un famoso obispo de la misma secta, de nombre Fausto, que era, según ellos, «un hombre de gran doctrina, que resolvería victoriosamente sus objeciones, disiparía sus inquietudes y le aclararía aún lo más oscuro de sus pensamientos».

La impresión del primer momento no fué del todo mala para Agustín. Porque en realidad aquel hombre «hablaba bien, bastante mejor que todos los que había oído hasta entonces. Pero una vez que pudo tranquilamente exponerle las dificultades que le habían turbado, esto es, las manifiestas contradicciones entre las enseñanzas de Manes y los resultados de la astronomía griega» parece ser que su juicio ya fué muy diferente. Veamos cómo lo expresa el mismo Santo Doctor en

las Confesiones: Vi que era un hombre dulce, de palabra agradable; y que cuanto decían los demás en forma ordinaria, lo expresaba él con gracia particular; pero ¿de qué servían a mi sed sus bellas frases? Eran vasos preciosos ofrecidos con muy buena voluntad y hasta con elegancia, pero completamente vacíos». O sea que el resultado de aquellas entrevistas fué nulo, o mejor dicho, para Agustín fué sumamente provechoso, porque le inspiró el pensamiento de abandonar la secta. «De este modo, dice, ese Fausto que para tantos había sido un lazo mortal, empezó, sin quererlo ni entenderlo, a sacarme de aquel en que yo me había enredado.

Pasaron los años y este Fausto estaba ya casi olvidado, cuando se le ocurrió escribir un grueso volumen de crítica contra el Antiguo Testamento y también contra el Evangelio. Sorprendióse Agustín de la actitud y mucho más del lenguaje y expresión de aquel obispo maniqueo, que tiempo atrás le había impresionado por la limpieza y suavidad de sus palabras. Merecía pues una dura respuesta y se la dió el año 400 con su obra *Contra Fausto, maniqueo.* Dura y seca, no siendo de aquellas en las que el Santo Doctor se entretiene en hermosas y extensas disertaciones, sino que se concreta a ir citando y refutando las palabras de su adversario, y sólo alguna que otra vez traspasa los estrechos límites que se fijó al empezarla. De este modo llegó a formar un grueso volumen en el que está encerrada no tan sólo su palabra, sino también la del obispo maniqueo, hasta tal punto que el escrito de éste, perdido hace siglos, puede rehacerse casi por completo con el de Agustín.

La obra está formada por treinta y tres libros, breves en general y en los que empieza el santo refutando el calificativo de cristianos a medias que Fausto da a los católicos, aplicando a su vez a los maniqueos el de falsos cristianos, como se lo probará en seguida. En el segundo y tercer libros defiende el nacimiento real de Jesucristo, impugnado, como sabemos por

Manes, y en el siguiente refuta rápidamente las razones en que Fausto se apoyaba para rechazar el Antiguo Testamento. Continúa la disputa hablando sobre el Evangelio y vuelve en el libro sexto a tratar de la Antigua Ley, para defender a la Iglesia de las críticas que le hace su contrario, porque admitiendo esa Ley no observa muchas de sus prescripciones. Los maniqueos y todos los que rechazan los Antiguos Libros, contesta Agustín, no entienden que algunos de los preceptos que dió el Señor al pueblo hebreo eran una significación, una sombra de los futuros, y muy convenientes entonces, pero innecesarios ahora que poseemos la realidad que ellos preconizaban. Siguen estas mismas disputas, y otras sobre el Antiguo Testamento hasta el libro duodécimo, de gran extensión, y en el que hace Agustín magníficos comentarios acerca de los patriarcas y de los profetas, señalando la relación que tienen con el Evangelio, lo mismo sus personas, que los actos de su vida narrados por la Escritura. Por las páginas de los siguientes libros, hasta el veintidós, van desfilando una serie de objeciones sobre la mismisma Escritura, que Agustín resuelve con admirable paciencia y haciendo sobre algunas hermosas exposiciones.

El libro veintidós es sin duda el más extenso y también el más importante de todos y merece figurar aparte y ocupar un lugar preferente entre los escritos exegéticos y morales del gran Doctor africano. En sus nutridísimas páginas figuran los puntos más importantes del Antiguo Testamento, con explicaciones largas y profundas en magníficos estudios de moral cristiana. Las restantes partes hablan de la existencia real de Jesús, así como de su Pasión y Muerte, terminando así la obra, cuyo mérito es doble, al decir de un antiguo escritor, pues a la vez que confunde a la herejía, defiende por modo admirable la doctrina de la Biblia.

En los días 7 y 8 de diciembre del año 404 se verificaba en Hipona una disputa pública entre Agustín y un electo del maniqueismo, llamado Félix, poco versado en las letras huma-

nas, pero que suplía este defecto con el artificio y astucia, que le hacían mucho más peligroso que Fortunato. Atraído a la discusión, después de mucho trabajo, porque conocía perfectamente la preparación de Agustín, se inició aquélla ante un numeroso público y ante varios escribanos que recogieron lo tratado, formándose de esta manera el escrito agustiniano que conocemos con el título de *Contra Félix, maniqueo*, en dos libros o partes de relativa extensión.

Las primeras páginas cuentan cómo llegada la fecha y hora de la sesión, se levantó el prelado de Hipona para invitar a su contrario a defender allí la doctrina que sostenía ante el pueblo en sermones y discursos. A esta invitación contestó pidiendo un ejemplar de la *Carta fundamental* de Manes para tomarla como base de la discusión. Pero fué muy poco lo que se adelantó en esta primera conferencia, pues hubo de seguirse «paso a paso a Félix, en todos los laberintos de su obscura doctrina; ejercicio fastidioso que el Santo Doctor sostuvo con una paciencia inalterable. Discutidos puntos menos esenciales, se llegó al que constituía la base del maniqueismo, o sea la cuestión del bien y del mal. Esta dificultad que acabó con el entusiasmo de Fortunato, puso también fin al de Félix, cuando Agustín le interrogó, como él sabía hacerlo, sobre asunto tan intrincado. Sólo acertó a pedir unos días de tregua para estudiar mejor el tema, terminando así esta primera conferencia y también el libro que la ha trasmitido hasta nosotros.

El segundo, más interesante que el anterior, nos describe la sesión siguiente, iniciada la cual, volvió Agustín a proponer la dificultad del día anterior, rogando a Félix que explicase cómo el mal pudo mezclarse con la esencia de Dios—los maniqueos sostenían que la tierra y cuanto contiene formaba parte del ser de Dios—, siendo Este inmutable e incorruptible. Si, como vosotros decís, añadía, existió semejante mezcla, Dios no sería inmutable, lo cual es contrario a las enseñanzas de las Escrituras y a las de la misma razón. Repitió entonces el ma-

niqueo sus objeciones y teorías por «centésima vez enredándose y confundiéndose a sí mismo de tal modo, que llegó a causar lástima a los asistentes, hasta que penetrando un rayo victorioso de la gracia el velo que le cubría los ojos, exclamó convencido y convertido: ¿qué queréis que haga? Que condenéis a Manes autor de estas blasfemias. Condenadle vos primero y le condenaré yo después. Y tomando Agustín un papiro escribió: Yo Agustín, obispo de la Iglesia Católica, anatematizo a Manes, su doctrina y el espíritu que profirió por su órgano tan execrables blasfemias. Pasó luego el apunte a Félix que antes de suscribirle aumentó aún más la fuerza de aquellas expresiones».

Y así, con tan magnífico resultado, terminaron las conferencias según constan en la obra que nos las legó.

CAPITULO XXXI

El dogma fundamental de los maniqueos. Su falsedad. Demuéstrala Agustín en su obra «De la naturaleza del bien». El libro «Contra Secundino».

El dogma principal de los maniqueos es, sin duda, el antiguo principio de la eterna dualidad del Bien y del Mal. Sostenían que el mal era un ente real, cuya existencia llega a deducir la misma razón de los fenómenos de la naturaleza. El hombre, decían, en su lucha por la vida se encuentra rodeado de bienes y de males: no puede dar un paso, sin sentir los efectos de ambos. El aire con sus inclemencias y sus días de calma; la tierra con su fertilidad no siempre constante; los animales, las plantas, los seres inanimados, hasta los astros son o pueden ser causa de grandes placeres o de grandes desdichas; parece que tuvieran en sí las raíces del bien y del mal. Los crímenes de los individuos y de los pueblos, y la frecuencia con que la criatura racional traspasa las leyes que regulan su vida superior, nos dicen que también ésta siente sus consecuencias. El mal como el bien, da pues evidentes pruebas de su presencia en el mundo.

Ahora bien, seguían arguyendo, este efecto real, supone también una causa real que le produzca ¿dónde está esa causa? ¿cuál es su esencia? No es Dios porque repugna la idea de un Ser, infinito en sus perfecciones, autor del mal. No son las criaturas porque con frecuencia el mal escapa a sus posibilidades y las hiere a ellas mismas. Luego si el mal no está en Dios, ni tiene su origen en las criaturas, habrá que darle una exis-

tencia propia e independiente de las demás. Y fundados en esta sofística y absurda argumentación, concluían los maniqueos por admitir los dos principios, causa y origen del bien el uno y fuente de todo mal el otro. Y sobre esta base edificaron los monstruosos sistemas que formaban la secta, haciendo de ella una espantosa mezcla de religiones, capaz de marear la cabeza mejor equilibrada.

Pero lo curioso es que aquella hipótesis o aquel dogma fundamental tenía un fondo netamente materialista, de modo qne no sólo «las tinieblas, que ellos identificaban con el principio del mal, eran materiales, sino también la luz; una materia más ténue, pero al fin materia. De tal luz estaba hecho Dios... y son chispas de esta luz las que se encuentran en nuestra alma y que tienden a desencarcelarnos de las tinieblas». Y así descendían en sus deducciones hasta llegar a un panteismo estrafalario, en el que todas las cosas venían a ser parte o fracción de uno de los dos principios o de ambos a la vez.

Cuando Agustín entró en contacto con los maniqueos, enencontrábase en un estado de ánimo muy próximo al racionalismo materialista. En su mente todavía no había entrado la idea de un Dios, esencialmente espiritual, como el Dios de los cristianos. Le era más fácil concebirle como un ente «sutil y resplandeciente y llenando los espacios». No ha de sorprendernos pues que el maniqueismo atrajera su atención con las teorías de la esencia divina. Si a esto añadimos que el joven de Tagaste buscaba también hacía tiempo la solución del problema del bien y del mal, nos resultará más fácil la explicación de su ingreso en una secta que aparentemente lo resolvía.

Sin embargo es necesario añadir que se dejó arrastrar en esta ocasión del primer impulso, seguramente deslumbrado por los falsos resplandores de la doctrina de Manes. Porque nos resistimos a creer que el maniqueismo pudiera sostener victoriosamente el examen sereno y desapasionado de una inteligencia como la suya. La famosa teoría de los dos principios,

por ejemplo, cede ante la más ligera investigación de sana crítica. ¿Hay algo más absurdo que teniendo estos dos principios la misma razón de existir sean, a pesar de ello, de una naturaleza diferente? Es posible concebir la existencia de dos dioses irreconciliables, que uno a otro no pueden tolerarse ni tampoco vencerse?

Esto que Agustín no examinó al ingresar en el maniqueismo, se lo recordó su conciencia apenas iniciado en él, haciendo que sus dudas siguieran en pie, torturándole implacablemente, hasta obligarle a buscar otra solución. Porque no admitida por él la teoría fundamental de los dos principios, era lógico que surgieran de nuevo las dificultades que con ella parecían tener solución. La cuestión brotaba así con doblado vigor, ofreciendo a la inteligencia de aquel joven la desesperante perspectiva de un problema presente y sin posible solución. Ignorando entonces los conceptos que expuso una vez convertido sobre estos difíciles problemas, no podía «comprender que el mal efectivo es obra de la voluntad creada y una negación del bien qne en ella debiera encontrarse». El mal no tiene existencia propia, no es un ente real sino una negación, una carencia del bien; algo así como las tinieblas son la carencia o negación de la luz; pero no algo positivo, no algo real, como es la misma luz.

Esta doctrina que Agustín no conocía entonces, la expuso más tarde de modo admirable en sus obras, como lo comprobaremos en este capítulo estudiando su libro *De la Naturaleza del bien*, escrito entre los años 404 y 405, contra los maniqueos. Combate en sus primeras páginas la teoría de Manes que suponía la corrupción de la esencia divina y define a continuación el mal de conformidad con los antecedentes anteriormente establecidos, deteniéndose en esto largamente. Explica luego en qué consiste el pecado, que es el mal propiamente dicho, probando que su origen está en la voluntad de la criatura racional cuando olvida y traspasa sus deberes y obligacio-

nes. Sostiene que los ángeles rebeldes no fueron creados, como decían los maniqueos, en estado de maldad y defiende que ni hay ni puede haber seres esencialmente malos: el mal está en la voluntad o en la intención de quien se empeña en no usar bien de ellos.

En lo que podíamos llamar segunda parte del libro estudia particularmente varios aspectos del maniqueismo, poniendo a la consideración de sus seguidores las contradicciones que encierra su teoría de los dos principios, pues en el ser que presenta, dice, como esencialmente malo, se encuentran, sin embargo, grandes bienes, como por ejemplo el mismo ser, la potencia, el entendimiento, la memoria, etc. etc. En el principio bueno que propone el maniqueismo se observan a su vez graves males, entre los que se pueden señalar, la poca sabiduría, la casi falta de memoria y la no mucha potencia. A este ataque contra el dogma herético sigue otro contra su moral, recordando las repugnantes consecuencias que se desprenden de las enseñanzas de Manes y las horrendas prácticas que tenían lugar en las secretas reuniones de sus adeptos. Una oración de Agustín pidiendo la vuelta a la verdad de sus antiguos compañeros de creencias, pone fin a esta interesante obra contra el maniqueismo.

Casi al mismo tiempo que ella apareció otra con el título de *Contra Secundino, maniqueo*, oyente de la secta que conocía por lo visto algún otro escrito agustiniano contra la misma. Sintiendo en carne propia los duros ataques que la dirigía, le envió una atenta carta en la que después de alabar sus grandes dotes, le invita a cesar en aquella campaña. Llega en su celo, digno por cierto de mejor causa, a pedirle que abrace nuevamente el maniqueismo, del que hace una apología, fustigando de paso a la Iglesia y lanzando algunas acusaciones contra el mismo Agustín. Este contesta agradeciendo los elogios de Secundino y haciendo una vigorosa defensa de la Iglesia. Estudia después las teorías de Manes sobre la esencia divina y sobre el

origen de las criaturas, haciendo ver las contradiccionés que envuelve el dogma maniqueo que supone a las segundas pequeñas partes de la primera. Es ésta una hermosa disquisición que llega hasta el capítulo diez, donde empieza un acabado estudio sobre el origen del mal y sobre las consecuencias que forzosamente se desprenden de las enseñanzas del maniqueismo. Contesta en el capítulo veintiuno varias alusiones a su persona y concluye pidiendo a Secundino que vuelva sobre sus pasos y abrace la verdad ingresando en la Iglesia católica, que es la única Iglesia de Cristo.

Los anteriores capítulos al darnos una idea, siquiera sea imperfecta, del contenido de los escritos de Agustín contra los maniqueos, nos hacen ver también que esos escritos encierran sus más importantes y originales doctrinas filosóficas. El problema del bien y del mal, que tanto llegó a preocuparle, como ya se echa de ver en estas obras, tiene aquí una adecuada y genial solución, decisiva y única bajo cualquier aspecto que se la mire. Agustín filósofo cristiano, se muestra en estas páginas en toda su grandeza, iluminando con los destellos de su inteligencia tan difíciles cuestiones. Y cuando la razón llega al límite de sus elucubraciones, aparece el prelado y el santo, que se detiene ante el misterio y señala a los hombres la temeridad que significa querer penetrar el pensamiento divino, diciendo como San Pablo: ¿Quién entendió la mente del Señor? ¿Quién puede comprender la razón y los motivos de los designios de Dios?

CAPITULO XXXII

Increible número de sectas en los primeros siglos de la Iglesia. El Gnosticismo. Los marcionitas. La obra agustiniana «Contra el enemigo de la Ley y de los Profetas» combate sus teorías.

Al recorrer la historia de la Iglesia, llama poderosamente la atención el número increíble de errores que combatieron, casi sin solución de continuidad, la pureza de sus doctrinas, particularmente en los primeros siglos de su existencia. Sólo una vitalidad tan prodigiosa como la suya, fundada en las promesas divinas, pudo resistir tan furiosos y terribles embates. El Cristianismo, derramando su sangue en los pueblos y ciudades del imperio, tenía más cerca la victoria que luchando con esa clase de hombres, que salidos de su seno, adulteraban sus dogmas y profanaban su moral. A los perseguidores pudo dirigirles, apenas aparecido sobre la tierra, aquel magnífico apóstrofe de Tertuliano, que certifica el avance incontenible de la fe en medio de la persecución: «Nosotros somos de ayer y llenamos ya todo vuestro imperio, las ciudades, las islas, las plazas fuertes, los municipios, las asambleas, los mismos campamentos, las decurias, los palacios el Senado, el foro: sólo os dejamos los templos». La Religión triunfaba del poderoso enemigo y surgía llena de robustez y lozanía de entre la persecución y las ruinas. «La sangre de los mártires era semilla de nuevos mártires».

Pero mayor que este triunfo fué el que obtuvo «sobre los fermentos interiores que debían producir la corrupción del dogma y de la moral». Los Estados, decía Pascal, morirían si no doblegasen con frecuencia las leyes ante la necesidad...

Son precisos los acomodamientos o los milagros. No es extraño pues que se conservasen doblegándose; esto no es propiamente mantenerse; y aun acaban pereciendo al fin completamente: no existe ninguno que se haya mantenido durante mil años. Pero que la Iglesia se haya mantenido siempre y siempre inflexible, esto es divino, esto es sobrenatural».

Doblegarse o perecer: he ahí la alternativa ante la cual parecía encontrarse la Iglesia, en los tiempos que siguieron inmediatamente a su aparicion sobre la tierra. Un sinnúmero de innovadores trataban de sorprender la buena fe de sus hijos, sembrando la discordia entre ellos. Falsos profetas anunciaban nuevos dogmas, rechazando los tradicionales y arrastrando en pos de sí grandes masas de fieles, creando otra iglesia frente a la Iglesia de Cristo. Y aunque ésta seguía inmutable su camino, arrojando de su seno a los que negaban su doctrina y lanzando el rayo de la indignación divina sobre los que corrompían al pueblo, el daño era inmenso y la victoria parecía dificultosa.

El gnosticismo fué uno de los errores que más distrajeron su atención en los primeros siglos. Este antiquísimo sistema filosófico-religioso influyó, en mayor o menor grado, en casi todas las herejías de aquellos tiempos. Su doctrina sobre el origen del mal, magna cuestión suscitada y no resuelta por los filósofos de la antigüedad, fué el refugio de todos los que, apartándose de la fe, querían explicar la existencia de aquél en el mundo, como lo vamos a comprobar examinando el libro de Agustín cuyo título encabeza estas líneas, y nos lo confirmaría cualquier tratado de historia eclesiástica.

Marción fué en su juventud un cristiano fervoroso y entusiasta. Pero un mal día, arrastrado por la pasión, cayó en una falta, verdadero atentado contra las buenas costumbres. Reconvenido por su propio padre, entonces obispo de Sínope provincia del Ponto, negóse a aceptar la penitencia que le imponía y huyó a Roma buscando la absolución. El Papa Aniceto

le exigió el cumplimiento de la misma penitencia, a lo que se negó nuevamente Marción, que despechado inscribió su nombre en una de las sectas gnósticas. Pero creyéndose demasiado lejos del Cristianismo, inventó por su cuenta un nuevo sistema religioso, en el que las teorías del gnosticismo se mezclaban con los dogmas cristianos y con las prácticas de la magia. Dejando a un lado las fantásticas especulaciones de la filosofía natural, se concretó a enseñar sus propias doctrinas, que propendían más bien a crear una nueva moral que a establecer un sistema dogmático filosófico. Por eso sus discípulos se distinguían o aparentaban distinguirse, por la austeridad de las costumbres, llegando hasta el martirio, que sufrieron algunos de ellos con un valor y una constancia dignos de mejor causa.

Los principales errores de la secta marcionita, tenían su base, como ya indicamos, en la teoría gnóstica de los dos principios eternos. Suponía que el hombre era obra de estos dos principios: el alma como emanación del principio bueno y el cuerpo con origen en el principio malo. La anulación de la libertad, la negación de la necesidad de la gracia, la inutilidad de la Redención y otros parecidos errores fueron las consecuencias obligadas de aquellas premisas. Pero lo curioso es que Marción hasta en la biblia encontraba huellas de los dos principios, considerando al Antiguo Testamento obra del principio malo y al Nuevo hechura del bueno, desconocido en el mundo hasta la venida de Jesucristo. El heresiarca insiste mucho en este error, ponderando en sus antítesis las diferencias que creía encontrar entre los dos Testamentos.

Sus discípulos, numerosos y decididos, sostuvieron la nueva doctrina por todos los medios y así fué como apareció en los tiempos de Agustín un escrito de uno de ellos, compuesto con innegable maestría, que llegó a leerse públicamente en las plazas, donde auditorios numerosos seguían con creciente avidez sus exposiciones. Gentes engañadas por su artificiosa argumentación, caían en la herejía, hasta que algunos fieles de

Cartago, pusieron en manos del gran obispo de Hipona un ejemplar. Y fué entonces cuando Agustín empezó su obra titulada *Contra el enemigo de la Ley y de los Profetas* aparecida en los comienzos del año 420.

El primer libro, de los dos que la componen, defiende el Antiguo Testamento, particularmente el Génesis, hablando Agustín con gran elocuencia sobre la eternidad de Dios, sobre la creación de los seres y sobre el bien y el mal. Se indigna luego contra el autor herético y califica con duro lenguaje su atrevimiento que llega hasta burlarse de Dios, haciéndole aparecer como sorprendido ante la hermosura de la luz que acaba de crear. Y siguiendo paso a paso las teorías que combate, continúa el santo exponiendo la doctrina católica sobre la creación hasta llegar a la formación y caída del hombre, tema sobre el cual el marcionita estampa gravísimos errores. Emplea el gran obispo varias páginas en estudiar estos magníficos y fundamentales pasajes bíblicos, rechazando una por una las imputaciones que les hace el autor contrario.

Los doce capítulos del segundo libro explican los textos del Nuevo Testamento que el escritor marcionita proponía como en contradicción con la Ley y los Profetas. Casi todos están tomados de las epístolas de San Pablo y en realidad, examinados imparcialmente, no se encuentra en ellos dificultades mayores. Por eso llama con razón Agustín al anónimo autor del escrito marcionita, inerudito y atrevido que ignora hasta lo que los menos instruídos saben. Los dos últimos capítulos refutan una especie de recopilación con la que acababa la obra anónima, poniendo también aquí fin a la suya el santo obispo, que debió dar el golpe de gracia a la secta, pues ya apenas figura en lo sucesivo.

Este es uno de los escritos que Agustín publicó sólo obligado por la necesidad y por el deber de su cargo. El razonamiento del autor herético es tan pobre, sus afirmaciones se encuentran tan faltas de base que en realidad no era necesaria

una obra para refutarlas. Y por nuestra parte no podemos explicarnos el interés que el escritor marcionita suscitó entre el pueblo, verdaderamente ávido de su lectura, según cuenta la historia. Unicamente la belleza del lenguaje y el misterio en que probablemente envolvía sus teorías, pueden explicarnos esta afición del público más o menos ilustrado, que se pagara de adornos externos y accidentales. Fuera de esto, las enseñanzas del escrito son con frecuencia absurdas y las más de las veces ridículas. Y a pesar de todo Agustín se vió en la necesidad de abandonar momentáneamente las altas elucubraciones sobre la gracia para descender hasta estas sencillas cuestiones, a fin de evitar la pérdida de muchas almas, que agradecidas y ya firmes en la fe, depositaron a los pies del gran Doctor el homenaje de un sincero y cálido agradecimiento.

CAPITULO XXXIII

Los priscilianistas. Su origen y errores. Combátelos Agustín en varios escritos.

Fué en España, en la segunda mitad del siglo IV, donde empezó a mover su cabeza el monstruo de una nueva herejía. Cierto Marcos de Menfis, según cuenta S. Severo, introdujo allí el maniqueismo que abrazaron muchos incautos, atraídos por la novedad y el misterio que rodeaba la secta. Su mayor y principal conquista fué la de un hombre distinguido, por su nacimiento y por su carácter afable e insinuante, de modales nada sospechosos en apariencia, pero de fondo corrompido y falso, en realidad. Prisciliano, este era su nombre, se entregó tan de lleno a las nuevas creencias que la historia y sus mismos contemporáneos las bautizaron, en España, con el nombre de priscilianismo.

Y a fe que les sobraban motivos para ello. Pues valiéndose de sus riquezas y de su elocuencia callejera, realzada con ciertos dejos de austeridad y misticismo, hizo tan rápidos progresos en la propaganda de sus ideas, que en muy poco tiempo pudo verlas extendidas por Galicia, Portugal y Andalucía. Hombres famosos por su ciencia y virtud, grandes y poderosos en bienes de fortuna y bastantes sacerdotes y obispos tragaron ciegamente el venenoso bocado que Prisciliano les ofrecía. Esto que, a primera vista, resulta algo inexplicable, lo juzgaremos increíble cuando conozcamos el monstruoso conjunto de errores que presentaba el priscilianismo.

Como la mayoría de los sectarios de aquellos siglos, ponían éstos gran empeño en ocultar la esencia íntima de sus

enseñanzas. Pero no pudieron evitar que transcendiera al público. Los obispos de Córdoba y Mérida el primero ¡cosa curiosa! ferviente priscilianista más tarde, dieron la voz de alerta y tomaron rápidas medidas para contrarrestar el mal. Pero eran muy profundas y extensas las raíces que había echado en aquella sociedad corrompida, para poder ser extirpadas por dos solos hombres. La Iglesia y particularmente los prelados españoles lo comprendieron así, decidiendo en consecuencia lanzar una solemne y pública condenación del priscilianismo. Y así lo realizó un Concilio reunido el año 380 en la ciudad de Zaragoza, que anatematizó los errores de Prisciliano y depuso a los obispos que los favorecían.

Desconoció la secta esta sentencia y como un reto a las decisiones del Concilio, elevó a la silla episcopal de Avila al mismo Prisciliano. La lucha era inevitable y tan obscuro se presentaba el horizonte, que la autoridad civil, velando por la paz del imperio, dictó severas leyes contra el priscilianismo, obligando a sus seguidores a dispersarse por diversas regiones. Los dirigentes acudieron a Roma, con intención de atraer al Papa; pero éste que era el gran español San Dámaso, negóse a recibirlos y confirmó los decretos de la asamblea de Zaragoza, renovados más tarde en el famoso Concilio de Burdeos, también contra los priscilianistas. Estos acudieron al Emperador, que concluyó por condenar a la última pena a sus jefes, entre ellos a Prisciliano, siendo ejecutados el año 395. Pero la doctrina sobrevivió largo tiempo hasta que el tercer Concilio de Toledo, del año 400, consiguió atraer al seno de la Iglesia a la inmensa mayoría de los priscilianistas.

Pablo Orosio, gran teólogo y escritor famoso, a quien San Agustín llama estudiosísimo y santísimo joven presbítero fué el brazo derecho de la Iglesia en la lucha con los priscilianistas. Con admirables dotes de elocuencia e ingenio dió bien pronto muestras de sus profundos conocimientos en defensa de la fe, combatida por Prisciliano. Al lado de su obispo lu-

chaba con ardor, siendo famosas en toda la cristiandad sus brillantes refutaciones. Y habiendo llegado a sus oídos, envuelto en aureola de ciencia y santidad, el nombre de Agustín de Hipona, acude ansioso a su lado en busca de nuevos conocimientos. Era, sin embargo, la Providencia que le enviaba allí para que también el priscilianismo cayera destrozado a los pies de aquel que ya era conocido con el calificativo de martillo de los herejes. El mismo Orosio pidió al gran maestro una refutación de las teorías priscilianistas. Y con el fin de ponerle al tanto de lo que ocurría en España vivió fraternalmente a su lado, perfeccionando sus conocimientos y llegando a publicar al calor de esta grande y cristiana intimidad algunas de sus obras y el famoso *Conmonitorio contra Prisciliano y Origenes*, que dió origen, junto con los ruegos de su autor, al conocido libro agustiniano *Contra los priscilianistas y origenistas, a Orosio.*

Fué publicado el año 415 y va precedido en casi todas las ediciones del Conmonitorio de Orosio, que no es otra cosa que un resumen dirigido a Agustín de los errores de Prisciliano. Estos errores forman un raro conjunto, en el que los delirios maniqueos, gnósticos y sabelianos, se dan mutuamente la mano en un extraño maridaje. La Trinidad de Personas en Dios no era admitida, presentando en cambio a Jesucristo como unigénito solamente de María. Aseguraban que todo lo visible era obra del espíritu del mal. Las almas son partículas de la substancia divina, venidas al mundo por propia voluntad, pero sujetas al cuerpo por imposición de los malos espíritus. Una mezcla, en fin, de errores, unidos a una moral de corrupción que hacían a la secta algo odioso y repugnante a los ojos de los buenos cristianos.

San Agustín, que no ignoraba su existencia, pero sí la calidad de sus doctrinas, advirtió, una vez leído el Conmonitorio que le brindó Orosio, la relación que tenía con otras herejías ya extensamente combatidas en sus obras. De ahí que en e

comienzo de su libro contra los priscilianistas, nos remita a lo ya publicado contra los maniqueos, donde están virtualmente refutados.

Sin embargo la cuestión sobre el origen del alma le merece más interés, y a ella dedica varias páginas, considerando un verdadero absurdo la doctrina de Prisciliano sobre este punto. Dios, dice, con su omnipotencia puede crear y efectivamente crea las almas. Pero de ningún modo podemos considerarlas como partículas de la esencia divina, pues siendo ésta puramente espiritual e infinita, envolvería una contradicción suponerla dividida en pequeñas partes. En los siguientes capítulos contesta rápidamente a diferentes proposiciones y consultas de Orosio y al estudiar la distinción entre los espíritus angélicos, dice con gracia natural y espontánea al presbítero español: Para que tengas porque despreciarme, a mí que me juzgas un gran Doctor, sepas que ignoro cómo sean estos espíritus y cómo se distingan entre sí.

El año 420 escribió otra obra contra los priscilianistas también a ruegos de un español llamado Consencio, que le preguntaba si era lícito mentir ante los herejes y frecuentar sus reuniones, para mejor conocer sus doctrinas.

La respuesta de Agustín fué un libro que llamó *Contra la mentira*, en el que con palabras enérgicas y términos duros y expresivos niega la licitud de la mentira y dice que no se debe buscar a los mentirosos con la misma mentira, ni a los blasfemos con la blasfamia. Y como los priscilianistas trataban de cohonestar el lenguaje mentiroso con textos de la Escritura, rechaza indignado esta pretensión y explica los pasajes bíblicos que puedan tener alguna dificultad con relación a este asunto. Es necesario, termina diciendo, evitar las mentiras, obrando y hablando bien, o confesarlas con arrepentimiento, una vez dichas; de ningún modo debemos aumentarlas enseñando su uso, cuando, por desgracia, ya abundan demasiado.

En esta obra de Agustín contra Prisciliano, no resalta como

en otras este espíritu ágil y acometedor que las distingue. La razón de esto ya la conocemos. Los Priscilianistas tenían puntos de contacto esenciales con otras sectas, los maniqueos por ejemplo, ya confundidos anteriormente. No había por consiguiente, necesidad de hacer repeticiones innecesarias. Lo comprendió así el gran doctor y no quiso poner en juego todos los medios de que disponía. Unas breves páginas, resumiendo lo expuesto en otras ocasiones, eran más que suficientes para frenar el nuevo error. Tales son las que acabamos de presentar y que, a pesar de todo, tienen su interés e importancia, particularmente el segundo que constituye un verdadero tratado de moral.

CAPITULO XXXIV

El arrianismo. Algunos datos sobre la vida de su fundador y el origen de la secta. Los dos libros «Contra Maximino, obispo de los arrianos».

Arrio, fundador de la secta que lleva su nombre, no fué un hombre vulgar. «Esta clase de enemigos de Dios tienen siempre algo de Luzbel: muchos resplandores o prestigios que deslumbran». A su físico atrayente y sencillo unía tan singulares dotes de sabiduría e inteligencia, que podrían hacer muy bien de él lo que hoy llamamos un ídolo de las masas populares. Pero su orgullo y ambición eran mayores todavía. Ambas cosas le hicieron aspirar a la sede episcopal de Alejandría, vacante entonces—año 318—por muerte del patriarca Aquilas. Sus deseos no fueron satisfechos y, dominado por la obsesión de su propia grandeza, no tardó en rebelarse contra su legítimo Prelado, empezando a predicar una doctrina nueva y tan radical que, de ser admitida, acabaría para siempre con los dogmas de la verdadera Religión. Del ardor que ponía en propagar sus doctrinas nos da idea el sentir unánime de los escritores de aquellos tiempos que afirman «que a no ser la Religión Católica hija del cielo, bien pronto el presbítero Arrio hubiera acabado con ella y el mundo entero hubiera sido arriano».

Advertido el Prelado de lo que ocurría quiso atraer con suavidad al rebelde sacerdote, que desechó el llamamiento, siendo entonces condenado y excomulgado por un concilio reunido en la misma ciudad de Alejandría. Y como un abismo llama a otro abismo, la caída de Arrio fué vertiginosa y total

constituyéndose jefe de un nuevo cisma, aprovechando con singular empeño sus talentos para presentar, dice San Epifanio, las cosas de tal modo, que ocultaban todo lo malo que tenían e introducían agradablemente en los ánimos el más activo veneno.

Era por tanto necesario proceder con toda rapidez y con la mayor energía en un caso que afectaba a toda la Iglesia. El Patriarca de Alejandría dió cuenta de los acontecimientos al Romano Pontífice, que entonces era San Silvestre. Y por su parte el emperador, juzgando seriamente amenazada la paz del imperio, invitó a los obispos a un Concilio General que habría de reunirse en Nicea, ciudad del Asia Menor. El Papa aprobó y confirmó, con su autoridad suprema, este acto de Constantino y envió un representante suyo a fin de que, en su nombre, presidiera aquella magna Asamblea, la primera con carácter universal, sin contar el concilio de Jerusalén, que celebraba la Iglesia. Osio el gran obispo español ostentó la representación del Pontífice acompañado de dos sacerdotes romanos, también en calidad de delegados del Papa. Llegaron a reunirse en este famoso Concilio más de trescientos obispos, innumerables sacerdotes y otras muchas personas de diversos estados y categorías, verificándose la primera sesión el 19 de junio del año 325, en medio de un aparato y una majestad extraordinarios.

No es nuestra intención seguir el desorrollo de aquella memorable Asamblea. Diremos únicamente que, después de largos debates, fué condenado solemnemente el presbítero Arrio con su doctrina, que podemos resumir en las siguientes palabras de un escritor: Sostenía que el Hijo de Dios había sido creado de la nada y que por tanto no había existido siempre; que por su naturaleza era mudable y que por su libre albedrío había querido permanecer bueno, pudiendo igualmente abrazar el partido del vicio, y por fin que era sólo una criatura y obra de Dios». A ella opuso y declaró el Concilio el

dogma católico, en el celebérrimo símbolo llamado de Nicea, que comienza: Creemos en un solo Dios Padre todopoderoso, creador de las cosas visibles e invisibles: y en un solo Señor Jesucristo, Hijo Unico, engendrado del Padre, a saber de la Substancia del Padre: Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado y no hecho etc. etc.

Arrio insistió en su actitud de rebeldía y su secta continuó haciendo estragos, ocultamente primero, en público más tarde y con el auxilio oficial de los emperadores después, extendiéndose por diversas regiones hasta llegar a ponerse en contacto con los bárbaros que merodeaban las fronteras del imperio. Y cuando éstos sedientos de sangre se lanzaron sobre pueblos y ciudades, estaban convertidos en fanáticos arrianos y en enemigos irreconciliables de la Iglesia.

Sólo la Providencia libró entonces a ésta de una verdadera catástrofe. De todas partes del mundo subían al cielo los ayes de dolor del pueblo cristiano, sometido a dura esclavitud. Los prelados levantaban su voz advirtiendo el peligro, oyéndose también, en medio de este clamor universal, la de Agustín, vigorosa y batalladora como otras veces. Y aunque era ya antiguo en la tierra el arrianismo, cuando el obispo de Hipona estuvo en condiciones de luchar con él, todavía llegó a tiempo como para verse en la precisión de enfrentarle en dura lucha.

Conocía los puntos dogmáticos principalmente atacados por los arrianos y las interminables disputas a que dieron origen en el Oriente. Así que, al llegar la secta al Africa, encontró al gran obispo preparado y dispuesto a detener sus pasos, como lo hizo efectivamente el año 418 publicando su primer escrito contra ella, al caer en sus manos una especie de Sermón arriano, que circulaba entre el pueblo. Publicado con fines de propaganda sectaria, cumplía, por desgracia, perfectamente su cometido. Agustín lo refutó inmediatamente en su breve escrito *Contra el Sermón de los arrianos*, en cuyos primeros capítulos demuestra las contradicciones de la exposición

arriana hablando de Jesucristo, a quien reconoce como Dios, pero un Dios especial, de naturaleza distinta de la del Padre, con lo cual tenemos dos dioses, absurdo inconcebible. Discute luego altas cuestiones sobre la Trinidad, estudiando más que el misterio mismo, las relaciones entre las divinas Personas y sus operaciones en el tiempo, con lo cual pone fin a este notable librito.

Entre las epístolas de Agustín hay varias que se ocupan del arrianismo, como la que describe su disputa con Pascencio, conde de la secta y sus conferencias con Elpidio, activo propagandista arriano. Ambas tienen, a pesar de su carácter de epístolas, una importancia singular y no pueden dejar de ser consultadas por quien se interese por estos temas teológicos y de Historia eclesiástica.

Pero el más importante escrito agustiniano de lucha directa contra el arrianismo, es el que nos trasmite su controversia con el obispo de la secta Maximino. Llegó éste a Hipona el año 428, rodeado de gran aparato, que atrajo sobre sí, conforme a sus deseos, las miradas del pueblo. Sin embargo sus entusiasmos bajaron mucho de tono, cuando se le comunicó la invitación para una entrevista con Agustín, con el fin de discutir públicamente sus respectivas opiniones. No esperaba Maximino, fundado quizá en los achaques y en los años del santo obispo, este *pequeño contratiempo*. Y como no podía salir airoso del paso, si no aceptaba la invitación, así lo hizo, comprometiéndose a dejar el arrianismo, si le demostraban su falsedad.

Llegada la fecha de la reunión y abierta ésta en medio de una inmensa multitud, empezó a hablar el obispo arriano, aprovechando tan bien el tiempo, que empleó todo un día, no en defender su doctrina, sino en exponerla con hermoso y florido lenguaje y no menos bella expresión. Y cuando al otro día se reunieron en mayor número aún para escuchar la respuesta de Agustín, se enteraron con sorpresa que Maximino

había salido con dirección a Cartago, sin intención de volver. Todos comprendieron la significación de este viaje intempestivo e inesperado. La sola perspectiva de la contundente dialéctica de Agustín, hizó olvidar al arriano sus compromisos y hasta el propio decoro, poniendo entre ambos la distancia de unas cuantas millas.

Esta disputa que figura en el catálogo de los escritos agustinianos con el título de *Colación con Maximino, obispo de los arrianos*, podemos considerarla como la introducción del siguiente escrito *Contra Maximino, obispo arriano*, más o menos también del año 428. Se compone de dos libros siendo el primero una demostración de la vanidad del discurso pronunciado por Maximino en la anterior conferencia, y el segundo una refutación de los errores que en él proclamó, demostrando al mismo tiempo la verdad de la doctrina católica sobre el misterio inefable de la Trinidad. Claro es que no hace aquí una exposición completa de este dogma, porque más que doctrinario, el libro es apologético, conforme se desprende de las causas que motivaron su publicación. Sin embargo sus páginas revisten gran interés porque en ellas se desarrollan los principales argumentos que apoyan la racionabilidad de la fe que propone la Trinidad de las Personas en la Unidad de Esencia. Abundan los testimonios de la Escritura en favor de estas enseñanzas de la Iglesia y explica el Santo Doctor los que el arriano presentaba como pruebas irrefutables de las suyas. La disputa se vuelve a veces profunda, pero siempre dentro de los límites de una admirable concisión y sorprendente claridad, que sostienen al lector en perfecto y continuo contacto con la realidad de los argumentos y de las doctrinas que de ellos se desprenden, obligándole a exclamar con Agustín: Verdaderamente el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son una sola virtud, una sola substancia, una sola Deidad, una sola majestad y una sola gloria; porque esta misma Trinidad es un solo Señor Dios nuestro.

CAPITULO XXXV

Agustín estudia el gran dogma de la Trinidad. Recuerdo de una piadosa leyenda. El maravilloso tratado «De Trinitate».

Paseaba Agustín, según cuenta piadosa leyenda, por la suave arena de una hermosa playa de la costa del Mediterráneo. El mar en el incesante batir de sus olas y con su imponente grandeza, no parecía preocupar al solitario paseante, cuyo rostro denotaba honda preocupación, señal evidente de más hondas meditaciones. Veíasele con frecuencia detener el paso y elevar los ojos al cielo, como buscando allá luces que iluminaran las obscuridades de su inteligencia. Un momento, sin embargo, volvió de su abismamiento al observar que no estaba solo en aquel bello y apartado lugar. Casi a su lado un hermoso niño procuraba afanosamente llenar de agua el hoyo que sus tiernas manos habían fabricado. Llamó la atención de Agustín el interés que el pequeño ponía en su labor, y acercándose a él le preguntó bondadosamente lo que intentaba hacer. Trato, respondió el gracioso niño, de vaciar el agua del Océano en este pozo. Y al ver que Agustín se sonreía ante su candoroso intento añadió: ¿Acaso no es esto más fácil que lo que tu pretendes al querer escudriñar la infinita grandeza del misterio de Dios Trino y Uno?

No dice más la leyenda, pero basta y sobra para nuestro propósito, pues nos demuestra claramente el sentir de la tradición cristiana respecto a los profundos estudios del gran obispo de Hipona sobre el dogma inefable de la Trinidad. Es

un bello símil que expresa lo mismo que grandes escritores y hombres de ciencia dicen con palabras claras y terminantes, cuando afirman que sus obras contienen probablemente lo más sublime que puede escribirse de esa luz impenetrable e inaccesible en que reside Aquel que nadie ha visto.

La causa de tan interesantes estudios hay que buscarla en la historia de la Iglesia en aquellos tiempos. Es indudable que los dogmas cristianos, inmutables y libres de evolución, han brillado, sin embargo, con resplandor especial en ciertas épocas en las que causas externas agitaban reñidas disputas en torno de ellos. Así aconteció con el fundamental de la Trinidad. En todos los tiempos sostuvo y proclamó la Iglesia la unidad, igualdad y consubstancialidad de las tres Divinas Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero es igualmente cierto que esta verdad de la fe resaltó de un modo particular en los siglos cuarto y quinto en los que la combatieron duramente varios sectarios. Porque fué entonces también cuando Dios suscitó hombres insignes que con su ciencia defendieron el dogma e iniciaron una intensa propaganda del mismo entre el pueblo cristiano.

Ya hemos dicho en el capítulo anterior cómo Arrio puso sobre el tapete esta magna cuestión de la Trinidad de Dios y cómo Agustín combatió a los jefes de la nueva secta en públicas discusiones y con diversos libros. A continuación vamos a estudiar el famosísimo tratado *De la Trinidad*, no escrito precisamente contra el arrianismo, pero sí por haber suscitado la secta, como tema de actualidad, la doctrina que desarrolla. Con muchos escrúpulos y casi contrariando su voluntad puso el santo manos a la obra el año 400, acosado por innumerables consultas tanto de cristianos como de paganos y herejes, estudiando tan detenida y profundamente este dogma de la fe, que sólo dieciseis años después pudo ofrecerla completa y terminada a la consideración del público. Dato que puede darnos una idea de su mérito. Porque, después de tan esmerada y lar-

ga preparación ¿de qué no será capaz el ingenio de Agustín?

Quince libros componen esta obra, que nosotros podemos dividir en tres secciones. La primera formada por los ocho primeros libros exponen el dogma de la Trinidad fundándose en las Escrituras y en las enseñanzas de la Iglesia. En los seis libros siguientes, que pertenecen a la segunda sección, busca y señala Agustín vestigios del gran dogma en las obras de Dios, especialmente en el hombre, su obra maestra, que lleva impresa su propia divina imagen, y en la última sección, formada por el libro décimo quinto, resume y compendia lo expuesto en los anteriores.

Empieza el gran obispo estudiando a Dios, no como le conoció en Platón, dice el mismo, ni siquiera como le veía en los días que siguieron a su conversión, sino al Dios Trino y Uno: Uno en substancia y Trino en Personas, Misterio admirable que vislumbraron algunos sabios, nos reveló Jesucristo y trasmite su Iglesia de generación en generación. Dios, continúa, es Padre, Hijo y Espíritu Santo; Ser, Inteligencia y Amor. Dios al conocerse a Si mismo tiene conciencia de que en el Padre es Padre, de que en el Hijo es Hijo y de que en el Espíritu Santo, es Espíritu Santo: tres Personas absolutamente distintas en igualdad absoluta e infinita de Esencia. Esas tres Divinas Personas, como secuela de su consubstancialidad, se penetran constantemente, poseyendo cada una la substancia de las otras dos, formando así la vida única y eterna de Dios. Esta doctrina de la Iglesia Católica que tiene su base en las Escrituras y que la misma razón humana, supuesta la revelación, puede ver metafísicamente posible, la expone Agustín sublime y grandiosamente, en magníficos conceptos, ante los cuales se desvanecen los errores contrarios, faltos por completo de base, como se echa enseguida de ver.

Pero la Trinidad, continúa, más o menos, Agustín en la segunda parte, hácese visible en las obras de Dios, lo mismo en las espirituales que en las corporales y de una manera particu-

lar en la criatura racional interior y exteriormente considerada. El hombre tiene el ser como el Padre, como el Hijo, posee la mente y el amor como el Espíritu Santo, y esto no es esencialmente más que una vida, la vida de su alma. Esta goza de memoria entendimiento y voluntad, que en resumidas cuentas no son más que una esencia espiritual, cual es el alma misma. . . Pero ¿a qué seguir desluciendo con nuestras palabras las altísimas concepciones del glorioso Patriarca? Unicamente leyendo las páginas de la obra y estudiando uno a uno sus capítulos podremos llegar a concebir algo de su profundidad. Alcanzaremos así a ver cómo desde los albores del mundo, y a medida que el tiempo avanza, los rayos de luz sobre este misterio se hacen más vivos y cómo se «destacan en un fondo de intensa claridad, mediante sucesivas revelaciones, las tres Personas de la inefable Trinidad». Y lo veremos porque Agustín irá iluminando con la luz de su ingenio las misteriosas y divinas páginas de la Escritura, que contienen esta verdad, primero veladamente y como en figuras, y después clara y terminantemente, cual brotó de los labios de Jesús. Comprenderemos también cuán razonable es la fe al proponernos estos dogmas inexcrutables, que sostienen nuestra esperanza, elevan nuestro corazón, purifican nuestra alma, levantándola de las miserias del mundo a las puras y nobles delicias del espíritu. Y luego ante estas consoladoras realidades, exclamaremos con el mismo Agustín, inundados de luz y llenos de inefable gozo: Señor Dios nuestro creemos en Ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

CAPITULO XXXVI

El cisma de Donato. Su influencia en el Africa. Síntesis histórica. Primeros escritos de Agustín contra el cisma.

Sumamente accidentada fué la lucha que la Iglesia sostuvo en los siglos cuarto y quinto con la herejía o cisma donatista. La historia de esta secta es una verdadera odisea, y su incremento fué tan sorprendente que en poco tiempo llegaron a dominar a toda Numidia y hasta enviaron uno de sus obispos a Roma, en calidad de Papa o Pontífice del cisma. Conocedores del falso terreno que pisaban, rehuían hábilmente toda cuestión doctrinal, valiéndose por otra parte aun de las armas para conseguir adeptos. Con esto intranquilizaban a la Iglesia y molestaban desde el emperador hasta el último de sus ministros. Y como apenas había en la provincia africana un templo católico que no tuviera al lado otro donatista, ni ciudad o pueblo donde el obispo ortodoxo no viera disputada su autoridad por otro de la secta, seguíase de aquí un malestar tan hondo y una división de ánimos tan intensa, que era muy de temer una guerra civil por asuntos de religión.

El donatismo fué en sus principios un cisma que más tarde degeneró en herejía, proclamando diversos errores, como luego veremos. En la última persecución sufrida por la Iglesia, los tiranos exigían la entrega de los libros santos, lo que algunos cristianos tuvieron la debilidad de cumplir, siendo considerados desde entonces por el resto de los fieles como reos de un crimen contra la fe, muy cercano a la apostasía, dándo-

les por ello el mote de traidores o *traditores*, burlándose de su poco valor hasta los mismos paganos.

Vuelta la paz a la Iglesia y habiendo quedado vacante el año 311 la sede episcopal de Cartago, fué elegido para ocuparla un archidiácono, llamado Ceciliano, siendo apresuradamente consagrado por tres obispos sufragáneos, entre ellos un Félix de Aptunga o Abthugi, acusado de tráditor. Los númidas, reunidos en conciliábulo, depusieron al nuevo obispo, considerando nula su consagración, por ser tráditor uno de los consagrantes, y eligieron para sustituírle a Mayorino, fiel instrumento de Donato, obispo de Casas Negras. Era éste un hombre de incansable actividad y de nada común inteligencia, cualidades que, puestas al servicio del cisma que entonces se iniciaba, le dieron tal celebridad que pasó a la historia con su nombre.

Desde aquel momento empezó la lucha de parte de los amigos de Donato con un rigor increible. Alardeando de un gran respeto a la tradición y de una pureza de costumbres, que estaban muy lejos de poseer, y sirviéndose de toda clase de calumnias contra los católicos, de manera particular contra los obispos, fueron haciéndose dueños de la situación. A los cristianos que les seguían les administraban de nuevo el bautismo, porque sostenían que el recibido fuera de la secta carecía de valor. Varios Concilios, como el de Roma el año 313 y el de Arlés el 314 condenaron el cisma y declararon inocentes a los que los donatistas hacían culpables de esta división en la Iglesia, calumniándoles vilmente.

El cisma, ya convertido en herejía, siguió haciendo estragos materiales y espirituales por el Africa, hasta que Dios puso al frente de la Iglesia de Hipona al hombre que debía hacerle desaparecer del mundo. Cuando Agustín fué consagrado obispo, llevaba cerca de un siglo de existencia el donatismo, con tan prodigiosa vitalidad que contaba en su seno más de cuatrocientos obispos. Conocedor el santo del carácter rebelde e in-

quieto de sus compatriotas, hábilmente aprovechado por los donatistas, no se le ocultaba la ruda lucha en perspectiva. Desde el primer momento apreció la enorme dificultad que era preciso vencer, no ya para conseguir el triunfo, sino para tener la esperanza, más o menos fundada, de verlo algún día en sus manos. El pueblo permanecía en completa indiferencia, sin preocuparse ni poco ni mucho por saber de parte de quien estaba la verdad. Por otra parte los jefes donatistas evitaban tercamente toda disputa y resultaba casi imposible encontrar algún escrito que declarase en concreto sus doctrinas, para poder juzgarlas con perfecto conocimiento de causa.

Pero no era propío del carácter vivo y emprendedor de Agustín la indiferencia ante las dificultades, por muy grandes que ellas fueran. Había que acabar con el cisma y a ello dirigió sus esfuerzos, iniciando inmediatamente la lucha por medio de la pluma, ya que otro no era posible. Su primer escrito apareció el año 393 con el título de *Salmo Contra Donato,* una especie de cántico, breve y sencillo, acomodado a la inteligencia del pueblo, que debía corearlo en las funciones religiosas y que contenía algo de historia del cisma con su refutación.

Contestando a este escrito, o quizá a otro de Agustín que por desgracia no conservamos, Petiliano, obispo cismático, dirigió a su clero una carta contra la Iglesia Católica, carta que, pese a los esfuerzos del autor, cayó en manos del prelado de Hipona. Esta imprevista ciscunstancia facilitó la lucha contra el cisma, cuyas doctrinas básicas contenía la famosa carta. Escribe entonces Agustín un libro refutándolas, seguido de otro más amplio y extenso, pero con el mismo carácter. Petiliano, sorprendido en el secreto de sus doctrinas, se desató en injurias contra el santo, que publicó un tercer libro, formando así con los tres la obra *Contra las cartas de Petiliano,* con fecha del año 400.

El primero, compuesto apresuradamente, estudia muy por

encima algunos aspectos del escrito de Petiliano, hablando de la administración de los sacramentos, del bautismo en particular, enseñando con la Iglesia que la indignidad del ministro no afecta a la esencia de aquéllos, como querían los donatistas.

Juzgando incompleto el anterior, publicó el segundo, que en sus ciento ocho capítulos vuelve sobre el mismo tema, estudiando uno por uno los conceptos de su adversario, poniendo sus mismas palabras, seguidas de una refutación, lo que hace casi imposible resumir su contenido. El tercero tiene en sus primeros capítulos hermosísimas consideraciones dirigidas principalmente a los lectores, a fin de que sepan distinguir entre la Religión y sus ministros y no confundan ambas cosas, como hacía el obispo cismático. El argumento continúa luego en un sentido casi igual al de los anteriores, pero con exposiciones más extensas y razonadas.

Un famoso gramático de la secta, Cresconio, acudió en defensa de Petiliano, por medio de un libro con un sinnúmero de injurias contra los católicos. Contestó Agustín el año 406 con la obra en cuatro partes, *Contra Cresconio, gramático*, cuyos primeros capítulos dilucidan previamente algunos puntos que llamaremos personales. Cresconio atribuye gratuítamente al santo obispo el origen de las discusiones y ataca su elocuencia por que la cree inspiradora de tantas dificultades. A lo cual responde Agustín que no está el mal en la elocuencia sino en el abuso de ella, y como él emplea la suya en defensa de la verdad, nadie puede razonablemente condenarle por ello.

La segunda parte se inicia con un tema de gramática, especialidad del escritor cismático. Sostiene éste que los discípulos de Donato deben ser donacianos y no donatistas como los llamaban, cosa que admite de buen grado Agustín, que en cambio insiste en darles el calificativo de herejes, cosa que no les agradaba mucho. Habla del bautismo y repite la doctrina católica sobre su administración, aclarando brevemente el pensamiento de San Cipriano sobre esta cuestión. La parte o

libro tercero es una ampliación del mismo tema, así como del siguiente que, si bien refuta a los maximianistas, grupo separado de la secta, lo hace en su error principal que se refiere asimismo al bautismo.

El año 410 llegó a manos de Agustín un nuevo escrito de Petiliano, que hablaba sobre la tesis tantas veces mencionada de la validez o no validez del bautismo administrado fuera de la secta. A pesar de tocar un asunto de sobra discutido, el santo no quiso dejarle sin refutación, escribiendo con este fin su obra *Del único bautismo*, cuyos dieciocho capítulos estudian el tema indicado y hacen una enérgica defensa de algunos Papas, duramente combatidos por el obispo cismático, al tratar de la famosa cuestión suscitada por San Cipriano.

Vamos a cerrar este capítulo hojeando rápidamente el escrito agustiniano que mejor penetra, a nuestro parecer, la esencia del donatismo; tiene su origen en una carta de otro obispo de la secta llamado Parmeniano, dirigida a un tal Ticonio, escritor donatista, quien en uno de sus libros, obligado por la evidencia o quizá sin apreciar su verdadero alcance, tuvo la ocurrencia de poner varios argumentos, evidentemente favorables a los católicos. Referíanse a la universalidad de la Iglesia de Cristo que reuniría en su seno a todos los hombres sin distinción. Esto, que echaba por tierra la teoría donatista de una iglesia africana, asustó a los jefes de la secta, que trataron de obligar al escritor a publicar una retractación, fin que perseguía la carta de Parmeniano. Habiendo llegado una copia de la misma al obispo de Hipona, mereció de éste una refutación en la obra *Contra la carta de Parmeniano*, publicada el año 400. En ella demuestra primeramente la perfidia y obstinación del obispo donatista que, sin rebatir los argumentos de Ticonio, quiere imponerle silencio con amenazas, a falta de razones. Desvanece seguidamente las calumnias que lanza contra los católicos y termina el primer libro probando que los príncipes cristianos pueden y deben tener sujetos a los herejes

y muy particularmente a los que, como los donatistas, constituían un peligro para la República. En los siguientes propone y resuelve para siempre la célebre cuestión suscitada por la secta al afirmar que la unidad y la comunión en la misma fe y en los mismos sacramentos de buenos y malos, es dañosa para los primeros, que necesariamente han de contaminarse con la maldad de los últimos. Agustín sostiene lo contrario y demuestra opoyado en las Escrituras y en la doctrina de la Iglesia, que el bueno puede vivir y conservarse puro e incontaminado en medio de los impíos.

Estas obras de Agustín contra los donatistas carecen de la variedad que caracteriza a casi todas las suyas. Y es que en realidad la secta apenas tenía, en cuestión de doctrina, puntos vulnerables, ya que no se distinguía por sus teorías religiosas. Fuera de haber resucitado el error de los rebautizantes y de sostener algunos otros menos importantes, sólo sus inconcebibles desmanes ofrecían el verdadero centro de ataque a los escritores católicos. De ahí que las publicaciones del obispo de Hipona reflejen casi única y constantemente estos aspectos. Sin embargo el santo doctor sabe aprovechar las ocasiones y aclara las enseñanzas de la fe, para ilustrar con ellas al pueblo, tan expuesto a los engaños de escritores donatistas.

CAPITULO XXXVII

La cuestión de los rebautizantes. San Cipriano. Su actuación en esta famosa disputa. Defiéndele Agustín en su obra «Del bautismo, contra los donatitas».

Fué en el siglo tercero cuando se suscitó una célebre cuestión acerca del bautismo, que llegó a poner en peligro la unidad de la Iglesia y que exigió toda la autoridad del Papa para su solución. Existían en aquella época un sinnúmero de sectas, muy variadas en sus dogmas e ideales, pero estrechamente unidas en la lucha con Roma, que inexorablemente condenaba sus errores y las separaba de la Comunión con la grey de Cristo. Bajo la influencia de esta condenación y con la ayuda de los obispos, que apoyaban la acción de los Pontífices, eran numerosos los sectarios que volvían a la fe. Entre ellos figuraban muchos que entraban por primera vez a formar parte del cuerpo místico de la Iglesia, pero que ya habían recibido el bautismo en el seno de alguna de tantas sectas, que no alteraban ni la materia ni la forma en su administración. La mayoría de los prelados, siguiendo la práctica tradicional, daba por válidos aquellos bautismos; pero no faltó quien juzgara necesaria una nueva administración, por quitar todo valor a la verificada por los herejes. Y aquí está el origen de la movida y larga discusión que pasó a la historia con el nombre de los *rebautizantes* y que, en Africa particularmente, adquirió un auge inesperado debido a la significación de las personas que tomaron parte en ella, entre las que figuraba San Cipriano, obispo de Cartago y primado de la provincia eclesiástica del norte africano.

Los enemigos de la Religión, quisieron, como siempre, aprovechar en su favor la autoridad de esta gran figura de la Iglesia, presentándola en abierta rebelión contra la supremacía del Papa, que no aprobaba sus opiniones sobre el bautismo. Esto ha sido causa de que hoy no podamos establecer con absoluta, ni siquiera relativa certeza, el papel que aquel santo obispo desempeñó en el curso de esta famosa polémica entre Roma y Africa principalmente. Al lado de los que le presentan como único defensor jefe de los rebautizantes, están los que tienen por apócrifo y de ningún valor todo lo que hasta nosotros ha llegado acerca de estas movidas discusiones. Otros, colocándose en un justo medio, a nuestro parecer, admiten la existencia de las polémicas, pero, en lugar de fundarlas en una demasiada insistencia de San Cipriano, hácenlas provenir de alguna mala interpretación del sentir de este santo, o bien le disculpan diciendo que en «el fondo no era reprensible de otra cosa que de un error relativo a hechos meramente históricos; esto es, de haberse falsamente persuadido de que la mayor parte de las iglesias seguían su misma opinión».

La historia nos cuenta que, después de celebrarse en Africa tres Concilios y de aprobarse en ellos la teoría de los rebautizantes, el Papa, que era entonces San Esteban, rechazó semejante conclusión y se mostró dispuesto a separar de la Iglesia a sus defensores. Resumió la doctrina católica sobre este punto en aquellas sus famosas palabras: Si alguno viniere a nosotros de cualquiera herejía, no se innove cosa alguna de lo que se ha seguido por tradición, que es imponerle las manos para que reciba la penitencia». Con esta decisión y muerto gloriosamente en el martirio San Cipriano, la renombrada polémica se consideró definitivamente acabada, cuando apareció el cisma de Donato para ponerla nuevamente de actualidad.

Los donatistas, en efecto, hicieron bandera de su partido el error de los rebautizantes y no admitían otro bautismo que el administrado en la secta. Dentro de ésta sólo hubiera signifi-

cado una equivocación más entre tantas como tenía; de manera que los apologistas cristianos no hubieran tenido necesidad de volver a combatirla, estando como estaba ya resuelta y discutida por el Papa. Otra circunstancia, sin embargo, les obligó a ello. Conocedores los donatistas de la veneración que los católicos sentían por San Cipriano, quisieron formar de la doctrina de este ilustre mártir una poderosa preocupación en favor de la teoría del cisma, para inclinarles hacia su partido. Iniciaron pues una activa propaganda, cuyo principal número consistió en la publicación de algunas obras dedicadas casi exclusivamente a la cuestión de los rebautizantes, a los que defendían apoyándose en la autoridad del gran obispo y márttr de Cartago. Y para que brillase más la importancia de este argumento, tuvieron buen cuidado de presentarle como acérrimo defensor de la fe, tan magistralmente expuesta en sus obras como gloriosamente confirmada con su muerte.

La acción estaba realmente bien planeada y causó gran daño entre los fieles, incapaces de apreciar su verdadero alcance e importancia, y mucho menos de comprender lo que significaba dentro de la Iglesia la opinión equivocada de un obispo, aunque fuera tan ilustre como el de Cartago. Los apologistas católicos viéronse entonces en la necesidad de volver sobre la cuestión para defender la fe, iniciándose así de nuevo la polémica de los rebautizantes, aunque no con la intensidad de los pasados tiempos.

En los de Agustín aun estaba viva, como ya hemos visto en los escritos analizados en el capítulo anterior y apreciaremos nuevamente en la obra *Del Bautismo contra los donatistas* publicada en el año 400 en defensa de la memoria del glorioso mártir cartaginés, como indican las siguientes palabras del santo autor: Escribí siete libros sobre el bautismo contra los donatistas que intentaba defenderse con la autoridad del santo prelado y mártir Cipriano. Demostré en ellos que nada hay

precisamente tan útil para refutar semejantes herejes como los escritos y hechos de aquel santo».

En el primer libro, con carácter de preámbulo a la cuestión principal, expone la sentencia católica, que admite la validez del bautismo *rectamente* administrado por los herejes. «El bautismo, dice contestando a una dificultad y como resumiendo su argumentación, no es de ésta o de la otra secta, el baumo ha sido y sera siempre de Dios y de la Iglesia, donde quiera que se halle y a donde quiera que se le lleve.» De modo que no será racional repetirlo en aquel que ya una vez lo recibió, no importa de qué manos, porque «como la Iglesia es la que engendra hijos por el sacramento de la regeneración, que es un fondo innegable de la Esposa de Jesucristo, o, más bien de Aquel Dios Salvador, que es el que bautiza por medio de cualquier ministro, no podrán los hombres profanar su santidad, y la virtud de Dios será siempre esencial e invariablemente inherente a este sacramento.»

Expuesta así en esta primera parte o libro la doctrina católica, estudia en los restantes el pensamiento de San Cipriano sobre la iteración del Bautismo. Y prueba, cómo, lejos, de favorecer a los donatistas, el santo obispo apoyó con sus obras y con sus palabras las enseñanzas de la Iglesia, ya que hablando de la cuestión decía que no era su intención condenar a los que no opinaban como él. «Y también reconoció, añade Agustín, que la costumbre antigua le era contraria; que no se había comenzado a rebautizar sino después de Agripino, predecesor suyo en la silla de Cartago. Y jamás rompió la comunión con los que sostenían en contra suya el primer uso; al contrario, conservó siempre con el mayor cuidado la unión, mostrando que la diversidad de opiniones no autoriza la separación, cuando la autoridad suprema aun no se ha explicado».

Después de analizar en los libros tercero, cuarto y quinto una famosa carta de San Cipriano, que parece admitir la nulidad del bautismo rectamente administrado por los herejes, ei-

ta y rechaza en los otros dos, una por una, varias sentencias favorables a los rebautizantes y que figuran en las actas de uno de los Concilios de Cartago, reunido bajo los auspicios del mismo San Cipriano. Son estos dos libros de una minuciosidad extrema y de una concisión sorprendente, desfilando por sus páginas las opiniónes de los Padres del Concilio, que se expresaron en contra de la doctrina común en la Iglesia, seguidas todas de su correspondiente refutación. «Finalmente, diremos para terminar con un escritor eclesiástico, habla de San Cipriano con el mayor respeto, como de un mártir coronado en el cielo y digno de una veneración religiosa; pero, previniendo las consecuencias que se podían sacar de su inflexible constancia, le disculpa por la oscuridad en que se hallaba la cuestión de los rebautizantes en aquel tiempo, como por la libertad que le dejaba seguir su opinión con otros muchos prelados, antes que se deciciese este cuestión por el consentimiento de la Iglesia universal».

CAPITULO XXXVIII

Otro aspecto de la lucha contra los donatistas. Las famosas Conferencias de Cartago. Más obras de Agustín contra el cisma.

El fragor de las luchas suscitadas en Africa por los donatistas llegó hasta el palacio del emperador, que juzgó necesario intervenir en ellas enérgicamente. No se abrigaban muchas esperanzas en esta intervención, pero quizá no fuera del todo desconsoladora. A lo menos el pueblo, ante los resultados, sabría mejor a qué atenerse. Porque, más de una vez, algún celoso prelado, discutiendo con los donatistas, recibió de ellos esta respuesta, prueba evidente de su buena fe: Tratad con nuestros doctores y discutid con ellos las diferencias que nos separan, y quiera Dios que por este medio lleguemos todos al conocimiento de la verdad.

Este era el deseo de la Iglesia. En varios Concilios regionales se determinó que los obispos católicos propusieran a los donatistas públicas Conferencias, para ilustrar y atraer a los pueblos. Pero no pensaban así los jefes del cisma. En principio se mostraban dispuestos a la discusión, mas cuando se les pedía lugar y fecha para las reuniones, sólo sabían deshacerse en disculpas para prorrogarla indefinidamente. Hasta que fué necesaria la intervención imperial, para obligarles a una decisión.

Ordenó el emperador a su tribuno en Africa, llamado Marcelino, que intentase reunir un Concilio, donde católicos y donatistas arreglasen de una vez sus diferencias. Conocida esta proposición imperial, Agustín y sus hermanos en la fe y

en la dignidad la aceptaron incondicionalmente, yendo aún más allá. Porque sabiendo que la mayor dificultad para la unión, por parte de los donatistas, estaba fundada en consideraciones interesadas y personales, no dudaron en sacrificarse, prometiendo que, una vez conocidas y acatadas por todos las decisiones del Concilio, «donde hubiera un obispo donatista, conservaría su puesto; donde hubiera dos obispos, católico uno y donatista el otro, subsistirían los dos, ejerciendo jurisdicción por turno. Y en caso de que esta solución fuera imposible, el obispo católico, estaría desde luego dispuesto a renunciar en favor del donatista». A pesar de estas concretas y cristianas promesas, fué necesario todavía vencer otras muchas dificultades, antes de conseguir el asentamiento de los partidarios de Donato. La autoridad civil se mostró inflexible y declaró su propósito de poner fuera de la ley a la parte que contrariase el deseo imperial. Con esto los jefes donatistas se resignaron a firmar su asistencia al Concilio, y a aceptar como buenas sus futuras disposiciones.

Cartago fué la ciudad señalada para la gran asamblea. A ella llegaron, uno en pos de otro, los obispos católicos, apercibiéndose de su entrada apenas reducido número de fieles. En cambio la entrada de los donatistas fué todo un acontecimiento. La famosa ciudad sintióse conmovida ante el aparato y majestad que desplegaron. Más de doscientos obispos de la secta, rodeados de un lucido cortejo de acompañantes y servidores, avanzaron, en medio de las aclamaciones de sus partidarios. El pueblo admiró el poder del cisma y tuvo un momento la seguridad de su triunfo. Y, contagiado con el entusiasmo de sus partidarios, se unió a ellos, haciendo a los jefes un recibimiento sencillamente grandioso.

Dispuesto lo necesario para la reunión, el tribuno imperial, bajo cuyos auspicios se celebraba, señaló el día primero de junio del año 411, para iniciar las sesiones. «Los destinos del Africa, dice Poujoulat, iban a decidirse; los pueblos estaban en

suspenso. La Asamblea se reunió por fin en las termas Gargilianas. Agustín, Aurelio, Alipio, Posidio, Vicente, Fortunato y Fortunaciano, eran los siete obispos encargados de tomar la palabra en nombre de los católicos». Frente a ellos se situaron otros siete donatistas. El tribuno, queriendo mostrar la importancia que los Emperadores atribuían al Concilio, rodeó su apertura de una imponente solemnidad. Los obispos entraron al recinto acompañados por la muchedumbre y escoltados con todo el aparato militar que los romanos solían emplear en parecidas ocasiones. Ya en el recinto, Marcelino saludó a la augusta Asamblea en nombre de los emperadores y declaró abiertos los debates.

Un libro sería necesario para describir los acontecimientos más salientes de estas memorables discusiones. Pero no es éste nuestro intento. Haremos solamente resaltar la labor de Agustín en el trascurso de las mismas. «Pues fué él quien llevó, dice el autor arriba citado, el peso de la conferencia en lo que ésta tuvo de grave y teológica. Al leer las actas de la célebre sesión del ocho de junio, hemos admirado la maravillosa presencia de ánimo, la ciencia profunda, el lenguaje claro y lleno, la angelical dulzura de aquel hombre, a cuyos pies venían a morir todos los ataques, sin que dejaran ninguna sombra alrededor de la imagen de la verdad y que demostró en aquel día una paciencia tan grande como su genio».

Las sesiones terminaron con la derrota completa del cisma. El tribuno imperial publicó las Actas del Concilio con el decreto qué declaraba fuera de ley a los donatistas, ordenando la inmediata entrega de sus iglesias a los católicos y prohibiéndoles, bajo severísimas penas, toda clase de reuniones. Una gran parte de ellos se sometió fácilmente, pero otros siguieron en la rebelión y aun se atrevieron a tergiversar las decisiones del Concilio, aprovechando la extensión de las Actas, que las hacía confusas y de penosa lectura.

Y fué entonces cuando Agustín creyo oportuno publicar la

obra titulada *Resumen de la Colación con los donatistas*, breve y sencillo escrito, dividido en tres secciones, una para cada día de los tres que duró el Concilio. La primera describe, en rápidos trazos, los preámbulos de la Asamblea, tema que continúa la siguiente, reservando la tercera para hablar concretamente de las discusiones, donde van desfilando los principales errores del donatismo en contraposición con la doctrina católica, maravillosamente defendida por Agustín. Ya supondrán nuestros lectores que no es posible resúmir un libro de esta clase en los límites de un capítulo, por largó y detallado que sea. Además de que no haríamos más que repetir los conceptos ya expresados en otras ocasiones. Por eso nos parecen suficientes los datos apuntados para el conocimiento de la obra.

Otro tanto tenemos que decir de la titulada *Después de la Colación* con los donatistas, compuesta el año 412. En sus treinta y cinco capítulos quiere prevenir Agustín a los laicos de la secta contra las falsificaciones que de las actas conciliares hacían los obispos cismáticos. Refuta luego los principales errores de algunos escritos aparecidos después de las reuniones de Cartago, y habla de la mezcla de buenos y malos que existe en la Iglesia, en el sentido que ya lo tenía tratado en otras obras. Inicia en el capítulo doce la defensa del Concilio, citando casos particulares, como el de Ceciliano, cuya memoria rehabilita, así como la de Melquiades, obispo de la Iglesia Romana, calumniado por los donatistas. Giran las restantes páginas alrededor de estos casos y concluyen con un fervoroso llamamiento a los herejes, animándoles a volver al seno de la Iglesia.

Algunos años después de la famosa Conferencia de Cartago existía todavía un buen número de donatistas que seguían alterando la pública tranquilidad. A las órdenes de un obispo llamado Gaudencio, no se contentaban sólo con molestar a los católicos; unos a otros se deshacían y despedazaban como fieras. El delegado imperial, Dulcidio, antes de aplicarles las

sanciones contra ellos decretadas, pidió amistosamente al obispo rebelde el fin de aquella agitación. Dos cartas, inspiradas en un inconcebible fanatismo y plagadas de los más crasos errores llevaron la respuesta de Gaudencio al delegado imperial. Púsolas éste en manos de Agustín, quien las combatió duramente en la obra *Contra Gaudencio, obispo donatista.*

El primero de sus dos libros es de notable extensión y sus temas giran casi todos alrededor del fanatismo con que los donatistas se mostraban decididos a suicidarse, creyendo practicar una obra de gran mérito. Rechaza también las falsas interpretaciones dadas a la reunión de Cartago y termina invitando a Gaudencio a contestar, si se siente con razones para ello.

Y efectivamente la réplica llegó muy pronto, dando motivo a la publicación del segundo libro de esta obra, brevísimo y como resumen de las diversas cuestiones discutidas con los donatistas. Pues habla de San Cipriano, y recuerda la debatida cuestión del bautismo y la otra de la mezcla de buenos y malos, terminando así el escrito.

Fruto de otra conferencia de Agustín con los donatistas es el libro *De los hechos con Emérito, obispo donatista de Cesarea.* Este Emérito había asistido a las reuniones de Cartago y, a pesar de su derrota, no se avenía a dejar la secta. Agustín fué a buscarle a su misma iglesia y allí se improvisó la conferencia que figura en este libro, publicado hacia el año 418. Sus páginas nos describen, cómo, invitado Emérito a defender su posición con respecto al cisma, se excusó con ambiguas razones que obligaron a Agustín a tomar la palabra, con la elocuencia que le caracterizaba, improvisando un discurso sobre la paz, sobre la unidad de la Iglesia y sobre otros asuntos no menos importantes. Cambia de tema y pide al donatista que exponga a lo menos las objeciones que tiene contra la Asamblea de Cartago y, ante su silencio, continúa el obispo de Hipona el discurso, describiendo los principales acontecimientos

de dicha Asamblea, hasta terminar esta breve y enjundiosa obrita.

Y así concluyó la gigantesca labor de Agustín en su lucha con la secta. Lucha que fué coronada con una de las más grandes victorias de su vida. Cuando subió a la silla episcopal de Hipona, constituían los donatistas un poder formidable, fiero rival de la Iglesia y aún del Estado. Al celebrarse la Asamblea de Cartago, años después, ya se vislumbró el principio del fin. Y un poco más tarde Agustín tuvo la santa alegría, como dice un escritor, de ver desmoronarse y caer poco a poco el muro de imposturas que tenía la mitad de Africa separada de la otra mitad. La ciudad evangélica se rehacía, la justicia y la paz se daban el beso divino, la gran familia cristiana de Africa se reconstituía, volviendo a encontrarse hermanos sus miembros, después de un siglo de divisiones.

CAPITULO XXXIX

Pelagio, instrumento de una nueva herejía. Su doctrina. El pelagianismo. Lucha de Agustín contra el mismo. Algunos libros con este carácter.

Cuando los donatistas, enmudecidos y próximos a su total extinción, desaparecían del escenario de la Iglesia, se presentaba en él una nueva herejía. Un hombre oscuro, de más astucia que ingenio, muy grande la primera, y no despreciable el segundo, nacido en Inglaterra, de pobre e ignorada familia, predica sutiles y erróneas enseñanzas. Abrazando la profesión monástica, en la que no llegó al sacerdocio, recorre Pelagio diversas regiones, haciendo en todas vana ostentación de austera virtud con el fin de infiltrar en el pueblo, insensible y traidoramente, sus difíciles doctrinas. Estas, sin embargo, pertenecían más bien a un Rufino, filósofo y escritor oriental, que llegado a Roma el año 400 y no atreviéndose a publicarlas, descubrió en el monje inglés un instrumento ideal para sus planes. Referíanse las nuevas doctrinas a puntos delicadísimos sobre la Gracia y la libertad. Pavorosas e insondables cuestiones, en las que el hombre, aún después de los más profundos estudios, estará precisado a confesar su ignorancia ante la grandeza infinita e incomprensible de los juicios de Dios.

Con habilidad insuperable comenzó Pelagio a preparar el terreno para su predicación. No se aventuraba jamás y rara vez debió poder reprenderse un mal paso en este camino. Si juzgaba poco propicio el ambiente, sus emisarios tanteaban los ánimos, no dudando luego, si las circunstancias lo exigían,

desmentirlos públicamente, como lo hizo más de una vez. A él se unió posteriormente un hombre de carácter vivo y emprendedor, llamado Celestio, brazo derecho y ejecutor inmediato de los planes del monje británico.

Dispuestos ambos a imponer los principios de la secta que nacía, partieron de la Ciudad eterna en dirección al Africa, de donde continuó Pelagio hacia Palestina, iniciando allí la propaganda de sus ideas. El blanco de sus mayores esfuerzos lo constituían las personas más conspicuas por su virtud y nobleza. Y así, enterado de que en Africa llamaba la atención por ambas cosas la matrona romana Demetríades, le dirige una carta en la que con pompa de palabras y de floridas imágenes y con una claridad impropia de su carácter, le propone la esencia doctrinal del pelagianismo, que consistía en negar el pecado original y en sostener que el hombre puede fácilmente y con solas sus fuerzas cumplir los preceptos divinos y pasar por el mundo sin contaminarse con el pecado.

En la plenitud de su carrera, lleno de ciencia y santidad, se encontraba Agustín, cuando Pelagio se dió a conocer. En los primeros momentos el santo obispo, engañado por las apariencias, no quiso poner en duda su ortodoxia. Pero la carta dirigida a Demetriades le puso en la realidad. ¿Qué hará, pues, ante la nueva herejía? Nadie como él conoce, porque lo experimentó en sí mismo, su falsedad. ¡Cuántos años corrió su corazón en pos de la verdad sin alcanzarla! En qué abismos cayó, cuando se hallaba huérfano de la divina gracia. No, el hombre jamás podrá salir de sus miserias y permanecer en el camino del bien, en virtud de sus propias fuerzas, sino solamente con la ayuda del cielo. Era preciso, por consiguiente, ahogar en los principios la secta que lo negaba y él por su carácter de pastor de las almas parecía el llamado por Dios para esta gran obra. Por otra parte «los Concilios, los particulares, los obispos y todo el mundo, tanto en Oriente como en Occidente, según dice Bossuet, volvieron la vista hacia este Padre, único

que con su penetración podía desenmascarar la herejía pelagiana llevada al último grado de sutileza por una razón depravada». Y cuando aún podían borrarse los últimos de sus escritos contra el cisma de Donato, cuando su genio incomparable estaba fuertemente templado en gloriosas e incesantes luchas con numerosa caterva de herejes y su alma fortificada con la práctica de heróicas virtudes, Agustín se empeña en la lucha con todo el entusiasmo y briosa impetuosidad de los años juveniles, no dejando de escribir hasta su muerte.

Pelagio trató de evitar la lucha poniendo en práctica los acostumbrados recursos, llegando a concebir el ruin propósito de atraer a su temible adversario, por medio de la adulación. Le envió, pues, una lisonjera carta, que recibió una respuesta mesurada y llena de urbanidad, pero en todo digna de un alma que desprecia las lisonjas del mundo y busca sólo el modo de ser agradable a Dios. El monje rebelde debió interpretar mal esta contestación, porque continnó aún más activamente su propaganda, hasta obligar al delegado imperial a intervenir, el cual, en gran manera cansado y molestado por las nuevas disputas que suscitaban los pelagianos, conociendo lo que valía Agustín, como lo había experimentado en las conferencias de Cartago, remitióle varias cuestiones que eran por entonces objeto de las controversias más acaloradas, bien persuadido de que el Obispo de Hipona había de ponerlas en claro». Y este es el origen de la primera obra que Agustín escribió contra los pelagianos con el título de *Del mérito y de la remisión de los pecados*, publicada el año 412.

La forman dos libros, más una epístola dirigida al tribuno imperial Marcelino, epístola que figura en todas las ediciones como parte de la obra. Aunque la idea general es la misma en todas estas partes, cada una tiene en particular un carácter que responde a la consulta que le dió origen. Y así el primer libro habla de la pena de muerte decretada contra Adán y su descendencia por el pecado original, cuya trasmisión defiende.

Para ello distingue entre pecado actual y pecado original, del cual afirma que «es una mancha bastante odiosa a los ojos de Dios como para obligarle a excluir a los que la conservan, tanto de la vida eterna, como del reino de los cielos, a pesar de lo que puedan enseñar los pelagianos». De esta mancha sólo puede haber justificación por Cristo, conforme a las palabras de San Pablo. «Por un hombre entró la muerte en el mundo y por otro la justificación», que se nos aplica por el bautismo.

El segundo libro discute aquella proposición de Pelagio que asegura «no haber sufrido el libre albedrío nada en nosotros y que con él nos bastaba para obrar bien, sin el auxilio de la gracia». Para deshacer este error, fundamental en el pelagianismo, resume el santo obispo toda la cuestión en cuatro nuevas proposiciones, que estudia detenidamente. Según la primera el hombre *puede* vivir libre de pecado en esta vida mediante la Gracia divina que le sostiene y ayuda en su lucha con el mal y en la práctica del bien. Esta premisa que sienta Agustín como *posible*, la discute en varios capítulos. Pero si bien existe, sigue diciendo en los siguientes, esta posibilidad, no obstante, la realidad es que nadie ha llegado a conseguirlo, porque «nadie lo quiere como debe quererlo», enunciado que desarrolla en dos proposiciones, reservando la cuarta para demostrar que sólo Jesucristo Dios-Hombre vivió sin pecado en este mundo. Por lo que toca a su Madre Santísima, veremos después que Agustín se explica bastante claro, como para que nadie «pueda concluir la menor cosa contra uno de los más grandes privilegios de esta purísima Virgen». La obra concluye con la citada epístola al tribuno imperial, en la que rechaza algunos argumentos contra el dogma del pecado de origen atribuídos a Pelagio, y que el santo obispo no pudo recoger en los anteriores libros por no tenerlo a mano.

Cerraremos este capítulo con la obra *De la gracia de Cristo y del pecado original,* breve y sencilla, publicada el año 418

para satisfacer un pedido de la nobilísima matrona romana Melania, a quien Pelagio dirigiera una carta proponiéndola sus teorías, carta que ella remitió a San Agustín para que se la explicara. Sin mucho esfuerzo lo hizo, poniendo especial interés en hacer comprender a la noble matrona que las proposiciones de Pelagio no eran de aquella clase de opiniones que no importaban a la fe, como no se cansaban de decir sus defensores, siguiendo la costumbre de todos los innovadores. Antes bien son cuestiones fundamentalísimas, como lo comprobará en el libro que le envía, donde las estudia detenidamente. Empieza aclarando el sentido que en los escritos del heresiarca tiene la palabra *gracia;* pues lejos de expresar un auxilio sobrenatural, significa más bien una ayuda no necesaria que facilita al hombre la práctica de la virtud. Esta ayuda puede ser, según la doctrina pelagiana, lo mismo la revelación, que la ley, que cualquier otro auxilio de Dios. La gracia divina, la verdadera gracia, es para Pelagio útil, y conveniente, pero de ningún modo necesaria, dándose a cada uno según sus méritos. De donde se deduce, sigue diciendo Agustín, un nuevo y gravísimo error, que consiste en atribuir a las solas fuerzas de la naturaleza el principio de la salud o de la conversión, destruyendo así el dogma de la predestinación.

La segunda parte o libro de la obra explica cuál sea la opinión del monje inglés sobre el pecado original y sobre el bautismo de los niños. Afirma Agustín que esta opinión es la misma que fué causa de la condenación de Celestio, primero en Cartago y más tarde en Roma, o sea contraria a la trasmisión del pecado original. Sostiene que lejos de ser indiferente a la fe esta cuestión, constituye uno de sus principales fundamentos. Defiende a continuación la santidad del matrimonio, puesta en duda por los pelagianos y termina apoyando sus enseñanzas, como lo hizo también en el primer libro, en la autoridad de San Ambrosio, tan respetada por el mismo Pelagio, que le dedica expresivos elogios en varios de sus escritos.

CAPITULO XL

El problema de la conciliación de la Gracia con la libertad. Su misteriosa profundidad. Posición de la Iglesia con relación al mismo. Dedícale Agustín varios escritos.

Los escritos de Agustín contra Pelagio merecen especial atención de parte de quien aspira a conocer su fecunda y agitada vida y lo mejor de sus obras admirables. Porque fué la herejía pelagiana la que le obligó a exponer, en innumerables páginas, las enseñanzas de la fe en cuestiones tan difíciles que pocos serán los que consigan, no ya comprenderlas, sino sencillamente explicar sus misteriosos alcances. Nos referimos a las relaciones entre la Gracia y la libertad, que tanto han apasionado a los hombres, particularmente a los teólogos y escritores eclesiásticos. La Iglesia, con admirable sencillez, propone a sus fieles el dogma de la existencia de ambas cosas—gracia y libertad—en toda obra buena. Por una parte, «Dios, lleno de bondad y de misericordia, concede a todas sus criaturas este auxilio soberano, porque todas tienen necesidad de él, para no naufragar entre las embravecidas olas del borrascoso mar de los peligros mundanales». El ser racional, por otra parte, usando de su libertad, puede aceptar este auxilio y seguir la virtud, o al contrario, rendirse a la voz de las pasiones y abrazar el partido del mal. El dogma como se ve es claro y sencillo en su enunciado, pero de una grandeza inconcebible en su esencia y en el alcance de su significado. El hombre necesita para toda obra buena, por insignificante que sea, la gracia del Es-

píritu Santo. Esto es en pocas palabras lo que la fe exige de nosotros. Pero ¿hasta dónde llega la gracia? ¿cuándo empieza la libertad? ¿en qué momento el hombre con entera libertad, si, pero ayudado de la gracia se decide a avanzar por el sendero de la virtud? He ahí los misterios impenetrables que los teólogos han querido explicar, inventando *sistemas* más o menos exactos, más o menos ingeniosos, pero siempre incapaces de satisfacer la curiosidad de la inteligencia humana.

Hasta la época de Agustín estas cuestiones apenas fueron estudiadas. La Iglesia, en posesión tranquila del dogma, sólo pedía a sus fieles la fe humilde y confiada en la divina revelación. De este modo transcurrieron los siglos, hasta que en el quinto apareció el pelagianismo con su teoría directamente opuesta al dogma. Ante esta inesperada y peligrosa innovación, la Iglesia se levantó como un solo hombre y a los ataques que Pelagio soportaba en Oriente, hacían eco los que en Occidente sufrían sus partidarios, combatidos por Agustín, que puso la doctrina ortodoxa a cubierto de cualquier peligro y bien separada de la propuesta por la secta, que frecuentemente mezclaban las dos, para confundir a los fieles. «Es menester, dice uno de los Concilios de Africa inspirado por Agustín, anatematizar al que enseñe que la naturaleza humana basta para evitar el pecado y cumplir con los mandamientos de Dios, mostrándose enemigo de la Gracia, tan evidentemente manifestada en las oraciones de los santos». De este modo los campos quedaron perfectamente delineados, comenzando inmediatamente las disputas con increible entusiasmo.

Entonces fué cuando Agustín dió comienzo a «aquella multitud de excelentes obras en las cuales estudiamos aún la verdadera doctrina de la Iglesia sobre la gracia del Redentor». Obras sencillamente admirables aunque no siempre se han estudiado con buena fe. «Cuanto más se distinguió este combate por su profundidad en las Escrituras, y particularmente en la doctrina de San Pablo, tanto mayores esfuerzos hicieron

en todos los tiempos los corruptores de la fe, para poner de su parte al Doctor de la gracia y al Apóstol de las gentes».

Lo cierto es que en cuestiones tan delicadas, el lenguaje y aun las mismas palabras deben ser escogidas cuidadosamente para expresar con exactitud el sentido de las proposiciones. Al explicarlas Agustín lo hizo de ordinario en medio de una vida agitadísima, que le distraía notablemente, obligándole a manifestar su pensamiento de una manera precipitada y con palabras y aun expresiones, que aisladas del contexto, no ofrecen plena claridad. Ahora bien: ¿son estas expresiones razón suficiente para presentar al Doctor de la gracia, comó quieren algunos, en contradicción consigo mismo? Nada más distante de la lógica y de las verdaderas reglas de la interpretación. A un autor tan múltiple y profundo como él hay que estudiarle en toda su obra, y no en extractos, más o menos extensos, pero siempre muy lejos de la realidad que encierran sus escritos. Y si a la calidad del autor, se une, como en esta ocasión, la dificultad del tema, no es necesario esforzarse mucho para darse cuenta de la ligereza imperdonable, si no es una refinada maldad, que cometen los que se atreven a emitir su juicio sobre el pensamiento de un autor, juzgando sólo por algunas de sus expresiones.

Estúdiense con detención las obras de Agustín, confróntense unos con otros los pasajes, y entonces, se conseguirá formar una idea exacta del conjunto de su doctrina. «Así se explicarán unos lugares con otros y daremos el sentido natural a algunos principios que parecen avanzar tal vez demasiado, a algunas proposiciones que parecen ambiguas y a algunas expresiones duras a primera vista». Cuando la distancia del tiempo o del espacio no consientan una consulta directa al autor, busquemos su pensamiento en sus escritos, en todos sus escritos. Agustín ya fué, pero sus obras viven todavía y en ellas pasa de generación en generación el conjunto admirable de sus doctrinas, que son las doctrinas de la Iglesia. Léanse

despacio, medítense con detención, no parándose sólo en el sentido de la letra que mata, sino llegando hasta el espíritu que las dictó y pronto saldrán a nuestros labios aquellas célebres palabras de un Papa: Donde está Agustín allí está la Iglesia.

En la vida misma de Agustín tenemos un hermoso ejemplo que confirma la exactitud de nuestras consideraciones. Como recordarán nuestros lectores, en el escrito que presentamos en el capítulo pasado, sostenía el Doctor de la gracia que, a pesar de existir la posibilidad de que el hombre viva sin pecado, mediante el auxilio de la gracia, sin embargo nadie lo conseguía, porque nadie lo quiere como es necesario quererlo. Este aserto llamó poderosamente la atención del tribuno imperial Marcelino, a quien iba dirigida la obra, que llegó a temer un error de Agustín. Pero como la duda nació en un corazón noble y bien intencionado—y he aquí la confirmación de nuestras palabras—le faltó tiempo para salir de ella, buscando el verdadero sentir del santo, donde mejor podía buscarle, o sea en su misma persona, haciéndole por medio de una carta la siguiente pregunta: ¿Cómo creeis posible una cosa de la cual suponeis que no hay ni habrá jamás un ejemplo?

La respuesta fué la obra *Del espíritu y de la letra*, aparecida el año 412, en la que, partiendo de aquel texto «la letra mata, el espíritu vivifica», discurre Agustín sobre diferentes cuestiones acerca de la necesidad de la gracia. Dice, contestando directamente a la pregunta, que hay muchas cosas posibles que jamás existieron, probándolo con la Sagrada Escritura. «Y como se le podía replicar que la mayor parte de las comparaciones que citaba no versaban sino sobre obras enteramente divinas, previene la objeción diciendo que la huída del pecado es en el hombre la más divina de todas las obras». Continúa con el estudio del texto propuesto, rechazando la teoría pelagiana que ponía el conocimiento de la misma ley como única gracia que Dios nos concede. Y aquí entra de lleno

a disputar sobre altísimas cuestiones sobre la gracia y la libertad, dando así a estas páginas un interés excepcional y profundo que hace pálido y sin vida cualquier resumen que de ellas quiera hacerse. Por eso no le haremos nosotros, contentándonos sólo con recomendar su lectura para poder apreciar mejor su importancia y con llamar la atención de modo particular sobre la doctrina del capítulo treinta y tres, por el «modo con que establece allí, a un tiempo, no sólo la voluntad sincera que tiene el Señor de salvar a todos los hombres y por consiguiente la gracia *suficiente*, puesto que no todos se salvan, sino también el poder de Dios y la compatibilidad de la libertad con este poder o con la gracia».

Dos virtuosos jóvenes que, engañados por Pelagio, se inscribieron en la secta, fueron causa de la publicación de la obra agustiniana *De la Naturaleza y de la gracia*, en el año 415. Compadecido Agustín de la inexperiencia de aquellos jóvenes, llamados Timasio y Santiago, puso todo su empeño en volverlos al seno de la iglesia, lo que no tardó en conseguir. Al ser recibidos de nuevo en ella, entregaron al santo el libro de Pelagio *De la Naturaleza*, en la que queriendo defender la obra del Creador, echa por tierra la gracia de la Redención. Los argumentos eran, como siempre, dignos de la temible habilidad con que el monje famoso sabía presentar el error, envuelto en falsos resplandores de verdad. Pero Agustín percibió todo su alcance y la refutó en la magnífica obra arriba citada, cuyos setenta capítulos encierran los más profundos conocimientos que sobre las delicadas cuestiones que expresa el título pueden concebirse. Aborda San Agustín estos pavorosos temas, estudiando primeramente la esencia de la gracia y luego la corrupción de la naturaleza por el pecado. «La naturaleza no está, dice, en un estado de integridad o salud perfecta; no puede cumplir, en virtud de las propias fuerzas con la ley, y mucho menos podrá alcanzar la perfección de la justicia, ni por consiguiente establecerse en el estado de impecabilidad

como el orgullo pelagiano sostiene con impudencia». Examina a continuación el imperio de las tres leyes, la no escrita, la de Moisés y la de la gracia y niega que en cualquiera de ellas haya existido jamás algún hombre libre de pecado. Es después, en el capítulo treinta y seis, donde inserta aquel celebérrimo pasaje en el cual, insistiendo en lo anterior, no quiere que se dude ni que de algún modo se mueva discusión sobre si la Virgen estuvo libre del pecado; pues le parece muy natural que, en virtud de la gracia que la hizo digna de ser Madre de Dios, triunfara completamente del mismo pecado, viéndose libre de su venenoso contagio. El libro termina excitando a todos a la práctica del bien y a la penitencia de los pecados, que siempre pueden ser evitados con el auxilio del Señor.

CAPITULO XLI

Dos aspectos de la lucha con los pelagianos. Fuerte vitalidad de la secta. Nuevos escritos de Agustín combatiéndola.

Dos aspectos ofrece la polémica entablada por Agustín con los jefes de la secta pelagiana. Distinguen al primero sus métodos netamente ofensivos y de iniciativa en el ataque, al contrario del segundo que ofrece un carácter de simple defensa ante la acometida del adversario que, a falta de razones, argüía con viles calumnias y falsas imputaciones. En las obras publicadas en los momentos álgidos de la lucha es donde se presenta Agustín con ímpetu arrollador, avanzando hasta la esencia íntima de la herejía, que cae destrozada a sus pies. Pelagio y Celestio, su lugarteniente, sintieron principalmente las consecuencias de esta ardorosa acometida. Pues a pesar de sus esfuerzos, no les fué posible sustraerse a la perspicacia de Agustín, que vigilaba sus pasos y examinaba, letra por letra, sus manifestaciones, lanzando sobre ellos su lógica contundente, irresistible y arrolladora.

Léanse los primeros y también algunos de sus últimos escritos contra la secta y se apreciará en ellos esa indomable acometividad con que fustigaba los nuevos errores, tan sutiles como peligrosos. No le satisfacía una defensa más o menos detenida del dogma cristiano; el carácter del pelagianismo exigía algo más. Los puntos de contacto que parecía tener con la doctrina tradicional, sobre todo en sus primeras manifestaciones, pedían métodos radicales en su destrucción: métodos que, de una vez por todas, indicasen al pueblo cristiano dónde es-

taba la verdad y dónde el error; en qué consistían las enseñanzas de la Iglesia y cuál era la esencia de las que proponía la secta.

Otras herejías desaparecen casi insensiblemente, ante la exposición de la verdad católica; algo así como las sombras van poco a poco disipándose, hasta esfumarse totalmente, ante los primeros rayos del sol que empiezan a brillar en el horizonte. Y es que la magnitud de sus mismos errores queda tan manifiesta, que no hay necesidad de gran esfuerzo para apreciarla. Pero esto no era aplicable a la secta palagiana. En sus primeros tiempos se presentaba tan sutil, tan ambigua, que pasaron muchos años antes de que los teólogos y santos Padres pudieran ciertamente señalar su verdadero alcance. Los Concilios dieron la voz de alarma, y Pelagio se vió en la precisión de señalar claramente su pensamiento. Y entonces fué cuando los autores eclesiásticos, guiados por Agustín, le atacaron tan duramente y le pusieron en tal confusión, que aun no sabemos hoy donde fué a ocultarla, cuando desapareció del escenario de la lucha, dando fin a esta que podemos llamar primera parte de la polémica.

La herejía sobrevivió al fundador, teniendo algunos fanáticos defensores, entre los que descuella el célebre obispo Julián de Eclana, que rebelándose contra la autoridad del Papa y del emperador, se constituyó en apologista del pelagianismo, escribiendo extensas y voluminosas obras contra la Iglesia. Y decimos contra la Iglesia, porque aunque es cierto que él escribía en defensa del pelagianismo, la realidad es que éste había quedado tan malparado y tan huérfano de argumentos en que apoyarse, que sus partidarios sólo tenían el triste consuelo de ensañarse contra quienes habían contribuído a hacerle desaparecer.

Agustín, al contestar, se ciñe casi exclusivamente a la defensa, aunque también sabe aprovechar las ocasiones que le ofrece la exposición para lanzar duros ataques contra la secta,

en mal hora defendida por un hombre realmente ilustre, como era el obispo de Eclana. Más adelante hablaremos de sus escritos y tendremos oportunidad de conocerle más detalladamente. La obra agustiniana *Contra dos epístolas de los pelagianos*, aparecida hacia el año 420, con el carácter de defensa que decíamos arriba, va dirigida contra dos cartas, atribuídas a Julián de Eclana, y firmadas por seis de sus compañeros. Circularon ocultamente, pero los católicos consiguieron sendos ejemplares, que entregaron al Sumo Pontífice Bonifacio. Precisamente estaba en aquella ocasión en Roma Alipio, el gran amigo de Agustín, a quien el Pontífice prodigó todas las demostraciones posibles de benevolencia, y «le entregó las cartas de los pelagianos, en las cuales no se perdonaba al santo Doctor, para que este grande hombre cubriese a sus calumniadores de toda la vergüenza y oprobio que merecían. Así llegaron a Hipona, dando inmediatamente comienzo Agustín a su refutación con la obra citada.

Unas hermosas y sentidas palabras de agradecimiento al Pontífice por su paternal actitud inician la obra. «Vuestra humildad, vuestra admirable modestia hace que aunque ocupais un puesto tan sublime no desdeñeis la amistad de vuestros inferiores». Continúa enseguida la labor principal, y en las siguientes páginas van desfilando los errores pelagianos sobre la gracia y la libertad, las nupcias etc. y los que ellos atribuían a los católicos, términos todos que aclara Agustín, delimitando los campos y señalando la verdad católica en contraposición con los errores pelagianos.

El libro segundo contesta a la segunda carta que empezaba dando a los católicos el calificativo de maniqueos, que rechaza Agustín con energía, justificando de paso al Papa Zósimo, antecesor de Bonifacio, vilmente calumniado por los firmantes de las cartas, como favorecedor de Pelagio. Continúa el tercer libro con el tema de la gracia, analizando también proposiciones menos importantes acerca de la utilidad de la ley y de los

efectos del bautismo. Los obispos que firmaban las famosas cartas, terminan con un canto a la grandeza de las criaturas, a la dignidad de la ley y de libertad y a la santidad de las nupcias, apareciendo como entusiastas defensores de estas cosas, siendo en realidad su intención todo lo contrario. Agustín, en el cuarto y último libro de la obra que analizamos, descorre el velo y hacer ver claramente lo que significaban aquellas ponderaciones en boca de los sectarios. Y luego expone el sentir de la Iglesia con las siguientes palabras: La Iglesia, guardando un justo medio entre los maniqueos y los pelagianos, enseña que todas las criaturas son buenas y con mucha mayor razón la naturaleza humana, que es una de las más dignas obras del Creador; pero que como consecuencia del pecado original que la inficionó en su origen necesita ser reparada por la gracia del Redentor. Enseña la Iglesia, prosigue, que el matrimonio es bueno; pero que la concupiscencia nacida por el pecado y sobreañadida a la unión conyugal es mala; que la ley es útil pero insuficiente, pues hace conocer el pecado, sin dar fuerza para evitarle; que el libre albedrío hace parte del estado natural del hombre, pero que en el estado de su degradación presente, se halla de tal modo cautivo que nada puede obrar para la salvación sin haber sido libertado por la gracia; finalmente que la justicia ha sido real en los santos, pero no absolutamente perfecta, tanto bajo la nueva ley como bajo la antigua». Estos magníficos conceptos son confirmados en la última parte del libro con el testimonio de San Cipriano y de San Ambrosio, a los que Agustín cita con gran respeto, poniendo así fin a toda la obra.

Catorce obispos reunidos en Dióspolis para examinar y juzgar la actuación de Pelagio, fueron hábilmente engañados por él que consiguió ser declarado inocente y libre de toda herejía. Esta sentencia recorrió rápidamente los principales centros de la cristiandad, gracias a los esfuerzos del monje bretón. No sucedió lo mismo con las actas de la reunión, soli-

citadas por muchos prelados, particularmente por Agustín, que sospechaba lo que había sucedido. Por fin el año 416 llegaron a Hipona, confirmándole en sus sospechas. Pelagio había triunfado otra vez. Pero como esta victoria carecía de base, no pudo ser duradera. Las actas hablaban con sobrada elocuencia y fundándose en ellas escribió Agustín el año siguiente su libro *Los Hechos de Pelagio*, dedicado al obispo de Cartago Aurelio, gran amigo suyo. De las tres partes que pueden apreciarse en él, la primera señala los errores que Pelagio disimuló ante los Padres reunidos en Dióspolis; la segunda demuestra la poca sinceridad, del mismo Pelagio, quien aun después de la absolución del concilio seguía rebelde a la fe; y en la última se esfuerza el santo en hacer resaltar la diferencia entre la declaración de la inocencia y la aprobación de la doctrina, cosas que confundía intencionadamente el heresiarca, contrariando el espíritu de una sentencia, que absolvió al que se creía ortodoxo y no a un defensor de la secta.

Las proposiciones que examina en primer lugar, conforme al orden de las actas, se refieren a la ley, que Pelagio identificaba, como ya sabemos, con la gracia. Agustín expone el valor de la misma en relación con nuestra vida sobrenatural, y a partir del capítulo sexto inicia el estudio de la parte más interesante de las actas, que contienen la clara y terminante condenación del pelagianismo hecha por su propio fundador. Habla con este motivo de la gracia en el sentido católico y de su necesidad en toda obra buena. Pone después de relieve la falta de sinceridad que tienen las respuestas de Pelagio ante el concilio, lo que hace dudar con todo derecho de su conversión y sostiene que la sentencia de los Padres de tal modo le absuelve, que, a la vez, condena su predicación. Termina el libro recordando las injurias que un grupo de pelagianos dirigió contra San Jerónimo y contra varios de sus allegados y previniendo a los cristianos de Occidente para que desechen los postulados de la nueva herejía.

Este libro de Agustín, además del aspecto doctrinario, ofrece otro histórico, de mucho interés para los amantes de estas cuestiones. La inesperada sentencia del Concilio de Dióspolis, calificado por San Jerónimo de «sínodo miserable», ha sido un punto de historia sumamente discutido. Nadie duda ciertamente de la falta de sinceridad de Pelagio, pero son bastantes también los que ponen en tela de juicio la buena fe y sobre todo la capacidad de algunos de los Padres del concilio. Y aunque Agustín estudia en su libro este asunto bajo un aspecto que diríamos dogmático, sin embargo, es natural que a la vez presente, aunque sea de modo indirecto, su faz histórica. Por eso afirmamos que la obra ofrece a la historia motivos de interés poco común. Lo que no quiere decir que sea un documento decisivo, sino un medio eficacísimo para dilucidar los muchos puntos oscuros, que en este discutido asunto puedan presentarse.

CAPITULO XLII

Diversas teorías sobre el origen del alma. Perplejidad de Agustín sobre este asunto. Escribe la obra «Del alma y de su origen».

Es particularmente famosa la obra agustiniana *Del alma y de su origen,* no por su mérito intrínseco, sino por lo muy discutida que fué siempre por no haberse decidido el gran Doctor a manifestar en ella, de manera clara y definitiva, su opinión sobre el origen de las almas, favoreciendo más bien a la que hoy es desechada por la generalidad de los teólogos, fundados en las enseñanzas más o menos explícitas de la Iglesia.

Fué tan célebre como debatida esta cuestión y en los antiguos tiempos tuvo excepcional importancia su esclarecimiento. Porque la indecisión de los autores católicos servía de base al pelagianismo principalmente, para defender sus falsas doctrinas. Es indudable que si hubiesen conseguido establecer una sentencia común, apoyada en el magisterio infalible de la Iglesia, o siquiera en deducciones filosóficas, les habría resultado más fácil desalojar al enemigo de las posiciones que conservaba, debido a la obscuridad que aún envolvía tan importantes cuestiones.

Dos sistemas filosóficos, principalmente, pretendían entonces imponer sus respectivas opiniones sobre el origen de las almas: el *traducianismo* que defendía la procedencia de las mismas de la del primer hombre y el *creacianismo* que, como su nombre indica, establecía la creación de todas y cada una de las almas, hecha por Dios al infundirlas en el cuerpo que deben informar.

Digamos de paso—y ya lo hemos indicado—que hoy, de la doctrina de la Iglesia y también de las enseñanzas filosóficas se desprende la casi absoluta certeza de la segunda teoría. Pero no era así en la época de Agustín. La Iglesia nada había indicado sobre tan difícil cuestión, que además, apenas fué suscitada en los primeros siglos de Cristianismo, no conociéndose de este modo el pensamiento de muchos autores que, más o menos, pudieran iluminarla con su doctrina. Los santos Padres continuaban indecisos, cuando los pelagianos proponen su doctrina, cuyo fundamento estriba en la negación de la trasmisión del pecado original. Ya sabemos cómo los católicos, guiados por Agustín, supieron luchar valerosamente contra este error. Ahora vamos a explicar cómo esta misma lucha influyó en la incertidumbre de Agustín sobre el origen del alma.

Efectivamente, y conste que aquí nos limitamos a exponer la opinión del gran teólogo agustino P. Honorato del Val, podemos afirmar casi con seguridad que el obispo de Hipona tuvo acerca del asunto su opinión privada que, por circunstancias especiales, no era práctico ni necesario defender entonces. Esta opinión favorecía terminantemente al creacianismo y, cuando la discutía con los suyos, animábales a sostenerla sin titubear. Pero a San Agustín obispo le incumbía de un modo especial la defensa de la Iglesia y de sus dogmas, cuando Pelagio comenzó a atacar el esencialismo del pecado de origen; y al cortarle el paso, era muy natural que el Santo Doctor se sirviera de todos los argumentos posibles, hasta de aquellos que, a falta de un fundamento seguro, le ayudasen a convencer al adversario. Esto supuesto, ya nos es fácil comprender los motivos que inspiraron a Agustín el uso, o la transigencia más bien, con el traducianismo, en público, a pesar de que su opinión privada favorecía al creacianismo. En la suposición de que las almas procedieran de la del primer hombre, el dogma del pecado original tenía entonces un apoyo, extrínseco cier-

tamente y de ningún modo necesario, ya que esta verdad está basada en las Escrituras y en la autoridad infalible de la Iglesia, pero de gran fuerza para aquellos herejes que, al separarse de la unidad y obediencia católicas, les importaba muy poco negar las mismas Escrituras, o por lo menos explicarlas a su gusto. Siendo pues más fácil convencer a los pelagianos de la trasmisión del pecado por medio del traducianismo, y pudiendo ser éste admitido entonces, ya que ni la Iglesia ni los filósofos habían dicho la última palabra ¿por qué no usar de este argumento al defender la verdad católica? ¿era práctico privarla de él en aquellas circunstancias? ¿se seguía de ello algún inconveniente?

Nada tiene de particular por consiguiente que el Obispo de Hipona le admitiera, especialmente en la forma que él le admitió, limitándose a usarle contra el adversario, al cual por lo visto hacía mucha fuerza. Y es tan cierto esto, que el mismo Agustín, escribiendo a Optato le dice, que si no encuentra otro medio de aclarar el dogma, no se incline por ello hacia la sentencia que defiende la procedencia de las almas de la del primer hombre.

De todo lo dicho, fácil de comprender por los que lean esta y otras obras del santo, se deduce que Agustín como filósofo, fué partidario de la teoría creacianista; pero como defensor de la Iglesia, transigió con el traducianismo por los motivos que hemos explicado.

Sin embargo, a pesar de estas afirmaciones, no nos atreveríamos a sostener sin restricción de ninguna clase que San Agustin estuviese absolutamente convencido de la verdad del cracianismo, ya que otros pasajes de sus obras atestiguan lo contrario; pero sí creemos haber demostrado que en la duda positiva y a igual distancia de ambas teorías, se inclinó, juzgándola más racional y filosófica, a la que enseña la creación de cada alma en particular.

Nada dice esta perplejidad del gran Doctor en asunto tan importante, contra su reconocida ciencia; pues partiendo de

una y otra opinión, explicó en las dos tan sutil, aguda y claramente la trasmisión del pecado original, que ningún teólogo ha añadido después nada nuevo a lo dicho por él, a pesar de haber tratado el tema como de paso y no con el detenimiento que fuera de desear. Lo que prueba que si San Agustín no hubiera tropezado con los inconvenientes aludidos, al establecer su opinión sobre un asunto tan discutido, su inteligencia hubiese expuesto con más claridad las razones que le inclinaban a adherirse al creacianismo; pero las circunstancias fueron adversas y, ante el peligro de dividir las fuerzas, en presencia misma del enemigo, optó por transigir.

Un joven llamado Víctor Vicente, convertido de la secta rogatista a la verdadera Religión, dió motivo a que San Agustín escribiera la obra *Del alma y de su origen*. Conoció por lo visto aquel joven alguno de los escritos agustinianos en los que el gran Doctor confiesa francamente su incertidumbre con respecto al origen de las almas y afirma en cambio con toda claridad la espiritualidad de las mismas. Admiróse Victor de que un hombre tan eminente dudase de la primera cuestión y estableciese la absoluta certeza de la segunda. Y seguramente que para ilustrar a San Agustín o para esclarecer el asunto, se decidió a escribir dos libros en los que cae lastimosamente en graves errores, muchos de ellos favorables al pelagianismo. Leyóles el monje Renato y, en vista de los ataques que contra Agustín encerraban, se los envió a éste al año 419. No necesitamos decir la suerte de semejantes libros, al ser examinados por la irresistible dialéctica del obispo de Hipona; tardaron muy poco en dormir el sueño del olvido, en compañía de otros parecidos desechos por la pluma agustiniana, verdadero terror de la inmensa caterva de herejes que aparecieron en aquella época.

Sin pérdida de tiempo comenzó Agustín la primera parte de su réplica a Víctor, réplica que había de llenar nada menos que cuatro libros, con el título general ya citado *Del alma y de*

su origen. Aparecieron los nuevos libros con algún intervalo de tiempo entre unos y otros, hacia el año 419 y principios del siguiente. Solamente los dos últimos van dirigidos contra el causante de la controversia. Los otros aunque le refutan directamente, no le fueron dirigidos en persona.

Con asombroso dominio, así del tema como del pensamiento del adversario, le envuelve con sus mismas palabras, de una manera tan hábil, que sin ningún esfuerzo se alcanza a ver desde las primeras líneas el intrincado laberinto en el que tuvo la mala ocurrencia de meterse Víctor, queriendo exponer la naturaleza del espíritu humano. Bastan pocos capítulos del libro primero, para poner las cosas en su punto y establecer la espiritualidad del alma, rebatiendo los argumentos contrarios. Los restantes capítulos justifican la incertidumbre que ya conocemos, del obispo de Hipona y hasta quieren demostrar la debilidad de las pruebas traidas para explicar el creacianismo, aunque sin rechazarlas de plano.

El segundo libro, en forma de epístola, señala con detenimiento los errores del inconsiderado joven que, sin preparación suficiente, quiso elucubrar sobre temas que ni siquiera están al alcance de las más grandes inteligencias. Según su costumbre, refuta aunque brevemente, estos errores y termina aconsejando a su autor una retractación. Y para que mejor pueda hacerla le señala en el libro tercero, con suavidad y dulzura encantadoras, lo que necesita borrar para cumplir como católico y volver por la salud de su alma. «Es necesario, le dice, si deseas la ciencia, pedírsela a Dios, y más debes querer evitar la caída que, una vez en ella, verte alabado por los que contigo yerran». Con paternal solicitud le lleva como de la mano a través de sus infaustos libros haciendo parada especial en los errores que en ellos dejó estampados y le anima a destruirlos mostrándole antes su falsedad. Vuelve en la última parte de la obra a justificar su indecisión cuando habla del origen de las almas y reprende la osadía del novel escritor que no duda

en negar la espiritualidad de las mismas, queriendo apoyar su opinión en la Sagrada Escritura. «Por consiguiente, termina diciéndole, si, como aseguras, estás dispuesto a no defender tus opiniones si alguien demostrase ser falsas o improbables, rechaza desde ahora aquellos errores que te señalé. . . , pues aunque de ningún modo debías haberlos publicado, no obstante, será mayor tu gloria si, corregido, detestas tu pecado, que si, al contrario, impenitente, eres honrado por los que sostienen el mismo error. . . ».

Así termina esta gran obra, digna de figurar entre las más importantes del gran obispo de Hipona; porque en ella, con su ciencia, brilla también su profunda humildad, que no duda, al verse ante la obscuridad de una cuestión, confesar con claras y explícitas palabras, la impotencia de su ciencia para resolverla. El, vencedor en cuantas lides actuó en defensa de la verdad, detiene ahora sus victoriosos pasos y prefiere que muchos hombres inconsiderados y atrevidos como Víctor, den torcida interpretación a su silencio, antes que privar a los católicos de un argumento que si no seguro, era, a lo menos, de gran fuerza para atraer al enemigo. Es el héroe que expone cuanto posee llevado del nobilísimo afán de salvar los derechos de su patria gravemente amenazados por sagaz enemigo; y ¿acaso no es tan grande así como desbaratando con mano firme su fortaleza?

CAPITULO XLIII

Defección de la nobleza romana ante la invasión de los bárbaros. Honrosas excepciones. El conde Valerio cultiva la amistad de Agustín y consigue la publicación del libro «De las bodas y la concupiscencia».

Cuando los bárbaros, desprendidos de sus bosques y montañas, cruzaron con ímpetu arrollador las fronteras del mundo civilizado, el imperio de los Césares sintióse conmovido hasta en sus bases. Aquella sociedad depravada y sumida en los más viles placeres, pedía a gritos la expiación, y el avance de las hordas del norte señalaba su comienzo. Roma juzgó llegada su hora cuando el año 410 las vió acercarse a sus puertas, después de anegar al mundo en un lago de sangre, socavando sociedades y sembrando por doquier el exterminio y la muerte. La justicia divina cayó de lleno sobre sus habitantes, que aterrados huían en todas direcciones. Aquellas opulentas familias romanas, que personificaban en sí mismas los vicios todos de la época, desertaron cobardemente, olvidando en un momento la grandeza y dignidad que creían inherentes a la sangre que por sus venas corría. Las austeras virtudes que dieran el dominio del mundo a los primeros romanos, estaban muy lejos del corazón de sus descendientes, que en los siglos cuarto y quinto fueron sometidos por las armas de los bárbaros.

Hubo sin embargo honrosas excepciones. Durante los revueltos años en los que tuvieron lugar estos acontecimientos, figuraron ilustres personalidades que permanecieron en sus puestos, haciendo frente a la situación y distinguiéndose por

sus virtudes tanto como por la nobleza de su sangre y por los altos puestos que ocupaban. Insignes protectores de la Iglesia hasta en las mismas aulas de la corte imperial, defendían sus intereses aprovechando hábilmente la influencia y crédito que gozaban ante los emperadores. Uno de ellos fué el conde Valerio que no desperdiciaba ocasión de inclinar el ánimo del emperador hacia la verdadera Religión y de apartarle de las innumerables sectas que infestaban el imperio, particularmente de los pelagianos. Conocido por éstos el placer que el conde tenía en cultivar la amistad de Agustín de Hipona, procuraron por todos los medios deshacer esta amistad y atraer hacia su partido la poderosa protección de Valerio, no dudando en calumniarle ante él, por medio de algunos escritos, en que le acusaban de condenar el matrimonio, negando su origen divino. Pero aquel magnate, que a su acendrada piedad unía hermosas cualidades de inteligencia y de carácter, hizo que llegasen a manos de Agustín aquellos escritos, firmados por Julián de Eclana, con un ruego muy especial de que se dignara refutarlos. Hízolo así el santo obispo, con la primera parte de su obra *De las bodas y la concupiscencia*, que, a juzgar por varios datos, debió aparecer hacia el año 418.

Esta publicación tuvo la virtud de excitar en el obispo pelagiano un entusiasmo casi bélico. Porque deseaba ardientemente medir sus armas con el gran Agustín, previendo la gloria que, aún vencido, habría de resultar a su nombre. Escribió nada menos que cuatro libros, intentando vanamente confundirle, llegando a tildarle de maniqueo y de adversario del matrimonio. El mismo Valerio, por medio de Alipio, proporcionó a San Agustín algunos fragmentos de aquellos libros y, como las circunstancias urgían, contestó el santo obispo con la segunda parte *De las Bodas y la concupiscencia*, quedando así completa la obra, que es una de las más interesantes de su catálogo.

El argumento de la primera parte lo expresa el autor di-

ciendo que es su intención «hacer notar, con la ayuda del Señor, la diferencia que existe entre el mal de la concupiscencia y la bondad de las nupcias». Y al señalar en las primeras páginas los bienes naturales y santidad del matrimonio, hace notar cómo no puede de ningún modo contarse entre estos bienes la concupiscencia; porque ésta, en el estado actual de la naturaleza humana, es una consecuencia del pecado original, en cuanto que el hombre al cometerle, se sometió a su yugo en contra de la positiva voluntad de Dios que le había dotado del don de la integridad. Sin embargo, en el legítimo matrimonio el mal de la concupiscencia se contrarresta, por hablar así, con el bien de la procreación, fin primordial de esta unión del hombre y de la mujer. Condena con palabras durísimas el divorcio y el crimen del aborto y ensalza la unidad e indisolubilidad de este sacramento de la nueva Ley.

A esta altura de la exposición contesta directamente a los contrarios, demostrándoles cómo por la concupiscencia y a pesar de la bondad de las nupcias, los hijos, aun los de padres buenos, nacen con la mancha de la culpa y sujetos al poder de las tinieblas, viéndose libres de esta esclavitud sólo después de serles aplicados los méritos del Redentor por medio del bautismo. Este sacramento, sin embargo, aunque borra la culpa, no quita la concupiscencia misma, que permanece hasta en los bautizados, inclinándoles al pecado, pero sin hacerles propiamente culpables. Por eso se dice que desaparece en el reato y permanece en el acto. Apoya su doctrina en la autoridad de San Ambrosio (reconocida, según ya dejamos constancia, por el mismo Pelagio), que defiende con palabras que no dejan lugar a duda estas enseñanzas fundamentales de la fe.

El segundo libro, si bien figura con el mismo título, tiene, sin embargo, otro carácter, cual es el de defender a los católicos del calificativo de maniqueos, que les aplicaban los pelagianos, por creer en la trasmisión del pecado de origen. Resulta incómodo, casi imposible resumirle, porque en él se ciñe

el santo autor a ir citando diversos pasajes de la obra de Julián, que le remitiera el conde Valerio, para refutarlos a renglón seguido. De modo que únicamente hojeándole directamente podremos apreciar su carácter y el valor de la exposición.

El año 419 publicó también Agustín otra obra, *De los matrimonios adúlteros*, con el carácter de la anterior, pero por diferentes motivos. Viene a ser como el resumen de una fraterna discusión entre él y un amigo suyo llamado Polencio, hombre piadoso y de vasta erudición. Aficionado a los escritos agustinianos, leyó en los comentarios al Sermón del Monte, aquellas doctrinas que defienden la permanencia del vínculo conyugal, aún después del adulterio de una de las partes. Y opinando lo contrario, porque juzgaba que sólo era un consejo lo que Agustín creía un precepto, envióle unas cuartillas, exponiendole sus dudas. A las que contestó el obispo de Hipona con el escrito citado *De los matrimonios adúlteros*.

Las páginas del primer libro desarrollan dos cuestiones que tienen su base en otros tantos pasajes de la Epístola primera de San Pablo a los Corintios. Dice así uno de ellos: A los que están unidos en el matrimonio mando, no yo sino el Señor, que la mujer no se separe del marido y si se separa que no vuelva a casarse, antes bien que trate de reunirse nuevamente con su marido; y el hombre no rechace a su mujer». Sostiene Agustín que la separación de que aquí habla el Apóstol es la motivada por el adulterio. Y conforme a esta opinión, expone interesantes doctrinas sobre la indisolubilidad del matrimonio y sobre otras de sus cualidades, hasta que en el capítulo trece inicia la segunda cuestión.

Refiérese ésta a lo que los teólogos llaman el privilegio paulino, que permite al cónyuge bautizado *servatis servandis*, abandonar a la parte infiel y contumaz y contraer nuevas nupcias con persona bautizada y creyente. Polencio juzgaba que no debían tomarse tan a la letra las palabras de San Pablo; y

hasta creía que al cónyuge en aquellas condiciones no le era lícito romper el contrato. Agustín le explica el alcance de este privilegio y al proclamar la licitud de una separación de esta naturaleza, dice que es necesario, sin embargo, obrar con toda prudencia, pues de lo contrario podrían seguirse muchos inconvenientes. Continúa en el segundo libro con el mismo asunto, rechazando de paso la comparación que hace Polencio entre la libertad que da la muerte al cónyuge sobreviviente y la que da el adulterio, que considera una muerte moral. La obra termina resolviendo otras dificultades menos importantes, pero que sirven a San Agustín para defender, con frases enérgicas, la santidad de esta institución divina del matrimonio.

CAPITULO XLIV

El pelagianismo va declinando. Sus últimos defensores. El semipelagianismo. Los escritos de Agustín «Contra Julián», obispo de Eclana.

El año 417 se celebró en Cartago un Concilio para estudiar la herejía pelagiana, y en él se confirmaron las decisiones de otro anterior condenando enérgicamente la doctrina de Pelagio. Enviadas las actas de este Concilio al Papa Zósimo, que se mostraba indeciso en separar de la comunión de los fieles al heresiarca, surtieron un efecto inmediato.

El Sumo Pontífice vió claramente la dura y peligrosa realidad que significaba el pelagianismo y le anatematizó definitiva y oficialmente, exigiendo de sus seguidores una pública y total retractación. El emperador Honorio apoyó estas decisiones del Papa, promulgando un edicto, en el cual amenazaba con la privación de cualquier dignidad u oficio y confiscación de bienes a todo aquel que, convicto de herejía, no la abjurase inmediatamente de recibida esta comunicación. Entonces fué cuando pudo verse el incremento que había tomado el pelagianismo; pues aparte el gran número de fieles que incautamente cayó en sus redes, nada menos que dieciocho obispos se negaron a obedecer las disposiciones del Papa y los decretos del emperador. Estaban dirigidos por el famoso Julián de Eclana el «gran sistemático de la secta», hombre de indudables cualidades de inteligencia y de saber, realzadas por una elocuencia arrebatadora, pero obscurecidas por una desmedida soberbia y una opinión exagerada de sí mismo, que le obligaba a considerar a los demás en una muy inferior categoría. Al serles presentadas las disposiciones del Pontífice, las rechazaron con sutiles pretextos, siendo entonces condenados ellos mismos. Procuraron justificar ante el pueblo su actitud de rebel-

día, pero Agustín les demostró la vanidad de su intento, una vez que la cuestión principal estaba decidida, pues, (son sus celebérrimas palabras) «ya Roma sentenció: aquí tenemos dos Concilios sobre el mismo asunto enviado a la Silla apostólica y cuyas respuestas hemos recibido: la causa está concluída».

Y como si las anteriores palabras fueran un nuevo grito de guerra, continuó la lucha con bríos centuplicados, dirigiendo los esfuerzos del pelagianismo el citado obispo de Eclana que, lleno de vanas ilusiones, se lanzó a ella con todo el ardor de sus floridos años. Sus escritos están empapados en un odio mortal contra la Iglesia, a la que no perdonaba el anatema promulgado contra la secta. Falto de razones, difíciles de encontrar en favor de su opinión, se desató en injurias contra sus adversarios, particularmente contra Agustín, que en su libro «De las bodas y la concupiscencia» le combatía personalmente. Publicó cuatro abultados volúmenes, en los que intenta confundir al obispo de Hipona, jactándose de responder a un solo libro con cuatro suyos; creyendo, por lo visto, que la verdad se apoya en el número y en la extensión de los argumentos y no en la calidad de los mismos. Porque los que él emplea son verdaderamente muy pobres y algunas veces ridículos, como es fácil comprobar.

Cuando Agustín recibió completa la obra del obispo rebelde, empezó la suya *Contra Julián*, que apareció hacia el año 421, Inicia en sus primeras páginas una ofensiva general contra los principios de la secta pelagiana sustentados por el adversario, rechazando luego de manera particular la nota de maniqueos que lanzaba contra los católicos, haciéndole ver que esa injuria alcanza a nombres tan preclaros como los de Ireneo, Hilario, Ambrosio, Basilio, Crisóstomo y otros muchos, así de Oriente como de Occidente, que conforme al dogma de la fe enseñaron la trasmisión del pecado de origen. «Todavía, dice Agustín, reforzando este argumento, no habíamos aparecido con vosotros ante estos jueces y ya nuestra causa estaba ter-

minada para ellos. Ni nosotros ni vosotros les éramos conocidos y ya os presentamos sus sentencias fulminadas contra vosotros». Le devuelve después el argumento con admirable precisión, citando un buen número de pasajes en los que Julián clara y evidentemente favorece al maniqueismo.

Sentados estos principios en los dos primeros libros, dedica el tercero a deshacer los errores que contiene el primero de Julián y establece la santidad de las nupcias, instituídas por el mismo Dios, temas que continúan en el cuarto. En el siguiente explica porqué el pueblo cristiano rechaza tan enérgicamente la teoría pelagiana, pues creyendo como cree, que los niños muertos sin el bautismo son excluídos de la vista de Dios, no concibe que Pelagio niegue la trasmisión del pecado original, causa funesta de aquella exclusión. Termina la obra y el esclarecimiento de todas las dificultades con el libro sexto, donde dice Agustín que la Iglesia, al bautizar a los niños, nos enseña prácticamente que el hombre nace manchado con aquel pecado, triste herencia de nuestros primeros padres.

Después de estos acontecimientos fueron pasando algunos años, en los que los errores de Pelagio se resolvieron insensiblemente en una nueva herejía, el *semipelagianismo*. Desde lejanas tierras llegaron hasta Hipona los gritos de alarma que los obispos católicos lanzaban, señalando a sus fieles el peligro que les amenazaba. Agustín unió a ellos su voz y, como veremos en otro capítulo, empezó a refutar con el brío de sus mejores años, aunque ya estaba en los últimos de su vida, las doctrinas de la nueva secta. En esto estaba cuando el obispo Julián volvió a requerrir otra vez su atención, con una extensa obra que llegó a Hipona en aquellas circunstancias.

«Es muy posible, como dice un piadoso autor, que, a no haberle instado mucho sus amigos, Agustín no hubiera contestado; pero el deseo de dar gusto a los suyos y el temor de que los menos avisados fueran engañados por las invectivas del hereje, le movieron a tomar la pluma por última vez». De

este modo comenzó, al declinar ya de su fecunda vida, el escrito *Contra la segunda respuesta de Julián, obra incompleta*, de una extensión excepcional, porque con su doctrina copia, casi al pie de la letra, los libros del adversario. Como indica el título, es incompleta. Había terminado el santo obispo de escribir el libro sexto y empezaba el séptimo «cuando la enfermedad le obligó a interrumpir su obra, para no continuarla más, debiendo ésta presentarse sin terminar a la posteridad, para atestiguar que las últimas fuerzas de este gran hombre habían sido consagradas a la defensa de la verdad».

La obra comienza con unas breves palabras, en las que Agustín hace un rápido resumen de la polémica con Julián y dice el método que ahora piensa seguir. Inicia luego el examen del primer libro, respondiendo principalmente a tres cuestiones que centralizan los errores que encierra. Refiérense las dos primeras a la dificultad que encontraba el autor herético en armonizar la Justicia divina con la trasmisión del pecado original, cuyas consecuencias sufren seres inocentes, como los niños, en los que ni aun podemos suponer que lo hayan admitido. Agustín responde con la doctrina tradicional católica sobre tan delicados temas y haciendo resaltar la oscuridad y dificultad de estos dogmas que el buen cristiano debe acatar, confiado en la justicia de Dios, que a nadie puede engañar ni injustamente castigar. En la tercera cuestión dice el de Eclana que la trasmisión del pecado de origen significa una verdadera negación de la libertad humana. A lo que responde el santo explicando aquel fundamentalísimo dogma de nuestra fe y el modo como nosotros, los descendientes de Adán, participamos en su fatal desobediencia.

La discusión del segundo libro gira alrededor de aquellas palabras del Apóstol: Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, etc. El obispo rebelde, forzando el texto sagrado, le cita nada menos que en apoyo de la tesis pelagiana sobre la trasmisión del pecado original. Esta

falta, dice, únicamente influye en nosotros como puede influir un mal ejemplo, imitando los transgresores el que nuestro primer padre nos dió en el paraíso. Estas falsas afirmaciones son rechazadas por Agustín, que demuestra cuán lejos están las palabras y el pensamiento de San Pablo de lo que le hace decir el de Eclana. Continúa también en el tercer libro la defensa de la Biblia, con varios de cuyos textos quiere demostrar Julián que los hijos jamás pueden sufrir las consecuencias del pecado de sus padres, lo que prueba la poca consistencia del dogma de la trasmisión del pecado. Agustín reprende su atrevimiento por el abuso que hace de las Escrituras, al interpretarlas tan mal como lo hace y las aclara luego en el sentido verdadero, exponiendo a la luz de sus enseñanzas el dogma tan discutido.

El cuarto libro va en defensa de la anterior obra de Agustín «La boda y la Concupiscencia» y gira casi todo, lo mismo que el siguiente, alrededor del mal de la concupiscencia, del que dice Agustín que es un efecto del pecado y no algo que recibe el hombre al ser creado, como quería hacerle decir el heresiarca. Pasa con esta cuestión al sexto y último libro, y tocando con alguna detención la cuestión de la gracia, que suscita el adversario, termina la obra defendiendo a los católicos del calificativo de maniqueos que insistía en aplicarles el obispo de Eclana.

A pesar de ser incompleto y casi una repetición de lo dicho en anteriores escritos, no carece éste de interés, ya que ofrece algunos aspectos nuevos de las teorías agustinianas sobre la gracia y la libertad. Tiene además un carácter especial que le hace digno de particular atención y le coloca entre las grandes obras de Agustín. Porque se adivinan en sus páginas los esfuerzos de este gran hombre por dejar, antes de su muerte que veía cercana, definitivamente concluída su labor contra la secta pelagiana. Lo que efectivamente sucedió así. Pues como dice un autor esta vuelta de Agustín por el campo de batalla hizo ver al mundo que no quedaban ya más enemigos de esta clase que vencer.

CAPITULO XLV

Ultimas manifestaciones del pelagianismo. Las disensiones entre los monjes de Adrumeto. Apacígualas Agustín con su libro «De la gracia y del libre albedrío».

Es tan vasto el panorama que se ofrece, al abrir la historia de la Iglesia en los agitados tiempos que estudiamos, y se enlazan de tal modo unos con otros los errores, y, hasta un mismo error presenta tal complejidad, que difícilmente se podrá decir terminado un estudio sobre estas famosas luchas entre la Iglesia de Cristo y las potestades del averno. La cuestión se complica aún más si la referimos a la herejía pelagiana. Las numerosas y bien repletas obras de Agustín nos hablan elocuentemente de la magnitud de este gravísimo error. Es cierto que cuando el Santo toma a su cargo la defensa de la doctrina católica, parece que fuera siempre su intento agotar el tema. Pues rara será la vez que sus palabras no sean las últimas respecto a la materia. Sin embargo, ya lo refiramos a la profundidad de la cuestión, o bien al encarnizamiento de la lucha, resulta indudable que pocas herejías han sido tan largamente debatidas como la pelagiana. A los escritos de Pelagio se suman los de su compañero Celestio, siguiéndoles los extensos de Julián, con los de otros autores de menor valía. La réplica de los católicos constituye asimismo una respetable colección de volúmenes. El Supremo Pontífice, los obispos, los Concilios, el Emperador y hasta los mismos fieles tomaron parte, directa o indirectamente, en esta célebre disputa. Y era frecuente ver monasterios y comunidades divididos a conse-

cuencia de la excitación de los ánimos, discurriendo sobre tan oscuras y difíciles doctrinas. Precisamente la nueva obra de Agustín que vamos a estudiar tuvo por causa una disensión entre monjes, con el carácter de las que venimos hablando.

Tomando las cosas desde su origen, debemos hacer constar que en el anatema final lanzado contra el pelagianismo y en su proscripción decretada por el emperador Honorio, tomó parte activa un sacerdote llamado Sixto, más tarde Jefe supremo de la Iglesia. Con ánimo infatigable combatió la herejía doquier la encontraba, no descansando hasta conseguir el documento pontificio contra Pelagio y su secta. Enterado Agustín del entusiasmo de aquel presbítero romano, le envió una epístola—la ciento cinco de su catálogo—en la que después de una cariñosa felicitación, expone la doctrina católica sobre la gracia. Esta epístola corrió de mano en mano, siendo ávidamente leída. Pero no todos se hallaban, por lo visto, en condiciones de entenderla. Entre éstos se contaron varios monjes del monasterio de Adrumeto, ciudad marítima del norte africano, los que creyeron que Agustín destruía en ella la libertad. Inútil fué que los demás religiosos procuraran exponerles el verdadero sentido de las palabras del autor; los ánimos se exacerbaron y la división del monasterio fué muy pronto un hecho. Dos de los religiosos tuvieron la feliz ocurrencia de consultar personalmente al gran doctor, trasladándose a Hipona, como representantes o enviados del monasterio.

Expuestas las dificultades comprobó enseguida Agustín que sólo la cortedad de alcance, y no la malicia, había suscitado en aquellas conciencias semejante estado de duda. Retúvoles a su lado el tiempo suficiente para exponer en un nuevo libro los puntos de doctrina que tan perturbado traían al monasterio. Y con ese libro que tituló *De la gracia y del libre albedrío*, entrególes una carta para Valentín su abad, en la que dice que la dirigida a Sixto está escrita contra un nuevo aspec-

to del pelagianismo, que admitía la gracia, pero enseñando que cada uno la recibía según sus propios méritos.

Aunque momentáneamente nos apartemos del tema, hemos de hacer notar a nuestros lectores esta insensible declinación, que ya recordamos en el capítulo anterior, del pelagianismo. Los escritos de Agustín nos hablan de ciertos pelagianos que, al parecer, no cerraban ya sus oídos al nombre de la gracia; admitíanla, por el contrario, si bien con ciertas restricciones esenciales, como la que dejamos anotada. De aquí al semipelagianismo no hay más que un paso, si es que en substancia, no es algo igual. Por eso decíamos arriba que pocas herejías habrían tenido una historia tan revuelta como la de Pelagio; pues a su propia y esencialísima naturaleza, añádese este engendro de sus cenizas resurgido. Y si el princípio, o sea el pelagianismo, resultó tan terriblemente enredoso, no le fué en zaga el último, que por su aparente conformidad con el dogma, tuvo defensores ilustres en virtud y ciencia.

Por dicha el Obispo de Hipona vislumbró la nueva declinación de la secta y por ello parece anticipadamente precaver las conciencias y luchar de manera indirecta contra el semipelagianismo, como lo hizo ya de frente cuando tuvo conocimiento de su aparición en las Galias. Pero no adelantemos los acontecimientos. Un ligero examen de sus obras nos bastará para comprobar que, antes de surgir la nueva herejía, ya estaban allí refutados sus errores, como lo están en la que dirigió a los monjes de Adrumeto.

Aparecida hacia el año 426, es de corta extensión, pero de una gran profundidad, reuniendo en pocas páginas un admirable conjunto de argumentos tomados de la Escritura para probar la existencia tanto de la gracia como de la libertad. Las consoladoras promesas contenidas en los Libros santos, en las que se propone un cielo de ventura eterna a quien, fiel a sus obligaciones, practica la virtud y se aparta del vicio; así como aquellas temerosas amenazas, en los mismos fulminadas contra

los obradores de la maldad, que rechazan con satánica rebeldía el suave yugo de la divina ley, nos prueban hasta la evidencia que en la criatura racional existe un poder, libre de coacción y aun de necesidad que obra también libremente en la elección de sus actos. «En una palabra, dice el doctor de la Gracia, las pruebas del libre albedrío son tan fuertes que al considerarlas, es de temer que el hombre ponga en sí mismo su confianza, como hacen los pelagianos. Por eso es preciso juntar a este pensamiento el de una gracia puramente gratuita, raiz o manantial de nuestro mérito.

Con abrumadora argumentación inicia luego la empresa de hacer manifiesta la absoluta necesidad de la gracia, a la cual debemos los buenos pensamientos, la fuerza para luchar y salir victoriosos en las lides espirituales, así como la perseverancia en el bien. Por medio de la gracia Dios da lo que manda. Es cierto, dice con ese hermoso juego de palabras tan peculiar suyo, que nosotros podemos guardar los mandamientos si queremos; pero como Dios es el que prepara la voluntad, es necesario pedirle que queramos tanto cuanto sea suficiente, para que, queriendo, obremos. Es cierto que cuando hacemos algo bueno, obramos nosotros; pero El hace que lo hagamos, dando fuerzas eficacísimas a la voluntad, para que así sea. Por eso dice San Pablo que no es él solo quien hace el bien, sino la gracia de Dios con él.

Y para desengañar al pelagiano, tan ensalzador de la ley, que llega a darle el nombre de gracia, le explica cómo ni la ley, ni la ciencia misma de la ley, son aquella gracia que se nos da precisamente con el fin de ayudar nuestra flaqueza en el cumplimiento de los preceptos de esa ley, sosteniendo al hombre en el camino del bien, con su ayuda igualmente empezado.

Y así termina este maravilloso escrito, en el que también resulta digna de atención la indomable acometividad que le caracteriza. Aquella alma tan suave y mesurada—dice un célebre agustinólogo—, tan delicadamente humana formuló una

doctrina rígida, que contradice su carácter, y la expone con agudeza tal que sus adversarios, aunque perspicaces, no consiguen extraviarle, y con ardor tan incansable y acometedor, que consume los días de su vida y emplea sus fuerzas escribiendo hasta en el lecho de muerte. Le anonadaba el solo pensamiento de que el pelagianismo, tan sutil como pernicioso siguiera aún después de su muerte envenenando las conciencias. Y su ánimo infatigable, rebelándose contra este pensamiento, centuplicaba sus esfuerzos, hasta que consiguió la total desaparición de aquella herejía.

CAPITULO XLVI

Maravilloso efecto que produjo el escrito anterior en el monasterio de Adrumeto. Amagan nuevas dificultades que Agustín detiene con la obra «De la corrección y de la gracia».

El resultado del escrito que comentamos en el capítulo anterior, fué espléndido y consolador. Las razones, tanto en favor de la gracia como de la libertad, eran decisivas, y el monasterio, sobre cuyos moradores amenazaban descargar las densas nubes del odio y del cisma, apareció iluminado por la suave luz de un nuevo y tranquilo horizonte. No otra cosa expresa el abad del convento cuando, en carta dirigida a Agustín, significa su agradecimiento con las siguientes palabras: «Hemos recibido tus venerables escritos con temor santo, y como Elías cubrió su rostro al pasar la gloria del Señor, así nosotros cerramos nuestra vista al notar en ellos el espíritu de tu beatitud. . . Acogimos tu libro con un gozo semejante al de los apóstoles cuando, viendo resucitado y con ellos sentado a la mesa al Señor, ninguno se atrevió a preguntar quién era, porque todos sentían a Jesús: así nosotros no preguntamos quién fuera el autor de este santo libro, porque la gracia que en él se recomienda a los fieles, mostraba que pertenecía a tu santidad. . . Ruega, termina diciéndole, dulcísimo padre, para que huya el demonio de nuestra Congregación y para que la nave de nuestros propósitos y de nuestras esperanzas bogue tranquila por el inmenso mar del mundo y arribe feliz al puerto de la eterna dicha».

Hermosas expresiones que muestran todo el ardor de un

noble agradecimiento y toda la dicha de una perfecta paz, que vuelta a las almas de aquellos monjes, reinó por luengos años en los ámbitos del sagrado recinto, en virtud de la palabra del gran obispo africano.

A punto estuvo, sin embargo, de turbarse otra vez, cuando algunos monjes, no muy versados en las cuestiones de la gracia, empezaron a sacar de la doctrina agustiniana, curiosas pero falsas consecuencias. Si Dios, decían, hace en nosotros el querer y el obrar, no hay para qué molestarse en señalar el camino que hemos de seguir. Y si la gracia es necesaria para observar los mandamientos, nuestros superiores deben contentarse con instruirnos y orar por nosotros, pero no corregirnos ni mucho menos imponernos sanciones cuando faltemos a nuestros deberes. Como se ve la consecuencia fué radical. De un extremo pasaron a otro, sin saber conservar su conciencia en el justo medio que el santo Doctor les señalaba con la autoridad de su palabra y de su gran inteligencia. Pero felizmente estos amagos de nueva lucha no pasaron adelante, porque supo el mismo santo Doctor ponerles rápido y eficaz remedio, escribiendo otra obra que llamó *De la corrección y de la gracia*, en la cual condena con palabras claras y enérgicas, el atrevimiento de los que tan mal interpretaron la doctrina del primer escrito. También expone profundas cuestiones sobre la gracia y la libertad, aproximando a sus lectores a la región misteriosa e insondable del dogma y de la divinidad.

Nada tan delicado y resbaladizo como esta parte de las enseñanzas de nuestra fe. Cuántos hombres de recomendable inteligencia, aunque de muy altaneras aspiraciones, cayeron en el abismo del error y de la culpa, al enfrentarse, cual otro Lucifer, con los inescrutables misterios de la Providencia. Y no fueron pocos los que, por no comprender el lenguaje y mucho menos las sublimes concepciones que Agustín vierte en sus obras, le dieron como, los monjes de Adrumeto, una torcida interpretación. Quieren luego a toda costa reforzar sus

falsas opiniones espigando en diversos escritos, particularmente en los del Doctor de la gracia, expresiones que aisladas del contexto, no ofrecen plena claridad y en seguida presentan en favor suyo lo que el gran obispo africano, con visión casi profética, dejó precisamente estampado en contra de su maldad. A los que así obran, o les tiene cegados la propia malicia, o la grandeza del pensamiento agustiniano ha deslumbrado su poco noble inteligencia; pues aunque Agustín alguna vez «al querer aproximarse, si no a la explicación, a lo menos a la comprensión de tales misterios, hubo de recurrir a fórmulas raras y oscuras, esto no obstante, teniendo presente el total de su pensamiento, sin quitarle un solo elemento, ni exagerarlo, se ve que todo se liga armoniosamente y que la extrañeza de la expresiones cubre un pensamiento sutil, pero claro y justo». Grande es por consiguiente la injusticia que cometen los que intentan apoyar sus errores en las enseñanzas del doctor máximo de la Iglesia, sacando de sus maravillosos principios consecuencias perniciosas y enteramente opuestas a la realidad y a la esencia íntima del pensamiento agustiniano. Lean con detención las páginas inmortales de sus escritos y acostumbren su espíritu a saborear los sublimes conceptos que de ellas brotan y verán, por propia experiencia, cuán lejos están de la realidad.

Los monjes de Adrumeto, mejor intencionados porque buscaban noblemente la verdad, pronto detuvieron sus pasos ante los libros de Agustín. Y si hubo quien no pudo abarcar todo el conjunto de sus enseñanzas, pronto se sintió iluminado ante la luz que el nuevo escrito «De la corrección y de la gracia» trajo a su mente pasajeramente oscurecida por la grandeza de las cuestiones.

Este libro debió aparecer hacia el año 426, en el que se desarrollan los acontecimientos que acabamos de recordar. «Es, leemos en los Maurinos, exiguo por la magnitud, pero muy grande por la doctrina y por los misterios que encierra; pone

ante los ojos la economía de la gracia divina, siendo llamado por los varones más doctos libro de oro, y el cardenal Noris le considera como la llave que abre la puerta a la doctrina de Agustín sobre la gracia y el libre albedrío».

En dieciséis capítulos, no muy extensos, compendia de modo admirable las grandes verdades de la fe acerca de los misterios de la predestinación y de la gracia. No obstan ni la dificultad ni la delicadeza de estas cuestiones para que se desenvuelva en medio de ellas con la naturalidad de quien expone lo que constituye la esencia íntima de sus pensamientos y el último término de las aspiraciones de su corazón. Habla con amargura a los monjes adrumetinos, lamentando las divergencias que volvían a poner en peligro la paz del monasterio. Y aunque «en toda la obra no se le escapa ninguna expresión dura y mortificante, usa, sin embargo, de frases que explican toda la energía de sus pensamientos».

La defensa de la corrección ocupa bastantes páginas y en ellas aparece, no ya la conveniencia, sino la necesidad de ejercerla muchas veces; pero advierte que ha de hacerse por Dios para que resulte útil y provechosa. Recuerda el ejemplo de los Apóstoles, doctores supremos de la Iglesia «que practicaban la virtud y mandaban que todos hiciesen lo mismo, corrigiendo a los que no lo hacían y rogando por ellos para que lo hiciesen». Tiene además la corrección, según Agustín, otra gran utilidad, que es hacernos recurrir a la oración, «por la cual obtengamos la gracia de la acción». Concluyendo de todo ello que los superiores tienen siempre el derecho y la obligación de reprender y castigar a los que obran mal, o a los que no perseveran en el bien, pues por su propia voluntad dejan el verdadero camino ya que Dios nunca niega la gracia necesaria para perseverar.

Aquí entra de lleno en la magna cuestión de la perseverancia final y afirma que es un don gratuito que Dios reparte entre los hombres de un modo inescrutable. No queremos

empañar con nuestras palabras el brillo majestuoso de estas disquisiciones del Doctor de la gracia, que suspenden el ánimo por su grandeza y sostienen la fe con su incontrastable veracidad. Su lectura es el único medio que nos hará subir de algún modo a las regiones inconmensurables, donde lo humano se toca con lo divino y donde Dios se acerca a los hombres en un acto de inefable y eterna bondad. Y ya que no nos es dado «discernir entre los predestinados, procuremos hacer lo posible para salvarnos todos, dejando a los juicios infinitos de Dios el que estos deseos se verifiquen en los que El previó y predestinó conformes a la imagen de su Hijo».

CAPITULO XLVII

Las difíciles cuestiones sobre la predestinación. Diversas teorías. Dos escritos agustinianos sobre estos apasionantes temas.

Difícil será encontrar una cuestión teológica tan debatida y sobre la cual se haya escrito tanto como sobre la que se refiere a la predestinación. Gravísimo problema que los teólogos modernos pasan generalmente sin discutir, haciendo caso omiso de las diferencias que pueda haber entre ellos, en gracia a su inconmensurable profundidad. Pero no acontecía lo mismo en ya pasadas centurias. Desde los primeros siglos de la Iglesia empezaron las disputas, que alcanzaron su período álgido con la aparición del pelagianismo, y que, siguiendo luego una larga trayectoria en un sentido más o menos católico, cuajaron en las sutiles, aunque siempre ortodoxas, controversias de los escolásticos. La lucha no fué entonces, como en tiempo de Pelagio, entre la verdad y el error; los escolásticos, siempre dentro del dogma y dispuestos a someterse al juicio de la Iglesia, formaron diversas *escuelas* para sostener sus puntos de vista acerca de los misterios de la gracia y de la predestinación principalmente. Este es el origen de esas magníficas obras llenas de doctrina, que hoy ostentan muchas bibliotecas, excitando la admiración y el respeto de los estudiosos de nuestros días. Los teólogos de aquellos tiempos, dotados de una fe sincera y cimentados de ordinario en la virtud, subieron en sus debates hasta los más altos misterios procurando, a fuerza de agudísimas discusiones, esclarecerlos en la medida que su misma pro-

fundidad lo permitía. La Iglesia, por su parte, vigilaba atentamente estas disputas de sus hijos, obligándoles a permanecer dentro del dogma y de la moral, y a no traspasar en ningún momento los límites de la caridad fraterna que debía unir a todos. Fuera de esta vigilancia verdaderamente maternal, tan propia de su carácter, la Iglesia no juzgó conveniente ni necesario decir la última palabra acerca de los misterios inescrutables de la gracia y de la predestinación. De ahí que, después de tantas disputas y de tantos escritos, no sepamos aún hoy si la razón está de parte de los que sostienen la predestinación *ante praevisa merita*, como ellos dicen, o si favorece más bien a los que enseñan que esta gracia suprema se concede al hombre *post praevisa merita*.

Los teólogos modernos, como hemos dicho arriba, juzgando suficientemente discutido el asunto, omiten toda controversia sobre el mismo; y, aunque cada uno muestra su preferencia por uno u otro *sistema*, todos, sin embargo, aprovechan las consecuencias de ambos y aun los argumentos en que se apoyan, según lo aconsejan las circunstancias. Y conviniendo todos, como también convenían los escolásticos, en la gratuidad absoluta de la *primera gracia* y de la predestinación adecuada a todo el orden sobrenatural, «en cuanto que comprende el fin y los medios», todos asimismo inculcan «que ninguno se salvará sin que guarde los mandamientos, y que ninguno se condenará si no ha cometido pecados. En el justo juicio de Dios sólo se pesarán las obras, como se dice en la Carta a los Romanos: «El juicio de Dios es justo, el cual retribuirá a cada uno según sus obras. Esto es, con la vida eterna a los que perseverando en hacer obras buenas, buscan honra y gloria e inmortalidad. Mas con ira e indignación a los que son de contienda, y que no se rinden a la verdad, sino que obedecen a la injusticia. . . Porque no hay acepción de personas para con Dios». He aquí la doctrina que llamaríamos práctica, común a todos los autores eclesiásticos, antiguos y modernos, y que el

cristiano debe tener muy presente en sus actos, dejando para las *escuelas* la explicación del modo de obrar de la Providencia.

En las famosas disputas que acabamos de recordar, se consideraba un argumento decisivo la autoridad de Agustín. Los defensores de las diversas teorías que figuraban en la lucha extraían de los escritos agustinianos hasta la esencia íntima de su contenido, buscando alguna palabra, o alguna frase, favorable a los respectivos puntos de vista. Y como acontece siempre en casos se mejantes, todos se figuraron haber conseguido su intento, resultando de ello que el nombre de Agustín aparezca indistintamente en las obras de unos y otros. Quiénes se acercan más al verdadero pensamiento del santo sería cosa difícil de señalar a gusto de todos. Ese pensamiento hállase esparcido en numerosas obras que, si bien tienen un fondo común, su origen es diferente, variando por esto, aunque no substancialmente, el aspecto de los argumentos con que defiende en distintas ocasiones una misma o parecidas teorías. Y como el lenguaje no es uniforme en todas, sucede con frecuencia que un pensamiento manifestado con toda evidencia en determinado escrito no resulta tan claro en otro de léxico diferente. De ahí proviene el que las diversas *escuelas* se crean con cierto derecho a apoyarse en la autoridad indiscutible del Doctor que más profundizó en estos misterios.

En sus numerosos escritos contra los pelagianos, al estudiar las profundas cuestiones de la gracia, tocó por necesidad estas no menos profundas de la predestinación y de la perseverancia final. Los estudios que sobre aquéllos hemos hecho ya indican algo de esto. En las siguientes líneas vamos a analizar sucintamente dos obras dedicadas a exponer de manera directa las dos últimas cuestiones, siendo, por consiguiente, las que con más derecho ostentan el verdadero sentir del santo obispo sobre ellas. *De la predestinación de los santos* y *Del don de la perseverancia* son los títulos con los que hasta nosotros han

llegado. Su origen es común, así como su aparición, que podemos poner en el año 428, cosa que explica por qué no figuran en las Retractaciones, que fueron escritas con anterioridad.

Casi al mismo tiempo que Agustín contemplaba el ocaso de la herejía pelagiana, llegó a percibir confusas noticias sobre la aparición de otra nueva muy parecida a ella. Noticias que no tardaron por desgracia en tener amplia confirmación. Dos piadosos e instruidos laicos, Hilario y Próspero, relacionados con Agustín, le escribieron de común acuerdo, señalándole las doctrinas de los nuevos herejes. Le decían que «en Marsella y en otros lugares de las Galias, había muchas personas y aun grandes siervos de Dios, que atribuían al libre albedrío no sólo la fe, sino también los primeros esfuerzos del hombre relativos a la salvación: que establecían la causa de nuestra predestinación en la previsión de nuestras buenas obras futuras: que, respecto a los niños, afirman que, si unos recibían el bautismo y otros se morían sin él, era a causa de las buenas o malas obras que hubieran hecho si viviesen y que Dios conocía desde la eternidad por su *presciencia*. El error fundamental de estos pelagianos mitigados o semipelagianos consistía en la falsa persuasión de que el principio de la salud eterna proviene del hombre: esto es que ,con las solas fuerzas del libre albedrío, se puede creer y desear los bienes eternos y que, por los primeros esfuerzos de la voluntad, se consiguen las gracias interiores».

Agustín contestó a los dos piadosos varones que le consultaban, con la publicación de los libros que acabamos de nombrar, de los cuales el primero está formado por veinte capítulos, siendo su fin demostrar que el principio de la fe y no sólo su aumento, como querían los herejes, es un don gratuito de Dios. Esta tesis, que establece en las primeras páginas, la expone luego con toda atención. Confiesa de antemano que él mismo estuvo equivocado algún tiempo acerca de esta verdad: pero que un examen de las Escrituras, particularmente de aquel

pasaje del Apóstol ¿qué tienes que no hayas recibido?, le hizo comprender cuán lejos estaba del dogma cristiano. Se entretiene luego en probar cómo este texto sagrado se refiere también a la fe, don gratuito de Dios, que, por medio de su gracia, vence la dureza de nuestro corazón, siendo así atraídos a la luz de Cristo, sólo aquellos que son llevados por el Padre. «En la elección de la voluntad humana está, dice, el creer y no creer, pero Dios es el que prepara la voluntad humana. Las mayores gracias *podrían* no tener su efecto, pero le tienen siempre infaliblemente: sin ellas y con gracias comunes es imposible vencer todas las dificultades, ni se vencerán en efecto; pero podemos orar siempre y obtener por medio de la oración auxilios más abundantes que animen y sostengan nuestra flaqueza. Dios inclina nuestra voluntad como quiere y a donde quiere, porque da, según le agrada, las gracias cuyo efecto es infa ible.

Señala en seguida la distinción que existe entre la gracia y la predestinación, entrando aquí de lleno a tratar de la última, para demostrar que de ningún modo puede fundarse en nuestros méritos, ni de cualquiera otra manera provenir de nosotros. La gratuidad de la predestinación está bien clara, continúa Agustín, en los niños, de los cuales unos al morir con el bautismo consiguen la salud eterna sin ningún mérito de su parte y otros, privados de este sacramento, se ven excluídos de aquélla. Después de otras disquisiciones termina este libro estableciendo que «Dios no nos ha elegido por haber previsto que seríamos santos o que creeríamos, sino para que creyésemos o fuésemos santos».

El libro *Del don de la perseverancia*, con la extensión, más o menos, del anterior, desarrolla un tema íntimamente relacionado con el primero, porque no es posible establecer el uno sin suponer el otro. Queriendo los semipelagianos apoyar sus doctrinas en la autoridad de Agustín, empezaron a decir que el santo enseñaba que «los que no habían recibido el don de

la perseverancia, no podían perseverar hasta el fin», creyendo por lo visto dichos herejes que la perseverancia es una gracia que se concede al principio de la existencia, cuando en realidad sólo se recibe después de haber perseverado, o sea, al fin de nuestra vida. En esta segunda parte pone Agustín las cosas en su punto y demuestra que esa constancia en el bien que persevera hasta el fin, es un don de Dios. Verdad es ésta, dice, que todos los cristianos reconocen al pedirla sin cesar, como lo hacen en la misma oración dominical. Sigue demostrando la gratuidad de la perseverancia y declara misterio inescrutable de la Providencia la razón por la cual se concede a unos mientras que a otros no. «Los juicios de Dios no son menos impenetrables, dice a este propósito, en que de dos hombres buenos, por ejemplo, el Todopoderoso dé la perseverancia al uno y no la dé al otro; como en que, de dos infieles, llame al uno de tal suerte que abrace la fe y no llame al otro, o no lo llame de modo que se haga dócil». Analiza luego las objeciones de aquellos que creían ver en el dogma de la predestinación un motivo para defender la inutildad de las correcciones y de la penitencia. Demuéstrales Agustín la falta de fundamento que caracteriza esta clase de argucias, tan comunes entre la gente ignorante, y háceles ver la utilidad del conocimiento de este dogma que, entre otras cosas, obliga al hombre a no vanagloriarse en sí mismo, sino en Dios, de quien recibe toda gracia. Termina la obra pidiendo a sus lectores que la mediten bien antes de formar juicio sobre su doctrina, confesando humildemente que no deben seguir indistintamente sus teorías, porque también él puede equivocarse, no en el dogma que es el de la Iglesia, sino en su difícil y trabajosa exposición.

CAPITULO XLVIII

La unidad de acción, garantía segura del triunfo. Importancia de esta unidad en la liturgia. Dos cartas de Agustín sobre esta cuestión. Algunos otros escritos.

La unidad de acción y de pensamiento en una colectividad, es garantía suficiente de un desenvolvimiento continuo y seguro hacia su propio perfeccionamiento. La Comunidad está asegurada cuando se funda en leyes básicas que dirigen sus actividades como tal. Tomadas estas leyes como norma esencial, cualquier error u omisión del individuo o de una parte de la sociedad resaltará inmediatamente y ésta se salvará, atrayendo al camino de la ley al transgresor o apartándole de su seno, en caso de obstinación. Esta norma debe ser única y general, de modo que obligue siempre y con igual fuerza en todo lo que atañe a lo que llamamos esencia y vida de la colectividad. Abarcará con toda amplitud las circunstancias de lugar y tiempo, así como el carácter y temperamento de las personas y de los pueblos, para que los diversos aspectos que puedan presentar, queden comprendidos dentro de las leyes básicas de la sociedad. Lo accidental, lo puramente ocasional, que de un modo o de otro, esté fuera de las leyes, se desvanecerá con la misma facilidad con que apareció, si es que no contribuye con su variedad, dentro de la unidad general, al mayor esplendor de la vida colectiva.

La unión hace la fuerza. La comunidad, establecida sobre estas bases sentirá en sí misma la verdad de este axioma. Los

principios generadores de su existencia encerrarán en su unidad todas las manifestaciones de la actividad de los individuos que la componen. Es decir, que obrando éstos conforme a aquellos principios, contribuyen individual y colectivamente al continuo y siempre ascendiente perfeccionamiento de la sociedad. Esta avanzará segura hacia su fin, conservando, a pesar del tiempo y de las distancias, el carácter que tuvo en su fundación, con las modificaciones que la experiencia haya ido aconsejando.

Concretando estas generalidades, diremos que donde tienen mejor aplicación es en la vida espiritual de una colectividad. Nos referimos a «instituciones estables, que influyen de un modo permanente en la vida del alma. Estas instituciones no tienen por finalidad servir de expresión a tal o cual estado interno, conformado, privativo e individual, sino que van enderezadas a recoger, por decirlo así, la vida media, la vida cotidiana de la comunidad. No representan, por lo tanto, ni pretenden dar la forma interior de la vida de un individuo concreto, su temperamento específico, sino la vida interna de una colectividad integrada por caracteres y temperamentos espirituales muy diversos».

Dentro de la Iglesia, sociedad universal con fines bien definidos, encontramos una comprobación de las anteriores consideraciones. Las leyes que regulan la manifestación externa del culto, la administración de los sacramentos y la celebración del Sacrificio, la Liturgia en una palabra, «ha logrado erigirse en la más sabia y experimentada manifestación de la llamada *Vía ordinaria*, o sea, del orden esencial y regularizado de la vida de la piedad colectiva».

Las enormes dificultades que significan la idiosincrasia particular de los individuos, de los pueblos, las costumbres que se trasmiten de generación en generación y las distancias que impiden la rapidez de las comunicaciones, fueron vencidas por la unidad y el vigor siempre nuevo de las leyes de la Liturgia.

Todo lo accidental y caduco desapareció en el «curso de sucesivos períodos culturales e históricos... flotando sólo con vívida permanencia, lo esencial, lo que tiene categoría de valores universales». Frente a las costumbres particulares y a las manifestaciones populares y espontáneas del sentimiento religioso, la Liturgia conservó siempre su carácter universal de *Lex orandi,* «reflejando las leyes y principios básicos de la legitima y sólida piedad». Leyes y principios que, abarcando en su unidad el cuerpo místico de la Iglesia orante, regulan las expansiones del individuo, dándoles un carácter esencialmente cristiano y de verdadera catolicidad.

Esta es la obra de la Liturgia, ley universal de la piedad y del culto, que separa lo sagrado de lo profano y dirige con sabias normas el desenvolvimiento espiritual de la colectividad cristiana. «El individualismo, dice H. Platz, citado por el escritor agustino P. Félix García, nos endurece y hermetiza, sublevando en el alma las susceptibilidades irascivas del orgullo. En cambio, cuando nos adherimos al servicio de la comunidad litúrgica, en la que sólo reina invisible la persona santísima de Cristo, todas las miserias y pequeñeces del hombre se superan, se ahuyentan, porque en ellas todo está ordenado a un fin superior que se cierne sobre todos».

No fueron pocas las dificultades que la Iglesia tuvo que vencer para conseguir esta unidad en las manifestaciones externas de su culto. La falta de comunicaciones, principalmente, impedía la pronta corrección de los abusos, que cundían por muchas regiones, llegando a constituir verdaderas costumbres, de las cuales los pueblos se separaban con dificultad. No obstante, las normas esenciales de la liturgia fueron imponiéndose, hasta conseguir dominar de un modo que podemos llamar general.

En los días de Agustín muchas iglesias, particularmente orientales, alegando tradiciones que hacían subir hasta la época de los apóstoles, se aferraban a sus costumbres peculiares,

muy diferentes de las comunes y ya bastante generalizadas. Eran, algunas veces, métodos especiales en la administración de los sacramentos o en la celebración del Sacrificio los que, apartándose de las normas de la Liturgia, que ya entonces empezaba a formarse definitivamente, impedían el avance hacia la unidad tan necesaria como deseada.

Esta diversidad de usos y costumbres fué causa de la aparición de un breve escrito de Agustín titulado *Acerca de las preguntas de Januario*. Apenado este Januario ante la falta de unidad en la liturgia que creía, con razón, perjudicial para la Iglesia, recogió en un estudio o *conmonitorio* los principales ritos de algunas comunidades cristianas enviándoselos al santo Doctor, para que le diera una explicación como norma para su propio gobierno. El gran obispo contestó con dos cartas, consideradas por él mismo como una obra, pues las cita en el capítulo veinte de sus Retractaciones. En el epistolario agustiniano figuran con el número cincuenta y cuatro y cincuenta y cinco.

La primera es muy breve. Aparece dividida en seis capítulos, en los que señala Agustín a Januario las normas a las cuales debe atenerse como miembro de la Iglesia. En lo que se refiere al ayuno, al tiempo de la celebración del Sacrificio, etc. le da por regla que siga el uso general de la Iglesia, y a falta de éste, la costumbre particular de cada región. «La celebración anual, por ejemplo, dice Agustín, de la Pasión de Jesucristo, de la Pascua, Ascensión y Pentecostés, tiene ya su día señalado y a él hay que atenerse. No sucede así con lo que varía según los lugares, como ayunar o no ayunar los sábados, comulgar todos los días de la semana o únicamente el sábado o domingo, como todo lo que no es contra el dogma o contra las buenas costumbres, pues entonces no hay mejor regla que conformarse con las prácticas de la Iglesia en donde cada uno se halla. Le recuerda el caso de su propia madre Mónica que acostumbrada a ayunar el día sábado, según el uso roma-

no, estaba perpleja e intranquila en Milán donde no existía tal costumbre. Consultado San Ambrosio respondió: Cuando voy a Roma ayuno el sábado; cuando estoy aquí no ayuno.

Como en esta primera carta no quedaban resueltos todos los puntos propuestos por Januario, insistió éste en sus ruegos, publicando entonces Agustín la segunda, más extensa y completa. Está dividida en ventiún capítulos, breves y concisos, pero claros y sencillos en la exposición. Los diecisiete primeros versan todos sobre la Pascua, célebre cuestión en la que la Iglesia hubo de usar, en algún tiempo, de su autoridad para imponer una norma general y común en todos los pueblos. Januario deseaba saber por qué esta fiesta no tenía un día fijo en el año como lo tiene, por ejemplo, la Natividad. A esto responde Agustín haciendo extensas y hermosas consideraciones sobre el significado de aquella magna festividad, resolviendo la cuestión en un sentido que llamaremos metafórico, muy conforme al espíritu de las preguntas de Januario. Después de aclarar otros puntos de menor importancia, termina la carta con unas conmovedoras palabras en las que pone de manifiesto toda la humildad de aquel gran corazón.

Recordaremos, para cerrar este capítulo, otra carta de Agustín citada en las Retractaciones, capítulo treinta y uno de la segunda parte. Lleva por título *Seis cuestiones expuestas contra los paganos*, y fué escrita hacia el año 408. En el catálogo de las Epístolas de Agustín figura con el número ciento dos. Hacemos mención especial de ella en nuestro estudio, como la haremos de algunas otras en los siguientes capítulos, porque, aunque están escritas bajo la forma de carta, son en realidad un verdadero libro, como lo reconoce el mismo autor al citarlas en las Retractaciones.

Un pagano, amigo del santo, fué causa de su aparición, porque deseando atraerle a la fe, le escribió algunas cartas, que al no ser correspondidas dieron motivo para sospechar que al infeliz amigo no le agradaba aquella correspondencia. Sin per-

der las esperanzas buscaba Agustín el medio de vencer su dureza, cuado un presbítero llamado Deogracias, amigo de ambos, le ofreció seis cuestiones o dificultades, que el pagano le había entregado para que se las resolviesen. Contestó el gran obispo con el citado escrito, en el que habla primeramente sobre la resurrección de los muertos. Preguntaban los gentiles a cuál de las dos principales resurrecciones que cita el Evangelio, la de Jesucristo y la de Lázaro, se asemejaría la nuestra, y según se respondiera, así oponía ciertas dificultades que sería largo explicar. «San Agustín responde que nuestra resurrección ha de parecerse más a la de Jesucristo, porque Lázaro después de resucitado volvió a morir y nosotros seremos inmortales como el Salvador». En la segunda cuestión, que versa sobre el tiempo de la aparición del cristianismo, manifestaban los paganos que si Jesucristo era, según El mismo afirmaba, el único camino para subir al cielo, no se veía posibilidad de salvación para los que vivieron antes de su venida. A lo cual contesta Agustín diciendo que se salvaron sólo en virtud del mismo Jesucristo, al cual confesaron como Dios y futuro Redentor. La tercera cuestión trata de los diversos sacrificios de la antigua ley, a los cuales presenta como sombra y figura del supremo Sacrificio de la nueva, en el que se ofrece el mismo Jesucristo en Persona. Termina la carta con las restantes cuestiones que proponen algunos puntos oscuros de la Sagrada Escritura, que Agustín resuelve de conformidad con lo ya expuesto en otras de sus obras.

CAPITULO XLIX

Prodigiosa actividad de Agustín. La época de su vida, una de las más agitadas de la historia. Varios de sus escritos.

No se encuentra ni un momento en la vida de Agustín, después de la conversión, en el que pueda decirse haber estado ociosa su pluma. En todas dió muestra de maravillosa fecundidad. Así como otros santos «ayudan a sus hermanos con la plegaria; otros con las llagas alegremente recibidas; otros con las más repugnantes tareas de la misericordia; a él le fué dada la palabra, y con la palabra sirvió a millones. Era pluma y lengua al servicio de Dios, y hasta el final hubo de hablar y escribir». Fué su vocación y destino providencial. Los tiempos en que vivió así lo exigían: era necesario un hombre como Agustín.

Las centurias cuarta y quinta de la era cristiana figuran con razón entre las más agitadas y fecundas en acontecimientos. «En ellas se ve palpablemente retratada esa lucha de todos los siglos, lucha interminabie entre la verdad y el error». Ellas fueron testigo de los grandes cataclismos sociales que acabaron con una civilización admirable por muchos conceptos y con instituciones milenarias, fruto de la experiencia y del saber de varias generaciones. Los acontecimientos se sucedían en vertiginoso desfile, y las más sólidas doctrinas temblaban en sus bases. El sordo rumor de las armas llegaba hasta las ciudades, que veían amenazada su seguridad y sus riquezas por los pueblos bárbaros, brotados de las grandes y descono-

cidas regiones del Norte. El hombre luchaba con el hombre y en el seno mismo de las familias anidaba el germen de la división, fomentado por la diversidad de las ideas o de los sentimientos religiosos.

La Iglesia, vencedora del paganismo, pero con la perspectiva de nuevas y graves persecuciones, veía rasgada su unidad por sectas y herejías de todas clases, que estorbaban grandemente su desenvolvimiento dentro de la sociedad. El poder tembló también en manos de los emperadores, viniendo por fin al suelo, ante el empuje de los bárbaros, deshaciéndose con él para siempre la unidad del imperio, base de su grandeza y esplendor. Las huestes de Alarico y Atila recogieron sus restos, repartiéndose el rico botín y fundando nuevos reinos, con cuyas coronas adornaban las sienes de los jefes de su raza. El mundo vivía en una confusión espantosa. Nada parecía seguro en aquel caos de ideas, de sentimientos y de doctrinas, combatiéndose sin piedad. Como si el ambiente guerrero que privaba entonces ejerciera tiránica influencia en el corazón y en la mente de los hijos de aquellos siglos «trágico recodo de la historia, como los llama un escritor, agitado y no pocas veces cruel período, en que seguramente la vida fué dura para todos y aun pudo parecer desesperada para los ánimos más fortalecidos».

En aquella mezcla de herejías y de doctrinas la Iglesia necesitaba un hombre, y este hombre fué Agustín. Su temperamento, ardiente como el sol que abrasa las áridas soledades de su patria africana, le empujaba a la acción y a la lucha en los campos de la inteligencia y del saber. Y en ellos despliega esa actividad inconcebible, admiración de cuantos llegan a conocerla. Su voz, condensada en maravillosos escritos, se oye en todo el Occidente. Y a medida que el teatro de los grandes acontecimientos se desplaza en diversas direcciones, la influencia de Agustín se deja sentir hasta en el último rincón de la tierra. Durante cuarenta años fué verdaderamente el portavoz de la

catolicidad. Bajo su dirección el mundo civilizado, vencido y pisoteado por la barbarie, se levanta de su postración e inicia esa era de regeneración que abarca por igual a todos los pueblos, fundiendo en el crisol de una misma fe y de unas mismas leyes, al refinado y culto romano con el tosco y fiero hijo del norte. De este modo, al surgir las nuevas nacionalidades, van entrando en el seno de la Iglesia, abjurando el arrianismo para abrazar las puras y sanas doctrinas del Evangelio, predicadas por la Iglesia y vigorosamente defendidas por Agustín.

El cual cumplía su misión, a pesar de todas las dificultades y salvando todos los obstáculos. «Vosotros, decía a los donatistas y en ellos a todos los descarriados, quereis vivir en el error, pero yo no lo quiero y mucho menos lo quiere Dios. Clamaré, pues, sin temor a nada ni a nadie y buscaré a las ovejas perdidas y a las que han errado el camino de la verdad y haré esto, quiéranlo ellas o no lo quieran. Y si, mientras me dedico a esta obra de salvación, me sorprenden los enemigos de Dios y destrozan mis carnes arrastrándolas por selvas de agudas y crueles espinas, a todo estoy dispuesto con tal de cumplir la voluntad del Señor y evitar que perezcan mis hermanos». Sinceras expresiones, que revelan la grandeza de su alma y el convencimiento que tenía de su misión sobre la tierra. Por eso sus escritos, no están, como suelen estar los nuestros, inspirados en el «ansia de fama o de lucro; escribir era para él una necesidad apostólica, respuesta a súplicas de muchos, acto de caridad iluminativa». De ahí que veamos brotar de su pluma, casi al mismo tiempo, las más diversas obras, figurando en su inmenso catálogo con una misma fecha de aparición, al lado de los grandes escritos, otros más sencillos, además de las cartas, sermones etc.. Catorce años dedicó a su obra magna «La Ciudad de Dios» y en este lapso de tiempo aparecieron a la vez tantos y tan diversos escritos, que nos obligan a preguntar con Santo Tomás de Villanueva: Si la vida de un hombre apenas basta para leer todos sus libros ¿cómo pudo él

escribirlos? ¿cuándo meditaba lo que escribía? o ¿cuándo escribía lo que meditaba?

Vamos a recordar brevemente en estas líneas algunos sencillos escritos compuestos en el ardor de la lucha y cuando Agustín se ocupaba en la inmensa labor que suponen los quince libros de La Trinidad y los veintidos de «La Ciudad de Dios» y otros también importantes.

Están en forma de cartas y el primero se titula *De la gracia del Nuevo Testamento*, ocupando en el epistolario agustiniano el número ciento cuarenta y estando citado en el capítulo treinta y seis de la segunda parte de las Retractaciones. Su aparición puede ponerse hacia el año 413, en el cual un catecúmeno, llamado Honorato, propuso cinco cuestiones, que fueron causa de su aparición, y que Agustín resuelve de un modo indirecto, desarrollando un tema general elegido por él mismo, referente a la gracia que ya empezaba a ser combatida por Pelagio.

Los primeros capítulos contienen unas consideraciones sobre la Encarnación del Verbo. Paso a paso explica su pensamiento hasta llegar al comentario de aquel pasaje del salmo XXI que dice: Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado? Este comentario se extiende hasta el capítulo veintiuno, exponiendo todo este salmo, que tan admirablemente describe los principales aspectos de la Pasión del Señor. Aprovecha el santo Doctor hábilmente las ocasiones que se le presentan para hablar de la necesidad de la gracia en las buenas obras. Sigue su exposición hasta relacionarla con la parábola de las vírgenes prudentes y de las vírgenes fatuas, cuya aclaración le pedía Honorato. Dedica a esto algo más de cuatro capítulos, siguiendo luego unas consideraciones generales que ponen fin a estas enjundiosas páginas.

También figura en las Retractaciones, capítulo cuarenta y cinco de la segunda parte, con el título de *A Jerónimo*, la obra que hoy está entre las epístolas con los números ciento sesenta

y seis y ciento sesenta y siete. Escrita en el año 415, no debió aparecer, sin embargo, hasta después del 420, en el que acaeció la muerte de San Jerónimo, a quien iba dirigida.

Consultaba San Agustín al solitario de Belén en estas cartas algunas cuestiones sobre el origen del alma y sobre aquella sentencia del apóstol Santiago que dice que «Cualquiera que hubiere observado toda la ley y faltare en algún solo punto se hace culpable de todo». Sobre el primer punto pedía sencillamente la opinión de San Jerónimo, pero acerca del segundo exponía el mismo Agustín su modo de pensar, sometiéndole luego al juicio de su viejo y santo amigo. Este, admirando la humildad de Agustín, contestó excusándose de cumplir sus deseos, para evitar una polémica inútil entre los dos. Aceptó el obispo de Hipona estas excusas y siguiendo al pie de la letra el pensamiento de San Jerónimo, mantuvo en su poder las cartas hasta que muerto éste pudo darlas a la publicidad.

La primera, en sus nueve capítulos, expone en forma de consulta las diversas opiniones sobre el origen del alma. Agustín confiesa su ignorancia acerca de este punto y explica los motivos que le inducen a acudir a San Jerónimo. Analiza luego las teorías que sobre esta cuestión existían en aquellos tiempos y sin ocultar sus simpatías por la que sostiene la creación inmediata de cada alma en particular, manifiesta lo difícil que resulta explicar con ella la transmisión del pecado original. Termina la carta reiterando sus ruegos, pero mostrándose dispuesto a recibir con paciencia una respuesta negativa.

La segunda parte, dividida en seis capítulos, desarrolla un estudio sobre el pasaje de Santiago que recordábamos arriba. Explícale el santo obispo a la luz de las enseñanzas evangélicas, citando con alguna detención la doctrina de los estóicos que decía ser suficiente la posesión de una virtud para tenerlas todas, o la carencia de alguna para no poseer ninguna, sosteniendo también que todos los pecados eran iguales. Expuestas

y analizadas estas curiosas opiniones, cierra la carta con palabras llenas de humildad pidiendo al santo solitario de Belén el juicio que le merecían

Otra carta, la ciento cuarenta y siete, está citada como libro en la segunda parte de las Retractaciones, capítulo cuarenta y uno, con el título *De la visión de Dios*. De notable extensión, desarrolla un difícil tema, propuesto por una piadosa mujer llamada Paulina. Refiérese dicho tema al estado de los cuerpos después de la resurrección.

Comienza el escrito con un largo preámbulo, haciendo ver a la noble matrona la magnitud del tema que propone, y dejando para otra ocasión un desarrollo completo del mismo, expresa el método a seguir ahora. Distingue en los primeros capítulos lo que podemos llamar diferentes clases de visión y sostiene luego que nadie vió ni puede ver a Dios con los ojos corporales, a la manera que se ven los colores y las cosas. Cita algunos pasajes de la Escritura que parecen indicar lo contrario, confrontándolos con otros favorables a su opinión, entrando de este modo en el verdadero tema. Pero, como dejamos dicho, no le desarrolla según los deseos de Paulina. Esta preguntaba cómo unos ojos materiales, aunque estuviesen glorificados, podían ver a Dios, substancia espiritual e infinita. Y Agustín, sin tiempo para esclarecer en lo posible y a su gusto tan ardua cuestión, se entretiene en largas consideraciones con ella relacionadas, resolviéndola en un sentido que diríamos místico y de contemplación. Pero al terminar promete estudiarla con detenimiento en otra ocasión, como lo hizo efectivamente en La Ciudad de Dios.

Otro hermoso escrito agustiniano, en forma de carta, la ciento ochenta y siete del epistolario, figura en el capítulo cuarenta y nueve de la segunda parte de las Retractaciones con el título *De la presencia de Dios*. Apareció en el año 417 y estudia dos cuestiones que un cristiano, llamado Dardano, propone a San Agustín. Referíase la primera al estado actual de Je-

sucristo en el parasío, y si este lugar de delicias se halla situado en lo que comúnmente llamamos cielo. Y la otra, pregunta cómo pudo San Juan encerrado en el seno materno, darse cuenta de la presencia del Señor.

Agustín responde con este breve pero interesante escrito, formado por trece capítulos. Hasta el sexto llega el desarrollo de la primera cuestión, empezando por distinguir la presencia de Cristo como hombre de la que tiene como Dios. Establecida esta diferencia, explica las palabras que Jesús dirigió al buen ladrón en la Cruz: Hoy estarás conmigo en el paraíso, en las cuales encontraba una dificultad, relacionada con la presencia corporal de Jesucristo, el ilustrado y noble cristiano que consultaba. Habla a continuación extensa y maravillosamente sobre la presencia de Dios en todas partes y de una manera particular en el hombre, que viene a ser como un templo vivo de la divinidad.

La segunda proposición ocupa las restantes páginas del libro y en ellas Agustín ataca, sin mencionarle, al pelagianismo. Con relación a San Juan dice que lo acaecido con él es necesario atribuirlo a una disposición especial y milagrosa de Dios y de ningún modo a las fuerzas de la naturaleza. Y aprovechando esta ocasión, habla detenidamente sobre la regeneración de los niños por el bautismo. Y aquí defiende la doctrina católica sobre la necesidad absoluta del mismo bautismo para renacer a la gracia que perdimos por desobediencia de Adán, en contra de la tesis pelagiana, que al negar el dogma de la transmisión del pecado, hacía innecesario el bautismo, si bien lo aplicaba a sus adeptos, por creer que imprimía un sello especial en el alma del que lo recibía. Explica luego cómo obra el divino Expirítu en los niños, e insistiendo en la omnipresencia de Dios, termina la carta discurriendo nuevamente sobre la especial mansión que el Señor hace en el corazón de los justos.

CAPITULO L

Ultimos años de Agustín. El recuerdo del pasado le infunde nuevos ánimos para el porvenir. La muerte corta su existencia y su intensa labor de apologista de la fe.

Después de tantas y tantas disputas con los enemigos de la verdad y cuando todos iban, más o menos rápidamente, desapareciendo del escenario de la vida, Agustín, agobiado por los años y por la inmensa labor desarrollada, espera también confiado el fin de sus días. La lucha había sido dura y el trabajo intenso; pero el gran doctor había llenado su misión. En los momentos de íntima meditación, cuando su espirítu descansaba del rudo batallar cotidiano, los recuerdos del pasado acudirían a su memoria como para sufrir el juicio sereno de la razón. Y en un desfile continuo de acontecimientos contemplaría el amplio panorama de su existencia después de la conversión. Dios habíale colocado en las alturas de su Iglesia y él, siguiendo fielmente el destino providencial, emplea sus fuerzas y su saber en defensa de la misma. Por espacio de más de treinta años estudia con incansable ardor los misterios que envuelven al hombre, desde su nacimiento hasta más allá de la tumba. Su genio portentoso avanza sobre el umbral de lo humano, y en vuelos gigantescos y atrevidos, llega hasta la divinidad. Pero no era el vano deseo del misterio, ni el aguijón de la ciencia que hincha lo que guiaba sus pasos a través de aquellas oscuras regiones. Algo infinitamente más noble y santo le animaba a seguir las rutas misteriosas que conducen al centro del Bien y de la Verdad.

Dios había depositado en el seno de su Iglesia el tesoro purísimo de sus dogmas. Y los hombres que obedecían al demonio de la soberbia, se atrevían a profanar el sagrado depósito. Ni la santidad del lugar detenía sus pasos, ni la altura del misterio confundía su engreído saber. Proclamándose únicos dueños de la verdad, mezclaban lo divino con lo humano, falseando las doctrinas y corrompiendo la moral. Y una iglesia herética y rebelde, surgía a sus venenosos conjuros, frente a la Esposa inmaculada del cordero. De este modo el agua pura y cristalina de las divinas enseñanzas, que brota del seno mismo de la Iglesia, llegaba con frecuencia turbia y corrompida a los labios del pueblo que, ignorante y engañado, acudía a calmar su sed donde sólo podían ofrecerle el líquido infecto fabricado en los antros del error.

La herejía y la ignorancia religiosa empezaban así a dominar al mundo. Pero Dios que en él las permitía, sabría conducir la barquilla de su Iglesia hasta el puerto seguro de sus celestiales destinos. Y a los hombres que insensatamente la combatían, les opondría otros hombres grandes por su virtud y por su ciencia, que lucharían por ella hasta morir. Y con este santo ideal en el corazón y con la fuerza de la verdad por coraza, confundirían a sus enemigos y harían llegar hasta el pueblo los resplandores divinos que emanan de los dogmas santos de la Iglesia de Cristo.

Estos fueron los nobles sentimientos que incitaron al gran Doctor de la gracia a subir en sús vuelos de águila hasta el mismo Dios. Inteligencias tan poderosas como depravadas dirigieron los dardos venenosos de la vana ciencia contra los dogmas que nos proponen los misterios de la Divinidad. Y al sentirse oprimidos por la majestad de su gloria, buscaron el consuelo de la venganza, sembrando el error entre los hombres, anunciándoles nuevos dogmas y predicándoles otra moral. Y entonces fué cuando Agustín dió comienzo a su misión providencial. Los misterios más profundos parecían atraer con

fuerza irresistible el ardor de su genio privilegiado. Y sobre ellos escribe y en ellos penetra hasta donde la inteligencia humana puede llegar. Las más delicadas doctrinas descendían de lo alto al conjuro mágico de su verbo que las llevaba hasta el pueblo, tan puras y hermosas como aparecían en su origen.

La Iglesia miró complacida al gran defensor de su unidad y de sus dogmas, suscitado por la Providencia en aquellos días de luchas terribles y decisivas contra sus poderosos enemigos. Y uno a uno los vió caer a sus pies, vencidos por la fuerza de la verdad que ella poseía y que Agustín proclamaba y defendía ante el pueblo con maravillosos escritos y continuas predicaciones.

A todas partes llegaba su dinamismo intelectual. Los más diversos e inconciliables adversarios encuentran en el obispo de Hipona el luchador incansable que los abarca a todos y que a todos confunde, haciéndoles morder el polvo de la derrota. Las doctrinas más opuestas, los más opuestos errores se estrellan irremisiblemente en la roca inconmovible de la ciencia agustiniana.

Agustín fué un genio universal. «Contra Origenes, a quien se le antojaban todos salvos, mantiene la doctrina de la predestinación de los pocos elegidos; a Pelagio, que se apoya exclusivamente en la voluntad humana, opone el misterio de la gracia; a Joviniano, que cree once siglos antes de Lutero, en la fe sin las obras, afirma la necesidad de la caridad practicante; contra los maniqueos, que veían el mal como invencible, sostiene que el mundo ha salido bueno de las manos de Dios; contra los donatistas, que se ufanaban de poseer el monopolio de la santidad, demuestra que el género humano está dividido en dos ciudades, de justos y no justos que están mezclados hasta el fin». Contra los judíos, contra los paganos, contra la inmensa caterva de enemigos de la Iglesia, lucha valerosamente hasta vencerlos, por completo, como fuerza organizada defensora del error.

Este inmenso y agitado panorama de su vida, aparecería ante Agustín en los momentos que evocara su recuerdo en lo más recóndito de su corazón. Pero fueron también causas externas las que alguna vez traerían a su memoria estos recuerdos. La refutación de una nueva herejía, la preparación de alguna obra le obligaba con frecuencia a repasar acontecimientos ya idos, como indudablemente sucedió con la que vamos a estudiar brevemente en este capítulo.

Su título *De las herejías*, ya dice bastante. Es un catálogo de los diversos errores que combatieron a la Iglesia, desde su fundación hasta los días de Agustín. El tema debía ciertamente serle bien conocido. Pero ocupaciones perentorias le impidieron tratarle con la extensión que deseaba. Su publicación fué debida a un diácono cartaginés llamado Quodvultdeo, que juzgando muy útil para toda clase de personas un resumen semejante, rogó al venerable y ya anciano obispo que prestara este nuevo servicio a sus fieles. El santo obispo trató de excusarse, pero el diácono, insistiendo en sus ruegos, se quejaba cariñosa y amargamente, porque Agustín, que nada sabía negar, rechazaba su pedido. Y el gran doctor, siempre bondadoso y afable, ya no supo resistir más y echó sobre sí esta nueva carga, comenzando a escribir el interesante libro.

Su intención era dividir el trabajo en dos partes: Primero resumiría la historia y el origen de las herejías, y más tarde explicaría el porqué y cuándo a un hombre determinado se le puede calificar de hereje. Pero Dios lo tenía dispuesto de otro modo y con la muerte cortó su obra, legando así a la posteridad solamente la primera parte, y no completa.

En ella significa primeramente al diácono cartaginés las dificultades que le es necesario vencer para satisfacer sus deseos. Pero al fin, le dice con gracia, obligado por tu insistencia, hice lo que indica tu mismo nombre: quod vult Deus, lo que Dios quiere. Descríbele luego el plan de la obra y pone a continuación una lista de ochenta y ocho herejías cuyos orígenes

y doctrina recordará rápidamente. Y viene enseguida la historia de cada una de ellas en brevísimas líneas. Unicamente el maniqueismo y el pelagianismo resaltan en este conjunto por su extensa exposición, pero aun así son limitados. El escrito termina con unas consideraciones acerca de las herejías y prometiendo continuar el tema en otro volumen, cosa que no pudo ser cumplida como ya dejamos indicado.

Después de este libro figura en el catálogo de los de Agustín el conocido con el nombre de *Tratado contra los judíos*. Nada podemos decir sobre su origen. San Posidio, en su lista de obras agustinianas, nos habla de dos tratados contra los judíos; uno de los cuales se ha perdido y el otro ha de ser, sin duda, este que llegó hasta nosotros, dividido en diez capítulos En los cuales pondera la misericordia de Dios al llamar a los gentiles, y su justicia, reprobando al pueblo judío, cuya dureza y ceguedad hace también resaltar. Aprovecha luego el Antiguo Testamento, tan venerado por los mismos israelitas, para demostrarles la verdad de la doctrina católica sobre la venida del Mesías. Los Salmos y los Profetas Isaías y Malaquías le proporcionan los principales argumentos. En los últimos párrafos del libro anima con palabras sinceras y emocionadas al pueblo judío a volver sobre sus pasos, sometiendo la voluntad y el corazón al yugo suave de la Nueva Ley.

CAPITULO LI

Los libros de las Retractaciones

Veíase Agustín, allá por al año 428, en el último período de su vida. Día a día notaba la disminución de sus fuerzas, vencidas, al fin, por el peso del tiempo y el rigor del trabajo. Su inteligencia tenía que luchar ahora con los achaques y flaquezas del cuerpo, que rendía ya su tributo a la naturaleza. El santo obispo vislumbraba muy cercano el fin.

¡Y en qué circunstancias! El porvenir cerníase pavoroso a su vista, estando el horizonte cargado de negros y espesos nubarrones, que no tardarían en lanzar sobre el mundo la tempestad que en sus entrañas se iba gestando. Sentíase en las costas africanas el frágor de la lucha que en las vecinas tierras de Europa arrojaba a unos pueblos contra otros, oprimidos todos por el yugo terrible del invasor, que, sin respetar a nadie, reducía a escombros la civilización milenaria de Roma. La patria africana estaba en peligro y pronto sería profanada por las plantas de los bárbaros, a los que un hombre imprudente, preparaba la entrada, a la sombra de una inútil y funesta venganza. Y Agustín, que amaba con amor grande e intenso la tierra que le viera nacer, sentíase anonadado ante la magnitud de las desgracias que sobre ella amenazaban. Y llorando en la soledad de su retiro las culpas que tan terrible expiación merecían, clamaba en público ante sus connacionales, animándoles a la acción.

Al temor por la suerte de la patria infeliz, uníanse en su pecho las angustias por los sufrimientos de la Iglesia que más

directamente sentiría los efectos de la invasión. Y temía también por su Hipona, centro espiritual floreciente y activo, destinado quizá a ser pasto de las llamas.

La prueba era demasiado grande para su ancianidad. Y Agustín clamaba al cielo pidiendo piedad para su pueblo. Pero el cielo justamente indignado, parecía retardar sólo el castigo, a fin de que su siervo llevase hasta el límite su misión en la tierra. Y comprendiéndolo él así, era de verle, aún en aquellos tristes días, luchar airoso y decidido por la fe y sus dogmas sacrosantos. Los enemigos de la Iglesia, aquellos que tanto combatió, alzaban otra vez la cabeza. Y Agustín lanzó contra ellos las últimas energías de su existencia, publicando esas obras que aún sorprenden por la lozanía de su lenguaje y por la fuerza avasalladora de sus argumentos.

Eran los últimos esfuerzos de aquella naturaleza, ya próxima a su fin, inmolando en aras del deber las energías postreras de su vida, consagrada toda al Señor. Su única preocupación en aquellos tiempos inciertos y azarosos era la Iglesia. Por ella había trabajado cerca de cuarenta años y a Ella quería dedicar los pocos con que pudiera contar. El esfuerzo llegaría hasta donde la vida.

Además su obra parecía estar entonces en inminente peligro. Pero confiaba en que Dios que le había ayudado a levantarla, la haría surgir de entre las ruinas, fresca y vigorosa, para iluminar al mundo con el resplandor de sus enseñanzas. Porque Agustín no escribía sólo para sus contemporáneos. «Libros, monasterios, sacerdotes, alimentos substanciales y seguros para el espíritu, refugios y guías para las almas, he ahí lo que dejaba por herencia a los trabajadores del porvenir: todo quedaba pronto para la futura sementera». La tormenta pasaría como pasa todo lo humano; la Iglesia, obra de Dios, seguiría señalando a la humanidad la ruta segura de su destino. Y el monumento de doctrinas que, a su sombra, levantara Agustín, será ya para siempre una de sus más sólidas bases. Era,

pues, necesario dejarlo perfeccionado. Y por eso la Providencia parecía detener su mano vengadora ya próxima a descargar sobre Africa. Y Agustín trabajaba sin cesar, como temiendo que el tiempo fuera más rápido que él.

Y un día, cuando el trabajo estaba ya cercano a su fin, volvió la vista hacia atrás. Pensó en que su obra no le pertenecía. La Iglesia y el pueblo fiel ostentaban sobre ella derechos que gustoso reconocía. Y se la entregó. Pero antes de hacerlo quiso tener la seguridad de que nada había en ella digno de reprensión. «Desde el año 386, dice un celebrado escritor, no ha hecho, se puede decir, más que escribir. Y ahora que el máximo monumento se está terminando, siente la necesidad de recorrer el pasado, de rever hasta las cabañas que construyó, con manos inexpertas en Brianza. En tan numeroso conjunto de escritos—Agustín hace el recuento y llega hasta el doscientos treinta y dos—puede haber deslizado algún error, puede haber empleado expresiones impropias, puede haber dejado estampada alguna contradicción». Y fué entonces cuando empezó a delinear sus libros famosos de las *Retractaciones*.

Su plan comprendió tres partes. En la primera examinaría las obras más importantes publicadas antes de ser obispo; la segunda, los aparecidos posteriormente, y la tercera, las epístolas y otros escritos menores. Pero estos proyectos fueron desbaratados por el pelagianismo, que en los estertores de la agonía, procuraba retener una vida cuyo fin era ya inevitable. De este modo hubo de suspender Agustín la revisión de sus propios escritos para salir nuevamente a luchar con la herejía; y la obra cuyas tres partes estaban pergeñadas, sólo ostenta ahora las dos primeras.

No se puede fijar con seguridad la fecha de su aparición. No estaremos, sin embargo, muy lejos de la realidad si la ponemos entre los años 26 y 28 de la quinta centuria.

Tiene la obra un breve y substancioso prólogo, en el que explica Agustín las razones que le indujeron a publicarla. Son

de notar sus últimas palabras. Quizá con ellas a la vista se hubieran evitado muchos errores y malas interpretaciones. «Cualquiera que leyere estas páginas, dice, aprenda a no imitarme en la equivocación sino en mis avances hacia la verdad».

El primer libro que sigue inmediatamente al prólogo revisa, en sus veintisiete capítulos, otras tantas obras de Agustín. Su método consiste en citar primero la obra y, una vez indicados los motivos y circunstancias de su aparición, va recordando los pasajes más oscuros o dignos de alguna explicación, y termina copiando las palabras con que comienza dicha obra. Y así en todos los capítulos.

En los setenta y siete del segundo libro, que examinan igual de número de escritos agustinianos aparecidos después del año 396, se nota una mayor brevedad en los comentarios, cosa fácil de explicar si tenemos en cuenta que estas obras se publicaron cuando el gran doctor se encontraba en la plenitud de su vida y de sus conocimientos, siendo por ello más raras las equivocaciones.

No hay necesidad de esforzarse mucho para comprender la importancia de los libros de las Retractaciones. Son un verdadero catálogo de las principales obras de Agustín. Es necesario acudir a ellos con frecuencia para conocer su verdadera opinión. Quiso dejar allí estampada la última palabra sobre muchas cuestiones que antes no resolvió, o le pareció haber resuelto mal. Y aunque no se detiene en grandes explicaciones, lo cierto es que las partes más oscuras de las obras examinadas consta en ellos de una manera que podemos decir definitiva. Lo cual nos parece suficiente, sin entrar en más detalles, para hacernos comprender el valor de este escrito famoso, que es necesario poner, sin duda alguna, entre los principales de Agustín.

APENDICE

Escritos apócrifos

Este modesto ensayo de divulgación agustiniana ha tocado a su fin. Las obras auténticas de Agustín, y aun alguna de origen incierto, han sido estudiadas, con mayor o menor detención, según el orden de importancia; todas ocuparon nuestra atención y unas líneas en el ensayo que, de esta manera, encierra la historia de su origen y el resumen de sus enseñanzas. Y aquí pensábamos en dar fin al estudio. Pero hojeando, en cierta ocasión, los escritos atribuídos al ilustre obispo africano, se nos ocurrió que no sería impropio de este lugar darlos a conocer a nuestros lectores; analizándolos rápidamente y añadiéndolos al estudio general a modo de apéndice. El trabajo sería de este modo más perfecto, abarcando un amplio horizonte en la bibliografía agustiniana. Y esto sin necesidad de grandes esfuerzos. Pues la edición maurina que hasta aquí hemos seguido, tiene en cada uno de sus volúmenes una sección de escritos apócrifos, perfectamente ordenados y dispuestos de tal modo que pueden ser cómodamente examinados. Lo cual significaba un gran alivio para nuestra labor y una mayor facilidad en el orden de los artículos. Todo, pues, nos aconsejaba perfeccionar el trabajo con esta nueva y sencilla tarea que, al fin, decidimos emprender en estas mismas líneas.

Vamos a ser breves. Nos limitaremos a recoger de cada volumen los escritos apócrifos para resumir en pocas líneas su doctrina y su historia, si alguna tienen. No pretendemos más que dejar, por decirlo así, constancia en estas páginas de la

existencia de unos escritos que, si bien no son de Agustín, demuestran sin embargo, la autoridad de su nombre, tan buscado por desconocidos autores y por la misma tradición, para poner bajo su sombra importantes producciones del ingenio humano.

Como nuestro estudio es solamente un ensayo de divulgación agustiniana, sin pretensiones de ningún género, de más está decir que, al señalar como auténtico, dudoso o apócrifo un escrito, dejamos la responsabilidad de la afirmación a los autores de la edición que venimos siguiendo. Sin embargo, creemos—y juzgamos un verdadero deber proclamarlo así—que, aunque en dicha edición se puedan señalar algunos fallos, es, a pesar de todo, una de las más completas y autorizadas que se han hecho hasta ahora. Sus afirmaciones se apoyan en los grandes conocimientos y profundos estudios que hicieron célebres en el mundo de la ciencia a unos monjes, que, sólo después de incalculables trabajos, consiguieron darla a la publicidad. Con lo cual queremos decir que sus opiniones han de ser generalmente muy sólidas y muy verídicas. Raro será, pues, el escrito considerado por ellos como apócrifo que no lleve en sí mismo señales perfectamente comprometedoras de que ese y no otro es su origen, aunque haya figurado por mucho tiempo entre los verdaderos.

En el volumen primero de la tantas veces citada edición, volumen que, además de las *Confesiones* y de las *Retractaciones*, contiene las obras escritas por Agustín antes de ingresar en el orden del Sacerdocio, figuran como apócrifos en el apéndice con que cierra sus páginas, los siguientes opúsculos: *Libro de la Gramática*, *Principios de dialéctica*, *Las diez categorías*, *Principios de Retórica*, *Fragmento de la Regla a los clérigos*, *Regla segunda* y *De la vida eremítica*

Con relación a los cuatro primeros creemos conveniente recordar que, si bien sus títulos coinciden con los de las obras que Agustín menciona en el capítulo VI del Libro primero de

las Retractaciones, de sus temas, sin embargo, no se puede decir lo mismo, cosa que hace dudar de su autenticidad. El Santo dice efectivamente en el lugar citado que desea en estos libros servirse de las cosas corpóreas como de escalones para llegar a las incorpóreas. Aspiración noble y muy digna del alma del gran obispo que falta por completo en las páginas de los cuatro de que hablamos, pues contienen únicamente algunas nociones de ciencia profana relacionadas con las materias que ya indican sus títulos. Esto, unido a otras poderosas razones, obligó a los monjes maurinos a catalogarlos entre los espurios.

Los veintinueve capítulos del opúsculo *De la Gramática* forman un elemental y sencillo tratado sobre este arte. Comienza con las nociones preliminares comunes sobre las letras y las palabras y estudia luego diversas partes de la oración, iniciando en el capítulo catorce la enseñanza de las conjugaciones. En el veintiuno reasume el estudio de las partes de la oración hablando del adverbio, de la conjunción, preposición e interjeción. Un breve epílogo y algunas ideas gramaticales sobre los números forman el capítulo veintinueve, con el que termina el librito.

Diez son los del siguiente opúsculo titulado *Principios de Dialéctica,* el que, establecida la definición de dicha ciencia, dedica varias páginas a la clasificación de las palabras y de las frases, según los diversos sentidos que puede tener. Así llega hasta el capítulo seis que con el siguiente desarrolla algunas nociones sobre el origen y el valor de las palabras. La obrita concluye discurriendo, con notable profundidad, sobre lo obscuro y lo ambiguo y explicando la diferencia que existe entre las ideas que expresan estas dos palabras, y también haciendo notar las diversas clases de obscuridad y ambigüedad que pueden existir.

Las diez categorías es el título de otro escrito atribuído algún tiempo a San Agustín, pero que los maurinos ponen entre los apócrifos, casi por los mismos motivos que los anteriores.

Sus veintidos capítulos contienen un resumen y una explicación de las nociones más generales que Aristóteles llamó *Categorías*. Para el desarrollo del tema prepara la materia en las primeras páginas exponiendo algunos conceptos sobre la oración y sus partes, aclarando también otras ideas necesarias para la mejor comprensión del asunto. Enuncia en el capítulo octavo las diez *Categorías*, siguiendo ya desde entonces la exposición su curso normal con el estudio particular y detenido de cada una de dichas *Categorías*. Así llega hasta la última página donde el autor resume, en brevísimas líneas, el alcance y los fines que persigue su trabajo.

Los *Principios de Retórica*, que vienen a continuación, encierran en sus diez capítulos algunas reglas sobre el arte de la oratoria. Las primeras páginas se refieren al orador, ensalzando la dignidad de este oficio y la altura de miras que siempre se debe de poner en él. Habla después del discurso como medio de convencer y enumera las diversas y variadísimas cuestiones que caben dentro del campo que abarca su amplitud. Estudia luego sus partes y las notas características de cada una, deteniéndose de un modo particular en lo que llama circunstancias y figura de la controversia. El libro termina poniendo de relieve la utilidad del conocimiento de dichas circunstancias, que son las que verdaderamente pueden dar carácter al discurso y hacer más convincentes los razonamientos.

De los dos escritos que siguen a éste, o sea *El Fragmento de la Regla dada a los clérigos y la Regla segunda*, ya hablamos en el capítulo dedicado a la *Regula ad Servos Dei*, o auténtica Regla agustiniana. Creemos, por consiguiente, que no hay necesidad de insistir sobre ellos, remitiendo a los lectores al capítulo XXV de este libro, que es el que desarrolla el citado tema.

El último escrito que aparece entre los apócrifos del primer volumen de la edición maurina se titula *De la vida eremítica, libro a la hermana*. La principal razón que hay para darle

esta clasificación se apoya en las citas que sus capítulos catorce y diecinueve hacen de la Regla de S. Benito. Hablando del rezo dice el primero de dichos capítulos. «Y así levantándose pasada la medianoche, con la devoción que le sea posible y *según la forma* del Beato Benito, celebrará las vigilias nocturnas. . . ». El otro capítulo, al señalar la cantidad y calidad de la comida para cada religiosa, sigue las normas del mismo Santo diciendo: «*El venerable Benito concede al monje una libra de pan y una hemina de bebida;* lo cual no queremos nosotros negar a las religiosas teniendo en cuenta lo delicado de su complexión». De esto concluyen muy justamente los maurinos que el libro no puede atribuirse al obispo de Hipona que vivió y murió muchos años antes de que en el mun- existiera la Regla del santo de Nursia.

El escrito es también una especie de Regla o norma de vida monástica para religiosas, formada por un prólogo y setenta y ocho capítulos, generalmente breves y concisos. En sus primeras páginas habla de los fines de la vida eremítica y de los grandes beneficios que reporta a las almas, haciendo asimismo notar que el retiro y apartamiento del mundo deben ser no sólo con el cuerpo, sino también con el espíritu. Menciona y recomienda después el silencio, uno de los principales ornamentos de las Ordenes Religiosas, y el despego de las cosas terrenas. En el capítulo catorce y siguientes empieza a señalar las ocupaciones de las religiosas y las horas que a cada una pueden dedicar, según las diversas épocas del año.

Prescribe luego el ayuno y habla en numerosos capítulos de la castidad y del vicio de la soberbia y vanagloria para hacer resaltar la hermosura de las virtudes y la fealdad del pecado. Propone a las religiosas varios ejemplos de santidad y, a partir del capítulo cuarenta y siete, procura ir excitando el fuego del amor divino por medio de consideraciones apropiadas y de un intenso fervor religioso. Hace, con este fin, desfilar ante su vista los principales misterios de la vida de N. S. Jesu-

cristo, describe la vanidad de las cosas terrenas, las impresionantes y aterradoras escenas del juicio, los tormentos eternos del infierno y las dulzuras inefables de la gloria. Un breve epílogo en el que el autor desconocido hace, por decirlo así, entrega y recomienda la Regla a la que llama su hermana, pone fin a este interesante modelo de vida monástica, escrito, según todos los indicios, al mediar el duodécimo siglo.

II

Poco podemos decir de los escritos del segundo volumen de la edición maurina. Es el de las Epístolas, y las que en su apéndice figuran carecen de interés, tanto por su brevedad, como por la escasez de doctrinas. La antigüedad las creyó de Agustín y su nombre llevaron hasta que los críticos demostraron su origen bastardo y su aparición muy posterior al gran obispo. Razones sobraban para ello. Muchas ni siquiera constituyen un escrito uniforme: son trozos literarios, mal unidos entre sí, que proclaman a gritos su diversidad y el malísimo gusto de quien así las puso.

Las dieciseis primeras pasaron algún tiempo como parte de la correspondencia entre Agustín y el Conde Bonifacio. Pero, en realidad, nada en ellas apoya tal origen. Breves, deformes y sin motivo epistolar de ninguna clase, puédese señalar entre sus líneas algunas que convienen muy poco con la historia de aquellos tiempos. El lenguaje, sin embargo, es mesurado y en consonancia con la calidad de las personas que el desconocido autor hace intervenir en estas cartas, expulsadas, con muy buen criterio, del catálogo genuinamente-agustiniano.

A ellas sigue otra presentada también como de Agustín, pero que estudios posteriores demostraron pertenecer nada menos que al famoso heresiarca Pelagio. El contraste resulta por demás curioso y no es fácil explicar el crasísimo error de quienes atribuyeron al gran Doctor de la Gracia un escrito

directa y particularmente refutado por él. Porque hay que hacer notar que esta epístola es la misma que Pelagio envió a la renombrada matrona Demetriades, con el fin de preparar su ánimo en favor de la secta pelagiana. Una sola causa encontramos para justificar, hasta cierto punto, semejante equivocación: La extrema habilidad con la que el fundador del pelagianismo disimulaba el error, como ya hicimos resaltar cuando estudiamos sus fatales encuentros con Agustín.

La epístola está formada por treinta capítulos, en los que el famoso monje bretón expone diversos puntos dogmáticos, con una unción y un espíritu que ya desearía para sí el más consumado maestro de mística teología. Envuelto en este ropaje artificial va el germen de sus falsas teorías sobre la gracia y la libertad. Pero el genio de Agustín captó enseguida el peligro y previno a los católicos contra la insidiosa carta, después atribuída a él con tanta ligereza.

A ésta siguen otras dos que llevan respectivamente los números dieciocho y diecinueve en el apéndice del volumen segundo. Nos ofrecen sus páginas una pretendida correspondencia epistolar entre Agustín y S. Cirilo de Jerusalén, con motivo de la muerte de S. Jerónimo. Lo que basta para demostrar su falso origen; pues consta perfectamente que el solitario de Belén sobrevivió bastante tiempo a S. Cirilo.

La carta que aparece como de Agustín es breve y sólo contiene las grandes alabanzas de S. Jerónimo que el mismo falso Agustín dice haber oído de labios de S. Juan Bautista en una visión con que le favoreció.

La respuesta, por el contrario, es sumamente extensa, con diez y siete capítulos. Es asimismo un canto, adornado con maravillosos relatos de celestes visiones, a la gloria de S. Jerónimo. Entre sus muchas imperfecciones figuran algunas expresiones heréticas, que ponen en tela de juicio la ortodoxia del ignorado autor, que tan mal supo imitar al gran Patriarca de Jerusalén.

El último escrito apócrifo del volumen que venimos examinando es también una epístola, considerada por mucho tiempo como de Agustín, con el número ciento setenta y ocho en el catálogo general de sus cartas. Simula representar una disputa entre el gran Doctor y un arriano llamado Pascencio, en la que se habla naturalmente de las famosas teorías de Arrio. Un juez encargado de presidir e invitado a dar fallo final, proclama la victoria de Agustín a pesar de sus visibles simpatías por el arriano. Y así termina esta epístola que los maurinos, a nuestro parecer con muy buen acuerdo, condenaron a salir del catálogo agustiniano.

Cuatro son las obras falsamente atribuídas al ilustre obispo africano que forman el apéndice de la segunda parte del volumen tercero. En éste figuran los escritos agustinianos sobre la Sgda. Escritura, versando también sobre esta materia las cuatro obras dichas, cuyo título son: *De los milagros de la Sagrada Escritura, De las bendiciones del Patriarca Jacob, Cuestiotiones del viejo y nuevo Testamento* y *Exposición sobre el Apocalipsis de San Juan.*

El primero, o sea, *De los milagros de la Sda. Escritura,* está formado por tres libros, dos para el Antiguo Testamento y uno para el Nuevo. Atribuído en tiempos lejanos a S. Agustín, la mayoría, sin embargo de los escritores, entre los que figura Sto. Tomás, no le conceden tal origen. Hay en sus mismas páginas indicios muy claros de que otro es el autor.

Comienza con una dedicatoria a los Obispos y Presbíteros de Africa en la que el titulado Agustín les ofrece y explica su trabajo. Sigue luego el primer libro, que estudia en treinta y cinco capitulos el Pentatéuco, anotando sus partes más salientes. El segundo habla de Josué y Gedeón, de Saúl y de David, y de algunos de los Profetas, hasta terminar en el capítulo treinta y cuatro, que menciona las guerras principales en que se vió envuelto el pueblo hebreo. El tercer libro comenta en sus diecisiete capítulos de una manera superficial algunos

aspectos del Nuevo Testamento, finalizando con unas breves palabras sobre el apóstol S. Pedro.

El siguiente escrito, *De las bendiciones del Patriarca Jacob*, es una exposición histórico-alegórica de Alcuino y no de Agustín, como algún tiempo se creyó. Breve y sencilla, concrétase a explicar en un sentido figurado las palabras de bendición que Jacob pronunció en sus últimos momentos sobre cada uno de sus hijos.

Cuestiones del Nuevo y Viejo Testamento es el otro escrito atribuído por algunos críticos a San Agustín y que, como tantos otros, resultó también apócrifo. Los maurinos, fundándose en la diversidad del estilo, en la frecuente repetición de asuntos y hasta en algunas contradicciones que encierra, le suponen obra de varios autores, sin poder señalar ninguno en concreto.

Aparece dividido en dos secciones. En la primera figuran cuarenta y siete estudios sobre el antiguo Testamento, cincuenta sobre el Nuevo y treinta diversos. Cada estudio desenvuelve un determinado asunto con notable extensión. La doctrina, lo mismo en ésta que en la otra sección, se conserva generalmente dentro de los límites de la ortodoxia, pero no falta alguna que otra expresión poco exacta en sus juicios y no muy ajustada a las enseñanzas de la fe.

La sección segunda es como un complemento de la anterior, con estudios aparecidos seguramente con posterioridad. Las cuestiones son de tres clases: veinte tomadas del Viejo Testamento; sesenta y cinco del Nuevo y doce de los dos indistintamente. En su exposición nada encontramos que merezca particular atención.

Y llegamos al último libro apócrifo del volumen tercero. Se titula *Exposición sobre el Apocalipsis de S. Juan*. La opinión que lo atribuía a S. Agustín ha sido desechada definitivamente. Es casi con seguridad la obra de algún estudioso e ignorado autor que para su uso particular la compuso, sin

ningún fin de publicidad, siendo, probablemente después de su muerte, impresa en la forma que hoy aparece.

Son diecinueve homilías, en las que se comenta de una manera sencilla la obra, tan maravillosa como oscura, que San Juan escribió en su destierro de Patmos. Desde la primera hasta la última página se ciñe el desconocido autor a su tema, sin ninguna clase de indicaciones, y así ha llegado su trabajo hasta nosotros en la obra monumental de los maurinos.

En el volumen cuarto de esta obra, dedicado a las *Exposiciones sobre los Salmos,* no hay ningún escrito apócrifo.

El quinto, de los *Sermones,* tiene dos clases de obras que caben muy bien en este apéndice. Citaremos en primer lugar los Sermones de origen agustiniano dudoso y algunos fragmentos auténticos, pero muy incompletos. Los primeros son treinta y tres, que continúan la numeración de los verdaderos hasta el número trescientos noventa y seis. Los fragmentos son veintitrés, encontrados, en forma de citas, en las obras de varios escritores antiguos.

A continuación de éstos viene el apéndice de todo el volumen con trescientos sesenta y siete Sermones, muy probablemente ajenos a S. Agustín. Del mismo modo que los auténticos, están colocados por materias en varias clases o secciones: Sermones sobre ambos Testamentos, sermones del tiempo, de los santos y de diversas materias. Los primeros suman ciento catorce, setenta y tres los siguientes, cuarenta y cuatro los de los santos y ciento treinta y seis los de la última clase. La extensión y el estilo, asi como su interés e importancia, no son uniformes; sin embargo, conservan todos un cierto parecido con los auténticos, lo cual explica la facilidad con que fueron atribuídos a San Agustín y la razón por que están admitidos en la edición maurina. Mencionaremos también aquí varios sermones inéditos que figuran en el undécimo volumen, que es el de los índices. En sus últimas páginas, y a modo de suplemento, tiene dos secciones, la primera de las cuales ofrece

veinticinco sermones, auténticos en su mayoría, y la segunda otros diez encontrados en un Códice Casinense, estudiado después de hecha la edición por los maurinos.

Los últimos particularmente resultan interesantes, porque sirvieron para completar algunos que en dicha edición figuraban con sensibles mutilaciones.

III

El volumen sexto de la edición maurina tiene en su apéndice una extensa lista de libros apócrifos. Los auténticos del mismo volumen ofrecen un carácter moral: son verdaderos opúsculos que Agustín publicaba para encauzar y dirigir la vida espiritual del pueblo, en los duros tiempos en que le tocó vivir. Al lado de ellos fueron apareciendo, en épocas posteriores, otros escritos muy diversos por su origen, pero casi idénticos en el espíritu piadoso que los informa en su mayoría. La tradición los creía y respetaba como de Agustín; pero la crítica inexorable puso más tarde a cada uno en su lugar formando con ellos un respetable conjunto—treinta y un títulos—que los monjes de S. Mauro nos brindan en el apéndice del volumen citado.

Libro de las veintiuna sentencias se llama el primero de la lista. Fórmanlo otras tantas cuestiones tomadas de diversos autores, entre los que figura Agustín. A su excesiva brevedad une este opúsculo una falta absoluta de método y de orden en las materias, las cuales aparecen mezcladas y repetidas y sin conexión ninguna. Los temas son, naturalmente, diversos y no encontramos entre ellos nada digno de especial mención.

El segundo escrito apócrifo, titulado *Diálogo de las sesenta y cinco cuestiones*, aparece en forma de conversación entre Orosio y Agustín. Es notable por su antigüedad, pero nada en él autoriza el origen agustiniano que accidentalmente se le atri-

buyó. Es en realidad, como el anterior, una obra formada con doctrinas del obispo de Hipona y de otros autores. No aparece separado en capítulos; cada cuestión señala sus diferentes divisiones. Los puntos desarrollados conservan cierta relación y pueden reunirse en varios grupos.

Los doce primeros se refieren a la Unidad y Trinidad de Dios; los otros cinco están tomados del Nuevo Testamento; los siguientes hasta el sesenta y dos inclusive, estudian el Génesis y los tres últimos desarrollan diversos asuntos sin mayor interés. La obrita no puede ofrecerse ciertamente como una cosa excepcional, pero tiene algunas cuestiones curiosas y hasta interesantes, que hacen distraída y provechosa su lectura.

De la fe, a Pedro, o Regla de la verdadera fe es el título de otro escrito considerado de Agustín y asignado por la crítica a S. Fulgencio de Ruspe. En los primeros de sus cuarenta y cinco capítulos encierra una magnífica exposición sobre los dogmas de la Unidad y Trinidad de Dios y sobre la creación. En el cuarto da comienzo a lo que llama Reglas de la verdadera fe, cada una de las cuales es una síntesis de las enseñanzas principales de nuestra Religión. Y el último resume en una regla general todo el contenido de la obra, formando así una especie de símbolo de la fe.

Sesenta y cinco capítulos forman el cuarto libro de la lista que venimos examinando, titulado *Del espíritu y del alma.* La simple lectura de sus páginas nos convence de su falso origen agustiniano. No es otra cosa que una extensa colección de opiniones de escritores diversos sobre una misma cuestión.

Los maurinos, con esa constancia que les caracteriza, han señalado los autores cuyos son los trozos literarios que forman el libro: Señalan, entre otros, a S. Agustín, Genadio, Boecio, Casiodoro, S. Isidoro de Sevilla, Beda, Alcuino, Hugo de S. Víctor, etc., etc. De sus obras tomó el desconocido autor las principales teorías sobre el alma, hasta formar este escrito,

que no deja de tener interés, muy especialmente para los amantes de estos difíciles temas de filosofía.

Le sigue otro breve escrito con veintiocho capítulos bajo el sugestivo epígrafe *De la amistad*. De él dicen los maurinos que aparece como un resumen, no muy fiel, de otra obra escrita por un abad inglés llamado Aelredo. Ni su estilo, ni su doctrina favorecen la opinión de los que lo atribuían a Agustín. Sus páginas discurren sobre el tema que indica el título, señalando su esencia y cualidades y el carácter de las relaciones en que se funda la verdadera y sana amistad.

Un tema parecido desarrolla el siguiente brevísimo escrito, titulado *De la esencia del amor*, que, a pesar de su corta extensión, parece formado por dos diferentes escritos. Contiene siete capítulos, los cuales hablan del amor en un tono más elevado que la obra anterior, identificándole con la caridad, que es el único, el verdadero amor que comprende todos los amores: el amor a Dios y el amor al prójimo.

El opúsculo *Del amor de Dios*, que viene a continuación, tiene un carácter también parecido al de los anteriores, pero siempre elevado y espiritual. Su autor aún no es conocido y probablemente nunca lo será; pero sí podemos decir de él que debió de ser sumamente piadoso, a juzgar por la obrita, que contiene páginas dignas de Agustín, entre cuyos escritos figuró, sin desmerecer nada de ellos, durante largo tiempo. Tiene dieciocho capítulos que, con un lenguaje tierno y lleno de unción, hablan de la dignidad del hombre y enumeran los beneficios que de Dios ha recibido, para excitar en él los sentimientos generosos de amor y gratitud. Breves consideraciones sobre las promesas que el Señor tiene hechas a sus fieles ponen punto final a este interesante cuanto desconocido librito.

El siguiente opúsculo, *Soliloquios del alma a Dios*, aun va autorizado, en muchas traducciones, con el nombre de Agustín, a pesar de tener en sus mismas páginas motivos para negarle tal origen. El libro primero de las Retractaciones habla

de una obra de aquel título, pero se refiere indudablemente a la que dejamos estudiada en nuestro ensayo. La presente es muy posterior al gran obispo de Hipona. Una prueba de ello está, por ejemplo, en la cita que el capítulo treinta y dos hace, sin nombrarle, del Concilio cuarto Lateranense, celebrado hacia el año 1198. A ésta añaden los maurinos otras razones de indudable valor y peso que llevan al ánimo el convencimiento de estar ante un escrito de origen muy parecido al de los anteriores: o sea, ante una colección de doctrinas y sentencias de varios, pocos, autores, siendo Agustín el principal y el más citado de todos. El escrito conserva, a pesar de esto, en sus treinta y siete capítulos una rara y constante unidad de materias y de estilo, lo que hace que sea sumamente agradable y útil su lectura. Es, después de todo, una obra digna de la pluma de Agustín y no es de extrañar que a él se la hayan atribuído, si tenemos en cuenta las magníficas y fervorosas expresiones que contiene, propias sólo de un corazón parecido al del mismo Agustín.

El noveno escrito del apéndice del volumen sexto es también un libro bastante difundido entre el pueblo cristiano y presentado como agustiniano, bajo el nombre de *Meditaciones*. No es ese, sin embargo, su origen. Según hacen notar los autores de la edición que nos sirve de guía, hay en sus páginas varias indicaciones personales que de ningún modo convienen a S. Agustín. (Vid. cap. 31, 39 y 41). A su vista y examinadas detenidamente júzganse muy lógicas y puestas en razón las objeciones que de ellas se deducen contra la autenticidad del libro. Del cual sólo diremos que está dividido en cuarenta y un capítulos en los cuales desarrolla el autor, en forma de oración, diversas consideraciones piadosas para excitar en el alma el amor y el agradecimiento hacia Dios.

El Manual que viene a continuación tampoco es de Agustín, como antiguamente se creyó. Es la obra de algún aficionado que recogió de diversos autores las doctrinas que aquí

reune, formando así un opúsculo al estilo de los anteriores. Sus treinta y cinco capítulos ofrecen unas tiernas y hermosas consideraciones sobre la perfección de Dios y sobre la grandeza de las consolaciones que aguardan a los que le buscan y en El solo ponen su amor.

Sigue en el catálogo un escrito titulado *Espejo*, que, al parecer, también ha tenido otras inscripciones. Como los anteriores, está formado con trozos literarios de diversos autores y debió aparecer hacia el noveno siglo. Son treinta y tres los capítulos en que está dividido y todos ellos van discurriendo, en tono de invocación, sobre la esencia divina y sus atributos.

Espejo del pecador es el duodécimo escrito, clasificado como espurio principalmente por razones de carácter interno, fundadas en palabras y expresiones con raíces muy posteriores a la época de Agustín. En los primeros de sus ocho capítulos presenta unas consideraciones sobre la vanidad de la vida del hombre y sobre la utilidad de la meditación de los novísimos, fundándose en aquellas palabras de Moisés: Ojalá que tuviesen sabiduría e inteligencia y previniesen sus postrimerías (Deut. XXXII-29). A ellos y a otras parecidas cuestiones dedica los restantes capítulos del libro, con el fin de excitar en el alma del pecador arrepentimiento de las culpas y el ansia de volver a Dios.

De la triple morada, libro de autor incierto, pero no indocto; así identifican los maurinos el escrito que viene a continuación. Y esto es lo único que sobre su aparición se puede decir. Su contenido se encierra en seis capítulos, que ofrecen a nuestra consideración importantes verdades de la fe. Las moradas de que habla el título son el mundo, el infierno, y el cielo, sobre las cuales discurre el piadoso autor hasta llenar las cortas páginas de su interesante librito.

No son mucho más extensas las del que le sigue con el título de *Escala del paraíso,* que después de ser atribuído a S. Agustín, se creyó posteriormente, también sin fundamento,

de S. Bernardo; siendo lo cierto que su autor aún nos es desconocido. La doctrina está distribuida en doce capítulos y trata de diversos grados de la perfección y de las causas que a ella se oponen.

El décimosexto escrito, titulado *Conocimiento de la vida o del Conocimiento de la verdadera vida*, aparece dividido en cuarenta y siete capítulos y tiene forma dialogada. En el juicio crítico que le precede proponen los maurinos a Honorio Augustodunense o de Autum como su probable autor, sin dar importancia a la opinión de los que la atribuían a S. Agustín; los treinta y un primeros capítulos inician, una vez expuesto el fin de la obra, un extenso estudio acerca de la esencia divina, de sus atributos y de sus manifestaciones *ad extra*: En el trigésimosegundo y siguientes habla del compuesto humano, en particular del alma, cuyas dotes y fin sobrenatural a que está destinada recuerda en los últimos capítulos.

El siguiente escrito *De la doctrina cristiana* tiene por autor, según todas las probabilidades, a un obispo bretón llamado Fastidio, contemporáneo de los emperadores Honorio y Teodosio. Sus páginas hacen resaltar en quince capítulos la gravedad del pecado y la grandeza de la misericordia de Dios, de la cual, dice, no debe abusar el pecador. Propone en seguida otras cuestiones relacionadas con las anteriores y termina hablando de la fe y de las virtudes que deben adornar a la verdadera vida cristiana. La lectura de este escrito no es recomendable porque se nota en él la influencia del pelagianismo y de sus perniciosos errores.

IV

El llamado *Libro de las exhortaciones* continúa la lista de los libros apócrifos del volumen sexto. Se le conoce también con el nombre de *Libro de los saludables documentos*. Su au-

tor debió de ser un Patriarca de Aquileya, llamado Paulino, quien lo compuso a fines del siglo octavo. En el siguiente aparece ya, en algunos documentos, atribuído a S. Agustín; pero la crítica no tomó en cuenta esta circunstancia y se ha inclinado definitivamente en favor de la opinión que lo considera como del Patriarca citado.

El escrito tiene sesenta y cinco capítulos, breves en general, aunque también hay algunos de bastante extensión. Su argumento está encerrado en un hermoso conjunto de consideraciones místico-doctrinales de gran utilidad para el alma. Es, en resumen, una guía práctica de la vida espiritual, que nos habla de la bondad de Dios, de la grandeza del destino del hombre, de la fealdad del pecado, de la vanidad de las cosas de la tierra etc. etc., terminando con una fervorosa oración de amor y de agradecimiento.

El folleto siguiente, *De los doce grados o clases de abusos*, es un antiquísimo escrito considerado primeramente como de San Cipriano, y más tarde como de Agustín, no perteneciendo en realidad a ninguno de estos dos Santos Padres. Su verdadero origen se desconoce aún; la crítica nada ha logrado descubrir, ni dentro ni fuera de él, que de algún modo pudiera ayudar a resolver esta cuestión. La doctrina está contenida en doce capítulos, que corresponden a cada una de las doce clases de abusos de que habla el título. Estos abusos se identifican con los vicios o defectos que deben de estar muy lejos de la ciencia, clase o dignidad de las personas a que se refiere en cada grado. Están expresados en la siguiente forma: El sabio y predicador sin obras, el anciano irreligioso, el joven desobediente, el rico avariento, la mujer deshonesta, el amo y señor cobarde, el cristiano porfiado y tenaz, el pobre soberbio, el rey injusto, el obispo descuidado y negligente, la plebe sin orden y diciplina y el pueblo sin ley. En cada una de estas proposiciones expone el autor su pensamiento, indicando las cualidades que deben poseer los individuos que cita, y ha-

ciendo resaltar la oposición entre dichas cualidades y el vicio respectivo que es contrario e incompatible con ellas.

De *El Tratado de los siete vicios y de los siete dones* sólo figuran en este apéndice unos breves párrafos, como para dejar constancia de que no es de origen agustiniano, según creyeron algunos autores.

A cuatro ilustres Santos Padres fué atribuído sucesivamente el escrito titulado *De la lucha entre los vicios y las virtudes*. Los nombres de S. Agustín, S. Ambrosio, S. Isidoro de Sevilla encabezaron, uno después de otro y en diversas épocas, estas breves páginas, que más bien parecen ser la obra de un abad beneventano, homónimo del gran Obispo de Milán arriba citado. El librito tiene veintiocho capítulos que desarrollan varios temas piadosos, muy apropiados para el alma que sigue el camino de la perfección.

Tres solos capítulos tiene el vigésimosegundo escrito apócrifo del volumen sexto. Es su título *De la sobriedad y de la castidad*, y hasta ahora no ha sido posible conseguir la menor noticia sobre su origen. Habla de la sobriedad y de los vicios que a ella se oponen, con mención especial de la embriaguez, cuyos tristes efectos pone de relieve. El segundo capítulo contiene algunos consejos y normas de vida religiosa y el último enumera con gráficas frases las consecuencias de la embriaguez en la mujer, y concluye recomendado a los sacerdotes y religiosos la lectura de sus páginas.

Las del siguiente libro *De la verdadera y de la falsa penitencia* están divididas en veinte capítulos. Muchos y graves autores se lo atribuyeron a S. Agustín, pero los maurinos lo colocan entre los apócrifos, fundados en razones, a nuestro parecer, no muy convincentes, pero que tampoco pueden ser desechadas en absoluto por una sana y bien orientada crítica. Los temas son sumamente interesantes y están desarrollados con gran autoridad. Exponen los primeros capítulos la necesidad de la penitencia y rechazan la falsa opinión de aquellos

que la juzgaban inútil después del bautismo, fundándose en la errónea interpretación que hacían de un pasaje de S. Pablo. Hace mención del pecado contra el Espíritu Santo y combate varios errores, citando después el pecado original y su remisión por el bautismo. Continúa en el capítulo noveno el tema principal, discurriendo sobre la verdadera y la falsa penitencia. En el décimo inicia el estudio de la confesión sacramental y enumera sus cualidades, llegando así hasta las últimas páginas, donde concluye hablando de las dotes que debe poseer el confesor.

El libro siguiente, muy posterior a S. Agustín, bajo el epígrafe *Del Antecristo*, contiene un curioso cuanto breve estudio sobre el misterioso personaje del Apocalipsis, que al fin del mundo tratará de dominar la tierra con sus crímenes e impiedad.

Siguen a éste los brevísimos escritos titulados *Salterio* y *Exposición del Magnificat.* El primero, que es una especie de oración calcada sobre diversos pasajes de los Salmos, pertenece, según indican algunos manuscritos, a un Papa llamado Juan, probablemente el vigésimosegundo de este nombre.

La *Exposición del Magnificat,* está tomada de las obras de Hugo de S. Víctor por una pluma desconocida, que sólo consiguió desnaturalizar y corromper los hermosos conceptos de aquel famoso escritor.

De la Asunción de la bienaventurada Virgen María es otro olleto antiquísimo, probablemente de la época de Carlo Magno, atribuído sin gran fundamento al Obispo de Hipona. Sus nueve capítulos desarrollan, en forma sencilla y con un estilo tierno y piadoso, la doctrina tradicional sobre la Asunción de la Virgen María, tan antigua y arraigada en el corazón del pueblo cristiano.

Dos libros con quince capítulos, siete para el primero y ocho para el segundo, forman la siguiente obra titulada *De la visita a los enfermos*, de autor desconocido. Las páginas del

primero encierran unas piadosas consideraciones sobre el fin del hombre y recomiendan la contínua preparación para la muerte, a la cual el varón justo debe aguardar tranquilo y confiado. El segundo es una ampliación del anterior, concretándose a dar instrucciones para la asistencia de los moribundos.

Siguen en la lista dos *Sermones* que, más que de S. Agustín, parecen de S. Juan Crisóstomo, a quien se lo devuelven los maurinos en esta edición. Ambos están divididos en capítulos, con seis el primero y cinco el segundo. Los de aquél desenvuelven una cuestión sobre el llanto y el dolor por nuestros difuntos, dolor y llanto que los cristianos, dice, que esperan la resurrección, no pueden lícitamente llevar a los extremos de un incrédulo o de un pagano. El último continúa con el tema de la resurrección, demostrando con diversos argumentos la grande y consoladora verdad que encierra este dogma de la fe.

En la lista de los libros apócrifos que venimos estudiando ocupa el trigésimo lugar el siguiente título: *Algunos otros sermones al pueblo*, encontrándose reunidos bajo esta denominación general diecisiete escritos, unos completos e incompletos otros. Los dos que encabezan la lista con otros dos que abajo recordaremos, son los únicos que se destacan por su extensión y por sus enseñanzas. El primero se titula *Tratado de la rectitud de la conversación católica* y contiene, en resumen, un modelo de vida cristiana, que expone diversas doctrinas sobre las virtudes y los vicios y dando a la vez sanos consejos para seguir con firmeza el camino de la perfección.

El segundo se titula *Sermón del Símbolo* y aparece en diecinueve capítulos en los que estudia algunos dogmas del Credo en un sentido más bien instructivo y apologético que místico.

De los quince Sermones que siguen a éstos sólo diremos que pertenecen a escritos de diversos autores, siendo muchos de ellos incompletos. Su extrema brevedad (únicamente dos pasan de una página) hace innecesario cualquier

resumen. Los títulos bastan para presentar el tema de cada uno de ellos, tema que naturalmente carece de interés, por falta del necesario desarrollo. Se titulan así: Sermón de la Cena del Cordero en la vigilia de Pascua, Sermón a los neófitos sobre el salmo 41. Sermón explicando las unciones que hace el Sacerdote a los neófitos, Del misterio del bautismo, De la unción de la cabeza y del lavatorio de los pies, Tratado de la creación del primer hombre, De la vanidad del mundo o del siglo, Del desprecio del mundo. Este es de relativa extensión: tiene ocho capítulos y ofrece algunas consideraciones sobre el tema que indica el título, dirigidas especialmente a los clérigos.

El Sermón siguiente se destaca asimismo por su extensión en este conjunto de escritos breves e incompletos. Su título es *Del bien de la disciplina*, o *De la bondad del orden* y debe pertenecer a un obispo cymelense llamado Valeriano. Sus páginas exaltan la utilidad del orden y proclaman la necesidad en que estamos de someternos a las leyes que establecen y dirigen nuestras relaciones con Dios y con el prójimo.

La lista de estos diecisiete Sermones concluye con los siguientes: De la obediencia y humildad, Tratado de la caridad, De la oración y de la limosna, De la universalidad de las limosnas, Tratado de las doce piedras de que habla el Apocalipsis, capítulo XXI-19-20 y Miscelánea de sentencias.

El apéndice del volumen sexto de la edición maurina termina con setenta y seis Sermones—algunos de ellos solamente citados con sus primeras palabras—que formaron parte de la famosa colección conocida con el nombre de *Sermones a los hermanos en el desierto*. Los monjes de S. Mauro rechazan su autenticidad, apoyándose principalmente en la autoridad de conocidos escritores que juzgan con duras palabras dicha colección y al autor que la inventó, calificando además de «vanos y fabulosos a muchos de sus sermones». Del estilo dicen que es pesado, impropio y hasta inmundo con frecuencia, y se extrañan de que haya hombre ilustrado capaz de atribuírselos a

S. Agustín. Partidarios ha habido, efectivamente, de esta opinión, pero ahora se le considera sin base sólida de ningún género.

Los temas de los Sermones son muy variados, aunque bien puede decirse que todos están acomodados al género de vida de los supuestos oyentes, que el autor quiere que sean religiosos. Se encuentran, conforme a esto, sermones de la vida eremítica, sobre la paz, el silencio, la obediencia, la pureza etc. etc. Son en su mayoría breves y contienen las enseñanzas comunes en esta clase de escritos, no encontrándose en ellos nada digno de particular mención.

V

El apéndice del séptimo volumen contiene varios interesantes documentos sobre la invención del cuerpo de S. Esteban. Son cuatro epístolas y otros dos escritos. Los maurinos no explican las razones que les movieron a colocarlos entre los apócrifos de su edición. En este volumen, ocupado totalmente por *La Ciudad de Dios*, se recuerdan los estupendos milagros que ocurrieron cuando, por especial revelación, fueron halladas las reliquias del gran protomártir de la fe. (Vid. Civ. Dei, Lib. XXII cap. VIII). Y aun se alude allí a algunos de estos escritos. No sería pues aventurado suponer que aquel recuerdo y esta alusión sean la causa de que los citados escritos se encuentren en la edición maurina; esto aparte de que alguno de ellos haya sido atribuído a S. Agustín, cosa que no dicen los autores de dicha edición, como acostumbran a hacerlo en casos semejantes.

El primer documento aparece con el epígrafe de *Epístola de Avito a Falconio, sobre las reliquias de S. Esteban y sobre la carta de Luciano, traducida por el primero del griego al latín*. Los personajes mencionados en el título figuran en la historia de los primeros siglos de la Iglesia. Avito, sacerdote

español, vivía en Jerusalén cuando el presbítero de aquella Iglesia, Luciano (cuya carta también se menciona), tuvo revelación del lugar donde se encontraban las reliquias de S. Esteban. Y Falconio ocupaba entonces la sede episcopal de Braga.

La carta es muy breve y sólo tiene por fin poner en conocimiento del clero de la diócesis bracarense el envío de algunas reliquias de S. Esteban y de una traducción de la carta del presbítero Luciano.

Esta carta ocupa el segundo lugar del apéndice con el siguiente título: *Epístola de Luciano a toda la Iglesia sobre la invención del cuerpo de S. Esteban, primer protomártir, y de otros.* En ella anuncia su venerable autor al mundo cristiano el modo maravilloso con que le fué revelado el lugar donde reposaban las reliquias del protomártir de la fe, y de los mártires Nicodemus, Gamaliel y Abibas. Recuerda también el momento solemne en el que el pueblo y clero pudieron comprobar la exactitud de la revelación, al descubrir en el sitio indicado los sagrados restos, por medio de los cuales verificó el Señor grandes portentos ante la fervorosa multitud.

Viene a continuación de esta carta la *Epístola de Atanasio a Landuleo*, que no es más que una brevísima presentación del siguiente escrito, cuarto del apéndice, titulado *Escritura sobre la traslación de S. Esteban de Jerusalén a Bizancio*, condenado por los maurinos, como indigno de crédito y falto de autoridad por diversas y poderosas razones de índole histórica principalmente. Sus páginas tejen una curiosa narración alrededor de un supueslo traslado de los restos de S. Esteban a la ciudad de Bizancio, donde tuvieron lugar (según afirma el autor) acontecimientos maravillosos, que la carta describe minuciosamente, pero que la crítica rechaza en absoluto, considerándolos como producto de una imaginación exaltada.

Sigue otra carta también acerca de las reliquias de S. Esteban, bajo el siguiente epígrafe: *Epístola de Severo a toda la Iglesia sobre los grandes milagros verificados en la isla de*

Menorca por las reliquias de S. Esteban para convertir a los judíos. Es este un documento de verdadero valor y de autenticidad indubitable. Su autor, un obispo de la isla de Menorca, del grupo de las Baleares, describe para la posteridad los hechos que le tocó presenciar y en los que también hubo de actuar, cuando el gran Orosio arribó de Jerusalén, con varias reliquias de S. Esteban, al puerto de la isla llamado Mahón. Allí el pueblo cristiano pudo apreciar el poder del Santo, cuando, al tocar tierra sus restos, fueron desarrollándose varios maravillosos acontecimientos, que dieron por resultado la conversión en masa de los numerosos judíos que habitaban la ciudad, perturbando su quietud y sosiego. Para perpetuar la memoria de estos sucesos escribió el obispo esta carta dirigida a toda la Iglesia y a la posteridad, tal como ha llegado hasta nosotros a través de las vicisitudes de los tiempos.

El apéndice de este volumen termina con una obra antiquísima, de tiempos de S. Agustín probablemente, en dos libros, titulada *De los milagros de S. Esteban protomártir.* El prólogo y los quince capítulos del primer libro, describen varios milagros obrados por intercesión de S. Esteban, tema que continúa en los cinco capítulos del segundo con algo más de extensión.

El volumen octavo tiene en su apéndice doce escritos apócrifos con los más diversos temas. Se titula el primero *Tratado contra cinco herejías*, atribuído primeramente a S. Agustín por muchos y graves autores, siéndole más tarde negado este origen por razones y argumentos tomados de la misma obra. Los maurinos destacan su importancia y confiesan que no les llama la atención el hecho de que se le creyera de San Agustín, ya que verdaderamente es digno de su pluma. Sus ocho capítulos desarrollan una especie de polémica contra cinco clases de enemigos representados por los paganos, judíos, maniqueos, sabelianos y arrianos. La exposición es bastante extensa y combate las docrinas contrarias a la fe con sólidos argumentos apoyados en la Sagrada Escritura.

El siguiente escrito es un *Sermón contra los judíos, paganos y arrianos* compuesto y dividido en veintiún capítulos por autor desconocido. El tema está tomado del Símbolo de la fe, para defender sus principales dogmas contra los errores de aquella época.

El siguiente escrito del apéndice, la *Disputa entre la Iglesia y la Sinagoga,* muy lejos del estilo y de la fraseología agustiniana, representa un diálogo entre la religión del Antiguo Testamento y la del Nuevo. Apoyándose en la Biblia, defienden ambas sus puntos de vista, consiguiendo la última presentarse como única depositaria de la verdad y heredera de las promesas de Jesucristo.

De la fe contra los maniqueos, es el cuarto escrito de la lista que venimos examinando. Un buen número de autores lo consideró como obra agustiniana; pero otros, con mayor fundamento, se lo atribuyen a Evodio, obispo de Uzali, contemporáneo y amigo de Agustín. Está formado por cuarenta y nueve breves capítulos, con estilo muy semejante al del gran Obispo de Hipona, pero con muy diferente argumentación. Como ya indica el título, tiene por fin la defensa de la fe contra los ataques del maniqueísmo. Esta defensa es, sin embargo, una verdadera ofensiva, pues el libro se dedica casi exclusivamente a refutar los errores más conocidos del famoso hereje oriental.

Viene seguidamente un brevísimo *Conmonitorio* que la tradición consideró de Agustín, sin razones especiales para ello, sin que tenga otras mejores, necesario es decirlo, la que le niega este origen. Contiene una fórmula de admisión a la fe de los convertidos del maniqueísmo a la verdadera Religión.

Muy discutido fué en pasadas épocas el origen del escrito titulado De la Unidad de la Trinidad. Los monjes de San Mauro creen haber dado fin a esta cuestión señalando como autor casi seguro a Vigilio de Tapso, conocido escritor y teólo de la quinta centuria. La obra está escrita contra un arriano

llamado Feliciano, desarrollándose en forma de diálogo entre Agustín y el hereje. La disputa gira como es de suponer alrededor de lo que constituye la esencia del arrianísmo, o sea la negación de la Divinidad de Jesucristo. Este error es allí duramente combatido por el autor que se oculta tras el nombre de Agustín, y que expone la doctrina católica con la seguridad del convecimiento y con la autoridad de la ciencia.

El séptimo libro, espurio de este apéndice, se titula *Cuestiones sobre la Trinidad y el Génesis*, y no pertenece a Agustín, sino a Alcuino, de una de cuyas obras ha sido tomado. Son treinta y tres las cuestiones que en él figuran, diecinueve para estudiar la esencia divina, y las restantes para exponer algunos pasajes del Génesis. Está en forma de preguntas y respuestas, resolviendo éstas las proposiciones de la manera más breve y sencilla; de ahí la limitada extensión del escrito, que apenas llega a dos páginas.

Dos libros tiene el siguiente, titulado *De la Encarnación del Verbo,* ajeno también a San Agustín, pues parece formado con diversos escritos de Orígenes. Los dieciocho capítulos del primer libro, después de tocar rápidamente algunos puntos de doctrina católica, inician en el octavo un extenso estudio sobre la segunda Persona de la Sma. Trinidad, proclamando y ensalzando su dignidad, y dedican los últimos al Espíritu Santo, celebrando asimismo sus grandezas. Las páginas del segundo libro están formadas por un solo extenso capítulo que, continuando el orden de los anteriores, es el decimonono de la obra. Contiene una discusión sobre la relaciones entre las tres Divinas Personas, particularmente entre el Padre y el Hijo, dentro del misterio inefable de la Sma. Trinidad.

Un escrito con el carácter de los anteriores aparece en la lista con la inscripción De la *Trinidad y Unidad de Dios.* No es una una obra uniforme. Los maurinos redujeron grandemente sus dimensiones, buscando más unidad, pero aun así se nota su carencia, tanto en la doctrina como en el pensamiento,

porque en realidad esta formado con trozos de diversos autores, entre los que figura Agustín. Tiene cinco capítulos ocupados en su totalidad, como ya indica el título, por un estudio sobre los grandes dogmas de la Unidad y Trinidad de Dios.

De la Esencia de la Divinidad es el libro que sigue, atribuído sin gran fundamento a San Agustín y a otros varios autores. Lo más probable es que tuvo su origen en una obra de Euquerio de Lión, pues algunas páginas de los escritos de este autor figuran íntegras en este libro. El cual constituye un solo y extenso estudio sobre las difíciles y profundas cuestiones relacionadas con la esencia de la Divinidad.

Sigue un breve *Diálogo sobre la Unidad de la Santa Trinidad*, antiquísimo escrito sin autor conocido, a pesar de la opinión que sostiene su origen agustiniano. Es una especie de soliloquio sobre la Unidad de Esencia y la Trinidad de Personas en Dios, misterio incomprensible, que pide el rendido obsequio de nuestra fe y el respetuoso homenaje de nuestra adoración.

El apéndice de este octavo volumen termina con la obra titulada *Dogmas Eclesiásticos*, que parece pertenecer a un presbítero de Marsella llamado Genadio, muy afecto a las ideas pelagianas. Por eso los autores católicos, al recordar este escrito, previenen al lector contra posibles equivocaciones. Es necesario, sin embargo, decir que más que errores que llamaríamos positivos, los tiene por omisión, ya que hablando como habla de los dogmas principales de la fe, no menciona para nada el del pecado original, ni la necesidad del bautismo etc., todo muy conforme al gusto pelagiano. El escrito contiene algo así como una profesión de fe en cincuenta y cinco breves capítulos, que mejor llamaremos proposiciones, cada una de las cuales encierran una enseñanza dogmática, moral, litúrgica y aun más de una vez también filosófica, pero siempre dentro de los límites del campo religioso.

VI

Llegamos, en este rápido examen de los libros falsamente atribuídos a San Agustín y registrados como apócrifos en la edición de los monjes maurinos, al noveno volumen. El cual no contiene, en realidad, más que un libro espurio, como en seguida vamos a ver. Antes dedicaremos unas líneas a un sermón que precede inmediatamente al apédice con el título *Del subdiácono Rusticiano, rebautizado y ordenado diácono por los donatistas.* Los maurinos, en contra de la opinión de varios autores, niegan a este escrito origen agustiniano por diversos motivos que explican en la introducción. Por eso, sin decidirse a colocarle entre los apócrifos, le reservan el último lugar entre los auténticos, presentándole además como dudoso. No ofrece interés particular, ni por su doctrina ni por su extensión, que apenas llega a dos páginas. En ellas laméntase de la apostasía de un subdiácono católico, que abrazó el cisma donatista, en el que fué nuevamente bautizado y elevado a la dignidad de diácono. Y con este motivo habla de la inutilidad del segundo bautismo después de haber recibido rectamente el primero.

El libro apócrifo de este volumen lleva por título *Contra Fulgencio donatista*, y está muy lejos del estilo y de la frase de Agustín, según se advierte en la introducción que le precede. Es, sin duda, la obra de algún autor africano que conocía muy bien el carácter de sus compatriotas, pero que carecía de los conocimientos necesarios para salir airoso de su empresa. De ahí que se noten en sus páginas muchas deficiencias, contándose entre las principales la falta de unidad en el pensamiento y de orden en la exposición. Los veintiseis capítulos que le forman tienen, hablando de un modo general, por único tema el bautismo, cuya iteración defendía Donato y rechaza la verdadera Iglesia.

A este escrito siguen algunos documentos referentes a la

historia de los donatistas. Fueron tomados de diversos autores y no forman un conjunto armónico, siendo verdaderos extractos de obras más extensas y algunas de ellas bastante conocidas. Es por consiguiente, innecesario hacer especial mención de cada escrito en particular, pues ya se ve que resultará más práctico estudiarlos en las obras de que forman parte. Por eso nos contentamos con dejar sólamente constancia del lugar que ocupan en esta famosa edición de escritos agustinianos, hecha por los monjes de San Mauro.

Interesante y extenso resulta el apéndice del décimo volumen que, como el del anterior, además de algunos escritos apócrifos, ofrece varios de autores conocidos, relacionados con Agustín o con sus maravillosas obras. Los maurinos dividen el volumen en tres partes o secciones. La primera contiene los apócrifos, cuyos títulos son los siguientes: *Hypognosticon, llamado también Hypomnesticón o Conmonitorio, Libros de la predestinación y de la gracia y Libro de la Predestinación de Dios.* En la segunda figuran numerosos documentos referentes a la herejía pelagiana, y en la tercera varios escritos publicados por San Próspero de Aquitania en defensa de Agustín y de sus doctrinas sobre la predestinación.

La primera obra, el *Hypomnosticón o Conmonitorio* y también *Hypognosticón,* aparece dividida en seis libros, de regular extensión algunos de ellos. Carece de base sólida y es agriamente combatida por los admiradores del gran Doctor de la gracia, la opinión que a él se la atribuía. Encierran sus páginas, dicen, argumentos muy poderosos contrarios a esta opinión, y el menos familiarizado con los escritos agustinianos encontrará esos argumentos apenas inicie la lectura de la obra.

Fué también atribuída a otros autores, pero sólo fundándose en conjeturas y razones de conveniencia, más o menos aceptables. Su publicación puede ponerse muy cerca de los años en que vivió Agustín, si es que no apareció en su mismo tiempo.

Los cinco primeros libros responden a otros tantos errores de Pelagio resumidos por el autor del modo siguiente: 1.° Adán estaba sujeto a la muerte, aunque no hubiese pecado. 2.° Unicamente él sufrió las consecuencias de su pecado. 3.° Puede el hombre merecer con sus obras aun la gracia primera. 4.° La concupiscencia es un bien natural y nada hay en ella que deba avergonzarnos. 5.° Los niños vienen al mundo sin la mancha del pecado original; por consiguiente no necesitan del bautismo para entrar en la vida eterna, en el caso de morir antes del uso de la razón.

El libro sexto habla del misterio de la predestinación, defendiendo la doctrina católica también contra los pelagianos, que atribuían a este dogma un significado y un alcance muy distintos de los que le daba la Iglesia.

En los cinco capítulos del primer libro rechaza la primera proposición pelagiana y sostiene, conforme a la doctrina católica, que la pena de muerte lanzada contra Adán y sus descendientes fué una consecuencia del pecado, ya que Dios al crear al hombre, entre otros grandes dones, le concedió la inmortalidad, como es fácil demostrar con la autoridad de la Biblia.

La siguiente proposición pelagiana es refutada en el segundo libro, que recoge y defiende en sus cuatro capítulos las enseñanzas de la Iglesia acerca de los terribles males que el pecado de Adán atrajo sobre sus descendientes.

La tercera proposición, base de todo el sistema pelagiano que rechaza la necesidad de la gracia, es combatida en el libro siguiente, formado por quince capítulos. En ellos aprovecha el autor desconocido las admirables enseñanzas de Agustín sobre estas difíciles cuestiones, y demuestra con él la necesidad de la gracia divina para el bien obrar.

Nueve son los capítulos del cuarto libro, que estudia el error pelagiano que considera la concupiscencia como un bien natural. En contra de esta falsa opinión propónese la doctrina

tradicional y católica, sosteniendo el mal de la concupiscencia, fruto asimismo del pecado original.

La refutación del quinto error, que se refiere al bautismo de los niños, ocupa los ocho capítulos del libro quinto de esta obra. Como es natural, proclama la necesidad absoluta de aquel sacramento para que los niños, muertos antes del uso de la razón, puedan entrar en el reino de los cielos.

El libro sexto y último cambia de tema, desarrollando en dieciseis capítulos la cuestión interesante y profunda del misterio de la predestinación. Y aquí, en las páginas de este último libro, es donde con más claridad se aprecia el origen no agustiniano de la obra. Pues el desconocido autor, no bien enterado de las teorías de Agustín acerca de tan delicado tema, atribuye al Santo Doctor doctrinas completamente opuestas a las por él definitivamente establecidas en sus obras, corregidas y revisadas en las *Retractaciones*. Quiere indudablemente el citado autor exponer su pensamiento dentro de los límites de una laudable prudencia, pero, a pesar de sus esfuerzos, está muy lejos de mostrar la seguridad y los profundos conocimientos que caracterizan a San Agustín en esta clase de estudios, en los que no es posible improvisar, como parece hacerlo el autor del escrito que comentamos. De ahí que, no obstante los conocimientos que demuestra poseer, le traicionara la falta de preparación, haciéndole desviarse de las rutas seguras del gran obispo africano, para seguir caminos diametralmente opuestos, comprometiendo así su propia dignidad ante el juicio de la crítica, que ahora pone su libro entre los de muy dudosa autoridad.

El siguiente del apéndice titúlase *De la predestinación y de la gracia*, y logró algún tiempo figurar entre las obras genuinamente agustinianas, a pesar de que sus mismas páginas tienen motivos sobrados para negarle este honor. Efectivamente; sometido a examen ajustado y fiel pudo apreciarse con no pequeña sorpresa, que su doctrina se acerca más a las teorías de

Pelagio que a las enseñanzas de la Iglesia. Se vislumbra entre sus líneas la raíz del semipelagianismo, viéndosele hacer equilibrios entre la gracia y la libertad, sin decidirse a señalar a cada una lo que le corresponde en los primeros movimientos de la voluntad hacia el bien. Ante este solo hecho, dejando aparte otros de diversa índole, sería un gran error admitir este escrito como auténtico entre los de Agustín... Más bien parece la obra de algún partidario o adepto del semipelagianismo.

El libro está dividido en dieciseis capítulos no muy extensos. Como ya indica el título, estudia las delicadas cuestiones de la predestinación y de la gracia, pero con la mala suerte, o con la decidida y perversa intención de exponer su pensamiento en un sentido muy cercano a la herejía, por lo que se hace sospechoso y no recomendable.

Esta primera sección del apéndice termina con un brevísimo escrito titulado *De la predestinación de Dios*, de autor desconocido. Los cuatro capítulos que le forman explican cómo Dios puede ser el autor de los males temporales que nos afligen; y sólo en las últimas líneas recuerda, sin mayores comentarios, el tema de la predestinación que le da el título.

VII

La segunda sección del apéndice del décimo volumen tiene una larga serie de escritos y documentos relacionados con la historia de los pelagianos. Es casi imposible mencionarlos todos, pues en su mayoría se reducen a simples citas de varios autores y de las Actas de algunos Concilios que se ocuparon de los errores de Pelagio. Hay, sin embargo, unas cuantas excepciones que merecen particular atención. Recordemos, por ejemplo, el que figura bajo el epígrafe de *Las sentencias de Julián, entresacadas de sus opúsculos y su refutación*, por San Beda el Venerable. Tiene cinco extensos capítulos, a pesar de que en si no es una obra independiente, sino sólo el prólo-

go del libro que el famoso y santo monje inglés escribió sobre el Cantar de los cantares. La refutación que hace de las doctrinas del discípulo de Pelagio es rápida y superficial, pero bastante completa.

Otro escrito de esta sección que también podemos citar es la *Epístola del Papa Celestino a los Obispos de las Galias*, publicada poco después de la muerte de Agustín, probablemente hacia el año 431. Este documento, en el que el Papa reprende a los Obispos su descuido en advertir el mal del semipelagianismo, a la vez que les recomienda las doctrinas de San Agustín, es de sobra conocido dentro del campo de la historia eclesiástica. No hay por tanto necesidad de insistir en su estudio. Sin embargo plácenos copiar aquí las palabras con que el Santo Pontífice proclama la pureza de las enseñanzas del gran Doctor de la gracia. Dicen así: «Agustín, de santa memoria, vivió siempre en nuestra comunión, y ni su fe ni sus costumbres fueron nunca oscurecidas por la más leve mancha. Siempre mereció el más alto aprecio, y era tan venerado, como amado de todos. Por lo que hace a su ciencia fué tan grande que no podemos olvidar que nuestros predecesores le contaban entre el número de los más grandes y excelentes maestros.»

La última cita que podemos hacer de esta parte del apéndice se refiere a las *Resoluciones sobre la cuestión de la gracia, tomadas en el segundo Concilio de Orange*, celebrado el año 529. Establécese en ellas en forma de exposiciones y proposiciones la doctrina auténtica de la Iglesia acerca de dicha cuestión, declarando fuera de la comunión de la fe a cuantos enseñaren lo contrario.

La tercera y última parte o sección del apéndice de este volumen décimo tiene varios opúsculos que San Próspero de Aquitania publicó en defensa de las teorías agustinianas sobre la gracia y la predestinación. Este ilustre discípulo del gran Doctor africano, «nada omitió para vindicar el honor de su maestro... Llevado de su celo emprendió un viaje a Roma a

fin de hacer conocer mejor a la Cabeza de la Iglesia el peligro en que se hallaba la fe en muchos parajes de las Galias. Y allí colaboró con Celestino I.° en su lucha con los semipelagianos, que aparecieron en Marsella y sus alrededores. De entonces son probablemente muchos de los escritos que ahora brevemente vamos a recordar.

Figura en primer término la *Epístola a Rufino*, publicada hacia el año 429, cuando aún vivía Agustín. Sus páginas encierran en dieciocho capítulos un magnífico estudio contra la herejía de Pelagio. Como ya es de suponer, los argumentos principales de esta hermosa carta se apoyan en las doctrinas de Agustín. Pero es necesario añadir que el ilustre discípulo de aquel gran maestro se desenvuelve en medio de tan difíciles cuestiones con una libertad de acción admirable. Por eso (y permítasenos la disgresión) los escritos de S. Próspero de Aquitania, tan poco conocido en su doble aspecto de santo y de escritor, más que como una apología de las obras del obispo de Hipona deben ser consideradas como su verdadero complemento. El maestro, águila del saber, remonta con frecuencia sus vuelos a regiones inaccesibles al común de los fieles. Y ¿quién sino el discípulo, pero un discípulo como éste, digno retoño de aquel genio, puede hacerles vislumbrar mejor los misterios de aquellas alturas, aclarando y exponiendo los grandiosos conceptos del maestro? He ahí la obra magnífica del santo e ignorado obispo de Regio, que la posteridad debiera tener más en cuenta, estudiando a fondo sus escritos.

La Epístola termina con un breve epílogo en el que el autor hace votos por el pronto restablecimiento de la verdad en el mundo, y anima a Rufino a divulgar las doctrinas de Agustín, que son las verdaderas doctrinas de la Iglesia.

El libro *Contra el Colator* es un extenso escrito de veintidos capítulos e interesante doctrina. Juan Casiano, el Colator, fué un monje que en los siglos cuarto y quinto (350-432) hizo famoso su nombre con varias fundaciones y numerosos escri-

tos, entre los que sobresalen sus conferencias o Colaciones a los religiosos del nombrado monasterio de S. Víctor, en las afueras de Marsella. Estas hermosas disertaciones morales están, en su mayoría, impregnadas en un gran espíritu de virtud y dentro de la más pura ortodoxia. Pero algunas, muy pocas, fueron desgraciadamente la base del semipelagianismo. Casiano, queriendo tomar una posición intermedia entre las teorías de Agustín y los errores de Pelagio en la cuestión de la gracia, sostenía que ésta era absolutamente necesaria al hombre, *pero no para el conocimiento de la fe, ni para la perseverancia en el bien*. Y, al defender sus errores, el monje de Marsella atacaba con dureza a S. Agustín. En la Colación decimatercera particularmente dió muestras de tal agresividad y de tal entusiasmo en pro de sus propias teorías, que S. Próspero se creyó en la necesidad de publicar en contra de él la citada obra *Contra el Colator*. En la cual el Santo examina y refuta primeramente doce proposiciones de Casiano sobre la gracia y la libertad. Así llega hasta el capítulo veinte, en el que empieza un resumen de las páginas anteriores, apoyando sus enseñanzas en la autoridad de los Concilios y de los escritores católicos, particularmente en la de Agustín, cuya memoria defiende en los restantes capítulos.

El libro *Réplica a las objeciones de los galos* contiene la solución de quince dificultades presentadas por los semipelagianos contra la doctrina agustiniana sobre la tantas veces citada cuestión de la gracia y la libertad. En general estas soluciones son breves, pero concluyentes, quedando la realidad de las teorías de Agustín a cubierto de toda tergiversación.

Estos loables esfuerzos en favor del maestro atrajeron sobre el santo discípulo la ira de los calumniadores, hasta llegar uno de ellos a publicar contra él nueve falsas proposiciones, que aparecen refutadas en el cuarto escrito de la lista que examinamos, titulado *Réplica a las objeciones o calumnias vicentinas*.

El siguiente escrito *Respuesta a las proposiciones enviadas desde la ciudad de Génova*, resuelve nueve dificultades que dos presbíteros genoveses, Camilo y Teodoro, creyeron ver en los escritos agustinianos. Todas ellas se refieren a la debatida cuestión de la gracia; y S. Próspero las aclara exponiendo con gran detenimiento y exactitud el verdadero pensamiento de S. Agustín.

A continuación vienen los dos *Epigramas contra el calumniador de Agustín*, sin mayor interés. Van seguidos a su vez por el último escrito de este apéndice titulado *Sentencias entresacadas de las obras de Agustín*, hermoso conjunto de trescientas noventa máximas sobre temas de teología dogmática y moral. A pesar de lo que indica el título, no son todas de Agustín, pues las treinta y siete primeras pertenecen al mismo San Próspero, autor del librito, que tan alto habla de su fidelidad hacia el maestro, y del profundo conocimiento que de sus obras tenía.

En el magnífico *Suplemento* de la edición maurina, que ocupa él solo un grueso volumen, entre varios escritos bio-bibliográficos y apologéticos de carácter agustiniano, encontramos ocho breves escritos que parecen ser del mismo Agustín. El primero titúlase *Libro de la Oración*, y es un estudio sobre la necesidad que tenemos de orar y sobre el mejor modo de hacerlo con provecho de nuestra alma. El segundo *De las virtudes o frutos de la caridad* es una hermosa exposición de aquellas palabras del Apóstol: «La caridad no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensoberbece, no se irrita, no piensa mal. . . ». Los seis restantes escritos son una homilía y cinco cortos sermones, sin interés especial, y cuyos temas versan, según el orden en que están colocados sobre la segunda dominica de Adviento, la Circuncisión del Señor, sobre la tempestad de que habla el Evangelio de S. Mateo, sobre el ayuno, el milagro de las bodas de Caná y sobre la poca devoción del pueblo cristiano. . .

Y aquí damos fin a nuestro ensayo de divulgación agustiniana. Los primeros pasos fueron inciertos y poco seguros, pero con la experiencia y el estudio se allanaron dificultades que, al principio, aparecían insalvables, y el horizonte se abrió a nuestros ojos y nos fué entonces posible trazar con precisión un plan fijo y determinado, que es el que hasta aquí nos ha traído. Henos ya, pues, en la meta. Con la ayuda de Dios y con un poco de esfuerzo de nuestra parte creemos haber contribuído algo al mejor conocimiento del gran Padre de la Iglesia y glorioso Fundador de la Orden Agustiniana, y de sus obras admirables. No tenemos pretensiones de ninguna clase sobre nuestro trabajo. Hemos escrito llana y sencillamente para el pueblo cristiano, y sólo deseamos que los fieles aprovechen las enseñanzas que de estas páginas se desprenden, para mayor honra de Dios y bien de sus almas, los dos supremos anhelos del gran corazón de Agustín.

Catálogo de los escritos de Agustín, según el año de su cierta o probable aparición

380.—Publica su primer libro «De pulchro et Apto», que ha desaparecido.

386.—Contra los Académicos.—De la Vida feliz.—Del Orden.

387.—De la Inmortalidad del alma.—De la Música.—De la Gramática.—De la Dialéctica.—De las diez categorías.—Principios de Retórica.—Los Soliloquios.

388.—De la cuantidad del alma.—Del libre albedrío.—De las costumbres de la Iglesia Católica y de las Costumbres de los maniqueos.—De ochenta diversas cuestiones.

389.—Del Maestro.—Del Génesis contra los maniqueos.

390.—De la Verdadera Religión.

391.—De la utilidad de creer, a Honorato.—De las dos almas, contra los maniqueos.

392.—Contra Fortunato, maniqueo.

393.—Del Génesis a la letra, libro incompleto.—Del Sermón del Señor en el monte.—De la fe y del símbolo.— Salmo contra la parte de Donato.

394.—Exposición de algunas cuestiones sobre la Epístola a los Romanos.—Exposición incoada de la Epístola a los Romanos.—Exposición de la Epístola a los Gálatas.—Contra Adimanto, maniqueo.

395.—Del combate cristiano.—De la Continencia.—De la mentira.

397.—De la Doctrina cristiana.—Contra la carta fundamental de los maniqueos.—De diversas cuestiones, a Simpliciano.

398.—Discusiones con Félix, maniqueo.

399.—De la fe en las cosas que no se ven.

400.—Del consentimiento de los Evangelistas.—Cuestiones de los Evangelios.—De la catequesis de los rudos.—Del trabajo de los monjes.—Contra Fausto, maniqueo.—Tratado de la Trinidad, (400-416). Contra la carta de Parmeniano.—Del bautismo, contra los donatistas.—Contra las cartas de Potiliano.—Confesiones.

401.—Del Génesis a la letra, (401-415).—Del bien conyugal.—De la santa virginidad.

402.—De la Unidad de la Iglesia católica (carta).

404.—De la Naturaleza del bien, contra los maniqueos.

405.—Contra Secundino, maniqueo.

406.—Contra Cresconio, donatista.—De la adivinación de los demonios, (406-411).

408.—Seis cuestiones contra los paganos, (Epístola 102).—De la represión de los herejes con la fuerza, (Epístola 93).

410.—Del único bautismo, contra Petiliano.

412.—Comienza la Ciudad de Dios.—Resumen de la colación con los donatistas.—Después de la colación con los donatistas.—De la remisión de los pecados.—Del espíritu y de la letra.

413.—De la fe y de las obras.

414.—Del bien de la viudez.

415.—De la naturaleza y de la gracia.—De la perfección de la justicia en el hombre.—De los hechos de Pelagio.—Contra los priscilianistas, a Orosio.

416.—Ciento veinticuatro Tratados sobre el Evangelio de San Juan.—Sobre la Epístola de San Juan a los Parthos.

418.—De la paciencia.—Sermón de los Arrianos.—Contra el Sermón de los arrianos.—Sermón a la plebe cesariense.—De los hechos con Emérito.—Contra Gaudencio, obispo donatista.—De la gracia de Cristo y del pecado original.—De las bodas y la concupiscencia, (418-19).

419.—Locuciones de la Sagrada Escritura.—Cuestiones sobre el Pentatéuco.—Anotaciones al libro de Job.—De los matrimonios adúlteros.—Del alma y de su origen.

420.—Enchiridion.—Contra la mentira.—Contra el adversario de la Ley y de los Profetas.—Contra dos cartas de los pelagianos, a Bonifacio.

421.—Del cuidado de los muertos.—Contra Julián de Eclana.

422.—De las ocho cuestiones de Dulcidio.

426.—Retractaciones, (426-27).—De la gracia y libre albedrío, (426-27).—De la Corrección y la gracia.

427.—Espejo de la Sagrada Escritura.

428.—De las herejías a Quodvultdeo.—Contra los judíos.—Colación con Maximino, obispo arriano.—Contra el mismo Maximino.—De la predestinación de los santos.—Del don de la perseverancia.

429.—Contra la segunda respuesta de Julián de Eclana, obra incompleta (429-430).

Doscientas setenta epístolas o cartas, algunas de ellas verdaderos y extensos libros.

Trescientos sesenta y tres sermones, generalmente extensos.

Algunos breves escritos de fechas dudosas.

INDICE

Páginas

PRÓLOGO ... 5
INTRODUCCIÓN ... 11
CAPÍTULO I.—Los Académicos. Sus teorías. Refútalas Agustín en uno de sus Diálogos ... 24
CAP. II.—Diálogos filosóficos. Su importancia. Los «Soliloquios». 31
CAP. III.—El retiro de Casiaco. Su influencia en la vida de Agustín. Los libros «Del Orden y «De la vida feliz» ... 36
CAP. IV.—Más obras filosóficas de Agustín. Los libros «De la Inmortalidad y De la Cantidad del alma» ... 43
CAP. V.—Exquisita sensibilidad del alma de Agustín. Amplitud de sus conocimientos. Los libros «De la Música» ... 48
CAP. VI.—La ciudad de Cartago. Agustín perfecciona en ella sus estudios. Sus peligrosas amistades. El libro «Del maestro» ... 52
CAP. VII.—El problema del mal. Agustín busca su solución y escribe la obra «Del libre albedrío» ... 56
CAP. VIII.—El regreso a la patria. Muerte de Mónica. Visita Agustín a Roma y escribe allí la obra «De las costumbres de la Iglesia y de las costumbres de los maniqueos» ... 60
CAP. IX.—Importancia del estudio de las Sagradas Escrituras. Inícialo Agustín con su obra «De la Doctrina Cristiana» ... 64
CAP. X.—Relaciones del hombre con la Divinidad. En el libro «De la Verdadera Religión» estudia Agustín esta importantísima cuestión ... 68
CAP. XI.—Entusiasmo de Agustín por su nueva fe. Defiende sus Libros santos contra los maniqueos. Publica las obras «Del Génesis a la letra» ... 72
CAP. XII.—Las Confesiones ... 77
CAP. XIII.—La Biblia libro único de la humanidad. Dificultad de su estudio. Cuatro nnevos escritos de Agustín sobre la misma.. 82

Páginas

CAP. XIV.—Los Evangelios blanco de los ataques racionalistas. Inconsecuencia de éstos. Defensa agustiniana del Nuevo Testamento 87
CAP. XV.—El Sermón del monte. Sus maravillosas enseñanzas. Dedícale Agustín una de sus obras 93
CAP. XVI.—Las Epístolas de San Pablo fuente de doctrina cristiana. Interesantes Exposiciones de Agustín sobre algunas de ellas 97
CAP. XVII.—Los Salmos de David. Su influencia en el ánimo de Agustín. Expónelos luego en magníficos estudios 101
CAP. XVIII.—Agustín sacerdote. Inicia su ministerio predicando la divina palabra. Los Sermones 106
CAP. XIX.—Las cartas reflejo ordinario de nuestros sentimientos. 111
Su valor en el estudio de un carácter. Epistolario agustiniano..
CAP. XX.—Influencia del pasado en la actual civilización. Interés de nuestros mayores por los temas fundamentales del alma. Nuevos escritos de Agustín 116
CAP. XXI.—Agustín muy nombrado, pero poco conocido. Su interés por la educación cristiana del pueblo. Varios escritos con este fin 122
CAP. XXII.—La fe dignifica al hombre. Su necesidad. Escritos de Agustín sobre la verdadera fe 127
CAP. XXIII.—Situación caótica del mundo en los tiempos de Agustín. La Religión único remedio para sus males. Activísima labor del santo para hacerla conocer por el pueblo. Varios escritos... 133
CAP. XXIV.—San Agustín maestro de la pureza. Varios escritos sobre esta virtud 138
CAP. XXV.—San Agustín fundador. La Regla. Su indubitable origen agustiniano 143
CAP. XXVI.—Los monjes, grandes obreros de la civilización. Su estado en los tiempos de Agustín. Dedícales su obra «Del trabajo de los monjes» 149
CAP. XXVII.—El recuerdo de los fieles difuntos dulce, al ánimo del cristiano. Saludable costumbre de rogar por ellos. En su libro «Del cuidado que se ha de tener con los muertos» recomiéndala Agustín 155
CAP. XXVIII.—Visión sintética de «La Ciudad de Dios» 160
CAP. XXIX.—Lucha de Agustín con las herejías. Los maniqueos. Sus doctrinas. Varios escritos agustinianos contra las mismas... 165
CAP. XXX.—Los maniqueos. Algunos aspectos de sus doctrinas

Páginas

que ilusionaron a Agustín en su juventud. Busca la opinión de los jefes de la secta. Los refuta, una vez convertido, en varios escritos 172
CAP. XXXI.—El dogma fundamental de los maniqueos. Su falsedad. Demuéstrala Agustín en su obra «De la Naturaleza del bien». El libro «Contra Secundino» 178
CAP. XXXII.—Increíble número de sectas en los primeros siglos de la Iglesia. El Gnosticismo. Los Marcionitas. La obra agustiniana «Contra el enemigo de la Ley y de los Profetas» combate sus teorías 183
CAP. XXXIII.—Los Priscilianistas. Su origen y errores. Combátelos Agustín en varios escritos 188
CAP. XXXIV.—El arrianismo. Algunos datos sobre la vida de su fundador y el origen de la secta. Los dos libros «Contra Maximino, obispo de los arrianos» 193
CAP. XXXV.—Agustín estudia el gran dogma de la Trinidad. Recuerdo de una piadosa leyenda. El maravilloso tratado «De Trinitate» 198
CAP. XXXVI.—El cisma de Donato. Su influencia en el Africa. Síntesis histórica. Primeros escritos de Agustín contra el cisma... 202
CAP. XXXVII.—La cuestión de los rebautizantes. San Cipriano. Su actuación en esta famosa disputa. Defiéndele Agustín en su obra «Del bautismo, contra los donatistas» 208
CAP. XXXVIII.—Otro aspecto de la lucha contra los donatistas. Las famosas Conferencias de Cartago. Más obras de Agustín contra el cisma 213
CAP. XXXIX.—Pelagio instrumento de una nueva herejía. Su doctrina. El pelagianismo. Lucha de Agustín contra el mismo. Algunos libros con este carácter 219
CAP. XL.—El problema de la conciliación de la gracia con la libertad. Su misteriosa profundidad. Posición de la Iglesia con relación al mismo. Dedícale Agustín varios escritos 224
CAP. XLI.—Dos aspectos de la lucha con los pelagianos. Fuerte vitalidad de la secta. Nuevos escritos de Agustín combatiéndola. 230
CAP. XLII.—Diversas teorías sobre el origen del alma. Perplejidad de Agustín sobre este asunto. Escribe la obra «Del alma y de su origen» 236
CAP. XLIII.—Defección de la nobleza romana ante la invasión de los bárbaros. Honrosas excepciones. El conde Valerio cultiva la

Páginas

amistad de Agustín y consigue la publicación del libro «De las bodas y la concupiscencia» 242
CAP. XLIV.—El pelagianismo va declinando. Sus últimos defensores. El semipelagianismo. Los escritos de Agustín «Contra Julián» obispo de Eclana 247
CAP. XLV.—Ultimas manifestaciones del pelagianismo. Las disensiones entre los monjes de Adrumeto. Apacíguala Agustín con su libro «De la gracia y del libre albedrío».. 252
CAP. XLVI.—Maravilloso efecto que produjo el escrito anterior en el monasterio de Adrumeto. Amagan nuevas dificultades que Agustín detiene con la obra «De la corrección y de la gracia»... 257
CAP. XLVII.—Las difíciles cuestiones sobre la predestinación. Diversas teorías. Dos escritos agustinianos sobre estos apasionantes temas 262
CAP. XLVIII.—La unidad de acción, garantía segura del triunfo. Importancfa de esta unidad en la liturgia. Dos cartas de Agustín sobre esta cuestión. Algunos otros escritos..... 268
CAP. XLIX.—Prodigiosa actividad de Agustín. La época de su vida, una de las más agitadas de la historia. Varios de sus escritos... 274
CAP. L.—Ultimos años de Agustín. El recuerdo del pasado le infunde nuevos ánimos para el porvenir. La muerte corta su existencia y su intensa labor de apologista de la fe..... 281
CAP. LI.—Los libros de las «Retractaciones»..... 286
APÉNDICE..... 291
Catálogo de los escritos de Agustín, según el año de su cierta o probable aparición 329

BW318 .C17
San Agustin, doctor insigne de la
Princeton Theological Seminary–Speer Library
1 1012 00216 1448